

Paul Theroux

El gran bazar del ferrocarril

Traducción de Juan Godó



se

Desde niño, Paul Theroux no es capaz de escuchar el silbido de un tren sin sentir un deseo imperioso de subirse a él. Ahora bien, al contrario que el viajero tradicional, que utiliza este medio de transporte de forma meramente utilitaria para llegar a su destino, lo que a él le interesa son los ferrocarriles mismos.

Tomar todos los trenes que encontrara desde la estación Victoria londinense hasta la estación Central de Tokio: ésa es la propuesta viajera que se hizo, y que dio pie a un apasionante periplo de cuatro meses en los que recorrió, casi siempre en ferrocarril, parte de Europa, Turquía, Irán, Pakistán, la India, Birmania, Tailandia y Camboya, para pasar al Japón y regresar luego a Londres en el tren transiberiano... Una aventura colosal, convertida en una de las obras clave de la literatura de viajes de su siglo.



Paul Theroux

El gran bazar del ferrocarril

El tren a través de Asia

ePub r1.0

Leddy 01-03-2020

Título original: *The Great Railway Bazaar: By Train Through Asia*
Paul Theroux, 1975
Traducción: Juan Godó Costa
Diseño de cubierta: Enric Satué

Editor digital: Leddy
ePub base r2.1



*A la legión de los perdidos,
a la cohorte de los condenados,
a mis hermanos en su pena allende los mares...*

*Y a mis hermanos y hermanas,
Eugene, Alexander, Ann-Marie,
Mary, Joseph y Peter,
con amor.*

Marian acababa de oír el lejano sonido del tren. Miró con ansiedad y enseguida lo vio aproximarse. La negra locomotora estaba cada vez más cerca, avanzando con una fuerza y una velocidad extraordinarias. Una embestida cegadora y el tren lanzó contra el puente una gran descarga de vapor iluminado por el sol. Milvain y su compañero corrieron hacia el otro lado del puente, pero ya el tren había salido y en cuestión de pocos segundos se perdió en una pronunciada curva. Las frondosas ramas que crecían extendiéndose por encima de la vía se agitaron violentamente hacia delante y hacia atrás por efecto del aire perturbado. —Si fuese diez años más joven —dijo Jasper riendo—, diría que ha sido divertido. Eso me inspira. Me hace sentir deseos de volver otra vez a la lucha.

GEORGE GISSING, *La nueva Grub Street*

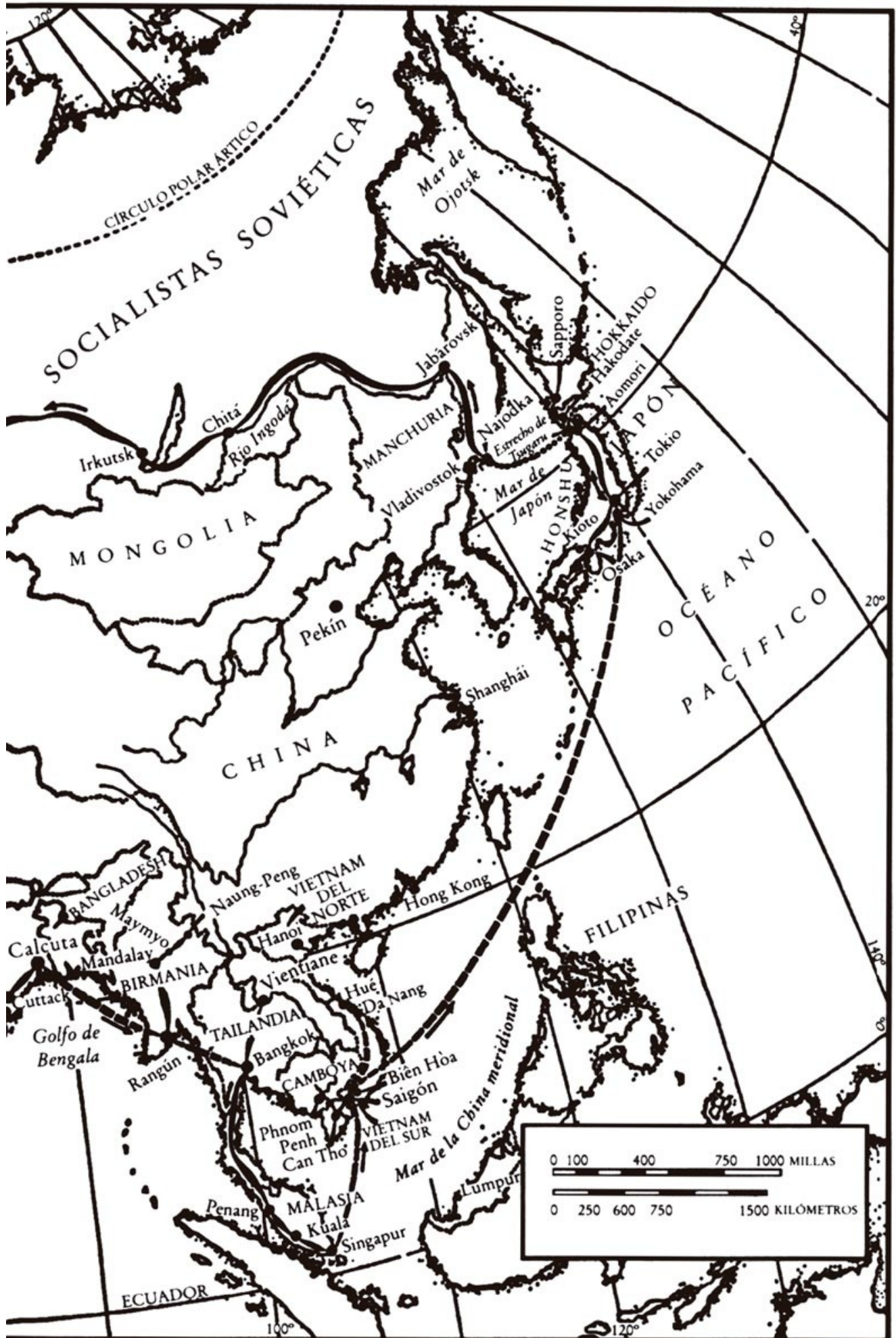
frsiiiiiiiiifronnnnnng tren en alguna parte silbando la fuerza que estas locomotoras tienen en ellas como enormes gigantes y el agua rodando por encima y fuera de ellas por todos lados como el fin de los amores vieja dulce canciónnnnnn los pobres hombres que tienen que estar fuera toda la noche lejos de sus esposas y familias en esas herrumbrosas locomotoras.

JAMES JOYCE, *Ulises*

[...] la primera condición del pensamiento correcto es la sensación correcta, la primera condición para comprender un país extranjero es olerlo [...]

T. S. ELIOT, *Rudyard Kipling*





1. El tren de las 15.30 de Londres a París

De niño, cuando vivía cerca de la vía férrea de la compañía Boston & Maine, raras veces oí el paso de un tren sin sentir deseos de montar en él. Esos silbidos parecen cantos embrujados: los ferrocarriles son bazares irresistibles, que serpentean perfectamente nivelados por las desigualdades de cualquier paisaje, mejorando tu estado de ánimo con la velocidad y sin volcar nunca tu bebida. El tren es capaz de infundirte tranquilidad en lugares horribles, no tiene nada que ver con los angustiosos sudores de muerte que provocan los aviones, el mareo de los autobuses de trayectos largos o la parálisis que aflige al que va en automóvil. Si un tren es grande y confortable, ni siquiera necesitas un destino; un asiento en un rincón es suficiente y puedes ser uno de esos viajeros que están quietos en movimiento, avanzando sin llegar ni sentir la necesidad de llegar a ninguna parte, como aquel hombre afortunado que vive en los ferrocarriles italianos porque está retirado y tiene un pase. Mejor es viajar en primera clase que llegar, o, como dijo una vez el novelista inglés Michael Frayn, parafraseando a McLuhan, «el viaje es la meta». Pero yo había escogido Asia, y cuando recordaba que se encontraba medio mundo más allá, no podía por menos de sentir alegría.

Luego Asia apareció del otro lado de la ventanilla, y fui transportado a través de ella en esos expresos que van a Oriente, admirando tanto el bazar del interior del tren como aquellos otros ante los que pasábamos silbando. Cualquier cosa es posible en un tren: una deliciosa comida, una visita de unos jugadores de naipes, una intriga amorosa, un buen sueño por la noche y monólogos de personas extrañas contruidos como novelas cortas rusas. Tenía intención de subir a todos los trenes que encontrase, desde la londinense Victoria Station hasta la Tokio Central; tomar el ramal de Simla, la vía que cruzaba el paso del Jaybar y la que enlaza los ferrocarriles indios con los de Ceilán; el expreso de Mandalay, el *Flecha de Oro* malayo, las líneas locales de Vietnam y los trenes con nombres fascinantes: el *Orient Express*, el *Estrella del Norte* y el transiberiano.

Yo buscaba trenes y encontraba pasajeros.

El primero de ellos fue Duffill. Le recuerdo porque su nombre se convirtió más tarde en un verbo, primero de Molesworth, luego mío. Se encontraba delante de mí, en el andén 7 de Victoria Station: «Salidas para el continente». Era viejo y su ropa le estaba grande, como si en un momento de prisa hubiera echado mano de las primeras prendas que hubiese encontrado o como si acabase de salir del hospital. Avanzaba lentamente y llevaba unos paquetes deformados, envueltos en papel marrón. Todos tenían un rótulo con su nombre, R. Duffill, y su dirección, Splendid Palas Hotel, Estambul. Íbamos a viajar juntos. Una viuda caricaturesca con un severo velo habría

sido mejor recibida, y si su bolsa estuviese llena de ginebra y dinero heredado, tanto mejor. Pero no había ninguna viuda; había excursionistas, vendedores, chicas francesas con sus desabridos amigos y parejas inglesas de cabellos grises que, cargados de novelas, parecían estar embarcándose en costosos adulterios literarios. Nadie iría más lejos de Liubliana. Duffill iba a Estambul; yo me preguntaba con qué pretexto. Por mi parte, estaba haciendo una escapada más o menos a escondidas; no tenía empleo estable y nadie se fijaría en mí si, después de guardar silencio, me despedía de mi mujer con un beso y tomaba solo el tren de las 15.30.

El tren cruzaba ruidosamente Clapham. Cuando decidí que el viaje era mitad huida y mitad persecución ya habíamos dejado atrás las casitas de ladrillo, los patios de carbón y los estrechos jardines traseros de los suburbios del sur de Londres y estábamos pasando junto a los campos de juego de Dulwich College, donde unos niños hacían ejercicio perezosamente sin haberse desprendido de las corbatas. Me había amoldado al movimiento del tren y había olvidado los titulares sensacionalistas de los periódicos que había estado leyendo por la mañana y que por fortuna no hablaban del «novelista desaparecido». Luego pasamos por delante de una hilera de casas un poco separadas entre sí, entramos en el túnel y, después de viajar un minuto en completa oscuridad, fuimos disparados prodigiosamente hacia un nuevo escenario, unos prados abiertos, unas vacas que pacían y unos granjeros recogiendo el heno con sus blusones azules. Habíamos salido a la superficie en las afueras de Londres, una ciudad gris, húmeda y subterránea. En Sevenoaks pasamos otro túnel, otro atisbo de lo bucólico, campos con caballos piafando, algunas ovejas echadas en la hierba, unos cuervos posados en un secadero de lúpulo y, desde una ventanilla, atisbamos un barrio de casas prefabricadas. Por la otra ventanilla vimos una granja del siglo XVII y más vacas. Esto es Inglaterra: los suburbios se entrelazan con las granjas. En varios pasos a nivel, las carreteras rurales estaban abarrotadas de automóviles. Los pasajeros del tren contemplaban el tráfico con miradas rencorosas y parecían murmurar: «¡Parad, imbéciles!».

El cielo era viejo. Colegiales con sus *blazers* de color azul oscuro, sus bates de críquet y sus carteras escolares, con los calcetines que se les caían, sonreían bobamente en el andén de Tonbridge. Pasamos velozmente junto a ellos arrebatándoles las bobaliconas sonrisas. No nos deteníamos, ni siquiera en las estaciones más importantes. Yo las contemplaba desde el vagón restaurante, mientras tomaba una taza de té, y el señor Duffill, también encorvado sobre su té, no perdía de vista sus paquetes y removía el contenido de la taza con el depresor de lengua de un médico. Atravesamos los campos de lúpulo que en septiembre daban a Kent un aspecto mediterráneo; pasamos ante un campamento de gitanos, catorce destartaladas caravanas, cada una con su propia pila indestructible de basura al lado de la puerta de entrada; pasamos por delante de una granja y, cuarenta pasos más allá, ante el perímetro de una urbanización que tenía gran cantidad de prendas de vestir colgando

de una cuerda: bragas, calcetines, calzoncillos y medias que formaban un mensaje elaborado, como banderas de señales puestas en el mísero convoy de aquellas casas.

El hecho de que no parásemos confería a este tren inglés un aire de apresurada determinación. Avanzábamos velozmente hacia la costa, para cruzar el canal de la Mancha. Pero en eso no había auténtico dramatismo. Duffill pidió una segunda taza de té. Dejamos atrás Ashford y cruzamos los pastos ondulados de Romney Marsh, en dirección a Folkestone. Entonces, ya había dejado atrás Inglaterra. Lo mismo habían hecho los otros pasajeros. Volví a mi compartimento para oír a los italianos levantar la voz, sintiéndose quizá envalentonados al pensar que ya nos encontrábamos al borde de Inglaterra. Varios nigerianos, que hasta aquel momento solo habían sido un cuarteto de cabezas que se movían (dos sombreros de fieltro, un turbante y una peluca enorme y enmarañada), comenzaron a hablar en yoruba, y parecían deletrear cada palabra que pronunciaban chasqueando los labios al completar las sílabas. Cada pasajero emigraba hacia su propio lenguaje, dejando a los ingleses murmurando y apartando la vista.

—¡Oh, mira! —dijo una mujer, desplegando un pañuelo sobre su regazo.

—¡Qué bonito! —exclamó el hombre que se hallaba sentado junto a la ventanilla.

—Eso sí son flores frescas —repuso la mujer cubriéndose la nariz con el pañuelo y sonándose un lado y después el otro.

El hombre dijo:

—La Comisión de Sepulcros de Guerra cuida de ellas.

—Hacen un buen trabajo.

Una figura pequeña, que llevaba unos paquetes de papel atados con un cordel, avanzó por el pasillo y al pasar sus codos golpearon la ventanilla del corredor. Era Duffill.

La señora nigeriana se inclinó y leyó el rótulo de la estación: *Fockystoon*. Su mala pronunciación parecía un sarcasmo y ella parecía tan poco impresionada como *lady Glencora* de Trollope («Nada había que deseara tanto como ver Folkestone»).

El viento del puerto, de color gris plomizo y salpicado por la llovizna, me dio en los ojos. Yo tenía los párpados hinchados a causa del resfriado que había pillado cuando el primer frío de septiembre se abatió sobre Londres y despertó en mí unas visiones de palmeras y del sonrosado calor de Ceilán. Aquel resfriado hizo que me resultara más fácil dejarlo todo. Aquel viaje era una cura.

—¿Ha probado usted con aspirina?

—No, creo que me iré a la India.

Llevé mis bultos al transbordador y me dirigí al bar. Allí había dos hombres de avanzada edad, que estaban de pie. Uno de ellos daba golpecitos con un florín en el mostrador, tratando de llamar la atención del camarero.

—Reggie se ha vuelto muy raquítico —dijo el primero de los dos hombres.

—¿Tú crees? —preguntó el segundo.

—Me temo que sí. Se ha encogido. Su ropa no le cae bien.

- Nunca ha sido hombre de gran estatura.
- Ya lo sé. Pero ¿lo has visto?
- No. Godfrey dijo que había estado enfermo.
- Yo diría que muy enfermo.
- Se está haciendo viejo, pobrecillo.
- Y muy raquítrico.

Duffill se acercó. Podría haber sido la persona de quien estaban hablando. Pero no lo era, pues los hombres de avanzada edad ni siquiera se fijaron en él. Duffill tenía el aspecto inquieto de quien ha dejado sus paquetes en otra parte, que es también el aspecto de un hombre que piensa que le están siguiendo. Su traje de una o dos tallas de más le daba un aspecto frágil y enclenque. Una gabardina gris ratón le caía a pliegues de sus hombros, los puños eran tan largos que le llegaban hasta la punta de los dedos y hacían juego con la largura de los pantalones, cuyos bordillos se pisaba. Olía a mendrugos. Todavía llevaba puesta la gorra y también estaba aquejado de un resfriado. Sus zapatos eran interesantes: el calzado resistente para todos los usos que lleva la gente del campo. Aunque no pude localizar su acento (Duffill le estaba pidiendo sidra al camarero), había en él algo provinciano, un persistente talante ahorrador en sus bien aprovechadas prendas de vestir que se consideraría desaliño en un londinense. Él sabría decir dónde había comprado aquella gorra y aquella chaqueta y cuánto le habían costado y el tiempo que hacía que llevaba aquellos zapatos. Unos minutos más tarde pasé junto a él en un rincón del bar y vi que había abierto uno de sus paquetes. Un cuchillo, una barra de pan francés, un frasco de mostaza y unas rajas de rosado salchichón estaban esparcidos delante de él. Absorto en sus pensamientos, masticaba despacio su bocadillo.

La estación de Calais estaba oscura, pero el expreso de París aparecía inundado de luz. Me sentí confortado. *Lady Glencora* le dijo a su amiga: «Podemos llegar hasta los kurdos, Alice, sin tener que volver a entrar en un buque. Esto, a mi modo de ver, es la gran comodidad que ofrece el continente».

Bien, entonces, a París y al *Orient Express* y a los kurdos. Subí al tren y, al encontrar opresivamente lleno mi compartimento, me fui al vagón restaurante para beber algo. Un camarero me indicó que me sentara a una mesa en la que un hombre y una mujer estaban destrozando sus panecillos pero sin llevarse los trozos a la boca. Intenté pedir vino. Los camareros, que iban y venían apresuradamente portando bandejas, no me hacían el menor caso. El tren se puso en movimiento; miré por la ventanilla y, cuando volví a la mesa, vi que me habían servido un trozo de pescado quemado. La pareja que partía el pan me explicó que tenía que haber llamado al camarero que servía el vino. Lo busqué, me sirvieron el segundo plato, entonces lo vi y pedí lo que deseaba.

—Angus decía en el *Times* que hizo investigaciones —dijo el hombre—. Eso no tiene sentido.

—Supongo que Angus tiene que hacer investigaciones —repuso la mujer.

—¿Angus Wilson? —pregunté yo.

El hombre y la mujer me miraron. La mujer sonreía, pero el hombre me lanzó una mirada más bien hostil.

—Graham Greene no tendría necesidad de hacer investigaciones —dijo.

—¿Por qué no? —repliqué.

El hombre suspiró.

—Él ya lo sabría.

—Me gustaría poder estar de acuerdo con usted —afirmé—, pero leí *As if by Magic* y me dije: «He aquí a un gran agrónomo». Después leí *El cónsul honorario* y el doctor de setenta años de edad se parece terriblemente al novelista setentón. No se preocupe, pienso que es una buena novela. Creo que debería usted leerla. ¿Vino?

—No, gracias —dijo la mujer.

—Graham me envió un ejemplar —dijo el hombre—. «Afectuosamente, Graham». Eso es lo que escribió. Lo llevo en la maleta.

—Es un hombre encantador —comentó la mujer—. Siempre es un placer ver a Graham.

Hubo un largo silencio. El vagón restaurante mecía las vinagreras y las botellas de salsa. El postre fue servido con el café. Yo había terminado mi media botella de vino y deseaba otra. Pero los camareros volvían a estar ocupados y pasaban balanceándose por entre las mesas, llevando bandejas y recogiendo platos sucios.

—Me encantan los trenes —dijo la mujer—. ¿Sabía usted que el vagón de delante va a ser enganchado al *Orient Express*?

—Sí —contesté—. Por cierto...

—Es ridículo —dijo el hombre, mirando el pequeño trozo cuadrado de papel escrito con lápiz que le había dado el camarero. Depositó unas monedas en el platillo y se fue con la mujer sin dirigirme la mirada.

Mi comida costaba cuarenta y cinco francos, que calculé que eran unos diez dólares. Me escandalicé, pero más tarde me tomé mi pequeña venganza. Al volver a mi compartimento, me di cuenta de que me había dejado el periódico encima de la mesa del coche restaurante. Volví por él, pero en el momento en que le ponía la mano encima, me dijo el camarero:

—*Qu'est-ce que vous faites?*

—Es mi periódico —dije.

—*C'est votre place, cela?*

—Naturalmente.

—*Eh bien alors, qu'est-ce que vous avez mangé?*

Parecía disfrutar con la sutileza de su examen.

Yo dije:

—Pescado quemado. Una porción diminuta de rosbif. *Courgettes* pasados, patatas frías, pan rancio y por eso me han cobrado cuarenta y cinco francos, repito, cuarenta y cinco...

Dejó que me quedase con el periódico.

En la Gare du Nord, mi vagón fue enganchado a otra locomotora. Duffill y yo contemplamos esa operación desde el andén y luego subimos. Le costó mucho tiempo y esfuerzo encaramarse al vagón y luego estuvo un rato jadeando. Todavía permanecía de pie, boqueando, cuando el tren arrancó a fin de realizar el trayecto de veinte minutos a la Gare de Lyon para reunimos con el resto del *Direct Orient Express*. Eran más de las once y la mayoría de los bloques de apartamentos estaban sumidos en la oscuridad. Pero en una ventana había luz. Tal vez se celebraba una fiesta; era como una pintura de un interior de ciudad, colgada e iluminada en medio de azoteas y balcones envueltos en la penumbra. El tren pasó y dejó aquella ventana impresa en mis ojos: dos hombres y dos mujeres sentados alrededor de una mesa en la que había tres botellas de vino, los restos de una copiosa cena, unas tazas de café y un frutero. Todo lo que se veía, y también los hombres en mangas de camisa, demostraba una amable intimidad, la triste comedia de una reunión de amigos. Jean y Marie habían estado ausentes. Jean sonreía, dispuesto a bromear, con una mueca muy francesa. Movía la mano y decía:

—Ella se subió a la mesa como una loca y empezó a hacerme señas así. ¡Increíble! Yo le dije a Marie: «Los Picards no se lo van a creer nunca». Esta es la verdad. Y luego ella...

El tren hizo su lento circuito por París discurriendo entre los oscuros edificios y lanzando su estridente frsiiiii-fronnnng a los oídos de las mujeres durmientes. La Gare de Lyon estaba animada, con ese encanto de medianoche hecho de luces y de locomotoras humeantes, y al otro lado de los raíles la lona que cubría uno de los trenes lo convertía en una oruga dispuesta a abrirse paso a través de Francia devorando cuanto encontrara en su camino. En el andén, los pasajeros que acababan de llegar bostezaban, rendidos por la fatiga. Los mozos de cuerda se apoyaban en las carretillas y miraban a las personas que luchaban con sus maletas. Nuestro vagón fue enganchado al resto del *Direct Orient Express*. El topetazo abrió las puertas corredizas del compartimento y me echó sobre el regazo de la señora sentada frente a mí, haciendo que se despertara, sorprendida.

2. El *Direct Orient Express*

Duffill se había puesto unas gafas que tenían una montura de alambre y suficiente cantidad de cinta adhesiva en los cristales como para impedirle ver la mezquita Azul. Reunió sus paquetes y, refunfuñando, sacó una maleta atada con una colección de cinturones de cuero y de lona como garantía adicional para que no se abriese. Unos vagones más allá volvimos a encontrarnos para leer el rótulo que había al lado del coche cama: DIRECT ORIENT, y su itinerario, PARIS - LAUSANNE - MILANO - TRIESTE - ZAGREB - BEOGRAD - SOFIYA - ISTANBUL. Permanecimos allí de pie, mirando el letrero. Duffill lo observó detenidamente y luego dijo:

—Tomé este tren en el año mil novecientos veintinueve.

Al parecer esperaba respuesta, pero cuando se me ocurrió una (que, a juzgar por su estado, debía de tratarse del mismo tren) Duffill había recogido sus paquetes y su maleta sujeta con cinturones y avanzaba por el andén. Era un tren espléndido en 1929, y ni que decir tiene que el *Orient Express* es el tren más famoso del mundo. Igual que el transiberiano, enlaza Europa con Asia, lo cual explica en gran parte su romanticismo. Pero también ha sido consagrado por la ficción: la inquieta *lady* Chatterley lo tomó y lo mismo hicieron Hércules Poirot y James Bond. Graham Greene le envió algunos de sus viajeros descreídos, incluso antes de que lo tomase él mismo («Como no podía tomar un tren para ir a Estambul, lo mejor que podía hacer era comprar el disco *Pacific 231* de Honegger», escribe Greene en la introducción de *Orient Express*). El origen de ficción de esa historia de amor es *La Madone des Sleepings* (1925), de Maurice Dekobra. La heroína de Dekobra, *lady* Diana («el tipo de mujer que podría haber llenado de lágrimas los ojos de John Ruskin»), está entusiasmada con el *Orient Express*: «Tengo billete para Constantinopla, pero puedo apearme en Viena o en Budapest. Depende por completo del azar o del color de los ojos de mi vecino en el compartimento». Al final dejé de preguntarme por qué tantos escritores habían utilizado este tren como escenario de intrigas criminales, puesto que en muchos aspectos el *Orient Express* es realmente un tren asesino.

Mi compartimento era un cuartito con dos literas y una escalerilla. Después de colocar la maleta, ya no quedaba espacio para mí. El revisor me indicó la manera de meterla debajo de la litera inferior. Se entretuvo un instante en espera de una propina.

—¿No viaja nadie más aquí?

Hasta aquel momento no se me había ocurrido que pudiera tener compañía. La presunción del viajero de largas distancias estriba en creer que viajará solo, sin concebir que otra persona pueda tener la misma buena idea.

El revisor se encogió de hombros, quizá sí, quizá no. Lo vago de su respuesta hizo que me guardase la propina. Fui a dar unos pasos por el pasillo: una pareja japonesa en una doble litera, fue la primera y la última vez que los vi; una pareja de ancianos estadounidenses en el compartimento vecino; una madre francesa,

gordinflona, que vigilaba con aire de sospecha a su hermosa hija, y una muchacha belga de extraordinaria estatura (mediría un metro ochenta y calzaba unos zapatos enormes) que viajaba en compañía de una elegante francesa. En el extremo del vagón, un hombre que llevaba un pañuelo anudado alrededor del cuello, una gorra de marino y un monóculo, estaba colocando unas botellas junto a la ventanilla: tres de vino, una de agua Perrier y una de ginebra. Era evidente que se preparaba para un largo viaje.

Duffill se hallaba de pie, fuera de mi compartimento. Estaba sin resuello: le había costado mucho encontrar su vagón, porque, según decía, su francés estaba oxidado. Respiró profundamente y se quitó la gabardina, que colgó junto con su gorra en el gancho contiguo al mío.

—Esta es la mía —dijo señalando la litera superior.

Era un hombre pequeño, pero tan pronto como entró en el compartimento me di cuenta de que lo llenaba.

—¿Va usted muy lejos? —le pregunté por decir algo, y aunque ya sabía cuál sería su respuesta, me encogí al oírla. Había proyectado estudiarlo a cierta distancia; contaba con tener el compartimento para mí solo. Era una mala noticia. Él advirtió que no me caía bien.

—No voy a molestarle —dijo. Sus paquetes estaban en el suelo—. Solo tengo que encontrar un sitio para colocar todo esto.

—Le dejaré solo para que lo haga —le dije.

Los otros viajeros estaban en el pasillo esperando que el tren se pusiera en marcha. Los estadounidenses frotaron el cristal de la ventanilla hasta que comprendieron que la suciedad estaba en el exterior, el hombre del monóculo miraba hacia fuera mientras bebía y la mujer francesa estaba diciendo:

—A Suiza.

—Yo a Estambul —dijo la chica belga. Tenía una cara ancha, afeada por unas grandes gafas, y me sacaba una cabeza—. Es la primera vez.

—Yo ya estuve en Estambul hace dos años —dijo la francesa.

—¿Cómo es? —preguntó la chica belga. Esperó. Yo esperaba también. La joven ayudó a la mujer—. ¿Es muy bonito?

La francesa sonrió a cada uno de nosotros. Movié la cabeza y dijo:

—*Très sale.*

—Pero bonito, ¿no? ¿Antiguo? ¿Iglesias? —insistió la chica belga.

Sale, sucio. ¿Por qué sonreía al decirlo?

—Yo voy a Esmirna, a la Capadocia, y...

La mujer francesa chascó la lengua y repitió:

—*Sale, sale, sale.*

Entró en su compartimento. La chica belga hizo una mueca y me guiñó un ojo.

El tren se había puesto en marcha y al extremo del vagón estaba el hombre de la gorra de marino, junto a su puerta, bebiendo y mirándonos desfilas. Al cabo de unos

minutos, los demás pasajeros entraron en sus compartimentos. Desde el mío yo oía el ruido de paquetes envueltos en papel que estaban siendo embutidos en rincones. Este ruido me hizo salir, y me encontré en el pasillo a solas con el bebedor, a quien ya empezaba a llamar «el capitán». Él miró hacia mí y preguntó:

—¿Estambul?

—Sí.

—Tome usted un trago.

—He estado bebiendo todo el día —le dije—. ¿Tiene agua mineral?

—Sí tengo, pero la guardo para lavarme los dientes. Nunca bebo agua en los trenes. Tome un trago de verdad, vamos. ¿Qué prefiere?

—Un poco de cerveza.

—Yo nunca bebo cerveza —declaró—. Tome un poco de esto.

Me mostró su vaso y luego fue hacia su estante y me sirvió el vino.

—Es un Chablis aceptable —aseguró—, sin el sabor a yeso que tiene el que exportan, ¿sabe?

Hicimos chocar nuestros vasos. El tren corría veloz.

Se llamaba Molesworth, pero lo pronunciaba con tanto cuidado que la primera vez que lo oí pensé que se trataba de un apellido compuesto. Había algo marcial en su porte y en su modo decidido de hablar, pero esas características también podían ser las de un actor. Rondaba los sesenta años y yo me lo imaginaba vestido de oficial en Aldershot, o bien en el tercer acto de una obra de teatro de Rattigan. Vi que el pequeño disco de cristal que pendía de su cuello por medio de una cadena no era un monóculo, sino más bien una lupa. La había utilizado para buscar la botella de Chablis.

—Soy agente teatral —dijo—, tengo mi propia empresa en Londres. Es una empresa algo pequeña, pero funciona bien. Siempre tenemos más trabajo del que podemos hacer.

—Tal vez trate usted con algunos actores que yo conozco.

Me mencionó varios actores famosos.

—Se me había metido en la cabeza que era usted militar —dije.

—¡Ah! ¿Sí?

Me explicó que había estado en el ejército en la India (Pune, Simla, Madrás) y que su trabajo allí era de naturaleza teatral, organizando espectáculos para las tropas. Había organizado la gira de Noël Coward por la India en 1946. Le gustaba el ejército y aseguró que había muchos indios que estaban tan bien educados que podían tratarse como iguales, pues hablando con ellos apenas se notaba que eran indios.

—Conocí a un oficial británico que estuvo en Simla en la década de los años cuarenta —dije—. Lo conocí en Kenia. Su apodo era Bunny.

Molesworth reflexionó un instante.

—Bueno, he conocido a varios Bunnys.

Hablamos de los trenes indios. Molesworth dijo que eran magníficos.

—Tienen duchas y siempre hay un empleado que trae lo que uno necesita. Estoy seguro de que le gustarían.

Duffill asomó la cabeza por la puerta.

—Me parece que me iré a la cama enseguida —dijo.

—Es su compañero, ¿verdad? —preguntó Molesworth inspeccionando el coche—. Este tren ya no es lo que era. Es una lástima. Antes era uno de los mejores, un *train de luxe*. Lo tomaban los miembros de la realeza. No estoy seguro de ello, pero no creo que lleve vagón restaurante, y eso sí que es un fastidio. ¿Tiene usted una cesta?

Le dije que no, aunque me habían aconsejado que llevase una.

—Fue un buen consejo —dijo Molesworth—. Yo tampoco llevo, pero es que tampoco como mucho. Me gusta la idea de comer, pero prefiero la bebida. ¿Qué me dice de este Chablis? ¿Quiere más?

Puso la lupa ante sus ojos y encontró la botella. Vertió un poco de vino en mi vaso.

Media hora después entré en mi compartimento. Las luces estaban encendidas y Duffill estaba durmiendo en la litera superior. Su cara, vuelta hacia la luz del techo, ofrecía un aspecto cadavérico y llevaba el pijama abotonado hasta el cuello. La expresión del rostro era de sufrimiento; sus rasgos parecían petrificados y su cabeza se movía al mismo ritmo que el tren. Apagué las luces y me deslicé en mi litera. De momento no conseguí dormirme. El resfriado, todo lo que había bebido y la fatiga me mantenían despierto. Y luego hubo otra cosa que me alarmó: un círculo fosforescente. Era la esfera luminosa del reloj de Duffill, su brazo había resbalado fuera de la litera y estaba oscilando con el vaivén del tren, haciendo que aquella esfera de brillo verdoso pasara por delante de mi cara como un péndulo.

Luego la esfera desapareció. Oí que Duffill bajaba de la litera gruñendo a cada movimiento. La esfera luminosa se desplazó hacia el lavabo y entonces se encendió la luz. Me volví hacia la pared y oí que Duffill sacaba el orinal del armarito de debajo de la pila. Esperé y después de unos instantes comenzó un gorgoteo que cambió de tono a medida que iba llenándose el orinal. Hubo una rociada, una especie de suspiro y la luz se apagó y la escalerilla crujió. Duffill lanzó un último gruñido y yo me dormí.

Por la mañana, Duffill se había ido. Yo estaba acostado en la litera y con los pies hice subir la cortina de la ventanilla y apareció la ladera de una montaña bañada por el sol. Los Alpes pasaban resplandecientes por delante de mi ventanilla. Era la primera vez que veía el sol desde hacía días, y creo que es el momento de decir que continuó brillando durante los dos meses siguientes. Viajé bajo un cielo despejado durante todo el trayecto hasta la India y, solo entonces, dos meses después, volví a ver lluvia, el monzón tardío de Madrás.

En Vevey me acordé de Daisy y me repuse con un vaso de sal de frutas y en Montreux ya me sentía lo suficientemente bien como para afeitarme. Duffill regresó a tiempo para admirar mi maquinilla eléctrica recargable. Dijo que él usaba hojas de afeitar y en los trenes siempre se hacía una carnicería en la cara. Me mostró un corte en la garganta, y entonces me dijo cómo se llamaba. Había pasado dos meses en Turquía, pero se calló lo que había estado haciendo allá. Bajo la clara luz del sol parecía mucho más viejo que en el ambiente gris de la Victoria Station. Supuse que tendría unos setenta años. No se le veía nada dinámico y a mí no me cabía en la cabeza que un hombre pasara dos meses en Turquía a no ser que hubiera hecho un desfalco.

Miró hacia los Alpes por la ventanilla y comentó:

—Dicen que si esas montañas fuesen obra de los suizos serían algo más planas.

Decidí desayunar, pero anduve hacia ambos extremos del tren y no vi ningún vagón restaurante, solo más coches cama y a personas que en segunda clase estaban dormitando en sus asientos. Al volver al coche 99, me seguían tres muchachos suizos que intentaban abrir la puerta de cada compartimento. Si lo conseguían, miraban al interior donde seguramente había personas que se vestían o estaban acostadas en la cama. Entonces los chicos exclamaban: «*Pardon, madame!, pardon, monsieur!*», mientras los ocupantes se apresuraban a taparse. Cuando estos ingeniosos mirones llegaron a mi coche cama se mostraban muy animados, riendo y gritando, pero cada vez que se les abría una puerta, decían con la mayor corrección: «*Pardon, madame!*». Por fin profirieron un alarido y desaparecieron.

La puerta de los estadounidenses se abrió. Primero salió el hombre anudándose la corbata y luego la mujer apoyándose en un bastón y dando topetazos en las ventanillas a medida que avanzaba por el pasillo. Nos internábamos en el corazón de los Alpes y en los lugares más escarpados se veían chalés de amplios tejados, pegados al suelo como hongos y arracimados en torno a unas iglesias que desafiaban la ley de la gravedad. Muchos de los valles estaban en la oscuridad ya que el sol solo iluminaba las cimas de las montañas. Al nivel del suelo, el tren pasaba por delante de huertos frutales y aldeas de aspecto muy limpio, escenas de hojas de calendario que se admiran un momento antes de sentir el impulso de pasar al mes siguiente.

La pareja estadounidense regresó. El hombre miró hacia mí.

—No puedo encontrarlo —dijo.

—Me parece que no hemos ido suficientemente lejos —repuso la mujer.

—No seas tonta. Aquello era la locomotora. —Me miró—: ¿Lo encontró usted?

—¿Qué?

—El vagón restaurante.

—No hay —dije—. Ya lo he buscado.

—Entonces —gruñó el hombre, que hasta ese momento había contenido su cólera—, ¿por qué demonios nos han llamado para ir a desayunar?

—¿Les han llamado?

—Sí. «Última llamada». ¿No los ha oído usted? «Última llamada para el desayuno», decían. Por eso nos hemos dado prisa.

Los chicos suizos, chillando y abriendo las puertas de los compartimentos, habían precedido la aparición de los americanos. La pareja había interpretado erróneamente el alboroto como una llamada para desayunar. El oído del hambre no está suficientemente aguzado.

—¡Odio Francia! —murmuró el marido.

Su mujer miraba por la ventanilla.

—Me parece que ya hemos salido de Francia. Esto no es Francia.

—Lo mismo da.

El hombre aseguró que no le gustaba parecer un quejica, pero lo cierto era que en París había tenido que pagar veinte dólares por una corta carrera en taxi. Luego un mozo les llevó las dos maletas desde el taxi hasta el andén y les pidió diez dólares. No quería dinero francés, quería diez dólares.

Dije que me parecía excesivo y le pregunté:

—¿Y pagó usted?

—¡Claro que pagué!

—Yo quería discutir con él —dijo la mujer.

—Nunca discuto en países extranjeros —recalcó el hombre.

—Pensamos que perdíamos el tren —aseguró la mujer riendo exageradamente—. ¡Yo casi tuve una hemorragia!

Con el estómago vacío, aquello me pareció muy desconcertante. Me alegré de que él dijera:

—Bien, vámonos, mamá. Si no podemos desayunar, lo mejor es que volvamos al compartimento.

Y se la llevó.

Duffill estaba comiendo lo que le quedaba de su salchichón. Me ofreció, pero le dije que pensaba comprar algo en una estación italiana. Duffill levantó el trozo de salchichón y se lo llevó a la boca, pero en aquel momento entrábamos en un túnel y todo quedó negro.

—Intente encender las luces —dijo—. Yo no puedo comer a oscuras. No encuentro sabor a lo que como.

Busqué el interruptor y lo pulsé, pero permanecimos en la oscuridad.

—Quizá se proponen ahorrar electricidad —comentó Duffill.

En la oscuridad su voz sonaba muy cerca de mi cara. Me acerqué a la ventanilla y traté de distinguir las paredes del túnel, pero estaba demasiado oscuro. El sonido de las ruedas parecía más fuerte en la oscuridad y el tren aumentaba la velocidad, produciéndome una sensación asfixiante de claustrofobia y una aguda conciencia del olor del compartimento, a salchichón, a las prendas de lana de Duffill y a mendrugos. Pasaron unos minutos y todavía estábamos en el túnel. Parecía que estuviéramos descendiendo a un pozo, un gran sumidero de los Alpes que nos llevaría al interior de

un enorme reloj que era Suiza, con dientes y trinquetes de rueda helados y cucos escarchados.

—Esto debe de ser el Simplon —supuso Duffill.

—Valdría la pena que encendieran las luces —dije.

Oí que Duffill envolvía el salchichón sobrante y guardaba el paquete en un rincón.

—¿Qué se propone hacer en Turquía? —le pregunté.

—¿Quién, yo? —exclamó Duffill como si el compartimento estuviese abarrotado de viajeros dispuestos a exponer la razón de su viaje. Hizo una pausa y luego habló —: Estaré en Estambul solo unos días. Después viajaré por el país.

—¿Viaje de negocios o de placer?

Me moría de ganas de saberlo y en la oscuridad de confesonario no me parecía tan mal atosigarle a preguntas. Él no podía ver la ansiedad pintada en mi cara. Por otra parte, yo notaba una vacilación trémula en sus respuestas.

—Un poco de cada cosa —dijo.

Esto no servía de mucho. Yo estaba esperando que añadiese algo más, pero al ver que no lo hacía me atreví a interrogarle:

—¿Qué es exactamente lo que hace, señor Duffill?

—¿Quién, yo? —volvió a decir, pero antes de que pudiera contestarle, el tren salió del túnel y el compartimento se llenó de la luz del sol. Añadió—: Esto debe de ser Italia.

Después se puso la gorra. Al observar que le estaba mirando dijo:

—Hace años que tengo esta gorra, once años. Es muy fácil de lavar. La compré en Barrow-on-Humber.

Volvió a exhumar su paquete de salchichón y reanudó el ágape que el túnel del Simplon había interrumpido.

A las 9.35 nos detuvimos en la estación italiana de Domodossola, donde un hombre vertía tazas de café de una jarra y vendía comestibles de un carretón muy cargado. Tenía fruta, panecillos, varias clases de embutidos y bolsas con comida que, según decía, contenían *tante belle cose*. También tenía una provisión de vino. Molesworth compró un Bardolino y tres botellas de Chianti; yo compré un Orvieto y un Chianti y Duffill se quedó con una botella de clarete.

—Voy a llevar estas botellas al compartimento. ¿Quiere usted comprarme una bolsa con comida? —dijo Molesworth.

Compré dos bolsas y unas manzanas.

—Dinero inglés, yo solo tengo dinero inglés —dijo Duffill.

El italiano le cambió una libra por liras.

Molesworth regresó y dijo:

—Esas manzanas tienen que lavarse. Aquí hay cólera. —Volvió a mirar el carretón y comentó—: Me parece que debo comprar dos bolsas de comida por si acaso.

Mientras Molesworth compraba más comida y otra botella de Bardolino, Duffill dijo:

—Yo tomé este tren en mil novecientos veintinueve.

—Valía la pena tomarlo entonces —repuso Molesworth—. Entonces era todo un señor tren.

—¿Cuánto rato vamos a estar aquí? —inquirí.

Nadie lo sabía. Molesworth llamó al revisor y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo estaremos parados, George?

El revisor se encogió de hombros y entonces el tren comenzó a retroceder.

—¿Cree usted que deberíamos subir? —pregunté.

—Vamos marcha atrás —dijo Molesworth—. Espero que vayan a enganchar.

—*Andiamo* —dijo el jefe de estación.

—Los italianos adoran los uniformes —le comentó Molesworth—. Fíjese usted en él. Y los uniformes son siempre feísimos. Parecen escolares un poco talluditos. ¿Está hablando con nosotros, George?

—Creo que quiere que subamos.

El tren se detuvo. Subí de un salto y miré hacia abajo. Molesworth y Duffill se encontraban al pie de la escalera.

—Usted lleva paquetes —decía Duffill—. Suba primero.

—Yo voy bien —dijo Molesworth—. Suba usted.

—Pero usted lleva paquetes —repitió Duffill. Sacó una pipa de la chaqueta y comenzó a chuparla—. Adelante.

Retrocedió para dejar pasar a Molesworth, que preguntó:

—¿Está usted seguro?

—No hice todo el trayecto entonces, en mil novecientos veintinueve —respondió Duffill—. No lo hice hasta después de la segunda guerra.

Se puso la pipa en la boca y sonrió.

Molesworth subió despacio al tren porque llevaba una botella de vino y su segunda bolsa de comida. Duffill se agarró a las barras de hierro que había al lado de la puerta y, mientras lo hacía, el tren comenzó a moverse y él se soltó y dejó caer los brazos a los costados. Dos empleados se precipitaron hacia él, le sujetaron por los brazos y lo arrastraron a lo largo del andén hacia los escalones móviles del coche 99. Duffill, al sentir que lo agarraban, se resistió; pero le fallaron las fuerzas y dio un paso atrás; dirigió una sonrisa triste hacia el tren fugitivo. Aparentaba cien años de edad. El convoy pasó velozmente por delante de él.

—¡George! —gritó Molesworth—. ¡Pare el tren!

Yo saqué la cabeza por la puerta.

—Todavía está en el andén —dije.

Había dos italianos junto a nosotros, el revisor y uno de los que hacían las camas. Estaban a punto de encogerse de hombros.

—¡Tire de la palanca de alarma! —dijo Molesworth.

—No, no, no, no —dijo el revisor—. Si tiro de ella, tendré que pagar cinco mil liras. ¡No la toque!

—¿Hay otro tren? —pregunté.

—Sí —dijo el que hacía las camas con tono de irritación—. Ese señor puede alcanzarnos en Milán.

—¿A qué hora llega el tren a Milán? —inquirí.

—A las dos.

—Y nosotros, ¿cuándo llegaremos a Milán?

—A la una —dijo el conductor—. Partiremos a las dos.

—Bien, entonces...

—Ese viejo puede ir en coche —explicó el que hacía las camas—. No se preocupe. Tomará un taxi en Domodossola. Estará en Milán antes que nosotros.

—Esos tíos deberían tomar lecciones sobre cómo hacer funcionar un ferrocarril —comentó Molesworth.

Después de haber abandonado a Duffill, comimos en el compartimento de Molesworth. Se nos unió la chica belga, Monique, que trajo queso. Pidió agua mineral y Molesworth le dio el chasco acostumbrado:

—Lo siento, la guardo para lavarme los dientes.

Estábamos sentados hombro con hombro en la cama de Molesworth, comiendo pausadamente el contenido de las bolsas.

—Yo no estaba preparado para esto —afirmó Molesworth—. Pienso que cada país debería tener su propio vagón restaurante. Deberían engancharlo al llegar el tren en la frontera y servir comidas rápidas. —Mordisqueó un huevo duro y agregó—: Deberíamos ponernos de acuerdo y escribir juntos una carta a la empresa Cook.

El *Orient Express*, en otro tiempo único por su buen servicio, es ahora único por su falta de él. El expreso indio de Rajdhani sirve curry en el vagón restaurante y lo mismo hace el correo paquistaní del Jaybar; el *Mashhad Express* sirve kebab de pollo iraní y el tren de Sapporo, en el Japón septentrional, pescado ahumado y arroz apelmazado. En la estación de Rangún venden cajas con comida y los ferrocarriles malayos incluyen siempre un vagón restaurante que parece un puesto de venta de tallarines y en él se puede comprar sopa de *mee-hoon*, y el Amtrak, que siempre había pensado que era el peor ferrocarril del mundo, sirve hamburguesas en el *James Whitcomb Riley* de Washington a Chicago. La inanición le quita todo el encanto a los viajes y, desde este punto de vista, el *Orient Express* es más inadecuado que el más pobre tren de Madrás, en el que se pueden cambiar unos cupones por una bandeja de hojalata con legumbres y un plato de arroz.

—Espero que el señor Duffill tome un taxi —dijo Monique.

—¡Pobre viejo! —repuso Molesworth—. Ya han visto ustedes que se sintió presa del pánico. Comenzó a retroceder. «Usted lleva paquetes —decía—. Usted primero». Podía haber subido si no hubiera tenido miedo. Bien, ya veremos si llega a Milán.

Debería llegar. Lo que me preocupa es que podría haberle dado un ataque cardíaco. No tenía buena cara, ¿verdad? ¿Cómo dicen que se llama?

—Duffill —le dije.

—Duffill —repitió Molesworth—. Si reflexiona un poco, se habrá sentado a beber un trago. Después tomará un taxi hasta Milán. No está lejos, pero si vuelve a sentir pánico, está perdido.

Continuamos comiendo y bebiendo. De haber habido un vagón restaurante habríamos tomado una simple comida, y asunto terminado. Pero como no había vagón restaurante, estuvimos comiendo todo el trayecto hasta Milán, pues el temor a pasar hambre nos abrió el apetito. Monique dijo que éramos como los belgas, que comen constantemente.

Había dado ya la una cuando llegamos a Milán. No se veía señal alguna de Duffill ni en el andén ni en la sala de espera, llena de gente. La estación, construida según el modelo de una catedral, tenía altos techos abovedados, de modo que incluso los letreros que decían USCITA adquirían la metafórica cualidad de consignas religiosas por su tamaño y posición en las paredes. Las galerías solo servían para contener unas águilas de piedra que parecían demasiado gordas para volar. Compramos más bolsas de comida, otra botella de vino y el *Herald Tribune*.

—¡Pobre viejo! —exclamó Molesworth buscando a Duffill con la mirada.

—Me parece que no va a alcanzarnos.

—Le avisan a uno sobre esto, ¿no? Sobre la posibilidad de perder el tren. Uno cree que están enganchando un vagón, pero, en realidad, ya está en marcha. Especialmente el *Orient Express*. En el *Observer* ya se decía algo acerca de esto. Todo el mundo lo pierde. Es famoso por eso.

Junto al coche 99, dijo Molesworth:

—Me parece que lo mejor sería que subiéramos. No quiero verme yo también «duffilleado».

Cuando nos dirigíamos hacia Venecia, ya no había esperanza para Duffill. No tenía la menor probabilidad de alcanzarnos. Terminamos otra botella de vino y me fui a mi compartimento. La maleta de Duffill, la bolsa de la compra y los paquetes de papel estaban apilados en un rincón. Me senté y miré por la ventanilla resistiendo el impulso de husmear en los efectos de Duffill en busca de una pista acerca de lo que iba a hacer a Turquía. Hacía más calor y los campos de trigo amarilleaban. Más allá de Brescia, las ventanas rotas de una hilera de casas me produjeron dolor de cabeza. Momentos más tarde, aturdido por el calor italiano, me dormí.

Venecia, como si fuera un salón en una estación de servicio, está detrás de unos estériles terrenos industriales que apestan a petróleo, llenos de gigantescos vertederos y hornos de refinerías y fábricas que achican a la delicada ciudad que, más allá, parece diminuta. Las pintadas que vemos al pasar están ejecutadas con la misma

profesionalidad que los anuncios: MOTTA GELATI, LOTTA COMMUNISTA, AGIP, NOI SIAMO TUTTI ASSASSINI, RENAULT, UNITÀ. La laguna, con sus brillantes manchas que se dirían retoques del pincel de un desesperado Canaletto, presenta en la orilla del agua una ancha franja compuesta de escombros, botellas de plástico, tazas de váter rotas y espuma de productos industriales arrastrada por el viento. El extrarradio de la ciudad ha sucumbido a la erosión industrial y lo que se ve son las resquebrajadas ventanas y puertas traseras de villas anegadas por el agua, unos cuantos frágiles campanarios venecianos y más hacia el interior, pero bajas y casi hundiéndose, unas paredes de color espagueti y unos tejados rojos sobre los cuales bandadas de ágiles golondrinas están enseñando a volar a las palomas.

—Ya hemos llegado, mamá.

El anciano estadounidense ayudaba a su mujer a bajar del tren y un mozo de cuerda casi la llevó en volandas el resto del camino hacia el andén. La pareja había visto Venecia en tiempos mejores, antes de que tanto la ciudad como sus visitantes se debilitaran, víctimas del fatal envenenamiento de la edad. Pero la señora Ketchum (porque se llamaba así; fue lo último que me dijo) parecía estar herida. Caminaba con dificultad valiéndose de unas articulaciones anquilosadas y de su bastón. Los Ketchum querían ir a Estambul unos días después y a mí me pareció una idea descabellada que quisieran trasladar su debilidad de un país remoto a otro más remoto todavía.

Entregué las violadas pertenencias de Duffill al *controllore* veneciano y le pedí que se pusiera en contacto con Milán y tranquilizara a mi compañero de viaje. Dijo que lo haría, pero hablaba con aquella despreocupación que infunde desconfianza. Le pedí un recibo. Lo hizo mostrando su mal humor mientras iba anotando lenta y desdeñosamente el contenido de los paquetes de Duffill. En cuanto abandonamos Venecia, rompí el papel y arrojé los trozos por la ventanilla. Solo le había pedido la nota para molestarlo.

En Trieste, Molesworth descubrió que el revisor italiano había arrancado todos los billetes de su cartera de Cook. El revisor italiano estaba en Venecia y había dejado a Molesworth sin billete para Estambul o para Yugoslavia. Sin embargo, este no perdió la calma. Dijo que su estrategia en aquella situación consistía en decir que no tenía más dinero y que solo hablaba inglés.

Pero el nuevo revisor era duro de pelar. No se movía de la puerta del compartimento de Molesworth.

—Usted no lleva billete —dijo.

Molesworth no respondió. Se sirvió vino en el vaso y comenzó a sorberlo.

—Usted no lleva billete.

—Se equivoca, George.

—Usted —le repetía el revisor mostrando un billete a Molesworth—, usted no tiene billete.

—Lo siento, George —dijo Molesworth sin dejar de beber—. Tendrá que telefonar a la agencia Cook.

—Usted no tiene billete. Tiene que pagar.

—Yo no pago, no tengo dinero —dijo Molesworth, y añadió dirigiéndose a mí—. Desearía que ese hombre se marchara.

—Usted no puede viajar —dijo el revisor.

—Ya lo creo.

—No tiene billete, no puede viajar.

—¡Santo cielo! —exclamó Molesworth.

La discusión se prolongó un buen rato. El revisor persuadió a Molesworth para que entrara en la estación de Trieste; una vez allí, comenzó a sudar. Explicó la situación al jefe de estación, el cual se levantó, salió del despacho y no volvió. Encontraron otro empleado.

—Fíjese en el uniforme —dijo Molesworth—. Feísimo.

Aquel empleado intentó telefonar a Venecia. «*Pronto! Pronto!*», pero el teléfono estaba estropeado.

—Me rindo —dijo Molesworth finalmente—. Tome, tome, aquí tengo algo de dinero.

Exhibió un puñado de billetes de diez mil liras.

—Voy a comprar otro billete.

El conductor alargó la mano, pero Molesworth retiró el dinero cuando aquel iba a tomarlo.

—Mire, George —dijo Molesworth—. Usted me vende un billete, pero antes me firma una nota para que pueda recuperar mi dinero. ¿Estamos?

—Creo que todos ellos son gentuza —fue todo lo que dijo Molesworth cuando volvíamos.

En Sežana, en la frontera yugoslava, también se portaron como gentuza. Unos policías yugoslavos de caras fofas y negros cinturones abarrotaban el pasillo del tren y examinaban los pasaportes. Yo mostré el mío. El policía lo tomó, se lamió el pulgar y fue volviendo las páginas, dejando en ellas manchas húmedas, hasta que encontró mi visado. Me lo devolvió. Yo intenté pasar por su lado para ir al compartimento de Molesworth a buscar mi vaso de vino. El policía me puso la mano sobre el pecho y me dio un empujón. Al verme tambalear hacia atrás, sonrió levantando los labios sobre unos terribles dientes.

—Ya puede imaginarse cómo se comportan estos policías yugoslavos en tercera clase —dijo Molesworth en una rara muestra de conciencia social.

Fuera del tren vimos unos niños yugoslavos jugando, unos yugoslavos adultos con sus maletas y unos yugoslavos uniformados con sus bolsas de cuero fumando cigarrillos malolientes de una marca muy apropiada: Stop.

En el coche 99 se habían instalado más pasajeros en Venecia: una señora armenia procedente de Turquía (con una hermana en Watertown, Massachusetts), que viajaba

con su hijo (cada vez que yo hablaba a la hermosa mujer el muchacho se echaba a llorar hasta que comprendí el mensaje y me largué); una monja italiana con cara de emperador romano y un esbozo de bigote; Enrico, el hermano de la monja, que ocupaba la litera de Duffill; tres individuos turcos, que se las arreglaron como pudieron para dormir en dos literas, y un doctor procedente de Verona.

El doctor, un especialista en cáncer que iba a una conferencia sobre este terrible mal en Belgrado, hizo buenas migas con Monique, quien le llevó al compartimento de Molesworth a tomar un trago. El médico se mostró reservado, hasta que la conversación derivó al tema del cáncer. Entonces, igual que el doctor Benway de William Burroughs («Cáncer. ¡Mi primer amor!»), se volvió completamente amigable, puesto que nos resumió el artículo que iba a leer en la conferencia. Todos nosotros intentamos comprender lo que decía sobre el cáncer, pero cuando observé que el doctor pellizcaba el brazo de Monique pensé que quizá había localizado un síntoma y estaba proyectando un examen más minucioso, de modo que dije buenas noches y me fui a la cama a leer *La pequeña Dorrit*. Encontré cierta inspiración en la frase del señor Meagles: «Uno comienza a olvidar un lugar en cuanto lo abandona», y repitiendo este pensamiento en mi cerebro me quedé profundamente dormido como los niños en la cuna y los viajeros de ferrocarril en los coches cama.

A la mañana siguiente me estaba afeitando con mi máquina eléctrica, causando la admiración de Enrico —como antes había dejado admirado a Duffill—, cuando pasamos junto a un tren que llevaba escritas en una placa esmaltada las palabras MOSKVA-BEOGRAD. El *Direct Orient* se detuvo y Enrico se apeó. Aquello era Belgrado, que llamaba la atención hacia este hecho con letreros tales como CENTRO-COOP, ATEKS, RAD y uno que me gustó mucho, TRANS-JUG. Fue aquí, en la estación de Belgrado, donde pensé que podía utilizar mi cámara fotográfica. Encontré a un grupo de campesinos yugoslavos, mamá Yugo, papá Yugo, abuelita Yugo y un montón de yuguitos. Los hombres lucían grandes bigotes, una de las mujeres llevaba un vestido de raso verde encima de unos pantalones de hombre y la abuelita, que se envolvía en un chal que le tapaba todo menos la enorme nariz, portaba una gran bolsa. El resto del equipaje, un poco manejable surtido de cajas de cartón y fardos bien cosidos, era transportado a través de la vía de un andén a otro. Cualquiera de aquellos bultos habría podido ocasionar un descarrilamiento. *Emigrantes en Belgrado*: un retrato conmovedor de futilidad. Enfoqué y me dispuse a disparar la cámara, pero vi que la abuela le decía unas palabras al hombre y que este se volvía hacia mí con un gesto amenazador.

Más allá tuve otra excelente ocasión. Un hombre con el uniforme de inspector de ferrocarril, ataviado con gorra, charreteras y un pantalón bien planchado avanzaba hacia mí. El rasgo interesante y fotogénico era que llevaba un zapato en cada mano y andaba descalzo. Tenía unos pies grandes y blancos como nabos. Esperé a que pasara y entonces disparé. Pero él oyó el ruido y se volvió para insultarme. A partir de entonces tomé mis fotos con mayor disimulo.

Molesworth me vio haraganeando por el andén y dijo:

—Creo que deberíamos subir. Ya no me fío de este tren.

Pero todo el mundo estaba en el andén. Ciertamente, todos los andenes de la estación de Belgrado estaban llenos de viajeros, dejándome la inolvidable impresión de que Belgrado es una terminal en la que la gente espera trenes que nunca llegarán, mirando locomotoras que cambian de vía indefinidamente. Se lo indiqué a Molesworth.

—Ahora no pienso más que en el peligro de duffillear, no quiero quedar duffilleado. —Subió al coche 99 y me gritó—: ¡No vaya usted a duffillearse!

Habíamos dejado al revisor italiano en Venecia. En Belgrado nuestro revisor yugoslavo fue sustituido por un revisor búlgaro.

—¿Americano? —preguntó el búlgaro al mirar mi pasaporte.

Le dije que sí.

—Agnew —dijo inclinando la cabeza.

—¿Conoce usted a Agnew?

Sonrió.

—Se encuentra en mala situación —repuso.

Molesworth, siempre práctico, dijo:

—Usted es el revisor, ¿verdad?

El búlgaro hizo chocar los tacones y saludó con una pequeña reverencia.

—¡Estupendo! —dijo Molesworth—. Bien, le agradeceré que se lleve de aquí esas botellas.

Señaló el suelo de su compartimento donde había un montón impresionante de botellas de vino.

—¿Las vacías? —preguntó sonriendo el búlgaro.

—Exacto —contestó Molesworth y vino a reunirse conmigo junto a la ventanilla.

El extrarradio de Belgrado era agradable y con frondosos árboles, y como era mediodía cuando dejamos la estación, los labradores por delante de los cuales pasábamos habían dejado sus herramientas y se habían sentado con las piernas cruzadas en lugares de sombra, junto a la vía del tren. Estaban almorzando. El tren iba aún tan despacio que podían verse los platos de col hervida y contarse las aceitunas negras dentro de los cuencos. Estos grupos de comensales se pasaban entre ellos unos panes del tamaño de balones de fútbol y los iban reduciendo por el procedimiento de arrancarles trozos y rebañar con ellos los platos.

Mucho más adelantado mi viaje, en el bar de un barco ruso en el mar de Japón, yendo del bazar del ferrocarril japonés al soviético, encontré en Najodka un simpático yugoslavo llamado Nikola, el cual me dijo:

—En Yugoslavia tenemos tres cosas: libertad, mujeres y bebida.

—Pero no las tres al mismo tiempo, seguramente. —respondí esperando que no se ofendiera.

Ese día estaba mareado y había olvidado Yugoslavia, la larga tarde de septiembre que había pasado en el tren de Belgrado a Dimitrovgrad, sentado en mi asiento del rincón con una botella de vino llena y mi pipa que tiraba estupendamente.

Había mujeres, pero eran viejas, resguardadas con sus chales de los rayos del sol y uncidas a verdes cubas de riego en unos pisoteados campos de maíz. Aquellas tierras bajas, desiguales y polvorientas solo conseguían sustentar a unos cuantos animales de granja, quizá cinco vacas inmóviles que se morían de hambre mientras un pastor apoyado en su bastón las contemplaba de la misma manera que los espantapájaros (dos bolsas de plástico sobre una cruz de palo) presidían los campos devastados de coles y pimientos. Y más allá de las hileras de coles azules, un cerdo sonrosado empujaba con el hocico la valla de su pequeña pocilga y una vaca estaba tumbada debajo de una portería hecha de ramas en un campo de fútbol sin utilizar. Pimientos rojos, carmesíes y puntiagudos, se secaban al sol en el exterior de las granjas en esas zonas en las que la agricultura consistía en hombres que se tambaleaban al empujar arados y rastrillos de madera tirados por bueyes, o que ocasionalmente conducían bicicletas cargadas de balas de heno. Los pastores no eran simplemente pastores; eran centinelas que guardaban pequeños rebaños contra los merodeadores: cuatro vacas vigiladas por una mujer, tres cerdos grises conducidos por un hombre provisto de un garrote, unos pollos escuálidos vigilados por escuálidas criaturas. Libertad, mujeres y bebida era la definición de Nikola; y allí había una mujer en un campo haciendo una pausa para llevarse a la boca una cantimplora; y después de beber, se agachó y continuó atando tallos de maíz. Grandes calabazas de color ocre reposaban pesadamente en viñedos que se estaban marchitando; gentes que cebaban bombas de agua y sacaban cubos del interior de unos pozos mediante largas pértigas; altos y estrechos almiarés y campos de pimientos en tantas fases de madurez que a primera vista los tomé por jardines. Es una sensación de paz, de profundo aislamiento rural que el tren perturba unos breves instantes. Esta tarde en Yugoslavia continúa sin cambiar durante horas, y luego todas las personas desaparecen y el efecto es imponente: carreteras sin coches ni bicicletas, casas de campo con las ventanas cerradas junto a los sembrados vacíos, árboles cargados de manzanas sin que nadie las arranque. Quizá no sea la hora adecuada, las 3.30; quizá haga demasiado calor. Pero ¿dónde está aquella gente que amontonaba el heno y ponía con tanto cuidado a secar los pimientos? El tren continúa avanzando, esta es la belleza de un tren, con su movimiento despreocupado, sigue pasando por delante de los mismos paisajes. Seis lindas colmenas, una locomotora de vapor abandonada con una guirnalda de flores silvestres alrededor de su chimenea, un buey dentro de un establo cerca del paso a nivel. En medio del intenso calor de la tarde, mi compartimento se llena de polvo, y allá, en la parte delantera del tren, unos turcos están acostados en sus asientos, durmiendo con la boca abierta y con unos niños despiertos sentados sobre el estómago. En cada río y en cada puente hay unas construcciones cuadradas de ladrillo, como copias croatas de las torres Martello, que las bombas han dejado

picadas de viruelas. Entonces vi un hombre sin cabeza inclinado sobre un campo, camuflado por los tallos de maíz que eran más altos que él; me pregunté si me habrían pasado inadvertidos los otros labradores, debido a que sus cosechas les convertían en seres diminutos.

Un drama se produjo en las afueras de Niš. En una carretera cerca de la vía del tren, una multitud se empujaba para contemplar un caballo todavía enjaezado y enganchado a un carro, y que yacía muerto, tendido sobre uno de sus costados, dentro de una charca en la que evidentemente se había quedado atascado el vehículo. Me imaginé que al animal se le había reventado el corazón cuando trataba de sacar el carro del lodazal en que se encontraba. Acababa de suceder en aquel momento. Unos niños llamaban a sus amigos, un hombre dejaba caer su bicicleta para acudir corriendo a ver qué ocurría, y más allá, un hombre que estaba orinando junto a una valla se ponía de puntillas para ver el caballo. La escena era como una pintura flamenca en la que el sujeto que orinaba constituía un vívido detalle. El marco de la ventanilla del tren, al retener la escena por unos instantes, hizo de ella un cuadro. El hombre de la valla sacude las últimas gotas de su pene y, metiéndolo dentro de sus holgados pantalones, empieza a correr. El cuadro queda completo.

—Detesto visitar las ciudades —dijo Molesworth.

Nos hallábamos junto a la ventanilla del pasillo y un policía yugoslavo acababa de reprenderme por haber hecho una foto de una locomotora de vapor que, al sol del atardecer y en medio del remolino de polvo que los millares de personas que regresaban a sus hogares habían levantado al cruzar la vía, se hallaba rodeada por una exhalación de vapores azulados que se mezclaban con nubes de dorados mosquitos. Estábamos en una garganta rocosa cerca de Niš en el camino de Dimitrovgrad, y las peñas iban elevándose a medida que avanzábamos y presentaban ocasionales simetrías, como restos de una inteligente construcción de ladrillo en un castillo en ruinas. El panorama parecía cansar a Molesworth, que se sintió obligado a explicar su fatiga.

—Todo ese andar de acá para allá con guías de viajes —dijo al cabo de un rato—, esas horribles colas de turistas, entrando y saliendo de iglesias, museos y mezquitas. No, no, no. Lo que yo quiero precisamente es estar tranquilo, encontrar una silla cómoda. ¿Comprende usted lo que quiero decir? Quiero absorber un país.

Estaba bebiendo. Los dos estábamos bebiendo, pero el alcohol le ponía a él meditabundo, mientras que a mí me daba hambre. El único alimento que había consumido durante el día era un bollo de queso en Belgrado, una bolsa de *pretzels* y una manzana ácida. La vista de Bulgaria, con sus casas decrepitas y sus cabras flacas, no me hacía concebir la esperanza de comer bien en la estación de Sofía, y al llegar a la ciudad de Dragoman, nombre pronunciado con temor, a varias personas, algunas

de ellas del coche 99, se les obligó a salir del tren porque no habían sido vacunadas contra el cólera. Italia, según los búlgaros, estaba afectada por esta enfermedad.

Fui en busca del revisor búlgaro y le pedí que me describiera una comida típica búlgara. Fui anotando las palabras búlgaras que correspondían a las cosas que él había mencionado: queso, patatas, pan, salchichas, ensalada de habichuelas, etcétera. Me aseguró que habría comida en Sofía.

—Este es un tren exasperantemente lento —dijo Molesworth cuando el *Direct Orient* avanzaba chirriando a través de la oscuridad.

Aquí y allá había una linterna amarilla, un fuego a lo lejos, una luz de una caseta en un apeadero remoto donde, apenas visible, un hombre se hallaba a cinco pasos de la barraca presentando su bandera al expreso tardón.

Le mostré a Molesworth mi lista de alimentos búlgaros y le dije que proyectaba comprar lo que pudiera obtenerse en Sofía. Sería nuestra última noche en el *Direct Orient* y bien merecíamos un buen ágape.

—Muy interesante —repuso Molesworth—, pero ¿qué piensa utilizar usted como dinero?

—No tengo la menor idea —le dije.

—Aquí usan el lev, como es sabido. Pero la dificultad es que no pude encontrar la cotización correspondiente. El director de mi banco me dijo que era una de esas monedas desesperantes. Supongo que no es realmente una moneda, solo trozos de papel.

Por la forma en que hablaba, era evidente que no tenía hambre.

—Yo siempre uso plástico —prosiguió diciendo—. El plástico es increíblemente útil.

—¿Plástico?

—Bueno, estas cosas.

Dejó el vaso, sacó de una cartera unas tarjetas de crédito y fue leyendo sus inscripciones.

—¿Cree usted que la tarjeta de Barclays será válida en Bulgaria?

—Esperemos que sea así —dijo—. Pero, si no, todavía nos quedan algunas liras.

Eran más de las once de la noche cuando entramos en Sofía y al ver que Molesworth y yo saltábamos del tren, el revisor nos recomendó que nos diéramos prisa.

—Quince minutos, quizá diez.

—¡Usted dijo que tendríamos media hora!

—Pero es que ahora vamos muy retrasados. No hablen y dense prisa.

Caminamos presurosos por el andén en busca de comida. Vimos una cafetería con una multitud junto al mostrador y no había nada más, excepto, al otro extremo del andén, un hombre con un carretón metálico y humeante. Era calvo. Con una mano sostenía una bolsa de papel y con la otra abría los diversos compartimentos de su carretón y mostraba blancos panecillos y rojas y goteantes salchichas, del tamaño de

plátanos, con una carne rosada que asomaba por sus ligeras grietas. Teníamos tres clientes delante de nosotros. Les sirvió tomándose su tiempo, metiendo panecillos y salchichas en las bolsas con un tenedor. Cuando llegó mi turno, le mostré dos dedos, luego mudé de parecer, y le mostré tres dedos. El hombre puso en la bolsa tres de cada cosa.

—Lo mismo —dijo Molesworth y le entregó un billete de mil liras.

—No, no —dijo el hombre, rechazando mi dólar al tiempo que me arrebató la bolsa y la ponía encima del carretón.

—No quiere nuestro dinero —dijo Molesworth.

—*Banka, banka* —decía el hombre.

—Quiere que vayamos a cambiar.

—Esto es un dólar —dije yo—. Quédeselo todo.

—No quiere —dijo Molesworth—. ¿Dónde está su *banka*?

El calvo señaló la estación. Corrimos en la dirección que su dedo indicaba y encontramos una oficina de cambio de moneda donde una larga cola de gente desconsolada empuñaba unos trozos de papel y empujaba con el pie su equipaje a medida que la fila iba avanzando centímetro a centímetro.

—Me parece que tendremos que renunciar —dijo Molesworth.

—Me estoy pirrando por una de esas salchichas.

—A menos que desee quedar duffilleado —dijo Molesworth—, debería usted volver al tren. Creo que voy a hacerlo.

Así lo hicimos, y unos minutos después silbó la locomotora y la oscuridad búlgara se tragó Sofía. Enrico, al vernos llegar con las manos vacías, pidió unas galletas italianas a su hermana la monja y nos las dio; la señora armenia nos ofreció un trozo de queso e incluso se sentó junto a nosotros a echar un trago hasta que su hijo se presentó en nuestro compartimento en pijama. Al ver que su madre reía, él se echó a llorar.

—Ya voy —dijo la señora. Y se fue.

Monique se había acostado; Enrico también. El coche 99 estaba dormido, pero la velocidad del tren iba en aumento.

—Después de todo, no nos ha ido mal —comentó Molesworth cortando el queso—. Dos botellas más de vino, una por cabeza, y todavía queda algo de Orvieto. Queso y galletas. Podemos llamar a esto una cena tardía.

Continuamos bebiendo y Molesworth habló de la India y de cómo había partido por primera vez a bordo de un vapor de P & O con miles de hombres alistados, rudos mineros de los yacimientos de carbón de Durham. Molesworth y sus compañeros oficiales tenían bebida en abundancia, pero debían compartirla con los soldados. Al cabo de un mes se les acabó la cerveza. Hubo peleas, los hombres se amotinaron y cuando llegaron a Bombay, casi todos ellos estaban encadenados.

—Le diré una cosa —dijo Molesworth descorchando la última botella—. Suele ser una buena norma la de beber el vino del país que uno está atravesando.

Miró por la ventanilla hacia el oscuro exterior.

—Supongo que eso es todavía Bulgaria. ¡Qué lástima!

Grandes perros grises, una jauría de siete, seguramente salvajes, recorrían las ásperas estepas del noroeste de Turquía, ladrando al tren. Me despertaron en Tracia, que Nagel llama «más bien carente de atractivo», y cuando los perros salvajes aflojaron el paso y quedaron atrás, el espectáculo quedó reducido a una triste monotonía de colinas bajas. Los ocasionales puestos militares, los hombres que con palas cargaban en tolvas de hierro remolachas cubiertas de tierra, y la ausencia de árboles aumentaban la tristeza del paisaje. Y yo no podía soportar aquellas colinas peladas. Edirne (Adrianópolis) estaba al norte, Estambul se encontraba aún lejos, a cuatro horas, pero atravesábamos la estepa parándonos solo en las estaciones más pequeñas. Un viaje poco digno de mención a través de un paisaje yermo. La falta de características constituye el único atributo de la estepa, y después de decir esto y de atribuirle un matiz marrón, no hay nada más que añadir.

No obstante, no me apartaba de la ventanilla esperando alguna sorpresa. Pasamos por delante de otra estación. La escruté por si descubría en ella algún detalle, pero era el calco de cincuenta estaciones anteriores y esta repetición le restaba todo el interés.

El gran expreso procedente de París se convirtió en un dudoso e irritante local turco tan pronto como llegó a las afueras de Estambul, parando en cada estación simplemente para dar a los revisores la oportunidad de hacer el tonto con libretas en las equivalentes turcas de las paradas de Clapham Junction y Scarsdale.

En el lado derecho del tren estaba el mar de Mármara, en el que buques de carga con cascos herrumbrosos y barcos de pesca con forma de cimitarra estaban rodeados de caiques en el agua centelleante. A nuestra izquierda iban desfilando los suburbios, que cambiaban cada cincuenta metros. Tiendas de campaña diseminadas y aldeas de pescadores cedían su lugar a altísimos edificios de apartamentos con chozas a sus pies; después una serie de bungalós y en la ladera de una colina un desparrame majestuoso de casas de madera, la clase de vivienda (de tres plantas, desvencijada y sin pintar) que gozaba de aprecio tanto en Somerville, Massachusetts, como en Estambul. Se tarda un rato en comprender que estos estilos de construcción tan diferentes entre sí no representan clases sociales, sino más bien siglos, y cada uno de ellos es ejemplo de su propia época. Estambul es una ciudad con veintisiete siglos de historia, y se vuelve más vieja y más sólida (del cascajo a la madera, de la madera al ladrillo, del ladrillo a la piedra) a medida que uno va acercándose al serrallo.

Estambul empieza cuando el tren pasa por delante de la muralla de la ciudad junto a la Puerta de Oro, el arco de triunfo de Teodosio, construido en el año 380, pero no mucho más decrepito que las cuerdas de tender la ropa que se agitan por efecto del viento en su base. Aquí, sin razón aparente, el tren aumentó su velocidad y corrió hacia el este a lo largo del morro de Estambul, pasó por delante de la mezquita Azul y

el palacio Topkapi y luego circundó el Cuerno de Oro. La estación de Sirkeci no es nada en comparación con su estación hermana, la de Haydarpasa, al otro lado del Bósforo, pero su proximidad a la animada plaza Eminönü y una de las más bellas mezquitas de la ciudad, la Mezquita Nueva, por no mencionar el puente de Gálata (que acomoda a toda una comunidad de buhoneros, tiendas de pescado, comercios, restaurantes y rateros disfrazados de vendedores ambulantes), provoca en el que llega a Estambul en el *Direct Orient Express* una mezcla de sorpresa y ganas de reír al verse de pronto en un bazar.

—Todo tiene un aspecto detestable —dijo Molesworth sonriendo—, pero me parece que me va a gustar.

Se marchó al muypreciado pueblo de pescadores de Tarabya. Me dio su número de teléfono y dijo que le llamase si me aburría. Todavía estábamos en el andén de Sirkeci. Molesworth se volvió hacia el tren.

—Debo decirle que no me apena ver la parte trasera de ese tren, ¿y a usted?

Pero lo dijo en un tono de cariño, como el que se llama tonto a sí mismo, pero en realidad quiere decir lo contrario.

Verse a uno mismo en un espejo de tres metros de altura y marco dorado del Pera Palas de Estambul es conocer un instante de gloria, la alegría de ver la propia cara en un retrato de príncipe. La decoración del fondo es de una suntuosidad decadente, cuatro mil metros cuadrados de mullida alfombra, negros paneles y esculturas rococó en las paredes y el techo, donde unos cupidos sonríen pacientemente y van desconchándose a pedacitos. En lo alto penden complicadas arañas de luces, y pasadas las columnas de mármol del salón de baile y las palmeras de cerámica, se encuentra el bar de caoba en el que lucen unas copias excelentes de pinturas francesas mediocres. Este palacio, que desde el exterior no parece más imponente que el Charlestown Savings Bank de Boston, está regentado por unos hombrecillos vestidos de oscuro que parecen pertenecer a varias generaciones de la misma familia, cada uno de los cuales muestra una sonrisa cortés bajo su bigote al dar respuestas francesas a preguntas inglesas. Afortunadamente, el hotel es una fundación caritativa conforme a los deseos del difunto propietario, un filántropo turco: los beneficios de los gastos principescos, cualquier voluptuoso exceso, pasan a mejorar la suerte de turcos menesterosos.

Mi primer día en la ciudad lo dediqué obsesivamente a pasear, como un hombre que de pronto se ve liberado del enclaustramiento de un largo cautiverio. La única molestia del tren, para un paseante como yo, es no poder caminar. A medida que transcurrían los días, mis ansias de callejear se moderaban y con el *Turkey* de Nagel en la mano empecé a visitar los lugares de interés de la ciudad, actividad que deleita al realmente ocioso, porque se parece mucho a una ocupación erudita: uno contempla cosas antiguas y se imagina con orgullo que está descubriendo el pasado, cuando en realidad lo está uno inventando con un libro guía en el que hace rápidas anotaciones.

Pero ¿cómo debería ver uno Estambul? Gwyn Williams, en su *Turkey: A traveller's guide and history*, recomienda:

Un día para murallas y fortificaciones, unos cuantos días en busca de acueductos y cisternas, dentro y fuera de la ciudad, una semana para los palacios, otra para los museos, un día para columnas y torres, semanas para iglesias y mezquitas... Pueden dedicarse días a tumbas y cementerios, y el decorado de la muerte resultará más alegre de lo que uno había pensado.

Después de estas agotadoras correrías, la muerte misma, fuera cual fuese el decorado, parecería bastante alegre. En cualquier caso, yo tenía que tomar un tren, de modo que asomándome a unas cuantas esquinas me di por satisfecho y pensé que era aquella una ciudad a la que volvería con mucho gusto. En el harén de Topkapi me mostraron las salas de los eunucos negros. En el exterior de cada celda había varios instrumentos de tortura: empulgueras, látigos, etcétera. Pero los castigos, según la guía, no eran siempre refinados. Le pedí que presentara un ejemplo.

—Los cuelgan y les azotan los pies —dijo.

Un francés se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Está hablando en inglés esta señorita?

Sí, y también hablaba alemán, pero a los dos idiomas les daba ritmos y fricativas propios de la lengua turca. A nadie parecía preocuparle lo que decía, y la mayoría de las personas andaban de un lado a otro y comentaban:

—¿Te gustaría tener una de esas piezas?

En la sala de las joyas, esta observación adquiriría una curiosa ironía porque la mayor parte de las que adornan las dagas y las espadas son falsificaciones, ya que hace años que han sido robadas las auténticas. Los turcos se empeñan, por razones de patriotismo, en que aquellas esmeraldas grandes como huevos son auténticas, de la misma manera que insisten en afirmar que la huella de Mahoma en el patio del sagrado museo es realmente del pie del profeta. De ser verdad, debió de ser el único árabe de la historia que calzaba un cuarenta y ocho.

Más extraña que esto, pero manifiestamente cierta, es la historia del mosaico de una galería alta de Santa Sofía, que representa a la emperatriz Zoe (978-1050) y a su tercer esposo, Constantino Monómaco. El rostro de Constantino posee la cualidad de máscara de la cara de Gertrude Stein en el famoso retrato pintado por Picasso. En realidad, la cara de Constantino fue puesta en aquel mosaico después de que muriera o fuese desterrado el primer marido de Zoe, Romano III. Pero los mejores mosaicos no se encuentran en las grandes iglesias y mezquitas del centro de Estambul, sino en el pequeño edificio, en estado ruinoso y de color sucio, llamado San Salvador de Cora, en las afueras de la ciudad. Allí, los mosaicos son maravillosamente delicados y humanos, y los millones de pequeños azulejos dan la impresión de pinceladas.

Jesucristo parece respirar y la Virgen, en uno de los frescos, es la viva estampa de Virginia Woolf.

Aquella tarde, ansioso por ver el lado asiático de Estambul y disponiéndome a comprar el billete de tren a Teherán, tomé el ferry para ir a Haydarpasa, al otro lado del Bósforo. El mar estaba inesperadamente en calma. Después de leer *Don Juan*, pensé que estaría encrespado:

... No hay un mar que levante rompientes
más peligrosas que las del Euxino.

Pero eso está más allá del Bósforo. Aquí el mar es liso como un espejo, y la estación de Haydarpasa, un macizo edificio europeo de color oscuro con un reloj y dos capiteles romos, se reflejaba en él. La estación es una incongruente puerta de acceso a Asia. Fue construida en 1909, a partir del proyecto de un arquitecto alemán que evidentemente suponía que Turquía pronto formaría parte del Imperio germano en el que, en estaciones como esta, los pueblos sometidos comerían lealmente salchichas. La intención parece haber sido la de erigir un edificio en el que pudiera colgarse un retrato del káiser sin que desentonase.

—*Teheran gitmek ichin bir bilet istiyor*um —le dije a la chica del mostrador, echando una mirada a mi libro de frases para infundirme valor.

—No vendemos billetes en domingo —respondió la chica en inglés—. Venga usted mañana.

Como me encontraba en el lado derecho del Bósforo, fui andando desde la estación hasta los cuarteles Selimiye, donde, durante la guerra de Crimea, Florence Nightingale estuvo atendiendo a soldados gangrenosos. Pregunté al centinela si podía entrar.

—¿Nightingale? —dijo.

Yo asentí con la cabeza. Me explicó que el cuarto de Florence estaba cerrado los domingos y me indicó que fuera al cementerio de Üsküdar, la mayor necrópolis de Estambul.

Mientras me encaminaba a Üsküdar comprendí qué era lo que hasta entonces me había molestado del país. El padre de los turcos, que eso es lo que quiere decir su sobrenombre, fue Mustafá Kemal Atatürk, y por dondequiera que uno va en Turquía ve fotografías, retratos y estatuas de él; se le encuentra en carteles, sellos, monedas, siempre el mismo perfil. Se ha dado su nombre a calles y plazas y sale a relucir en casi todas las conversaciones. Este rostro se ha vuelto emblemático, tiene una vaga forma de estrella, con un esbozo de nariz y barbilla, y es tan ubicuo como el carácter simplificado que los chinos emplean para ahuyentar a los demonios. Atatürk accedió al poder en 1923, declaró república a Turquía y, para modernizarla, clausuró todas las escuelas religiosas, disolvió las órdenes de derviches e introdujo el alfabeto latino y el código civil suizo. Murió en 1938, y en ese año me encontraba: la modernización

cesó en Turquía con el fallecimiento de Atatürk, a las nueve y cinco minutos del 10 de noviembre de 1938. Como para demostrarlo, la habitación en la que falleció se ha dejado tal como se hallaba entonces, y todos los relojes del palacio indican la hora 9.05. Esto parecía explicar por qué los turcos por lo general visten como vestía la gente en 1938, con peludos suéteres de color castaño, pantalones holgados y chaquetas de estameña azul con hombros enguatados, anchas solapas y un pañuelo de tres puntas en el bolsillo del pecho. Llevan el pelo ondulado con brillantina y el bigote depilado. Las mujeres suelen llevar la falda unos cinco centímetros por debajo de la rodilla. Es una modernidad anterior a la guerra, y no hay que mirar muy lejos para ver Packards, Dodges y Pontiacs del año 1938 avanzando a lo largo de las calles que fueron ensanchadas cuando aparecieron estos modelos de automóvil. Las tiendas de muebles de Estambul exhiben en sus escaparates sus últimos diseños: sillas supertapizadas y sofás con pies en forma de garra. Todo esto le lleva a uno a la ineludible conclusión de que, si el cenit de la elegancia otomana fue el reinado de Solimán el Magnífico, en el siglo XVI, la cúspide de lo moderno se encuentra en 1938, cuando Atatürk aún estaba modelando la elegancia turca basándose en los tímidos diseños de Occidente.

—Es usted muy perspicaz —me dijo Molesworth cuando le llamé por teléfono para comunicarle mis impresiones.

Luego cambió de tema y me aseguró que estaba disfrutando mucho en Tarabya, pues el clima era estupendo.

—Véngase a almorzar. El taxi le costará un ojo de la cara, pero le prometo un vino excelente. Se llama Cankia o Ankia. Es seco, blanco, con un brillo rosado, pero no es un rosado. Yo detesto el rosado y este resulta ciertamente muy pasable.

No pude reunirme con Molesworth para almorzar con él. Tenía un compromiso anterior, mi única obligación en Estambul, una conferencia de sobremesa organizada por un empleado muy servicial de la embajada estadounidense. No pude cancelar el compromiso: tenía una cuenta de hotel que pagar. Así pues, me dirigí a la sala de conferencias, donde una veintena de turcos estaban tomando unas copas como preparación para la conferencia. Me dijeron que eran poetas, dramaturgos, novelistas y académicos. El primer individuo con quien hablé era el más pomposo, el presidente de la Unión Literaria Turca, un tal señor Ercumena Behzat Lav, nombre que me resultó impronunciable. Tenía un aspecto de eminencia espuria, pelo blanco, pies diminutos y una mirada que resultaba desdeñosa de un modo muy estudiado. Fumaba con la aversión que afectan las personas en el momento en que están a punto de abandonar el hábito de fumar. Le pregunté qué hacía.

—Dice que no habla inglés —dijo la señora Nur, mi guapa intérprete. El presidente había hablado mirando hacia otro lado—. Prefiere hablar en turco, aunque se dirigirá a usted en alemán o en italiano.

—*Va bene* —dije—. *Allora, parliamo in italiano. Ma dove imparava questa lingua?*

El presidente se dirigió a la señora Nur en turco.

—Pregunta el señor presidente si habla usted alemán.

—No muy bien.

El presidente dijo algo más.

—Hablará en turco.

—Pregúntele qué hace. ¿Es escritor?

—Esta —dijo el hombre a través de la señora Nur— es una pregunta que carece completamente de sentido. Uno no puede decir en pocas palabras lo que hace o es. Eso lleva meses, a veces años. Puedo decirle mi nombre. El resto tiene que averiguarlo por sí mismo.

—Dígale que eso representa un trabajo excesivo —dije, y me alejé.

Entablé conversación con el jefe del departamento de inglés de la Universidad de Estambul, el cual me presentó a su colega. Los dos vestían trajes de mezclilla y estaban de pie balanceándose sobre sus talones, que es como los académicos ingleses acogen a los nuevos miembros del Senior Common Room.

—Es otro antiguo alumno de Cambridge —dijo el jefe dando una palmada en la espalda de su colega—. Del mismo *college* que yo. Fitzbill.

—¿Fitzwilliam College?

—Exacto, aunque hace muchos años que no he vuelto allá.

—¿Qué es lo que enseña usted? —le pregunté.

—¡Todo, desde *Beowulf* hasta Virginia Woolf!

Parecía como si todo el mundo hubiera ensayado su papel menos yo. Mientras estaba pensando una respuesta, me sentí agarrado por un brazo y llevado lejos de allí. El hombre que así me arrastraba era alto y corpulento, de cuello grueso y grandes mandíbulas. Sus gafas de cristales ligeramente oscuros no disimulaban por completo su ojo derecho inútil que parecía una uva marchita. Hablaba rápidamente en turco mientras me llevaba a un rincón de la sala.

—Dice —tradujo la señora Nur, que intentaba seguirnos— que él siempre se apodera de bellas chicas y de buenos escritores. Quiere hablar con usted.

Era Yaşar Kemal, el autor de *El halcón*, la única novela turca que yo recordaba haber leído. Se rumorea que dentro de algún tiempo se le concederá el Premio Nobel de Literatura. Comentó que acababa de regresar de una visita a la Unión Soviética donde había estado dando unas conferencias con su amigo, Aziz Nesin. Había hablado en Moscú, Leningrado, Bakú y Almá-Atá.

—En mis conferencias dije muchas cosas terribles. Me odiaron y quedaron muy trastornados. Por ejemplo, dije que el realismo socialista era antimarxista. Es lo que creo. Yo soy marxista, lo sé. Todos los escritores de la Unión Soviética, con excepción de Shólojov, son antimarxistas. No quieren oír esta terrible afirmación: «¿Quieren conocer al más grande escritor marxista?». Y tras una pausa digo: «¡William Faulkner!». Ellos quedaron muy trastornados. Sí, Shólojov es un gran escritor, pero Faulkner es un marxista mucho más convencido.

Yo repuse que no creía que Faulkner estuviese de acuerdo con él. Pero no me hizo caso y continuó:

—Y el más grande de los autores humoristas, naturalmente, todos sabemos que es Mark Twain. Pero el que le sigue en importancia es Aziz Nesin. Y no crea que lo digo simplemente porque los dos somos turcos o porque él es mi mejor amigo.

Aziz Nesin, que en aquel momento cruzaba la sala mordisqueando melancólicamente un *vol-au-vent*, ha escrito cincuenta y ocho libros. La mayoría son colecciones de relatos breves. Dicen que hacen reír, pero ninguno de ellos ha sido traducido al inglés.

—No tengo ninguna duda sobre ello —dijo Yaşar—. ¡Aziz Nesin es un autor cómico más grande que Antón Chéjov!

—Venga a mi casa —dijo Yaşar—. Iremos a nadar y comeremos pescado. Entonces le contaré la historia completa.

—¿Cómo encontraré su casa? —había preguntado yo a Yaşar el día anterior.

Él dijo:

—Pregunte a cualquier niño. Los viejos no me conocen, pero los chiquillos sí. Les fabrico cometas.

Le tomé la palabra y cuando llegué al bloque de apartamentos situado en un risco que se eleva sobre Menekşe, una aldea de pescadores del mar de Mármara, pregunté a un niño bastante pequeño dónde se encontraba la casa de Yaşar. El niño me señaló el ático.

El desorden del apartamento de Yaşar era ese desorden agradable que solo otro escritor puede reconocer como orden: un montón de papeles y libros que un escritor va formando a su alrededor hasta que adquiere la consistencia de un nido. En varios de los anaqueles de Yaşar había ediciones de sus propios libros en treinta idiomas; las versiones inglesas habían sido realizadas por su mujer, Thilda, cuyo estrecho escritorio sostenía un ejemplar abierto del *Shorter Oxford English Dictionary*.

Yaşar acababa de ser entrevistado por un periódico sueco. Me mostró el artículo, y aunque yo no podía entenderlo, me llamó la atención la palabra *Nobelpreiskandidat*. Hice un comentario acerca de ella.

—Sí —dijo Thilda, que traducía mis preguntas y las respuestas de Yaşar—, es posible. Pero les parece que ahora le toca el turno a Graham Greene.

—Mi amigo —dijo Yaşar, que al oír el nombre de Greene se puso una mano peluda sobre el corazón.

Graham Greene parecía tener muchos amigos en esta ruta. Pero Yaşar conocía a otros escritores y también se golpeó el corazón al enumerarlos. William Saroyan era amigo suyo, y también lo eran Erskine Caldwell, Angus Wilson, Robert Graves y James Baldwin, a quien llamaba «Jimmy», y me recordó que *Otro país* había sido escrito en una lujosa hacienda de Estambul.

—Creo que no podré ir a nadar —dijo Thilda.

Era una mujer paciente, inteligente, que hablaba tan bien el inglés que no me atreví a dirigirle un cumplido por ello, temiendo que me dijera, como dijo Thurber en ocasión parecida: «Debería hablarlo bien. Pasé cuarenta años en Columbus, Ohio, procurando aprenderlo». Thilda atiende el lado práctico de los asuntos de su marido, negociando contratos, contestando cartas y explicando las parrafadas de Yaşar acerca del paraíso socialista que él concibe en su mente, aquella bucólica Unión Soviética en la que los trabajadores son dueños de los medios de producción.

Fue una lástima que Thilda no pudiera venir a nadar con nosotros, porque ello significaba pasar tres horas comunicándonos en un inglés chapurreado, actividad que a Yaşar le debía resultar tan fatigosa como a mí. Mientras nos dirigíamos a la playa, bajando por la polvorienta colina, Yaşar señaló la aldea de pescadores y dijo que estaba proyectando una serie de relatos basados en la vida de los lugareños. Por el camino encontramos un hombre menudo y tembloroso que llevaba la cabeza afeitada y el consabido terno arrugado de los años treinta. Yaşar le saludó gritando. El hombre se arrastró hasta nosotros y se apoderó de la mano de Yaşar intentando besarla, pero este, con un rápido movimiento, convirtió aquel servilismo en un apretón de manos. Estuvieron hablando un rato y luego Yaşar se despidió del hombre palmeándole la espalda. El borracho se alejó con paso vacilante.

—Se llama Ahmet —dijo Yaşar colocándose el pulgar en la boca y moviendo la mano—. El borracho.

Fuimos a cambiarnos de ropa en un club de natación donde varios hombres estaban tomando el sol. Dentro del agua, le desafié a una carrera. Él la ganó fácilmente: me salpicaba mientras yo forcejeaba en la estela que él iba dejando. El día anterior parecía un toro, pero nadando, con el agua espumeando entre sus brazos, tenía el aspecto de un gran monstruo marino con peludos hombros y cuello grueso, y emergía bramando, mientras su enorme cabeza chorreaba. Según decía, todos los campeones de natación (él pretendía ser uno) procedían de Adana, su lugar de nacimiento, en la Anatolia meridional.

—Amo a mi país —dijo refiriéndose a la Anatolia—. Lo amo. Montes Taurus, llanuras, viejas aldeas, algodón, águilas, naranjas. Los mejores caballos, unos caballos muy largos.

Se puso una mano sobre el corazón y añadió:

—Yo amo.

Hablamos de escritores. Él amaba a Chéjov, Whitman era un hombre bueno, Poe era también grande y Melville también era bueno. Cada año, Yaşar leía *Moby Dick* y *Don Quijote*, «y Homero». Mientras caminábamos por la playa bajo el ardiente sol, Yaşar proyectaba sobre mí una sombra gigantesca que eliminaba todo peligro de insolación. Me dijo que no le gustaba Joyce.

—*Ulises*, demasiado sencillo. Joyce es un hombre muy sencillo, no como Faulkner. Escuche. Yo estoy interesado en la forma. Nueva forma. Odio la forma

tradicional. Novelista que usa forma tradicional es —estuvo buscando una palabra— sucio.

—Yo no hablo inglés —dijo al cabo de un rato—. Kurdo sí lo hablo, y turco y el lenguaje de los gitanos. Pero no hablo lenguas bárbaras.

—¿Lenguas bárbaras?

—¡Inglés! ¡Alemán! ¡Francés! ¡Todo bárbaro!

Mientras decía eso, se oyó un grito. Uno de los hombres que tomaban el sol en una silla de playa llamó a Yaşar y le mostró un artículo de un periódico.

—Ha muerto Pablo Neruda —dijo Yaşar al volver.

Cuando regresábamos, Yaşar se empeñó en que nos detuviéramos en el pueblo de pescadores. Unos quince hombres se hallaban sentados fuera de un café. Al ver a Yaşar, se pusieron de pie y Yaşar saludó a cada uno de ellos con un abrazo de oso. Uno de aquellos hombres tenía ochenta años; llevaba una camisa raída y los pantalones sujetos con una cuerda. Era muy moreno, iba descalzo y carecía de dientes. Yaşar nos explicó que no tenía hogar. El hombre dormía en su caique todas las noches, hiciera el tiempo que hiciese, desde hacía cuarenta años.

—De modo que tiene su caique y duerme dentro de él.

Aquellos hombres y otro que encontramos luego en el escarpado sendero (Yaşar le besó cuidadosamente en cada mejilla antes de presentármelo) evidentemente consideraban a Yaşar una celebridad y lo miraban con un respeto temeroso.

—Son mis amigos —dijo Yaşar—. Yo odio a los escritores y amo a los pescadores.

Sin embargo, todos ellos guardaban las distancias. Yaşar había intentado suprimirlas, pero se mantenían. En el ambiente del café, nadie tomaría a Yaşar por un pescador (era dos veces más corpulento que cualquiera de los otros y vestía como un jugador de golf), pero tampoco lo tomaría nadie por un escritor en busca de inspiración. Era un personaje local, parte del escenario, pero una parte discordante.

Me pareció que su inquieta generosidad le inducía a caer en ciertas contradicciones. Esta conclusión a la que yo había llegado no hacía, sin embargo, que me resultara más fácil comprender a Yaşar. Después del almuerzo, consistente en salmonete frito y vino blanco, Yaşar habló de la cárcel, de Turquía, de sus libros, de sus proyectos. Había estado en prisión, Thilda había cumplido una condena aún más larga y su nuera se hallaba en la cárcel en aquellos momentos. El delito de la muchacha era, según Thilda, que la habían encontrado preparando una sopa en casa de un hombre al que buscaban para interrogarle acerca de un delito político. De nada servía manifestar incredulidad ante la embrollada historia. Turquía, dicen los turcos, no es como otros lugares, y, después de describir los más increíbles horrores de crueldades y torturas, te invitan a ir a pasar un año allá, asegurando que acabarás por amar el país.

Las características de Yaşar eran aún más extrañas. Siendo kurdo, ama Turquía apasionadamente y no quiere oír hablar de secesión. Es un ardiente defensor tanto del

Gobierno soviético como de Solzhenitsyn, que es algo como encender una vela a Dios y otra a Daniel Webster^[1]; es marxista musulmán, su mujer es judía y el único país extranjero que le gusta más que Rusia es Israel, «mi jardín». Con un físico de toro y la amabilidad de un niño, sostiene al mismo tiempo que el condado de Yoknapatawpha es la gloria eterna y que los comisarios del Kremlin son unos arcángeles visionarios. Sus convicciones son un reto a la razón y en ocasiones resultan tan inesperadas como los cabellos rubios y las caras pecosas que a veces se ven en el Asia Menor. Pero la complejidad de Yaşar es el carácter turco a gran escala.

Le dije esto a Molesworth en nuestro almuerzo de despedida. Se mostró escéptico.

—Estoy seguro de que es un tipo estupendo —dijo—. Pero debe tener cuidado con los turcos. Fueron neutrales durante la guerra y si hubiesen tenido solo un poco de sensibilidad, habrían estado de nuestro lado.

3. El expreso de Van Gölü (lago de Van)

—Le ruego que mire este pergamino y me mire a mí —dijo el tratante de antigüedades del bazar cubierto de Estambul agitando el rollo de seda junto a su oreja—. Usted dice que está manchado y sucio. ¡Sí! ¡Está manchado y sucio! Yo tengo cuarenta y dos años, estoy calvo y tengo muchas arrugas. Este pergamino no tiene cuarenta y dos años, sino que tiene doscientos, y usted no quiere comprarlo porque dice que está manchado. ¿Qué espera usted? ¿Que esté flamante? Usted quiere estafarme.

Lo enrolló, me lo metió debajo del brazo y pasando detrás del mostrador, suspiró:

—Está bien, estáfeme. Todavía es muy temprano. Lléveselo por cuatrocientas liras.

—*Olmaz* —dije devolviéndole el rollo.

Yo solamente había manifestado una curiosidad cortés por el pergamino, pero el hombre la había interpretado como un gran interés y cada vez que intentaba marcharme reducía el precio a la mitad, convencido de que mi falta de entusiasmo no era sino un ardid para regatear.

Finalmente, logré zafarme. Había dormido más de la cuenta. Tenía hambre y debía comprar provisiones para mi viaje en el expreso del lago de Van, del que se decía que carecía de comida y llegaba con diez días de retraso a la frontera iraní. También pensaba en la comida por otra razón. Había intentado probar algunos platos que se mencionan en el libro de Nagel. Los nombres me tentaban y como tenía que partir en el tren de la tarde, aquella era mi última ocasión de probarlos. Había confeccionado un menú en el que se incluía «El imán se desmayó» (*Imam Bayildi*, una especie de *ratatouille*), «Los dedos del visir» (*Vezir Parmagi*), «A Su Majestad le agradó» (*Hunkar Begendi*) y dos platos irresistibles, «El muslo de la dama» (*Kadin Badu*) y «El ombligo de la dama» (*Kadin Bobegi*).

Solo disponía de tiempo para probar los dos últimos. Me detuve en un café en mi camino hacia el ferry y al saborearlos me pregunté si el gusto de los turcos por la anatomía se revelaba en su elección de los nombres: el muslo era carnoso; el ombligo, dulce. Por veinte centavos cada uno eran mucho más baratos y probablemente mucho más seguros que sus homónimos exhibidos después de la medianoche en Istiklal Caddesi. Al son estridente de los saxofones en las tabernas poco alumbradas, esas gatas callejeras se te agarran a la manga mientras deambulas por la empinada calleja adoquinada. Pero yo tuve mucha voluntad. En Estambul nunca me acerqué más a un muslo de señora que al producto de pastelería que lleva un nombre tan eufemístico. Además, me habían advertido de que la mayoría de gatas callejeras eran travestis que durante el día trabajaban como tripulantes en los ferrys del Bósforo.

Creí que esto era verdad cuando la voz neutra de un joven vestido de marinero, que me llamó cariñosamente efendi, me impulsó a subir precipitadamente al ferry para mi último viaje a Haydarpasa. Una vez que estuve en cubierta, saqué mis provisiones: tenía latas de atún, judías y hojas de vid rellenas, varios cohombros y un trozo de blanco queso de cabra, así como galletas, *pretzels* y tres botellas de vino, una para cada uno de los días que faltaban para llegar al lago de Van. También me llevé tres cajas de yogur batido que ellos llaman *ayran* y dicen que es la bebida tradicional de los pastores turcos.

Pero no tenía necesidad de preocuparme, porque mientras el expreso del lago de Van se encontraba parado en la estación de Haydarpasa, localicé el coche restaurante. Fui en busca de mi compartimento, luego me dirigí al coche restaurante a almorzar y estuve observando la actividad del andén. Grupos de *hippies*, como pequeños clanes de nómadas partiendo para una *baraza* o nuevos pastos, se abrían paso entre familias turcas sobriamente vestidas. Unos minutos más tarde, turcos y *hippies* se encontraban en los mismos compartimentos de tercera clase disputándose los asientos junto a las ventanillas. En el andén, estaban atizando el fuego de las locomotoras de vapor, utilizadas por los ferrocarriles turcos para trayectos cortos; derramaban hollín sobre los pasajeros que subían al tren y oscurecían el cielo con el humo.

Resultaba agradable comer, beber, leer *La pequeña Dorrit* y volver a desplazarse hacia el este en un bazar de ferrocarril que me llevaría a las orillas del mayor lago de Turquía. Y me tranquilizó lo que vi de los ferrocarriles turcos. El tren era largo y sólido, el coche cama era más nuevo que el del *Orient Express*, el vagón restaurante tenía flores frescas sobre las mesas y estaba bien abastecido de vino y cerveza. Faltaban tres días para llegar al lago de Van y cinco para Teherán y yo estaba soberanamente cómodo. Volví a mi compartimento, me senté en un rincón y me apoyé en la ventanilla. Hacía fresco, y me quedé arrullado por la sensación de Asia deslizándose bajo las ruedas.

Nos acercábamos a la costa, a la parte más oriental del mar de Mármara, y nos detuvimos en las ciudades de Kartal y Gebze (donde Aníbal se suicidó), y luego seguimos al golfo de Esmirna, moteado por los últimos y radiantes remolinos del sol poniente. Oscurecía. Viajábamos en dirección a Ankara. Nuestras paradas se hicieron más breves y menos frecuentes, y en esas estaciones unos hombrecillos tocados con gorros, vivas imágenes del desaliento, se apeaban ligeros con sus fardos atados con cordeles y los depositaban en el andén para esperar el próximo tren. Al arrancar, yo los miraba, hasta que lo último que veía de ellos era sus cigarrillos, brillando con rojo fulgor por sus impacientes caladas. La mayor parte de las estaciones provincianas tenían cafés al aire libre, con sillas y mesas blancas. Quienes allí tomaban sus consumiciones no eran viajeros, sino habitantes del lugar que bajaban a la estación después de cenar para pasar la velada viendo transitar los trenes. El expreso del lago de Van constituye todo un acontecimiento para el café. En cuanto el tren arrancó, un voluminoso cliente se removió en su asiento y, señalando por encima de su taza de

café, llamó al camarero de blanca chaqueta. Este, que estaba embobado viendo pasar el expreso, volvió en sí al oír la voz y, palmeando la servilleta que llevaba sobre el antebrazo, se dirigió a la mesa dispuesto a hacer una reverencia.

—*Guten Abend*.

Junto a la puerta de mi compartimento había aparecido un turco.

No hablaba inglés, según dijo, pero sabía algo de alemán. Había pasado un año en Múnich, en una fábrica de automóviles. Sentía mucho molestarme, pero su amigo quería hacerme unas preguntas. Su amigo, un anciano que no hablaba más que su propio idioma, se encontraba detrás de él. Entraron tímidamente en mi compartimento y el que hablaba alemán comenzó a preguntar: ¿Por qué estaba solo en mi compartimento? ¿Adónde iba? ¿Por qué había dejado a mi mujer en casa? ¿Me gustaba Turquía? ¿Por qué llevaba el pelo tan largo? ¿Todo el mundo llevaba el pelo tan largo en mi país? Las preguntas cesaron. El viejo había visto *La pequeña Dorrit* y estaba pasando las páginas, admirando lo menudo de la letra y sopesando el volumen de novecientas páginas.

Sentí que me había ganado el derecho de hacerles las mismas preguntas que ellos me habían planteado a mí, pero vacilé. Acababan de comer y traían desde su compartimento al mío un aroma de legumbres agrias. Estaban mirando fijamente mi botella de ginebra. Llevaban desabrochados los botones de la bragueta y comprendí por qué los soldados ingleses en la Primera Guerra Mundial llamaban «medallas turcas» a aquellos botones. El anciano seguía mojándose el dedo con saliva y ensuciando mi libro.

Unas caras de niños aparecieron en la puerta. Uno se echó a llorar y entonces mi indignación llegó al colmo. Pedí que me devolviesen el libro y les hice salir de mi compartimento. Eché el cerrojo y me dormí. Soñé que intentaba volar, agitando los brazos contra un viento impetuoso que me sostuvo como una cometa cuando quise levantarme del suelo. Pero continué volando como una focha a ras del agua, aleteando con fuerza, pero arrastrando los pies. Tuve este sueño varias veces durante tres meses, pero necesité llenarme de opio los pulmones en Vientián para lograr remontarme por los aires.

En el coche cama de lujo, solamente había turcos, cosa que desmiente el tópico de que los nativos no viajan en primera. Como si temieran contaminarse con el resto del tren, estos turcos apenas abandonaban sus literas y no salían del vagón. Cada compartimento contenía dos literas estrechas, y estuve un rato especulando sobre la distribución de las literas. Por ejemplo, junto a mí, un hombre de tez azafranada viajaba con dos mujeres gordas y dos chiquillos. Yo los veía sentados en fila en la litera inferior durante el día, pero solo Dios sabe lo que sucedía por la noche. Ninguna de las literas contenía menos de cuatro personas y aquella aglomeración

daba al coche cama el aspecto de miseria de tercera clase que aquellos viajeros parecían querer evitar.

El turco que hablaba alemán describió al resto del tren como *schmutzig* e hizo una mueca. Pero solo en la parte *schmutzig* del tren se hablaba inglés. Allí se veían individuos altos con trenzas y colas de caballo, y muchachas de pelo corto que se arrimaban a sus amigos y tenían el aspecto de sodomitas enfurruñados. Unos muchachos flacos y de pelo encrespado, con mochilas y la nariz quemada por el sol, se bamboleaban en los pasillos, y todos tenían los pies sucios. A medida que yo atravesaba los vagones, los pasajeros se veían más sucios y fatigados, de modo que cuando llegué a la parte delantera del tren, los ocupantes parecían los desgraciados parientes lejanos de los turcos, mucho más limpios, con los que compartían los coches y que masticaban pan y se quitaban del bigote los restos de comida. En general, los *hippies* no prestaban atención a los turcos. Tocaban la guitarra y la armónica y organizaban juegos de naipes. Algunos de ellos permanecían simplemente acostados en sus asientos, ocupando la mitad del compartimento, y se encogían ante la mirada de asombro de unas mujeres turcas que, cubiertas con sus negras *yashmaks*, los contemplaban con las manos unidas entre las rodillas. En alguna ocasión vi a una pareja de enamorados abandonar el compartimento, de la mano, para ir a copular en un lavabo.

La mayoría de ellos iban a la India y al Nepal, porque
los sueños más descabellados en Kew son realidad en Katmandú,
y los crímenes en Clapham son virtudes en Martabán.

Pero la mayor parte de esos jóvenes viajaban allá por primera vez, y tenían esa expresión de helado temor que cubre como una máscara el rostro del que efectúa una escapada. En realidad, yo no tenía ninguna duda de que las adolescentes que constituían la mayoría de aquellos desordenados grupos tribales aparecerían algún día en los tabloneros de anuncios de los consulados estadounidenses de Asia, en borrosas fotografías o retocadas fotos de graduación de escuela superior: PERSONA DESAPARECIDA, ¿HAN VISTO USTEDES A ESTA JOVEN? Esos novatos tenían unos líderes que enseguida se reconocían por su modo de vestir: la desteñida túnica de derviche, la mochila zarrapastrosa, la bisutería, los pendientes, amuletos, brazaletes, collares. La categoría solo dependía de la experiencia, y fijándose únicamente en los adornos era posible adivinar qué experiencia había convertido a uno en jefe de su grupo particular. En conjunto, existía entre ellos ese orden social que resulta familiar para los miembros de la tribu masái.

Intenté averiguar adónde iban. No me resultó fácil. Rara vez comían en el vagón restaurante; dormían mucho y no se les permitía la entrada en la fortaleza del vagón de lujo de los turcos. Algunos de ellos estaban de pie junto a las ventanillas del pasillo, en el estado de trance que el paisaje turco provoca en los viajeros. Me

acerqué a ellos y les interrogué acerca de sus proyectos. Uno de ellos ni siquiera se volvió para mirarme. Era un hombre de unos treinta y cinco años, de pelo polvoriento. Llevaba una camiseta con la inscripción «Moto Guzzi» y lucía un pequeño pendiente de oro en el lóbulo de una oreja. Supuse que había vendido la moto para poder comprar un billete para la India. Miraba por la ventanilla hacia las desiertas llanuras de color amarillo rojizo. En respuesta a mi pregunta, dijo suavemente:

—Pondicherry.

—¿El *áshram*?

Auroville, una especie de ciudad levítica espiritual dedicada a la memoria de Sri Aurobindo y a la sazón gobernada por su amante francesa de noventa años de edad (la «Madre»), se encuentra situada cerca de Pondicherry, en la India meridional.

—Sí. Quiero permanecer allá el mayor tiempo posible.

—¿Cuánto?

—Años —dijo contemplando una aldea que pasaba por delante de la ventanilla—, si me lo permiten.

Era el tono de un hombre que está diciendo, con una mezcla de piedad y arrogancia, que tiene una vocación. Pero Moto Guzzi tenía una esposa y unos hijos en California. Curioso. Había huido de sus hijos y algunas de las muchachas de su grupo habían escapado de sus padres.

Otro sujeto estaba sentado en los peldaños de la plataforma giratoria y sus pies oscilaban al viento. Le pregunté adónde iba.

—Quizá trate de ir al Nepal —dijo mordiendo una manzana—. O a Ceilán. —Dio otro mordisco a la manzana que era como un globo que poco a poco iba deshinchándose, un globo pequeño, reluciente y accesible. Mostró sus blanquísimos dientes y dio otro mordisco—. Quizá vaya a Bali. —Siguió masticando—. O a Australia. —Dio un último bocado a la manzana y tiró el resto—. ¿Qué hace usted? ¿Está escribiendo un libro?

No era un desafío. El hombre estaba contento, todos ellos lo estaban, con una excepción: el corredor de maratón alemán. A todas horas se lo veía haciendo ejercicios isométricos en segunda clase. Era adicto al yogur y a las naranjas. Llevaba su atuendo de atleta y solía correr veinte kilómetros al día.

—Voy a volverme loco —decía—. Si este tren tarda mucho en llegar a su destino, dejaré de estar en forma.

Por una razón que no llegué a entender iba a Tailandia, a hacer carreras. Había estado en Baluchistán.

—Cuando llegue usted a Zahedán, estará muy sucio —dijo.

Un topetazo me despertó aquella noche y al mirar por la ventanilla vi cómo desaparecía el letrero con el nombre de la estación de Eskisehir. A las seis de la mañana estábamos en Ankara, donde el maratoniano saltó del tren y se puso a correr junto a las locomotoras que estaban cambiando de vía. A la hora del almuerzo, en la

Turquía central, el atleta me dijo que tenía yogur suficiente para llegar hasta la frontera de Afganistán, donde habría más.

Entonces nos quedamos mirando por la ventanilla del vagón restaurante, en silencio. Había poco que comentar. El paisaje era monótono y áspero. Largas hileras de colinas sin árboles se extendían en el horizonte. Ante nosotros se veía una árida llanura con el polvo amarillento que el expreso del lago de Van levantaba. La reverberación del desierto me lastimaba los ojos. Las únicas variaciones visibles eran huellas de actos de Dios no muy interesantes, como inundaciones, sequías y tormentas de arena, cauces de río secos en erosionados barrancos y rocas peladas. El resto era una inmensidad sin agua que continuó durante unas horas bajo un claro cielo azul. Las personas que en ella aparecían eran como aquellas patéticas figuras de una obra de Beckett, hechas absurdas por sus movimientos llenos de preocupación en un paisaje de devastación inmisericorde. Salida de alguna parte, una chiquilla vestida con una falda preciosa avanzaba llevando dos cubos de agua, fútil ejemplo del énfasis del desierto; de pie en una acequia seca, como una mala hierba, había un turco con americana y pantalón a rayas, gorra de golfista, corbata y un gran bigote que enmarcaba su ancha sonrisa. A varios kilómetros de distancia de este lugar pasamos por delante de algunas casas, seis de las cuales eran chozas de adobe de cuyos tejados sobresalía una recta hilera de troncos. Nos hallábamos en la meseta central y, descendiendo de ella después de comer, vimos algunas señales de riego, unos verdes oasis y, a lo lejos, la polvorienta silueta de altas montañas. Pero suponía un gran esfuerzo mirar por la ventanilla porque el espejeo de la tierra y el calor iban en aumento. Avanzada la tarde, la temperatura era de treinta y dos grados y en la superficie iba acumulándose un polvo asfixiante.

—Hasta que lleguemos a Pakistán, todo el camino es más o menos así —dijo el corredor de maratón—. Lo mismo, muy llano y pardo, pero, naturalmente, con más calor y más polvo.

Fui a mi compartimento y me acosté, como una viuda hinduista sobre una pira, resignado a padecer el *suttee*. Para animarme todavía más, una chica australiana procedente de uno de los vagones de tercera, bajita y con la cara cubierta de pecas, pasó junto a mi litera y me pidió algo de beber. Le ofrecí *raki*, pero lo que ella quería era agua. Había seis personas en su compartimento. La noche anterior, uno se había ido. La muchacha ignoraba adónde.

—Con cinco personas ya no se está tan mal. Quiero decir que he dormido un par de horas, pero esta noche volveremos a ser seis y no sé qué voy a hacer. —Sonrió mirando hacia mi litera y agregó—: Me llamo Linda.

—Linda, yo te pediría que te quedaras aquí —le dije—, pero la cuestión es que la litera es tan pequeña que estaríamos muy incómodos.

—Bien, gracias por la bebida.

Era una estudiante y, como los demás, tenía una tarjeta que lo acreditaba. Incluso el cabecilla, más viejo, zarrapastroso y drogado, tenía una tarjeta de estudiante. Y por

una buena razón: una tarjeta representaba para cada uno de ellos una reducción del cincuenta por ciento del precio del billete. La pecosca australiana pagó nueve dólares para ir de Estambul a Teherán. Mi billete me costaba cincuenta dólares, lo cual resultaba ridículamente barato por más de tres mil kilómetros de viaje en un compartimento privado, con un ventilador, un lavabo y suficientes cojines como para que pudiera acomodarme en mi litera como un rajá y consultar la guía de Nagel sobre las ciudades por las que íbamos pasando.

Una de ellas era Kayseri, la antigua Cesarea. Apareció en la ventanilla aquella tarde calurosa. Esa urbe había conocido un gran número de conquistadores desde el año 17 a. C., en que Tiberio la convirtió en la capital de Capadocia: los sasánidas en el siglo VI y los árabes en el VII y en el VIII. Fue bizantina en el IX y los seléucidas la tomaron un año después de la batalla de Hastings. Más adelante fue ocupada por Bayaceto, el cautivo loco de Tamerlán que se rompe la cabeza contra los barrotes de una jaula en la primera parte de la obra de Marlowe, *Tamburlaine the Great*. Después de que el Tamerlán histórico derrotara a Bayaceto en la batalla de Angora (1402) fue anexionada Cesarea. Entonces fue ocupada por los mamelucos y en el siglo XVI pasó a formar parte del Imperio otomano. Pero el polvo no retiene las huellas de los conquistadores y ni siquiera el glorioso nombre de Tamerlán basta para hacer interesante esta ciudad de aspecto aburrido. Las sucesivas conquistas no hicieron más que despojarla de sus rasgos sin dejarle nada digno de mención, excepto una mezquita que pudo haber sido construida por el arquitecto Sinan, un genio que levantó las más grandes mezquitas de Estambul y es más conocido por haber reparado la de Santa Sofía con ingeniosos y sólidos contrafuertes. Los minaretes delgados como lapiceros de la mezquita de Kayseri aparecen en medio de las grotescas viviendas y más allá de la ciudad, detrás de unas hileras de chopos de trémulas y pálidas hojas, se observan dispersos suburbios de casas miserables con ventanas torcidas y pretenciosos bungalós donde los herederos de Tamerlán haraganean en sus jardines, escrutando el horizonte por si ven llegar a otro conquistador.

Anochece. Es la hora más serena en la Turquía central: unas brillantes estrellas cuelgan suspendidas de un cielo azul de terciopelo, las montañas aparecen convenientemente negras y las charcas que se forman junto a las espigas de las fuentes de las aldeas presentan un color tornasolado y una forma incierta como de lagunas de mercurio. Pronto queda todo a oscuras y solo el olor del polvo le recuerda todavía a uno el agotador día que acaba de transcurrir.

—¿Míster?

Es el revisor turco de ojos verdes que va a cerrar la puerta del coche cama contra los merodeadores que él imagina que se encuentran en el tren.

—Diga.

—¿Turquía, buena o mala?

—Buena —dije.

—Gracias, míster.

Desde Malatya, aquel tercer día, cruzamos la cuenca alta del Éufrates, en dirección a Elaziğ y más allá, avanzamos lentamente hacia el lago de Van. Nos deteníamos a menudo y, al extinguirse el eco del silbido, partíamos de nuevo. Las casas eran aún cuadradas, pero estaban hechas de piedras redondeadas y parecían montones de cantos que indicasen el camino de un oasis cuidadosamente irrigado. Más allá había ovejas y cabras en la gibosa llanura; si en el suelo hubiese crecido hierba, uno habría jurado que estaban paciendo. Pero no había hierba en absoluto y el aspecto lamentable de aquellos animales hacía juego con el suelo lamentable en el que se encontraban. En varios apeaderos, unos niños corrieron tras el tren; eran rubios y vivarachos y podrían haber sido suizos, salvo por los harapos. El paisaje se repetía, volviéndose con la repetición más extenso, más seco, más desierto. Las lejanas montañas presentaban grandes arrugas volcánicas, algunas muy verdes, y las colinas más próximas mostraban también estos pliegues, pero eran de color pardo y secos, como una tarta que ha estado demasiado tiempo al horno.

Mientras contemplaba este paisaje desolado, se abrió la puerta. Era el hombre de cara azafranada del compartimento contiguo, el de la familia numerosa. Hizo un gesto y cerró la puerta, y luego se sentó, tapándose los oídos. Sus hijos estaban llorando; se les podía oír a través de la ventanilla. El hombre llevaba un bigote corto y su expresión era la del comediante al que le sucede todo lo malo, la triste figura apropiada para la comedia. Hizo un gesto de impotencia con un matiz de disculpa, y encendió un cigarrillo. Luego se recostó en el asiento y comenzó a fumar. No decía nada. Exhaló un suspiro, terminó su cigarrillo, tiró la colilla por la ventanilla, se dio una palmada en la rodilla y abrió la puerta. A continuación, sin mirar atrás, se fue en dirección a sus hijos, que aún estaban dando berridos.

Era la hora del almuerzo y el almuerzo en el expreso del lago de Van podía resultar muy agradable si uno llegaba al vagón restaurante lo bastante temprano como para sentarse en el lado de la sombra y si tenía espacio suficiente para continuar la lectura de *La pequeña Dorrit*. Yo había empezado a comer y a leer cuando uno de los subjeses *hippies* entró y vino a sentarse a mi lado. Tenía una rubia melena peinada a lo paje, el estilo predilecto de los aspirantes a profeta. Su camisa había sido artísticamente cortada de un saco de harina. El hombre llevaba unos pantalones con peto muy desteñidos, una pulsera de pelo de elefante en una muñeca y un brazalete indio en la otra. Yo ya le había visto sentado en la postura del loto en segunda clase. Puso encima de la mesa un libro muy manoseado de Idries Shah, que tenía el aspecto de los ajados ejemplares del Corán que sostenían en las manos los lánguidos fanáticos que posteriormente vi en la ciudad sagrada de Mashhad. Pero no lo leía.

Le pregunté adónde iba.

Movió la cabeza, con lo cual su melena se agitó.

—Solo estoy viajando —dijo alzando los ojos con expresión teatral.

Parecía más bien piadoso, pero la razón de ello tal vez fuera el tren. La segunda clase en aquella parte de Turquía confería a toda cara polvorienta un aspecto de sufrimiento devoto.

Llegó su melón. Estaba cortado en cubos. Sonrió de un modo compasivo al mirarlo y dijo:

—Aquí cortan el melón así.

Le dije que los turcos de la mesa contigua a la nuestra tenían el melón sin cortar. Tajadas enteras con su corteza reposaban en sus platos.

El subjefe consideró el asunto. Luego acercó su cara a la mía y me miró a los ojos.

—Es un mundo extraño —dijo.

Yo esperaba por el bien de su estado mental que no subiese la temperatura, pero el calor aumentó abrasando el aire, y en cada compartimento se corrieron las cortinas. Cada vez que me ponía a leer o a escribir, me quedaba dormido, y solamente despertaba cuando el tren se detenía. Eran paradas en el desierto, una pequeña choza, un hombre con una bandera, un letrero. Yo escribía unas cuantas líneas y me alarmaba al ver que mi caligrafía asumía la ansiosa irregularidad de la del explorador perdido, la escritura del diario del desierto que es descifrado y publicado póstumamente por la viuda. «La próxima vez que suene el silbato —me decía a mí mismo—, me levantaré e iré hasta la locomotora». Pero siempre estaba dormido cuando sonaba el pitido.

Llegamos al lago de Van hacia las diez de la noche, lo cual era un fastidio. La oscuridad me impedía confirmar los relatos que había oído acerca de los gatos que nadaban, del alto contenido en sosa del agua, que blanquea la ropa y vuelve de un color rojizo el cabello de los turcos que nadan en el lago. Había otra cosa que yo lamentaba: esta línea de ferrocarril terminaba allí su trayecto. Separaron el coche cama y yo no tenía idea de qué disposiciones se tomarían para el resto del viaje. Quitaron la locomotora diésel y una locomotora de vapor nos llevó al embarcadero del ferry y durante unas horas estuvieron maniobrando para subir los vagones, de dos en dos, al ferry. Mientras realizaban esa operación, encontré al nuevo revisor, un iraní. Cuando le mostré mi billete, me apartó la mano y dijo:

—No hay litera.

—Este es un billete de primera clase —le dije.

—No hay sitio —dijo él—. Usted viaja ahí.

Ahí. Señalaba los vagones que en aquel momento estaban cargando en el ferry, los coches de tercera. Después de tres días de verme obligado a atravesarlos para dirigirme al coche restaurante, pensaba en ellos con verdadero horror. Conocía a los ocupantes. Había una pandilla de japoneses morenos de piernas arqueadas y pelo hirsuto que viajaban con una mujer enana, también japonesa, cuya cámara fotográfica le pendía del cuello y le golpeaba las rodillas. Su jefe era un hombre joven de semblante hosco, con unas gafas de sol que le daban un aire militar. Chupaba una

pipa sin encender y llevaba sandalias de goma. También había una tribu germánica: unos chicos barbudos y unas chicas de aspecto porcino. Su jefe era un gorila que se plantaba a veces en medio del pasillo y no dejaba pasar. Había suizos, franceses y australianos que dormían y que se despertaban tan solo para quejarse o para preguntar la hora. Y estaban los estadounidenses, a algunos de los cuales yo conocía de nombre. Los jefes estaban en el ferry, deliberando a gritos, y los demás miraban desde la barandilla.

—Vaya usted —dijo el revisor.

Pero yo no quería ir, porque, además de los abarrotados compartimentos de los europeos y los estadounidenses, había los compartimentos de los kurdos, de los turcos, de los iraníes y de los afganos, que dormían unos encima de otros y preparaban sus estofados entre las literas en unos hornillos de petróleo que llameaban peligrosamente.

El transbordador se puso en movimiento, adentrándose en el negro lago. Yo perseguí al revisor de una cubierta a otra tratando de continuar mi explicación. Le dije que era más de medianoche, acorralándolo en el lugar donde los enormes vagones de ferrocarril rechinaban contra las cadenas que los retenían en la cubierta del ferry. ¿Dónde estaba mi compartimento?

Me puso en segunda clase, con tres australianos. Era una situación en la que me vi colocado más de una vez a lo largo de los siguientes tres meses. En mi punto más bajo, cuando las cosas me iban peor, siempre me encontraba en compañía de australianos, que servían para recordarme que había tocado fondo. Ese trío del ferry del lago de Van me consideró un intruso. Levantaron la vista, sorprendidos mientras estaban comiendo. Dos chicos y una chica de ojos saltones compartían un pan, inclinados sobre él como monos. Refunfuñaron cuando les pedí que quitasen sus mochilas de mi litera. Los motores hacían temblar las ventanillas del compartimento y fui a acostarme preguntándome, en el caso de que el ferry se fuese a pique, cómo me las arreglaría para salvarme, para salir del compartimento y del vagón y trepar por la angosta escalerilla que daba acceso a la cubierta de la embarcación. No dormí bien y una vez me despertaron los gemidos de la joven que, a menos de un metro de distancia de mí, yacía debajo de uno de sus compañeros, que daba fuertes resoplidos.

Al amanecer, en la rápida luz de la incipiente mañana, llegamos a la costa oriental del lago. Allí el tren se convierte en el expreso de Teherán. Los australianos estaban desayunando, arrancando con las manos bocados del pan que aún les quedaba. Salí al pasillo para contar el dinero que suponía que el revisor aceptaría como soborno.

4. El expreso de Teherán

Cuando el nuevo expreso de Teherán sale de la moderna estación fronteriza de Qotur, que parece un supermercado, sobre unos rieles que crujen de puro nuevos (los Ferrocarriles Nacionales Iraníes se están modernizando y extendiendo), el camarero del vagón restaurante se quita su chaqueta blanca, desenrolla una hermosa alfombra cuadrada y se arrodilla para rezar. Lo hace cinco veces al día en un pequeño rincón entre la caja y la cocina, entonando: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su profeta», mientras los comensales sorben la sopa y saborean el kebab de pollo. Las gigantescas estaciones de vidrio y hormigón albergan tres retratos: el sah, la emperatriz y su hijo. Son quince veces más grandes que el tamaño natural y la vulgaridad de la ampliación les hace aparecer pesados y monstruosamente regios. El hijo, de cara risueña, tiene aspecto de niño que sueña con tener éxito y canta y baila *I've Got Rhythm* en concursos de televisión. Es un país viejo: por doquier, en medio de la flamante modernidad, vemos restos del pasado ortodoxo, tales como el camarero en oración, los retratos, los campamentos de nómadas y, en el que por otra parte es uno de los ferrocarriles mejor organizados del mundo, el anhelo de recibir *bakshish* (propina).

De nuevo le mostré al conductor mi billete:

—Billete de primera clase —le dije—. Tiene que darme una litera de primera clase.

—No hay —dijo señalando hacia la litera del compartimento de los australianos.

—No —le dije señalando hacia un compartimento vacío—. Quiero este.

—No —respondió él dedicándome una sonrisa.

Sonreía mirando mi mano. Yo tenía en ella treinta liras turcas (unos dos dólares). Su mano apareció cerca de la mía. Bajé la voz y susurré la palabra que es conocida en todo el Oriente:

—*Bakshish*.

El revisor se embolsó el dinero, fue a buscar mi equipaje al compartimento de los australianos y lo llevó a otro compartimento en el que había una maleta vieja y una caja de galletas. Introdujo la bolsa en la red de los equipajes y arregló un poco la litera. Me preguntó si quería sábanas y mantas. Le dije que sí. Fue a buscarlas y trajo también una almohada. Corrió las cortinas dejando fuera el sol. Hizo una inclinación, y me trajo una jarra de agua helada y sonrió como diciendo: «Todo esto pudo haber sido suyo ayer».

La maleta y la caja de galletas pertenecían a un corpulento turco calvo llamado Sadik, que llevaba unos anchos pantalones de lana y un suéter estirado por el uso. Procedía de una de las partes más agrestes de Turquía, el valle superior del Zap Mayor. Había subido al tren en Van e iba a Australia.

Entró y se pasó el brazo por su cara sudorosa.

—¿Viaja usted en este compartimento? —me preguntó.

—Sí.

—¿Cuánto le ha dado?

Se lo dije.

—Yo le di quince rials —repuso—. Es un tipo muy poco honrado, pero ahora está de nuestra parte. No dejará entrar aquí a nadie más, de modo que ahora tendremos todo este gran espacio para nosotros dos.

Sadik sonrió. Tenía los dientes torcidos. No son las personas delgadas las que parecen hambrientas, sino más bien las gordas, y Sadik tenía un aspecto famélico.

—Debo decirle sinceramente —dije yo, pensando en cómo terminar la frase—, bueno, que yo no soy... Bien, ya me entiende, que no me gustan los muchachos y...

—Y a mí tampoco me gustan —interrumpió.

Y dicho esto, se tumbó para dormir. Tenía el don del sueño. Solamente necesitaba estar en posición horizontal para quedar profundamente dormido y siempre dormía llevando puestos el mismo suéter y los mismos pantalones. Jamás se despojaba de ellos y mientras duró el viaje hasta Teherán no se afeitó ni se lavó.

Él mismo reconocía que se portaba como un cerdo, pero tenía un montón de dinero y en la actividad a la que se dedicaba contaba muchos éxitos. Había empezado exportando curiosidades turcas a Francia mucho antes de que a nadie se le ocurriera hacerlo. No pagaba derechos de exportación en Turquía ni derechos de importación en Francia. Para ello se las arreglaba embarcando contenedores de artículos sin valor con rumbo a la frontera francesa y almacenándolos allá. Visitaba a los mayoristas franceses con sus muestras, recibía sus pedidos y dejaba a los mayoristas las molestias de importar los géneros. Estuvo haciendo esto durante tres años e ingresó el dinero en bancos suizos.

—Cuando tenga suficiente dinero —dijo Sadik—, me gustaría organizar una agencia de viajes. ¿Adónde quiere ir usted? ¿A Budapest? ¿A Praga? ¿A Rumania? ¿A Bulgaria? ¡Hermosos lugares todos ellos, muchacho! A los turcos les gusta viajar. Pero son muy tontos. No saben inglés. Me dicen: «Míster Sadik, quiero un café», y esto en Praga. Yo digo: «Pídaselo al camarero». Se asustan. Cierran los ojos. Pero tienen dinero en el bolsillo. Yo le digo al camarero: «*Coffee*» y me entiende. Todo el mundo entiende *coffee*, pero los turcos no hablan idiomas, y por eso yo tengo que ser siempre traductor. Esto, se lo aseguro, me vuelve loco. La gente me sigue. «Míster Sadik, lléveme a una sala de fiestas»; «Míster Sadik, búsqume una chica». Me siguen hasta al lavabo y a veces tengo que huir de ellos utilizando el ascensor de servicio. Renuncio a Budapest y a Belgrado. Decido llevar peregrinos a La Meca. Me pagan cinco mil liras y me ocupo de todo. Consigo inyecciones contra la viruela y pongo el sello en el libro. A veces pongo el sello en el libro sin conseguir las ampollas de vacuna. Tengo un amigo entre los médicos. Ah, pero me ocupo de ellos, eso sí. Les compro colchones de goma, para cada persona un colchón, y los inflo yo mismo, para que no tengan que dormir en el suelo. Los llevo a La Meca, a Medina, a

Yida y luego los dejo. «Tengo negocios en Yida», les digo. Pero me voy a Beirut. ¿Conoce usted Beirut? Bonito sitio... Salas de fiesta, chicas, diversiones a montones. Luego vuelvo a Yida, recojo a los *hadjis* y me los llevo otra vez a Estambul. Gano mucho con ello.

Le pregunté a Sadik por qué razón, siendo él musulmán y hallándose tan cerca de La Meca, no iba allí en calidad de *hadj*.

—Cuando uno va a La Meca, tiene que hacer una serie de promesas; nada de beber, nada de jurar, nada de mujeres, dar dinero a los pobres —dijo riendo—. Eso es para gente vieja. Yo aún no estoy preparado.

Sadik iba a Australia. Se le había metido otra idea en la cabeza. Se le ocurrió un día, en Arabia Saudí, en un momento en que se sentía aburrido (esto lo decía en cuanto comenzaba a ganar dinero con un proyecto que había perdido interés para él). Su nueva idea se refería a la exportación de turcos a Australia. Allí había escasez de mano de obra. Iría allí, y de la misma manera que había vendido baratijas a los franceses, visitaría a los industriales australianos y averiguaría qué clase de personas hacían falta. Confeccionaría una lista. Su socio en Estambul reuniría un gran grupo de emigrantes y se ocuparía del papeleo, sacando pasaportes, cartillas de salud y obteniendo referencias. Entonces los turcos serían enviados en un vuelo chárter que Sadik organizaría y, después de cobrar de los turcos, cobraría de los australianos.

—¡Buen negocio! —dijo guiñándome un ojo.

Fue Sadik quien me indicó que los *hippies* no tenían remedio. Vestían como indios salvajes, según me dijo, pero básicamente eran estadounidenses de clase media. No sabían lo que era *bakshish* porque eran muy agarrados. Siempre esperaban que les dieran comida y hospitalidad, y siempre acababan perdiendo. Le fastidiaba el hecho de que los jefes *hippies* estuviesen rodeados de muchachas jóvenes y bonitas.

—Esos tipos son feos y yo también lo soy. Entonces, ¿por qué no les gusto a las chicas?

Disfrutaba contando anécdotas contra sí mismo. La mejor de ellas se refería a una rubia que había encontrado en un bar de Estambul. Era medianoche; estaba bebido y se sentía libidinoso. Se llevó a la rubia a su casa y con ella hizo dos veces el amor. Después se durmió unas horas, despertó y volvió a hacer el amor. Al día siguiente, ya muy tarde, cuando bajaba arrastrándose de la cama, fue cuando se dio cuenta de que la rubia necesitaba afeitarse y entonces vio la peluca y el enorme pene del hombre.

—Solamente Sadik, dicen mis amigos, solamente Sadik es capaz de hacer el amor tres veces con un hombre creyendo que es una mujer. Pero es que estaba muy borracho.

Sadik fue para mí una buena compañía durante un trecho aburrido del viaje. Habían enganchado al tren treinta vagones de carga y avanzaba muy despacio por el noroeste de Irán en dirección a Teherán cruzando el suelo más estéril que jamás haya visto. En un desierto que parece un horno, se agradece un buen tren, y el expreso de Teherán no podía ser mejor. El vagón restaurante era limpio y animado y encima de

cada mantel almidonado había un jarrón con gladiolos rojos. La comida era excelente pero monótona: siempre la misma sopa, el mismo kebab y un trozo de pan plano y cuadrado. El coche cama disfrutaba de aire acondicionado, de modo que por la noche teníamos que dormir con dos mantas. A medida que uno se aleja de Europa, los trenes son más suntuosos. En Qazvín, otra estación del desierto, que parecía un enorme supermercado, descubrí que llevábamos diez horas de retraso, pero yo no tenía ninguna prisa y, en cualquier caso, siempre he preferido la comodidad a la puntualidad. Así que me senté a leer y durante el almuerzo estuve escuchando a Sadik relatarme su proyecto de organizar una cacería en Australia. Fuera, el paisaje había comenzado a adquirir rasgos, surgían colinas, apareció una meseta y luego, hacia el norte, una cadena verde azulada de montañas. Las aldeas se hicieron más frecuentes y aparecieron refinerías que escupían llamas. Poco después nos encontrábamos en Teherán.

Sadik compró un billete para un tren que partía hacia Mashhad aquel mismo día. No lo había planeado, pero mientras se hallaba en la cola, frente a la taquilla, oyó a dos lindas muchachas que pedían billetes de tercera clase y vio que el empleado les asignaba un compartimento. En tercera clase, en los ferrocarriles iraníes no se hace distinción en cuanto al sexo. Sadik pidió un billete de tercera y le metieron en el mismo compartimento.

—¡Ya veremos lo que sucede! Deséeme usted suerte.

Teherán, una próspera ciudad injertada en una aldea, no tiene ninguna antigüedad y solo escaso interés, a no ser que uno se sienta particularmente fascinado por la forma detestable en que los conductores manejan los vehículos y por un tráfico veinte veces más denso que el de Nueva York. Se está hablando de construir una red de metro, pero la instalación de las cañerías en Teherán es propia de un villorrio. Las aguas de albañal penetran en el suelo debajo de cada edificio, de manera que si se hicieran túneles se produciría una epidemia de cólera de proporciones gigantescas. Un individuo a quien conocí comprobó esto y dijo que solo había que excavar a una profundidad de tres metros, en cualquier sitio de la ciudad, para encontrar aguas residuales. Dentro de unos años bastará con excavar solo metro y medio.

A pesar de su extensión y de las evidentes novedades, conserva los rasgos más desagradables de un bazar, lo mismo que le ocurre a Dallas, y Teherán tiene todas las cualidades de esa ciudad de Texas rica en petróleo: el brillo falso, el polvo y el calor, la afición al plástico y la evidencia del dinero. Las mujeres son bellas. Andan de un lado para otro agarradas de la mano (incluso las más elegantes) o caminan inclinándose hacia un lado, enlazadas del brazo de una viejecita envuelta en una especie de mortaja. A los iraníes la riqueza parece haberles permitido pocas cosas aparte del hecho de vestir con excesivo lujo; en realidad, la temperatura extrema del aire acondicionado parece estar destinada únicamente a permitir a las iraníes ricas lucir vestidos ingleses de moda por los que sienten una especial predilección. En esta decadencia hay una peculiar ausencia de lo físico que parece muy poco civilizada. A

las mujeres rara vez se las ve con hombres. Hay pocas parejas, en ningún caso amantes, y al anochecer Teherán se convierte en una ciudad de varones, que fanfarronean en grupos o que van por las calles haraganeando. Los bares son exclusivamente masculinos; los hombres beben, vestidos con trajes costosos y escrutando continuamente la puerta del establecimiento como si esperasen ver aparecer una mujer. Pero no hay mujeres y las lúgubres alusiones al sexo son numerosas. Los carteles de los cines muestran gruesas muchachas persas en pijama corto y en las salas de fiestas hay bailarinas que bailan la danza del vientre, otras que practican el estriptis y cómicos con sombreros ridículos cuyos chistes hacen referencia al sexo que se les niega. El dinero tira del iraní hacia un lado, la religión tira de él en dirección opuesta y el resultado es una estúpida criatura medio muerta de hambre para quien la mujer es solo carne. Así habló Zaratustra: un feo monomaniaco con una tiara de diamantes que se llama a sí mismo «Rey de Reyes», es lo que tienen como Gobierno, y un pelotón de ejecución es lo que tienen por ley.

Menos inquietante, pero no menos desagradable, es la afición de los iraníes a la mermelada de zanahorias.

Debido al petróleo, Teherán es en gran parte una ciudad de extranjeros. Hay dos diarios en inglés, uno francés, *Journal de Teheran*, y un semanario alemán, *Die Post*. No resulta nada extraño que la página de deportes del *Teheran Journal*, en lengua inglesa, contenga noticias que nada tienen de persa, como una reseña de Hank Aaron («Un gran jugador, una gran persona») que entonces estaba a punto de batir el récord de 714 *home runs* de Babe Ruth ante una multitud indiferente en Atlanta («Atlanta es la vergüenza del béisbol»); el resto de noticias deportivas eran muy similares. No hace falta ir muy lejos en Teherán para averiguar a quiénes van destinados estos periódicos. Hay muchos estadounidenses en la ciudad e incluso a los que trabajan en los pozos de petróleo en áreas distantes del país se les permite pasar siete días en Teherán por cada semana que permanecen en sus lugares de trabajo. Como consecuencia de ello, los bares presentan un ambiente como el de los *saloons* del Salvaje Oeste.

Fijémonos en el Caspien Hotel Bar. Hay allí altos norteamericanos recostados en sofás y bebiendo Tuborg directamente de la botella, unas cuantas esposas de estadounidenses y amigas de estas fumando a su lado y un hombre junto a la barra.

—Hemos visto a los Albright en Qom —dice la señora sentada en el sofá—. Ella llevaba un vestido precioso. Dijo que se lo había comprado aquí mismo.

—Le dije que, si se pone así, puede quedarse con su maldito empleo —decía el hombre de la barra—. Siempre puedo volver a Arabia Saudí cuando me dé la gana.

Entra un hombre de edad madura, corpulento. Se tambalea un poco, pero no pierde su sonrisa.

—Gene, hijo de perra, ven aquí —le llama el hombre desde la barra.

—Hola, Russ —dice el hombretón.

Unos iraníes se hacen a un lado para dejarle pasar.

—Siéntate antes de que des con tus huesos en el suelo.

—Invítame a un trago, cabrón.

—¡Y un cuerno! —dice Russ enseñándole a Gene un viejo billetero—. Solo tengo cien riales.

—Somos de Texas —dice la señora del sofá—. Y ellos de Oklahoma.

Las voces en el bar suenan cada vez más fuerte. Russ llama *ole buddy* a un hombre que está junto a la barra, inclinado sobre una botella, y que tiene aspecto de vicioso. Gene está de pie a cierta distancia, bebiendo cerveza y sonriendo entre trago y trago.

—¡Eh, Wayne! —pregunta Russ al hombre que está inclinado sobre la botella—. ¿Va a haber pelea esta noche?

Wayne sacude la cabeza y Gene se frota la mejilla con una mano tan tostada por el sol que apenas se distinguen los tatuajes.

—Toma un trago, Wayne —dice Russ—. Toma un trago, Gene. Y pregúntale a Billy qué es lo que quiere.

Russ da un golpe a Wayne en la espalda y se produce un estrépito cuando este rueda por el suelo entre los taburetes del bar. El jersey amarillo se le ha subido hasta los sobacos. Acude Billy (que ha estado bebiendo en compañía de las mujeres) y ayuda a Russ y a Gene a levantar a Wayne y apoyarlo en un taburete.

La espalda sonrosada de Wayne ha quedado al descubierto. Tiene la cabeza afeitada, apoya en la barra los codos y agarra la botella como se aferraría un marinero al mástil durante una borrasca.

Los iraníes, que habían estado callados todo el rato, comienzan a decir algo en lengua farsi al camarero.

—¿Qué le estáis diciendo? —gruñe Billy a uno de los iraníes.

—Ven acá, *ole buddy* —dice Russ al otro iraní.

Le guiña el ojo a Wayne, y Wayne, reponiéndose, se pone en pie. Russ sujeta al iraní de la manga de la chaqueta.

—Tengo que decirte algo importante.

Las señoras del sofá empiezan a dirigirse hacia la puerta, abrazando sus bolsos.

—¡Eh! —les dice Russ.

—El asunto se pone feo, muchachos.

Las señoras se van, y yo, viendo lo que se avecina, las sigo hacia la calle ruidosa, jurándome a mí mismo que saldré de Teherán en el primer tren.

Mi ruta original, la que yo había marcado en el mapa antes de salir de Londres, me llevaba desde Teherán hacia Jalilabad y luego a Isfahán, y de allí, por el sudeste, a Yazd, Bafq y Zarand, donde termina el ferrocarril. Entonces cruzaría el Baluchistán

en autobús y tomaría un tren de los ferrocarriles occidentales del Pakistán en la estación iraní de Zahedán para dirigirme hacia el este por la línea principal de Pakistán.

—Desde luego, es posible —me dijo un funcionario de la embajada—, pero no es aconsejable. Tardará usted casi una semana en llegar a Quetta, y no digamos nada del infierno que supone un viaje tan largo sin poderse duchar.

Le dije que acababa de pasar cinco días sin ducharme y que eso no me preocupaba. Lo que me preocupaban eran los hombres de las tribus baluchis. ¿Estarían peleando en aquella zona?

—Puede estar seguro de ello.

—Entonces, ¿opina que no es una buena idea hacer este itinerario?

—Le diría que es usted un loco si se aventurase a hacerlo.

Otro viajero quizá habría tomado esto como un reto para ir en dirección sudeste. Yo me sentí agradecido por la oportunidad de desistir de realizar el viaje. Le di las gracias por su consejo y compré un billete para un tren que me llevase a Mashhad, hacia el nordeste.

5. El correo nocturno de Mashhad

Mashhad, en el nordeste de Irán (a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera con Afganistán y a menos incluso de la soviética) es una ciudad santa. Por consiguiente, los más fervientes musulmanes toman el correo nocturno y por doquier se ven en él a persas en posturas propias de la devoción, murmurando oraciones para ir al cielo, aunque

un cielo persa se hace fácilmente,
solo consiste en unos ojos negros
y en una limonada.

Cuando suena la llamada a la oración de la tarde es como si el tren se viera atacado súbitamente por una extraña dolencia. Los pasajeros se postran de rodillas y hacen reverencias. El correo nocturno de Mashhad es probablemente el único tren del mundo en el que los pasajeros viajan con la cara vuelta hacia la dirección opuesta a la que lleva el tren, con los ojos puestos en La Meca. Durante el viaje, los vagones vibran bajo la presión de estas devociones. En el expreso de Teherán, las mujeres visten falda y blusa; en el correo nocturno van envueltas en túnicas y sus velos no descubren nada de sus rostros.

Era indudablemente el carácter musulmán del tren lo que había eliminado la cerveza del vagón restaurante. Pero cuando salimos de Teherán hacía una tarde bochornosa y yo deseaba beber algo. Estaba guardándome toda la botella de ginebra para cuando llegase a Afganistán.

—No hay cerveza, ¿verdad? —le pregunté al camarero—. ¿Qué es, pues, lo que tienen ustedes?

—*Chichen chebub*.

—No, me refiero a bebidas.

—*Biftec*.

—¿No tienen vino?

Asintió con la cabeza.

—¿De qué clase?

—*Chichen pilaff*, sopa, ensalada.

Renuncié a la idea de beber algo y decidí comer. Estaba comiendo y contemplando el paisaje lunar que desfilaba ante la ventanilla (cráteres, poderosas montañas en el horizonte y tanta arena como podía abarcar la vista), cuando un hombre que llevaba un periódico y una bolsa de la compra se acercó a mí.

—¿Le importa que me siente junto a usted? —me dijo.

—En absoluto.

Su periódico, el londinense *Daily Telegraph*, era de cinco días antes. Su bolsa de la compra contenía muchos envases con desinfectante. Estaba sentado con el codo

apoyado en el diario y la barbilla descansando en la mano, en una actitud de concentración.

—Fíjese en esa muchacha —dijo.

Acababa de pasar una joven muy linda, y como quiera que llevaba un vestido más bien ajustado y no los holgados ropajes de las otras mujeres, llamaba la atención de todos los comensales. Yo iba a hacer un comentario, pero él me hizo guardar silencio.

—Espere un momento. Quiero concentrarme en esto —dijo.

Estuvo mirando a la joven hasta que hubo salido del coche y añadió:

—Me gustaría mucho conocer a una chica así.

—¿Por qué no se presenta a ella? Me parece que no sería demasiado difícil.

—Imposible. Ellas no quieren hablar. Y si intenta llevarlas a un restaurante o a un espectáculo, no irán a menos que tenga usted intención de casarse.

—Eso es absurdo —exclamé.

—Y eso no es todo. Yo vivo en un lugar desértico. No hay mujeres en Ezna.

—Supongo que vendrá usted por aquí los fines de semana.

—¡Está de broma! Esta es la segunda vez que estoy en Teherán, la primera vez fue hace cuatro meses.

—¿De modo que ha estado en el desierto durante cuatro meses?

—En las montañas —dijo él—, pero viene a ser lo mismo.

Le pregunté por qué había escogido vivir en las montañas de Irán, en un lugar donde no había mujeres, si tan ansioso estaba por conocer una chica bonita.

—Suponía que encontraría una aquí. La conocí en Riad, una secretaria, una chica muy mona, y dijo que vendría a Teherán. Cambió de empleo. Así que, cuando yo llegué al Reino Unido, firmé este contrato y le escribí una carta. Pero ya hace de esto seis meses y ella aún no me ha contestado.

Ya estaba oscuro en el exterior, una oscuridad sin luna, impenetrable, desértica. Las mesas del vagón restaurante transmitían el traqueteo de las ruedas a los cuchillos y tenedores, y los camareros se despojaban de las chaquetas de sus recién planchados uniformes preparándose para las oraciones vespertinas. El ingeniero (porque era un ingeniero que estaba supervisando la construcción de un oleoducto) continuó su melancólico relato, referente a que había firmado un contrato por tres años en Irán confiando en la frágil posibilidad de encontrar a aquella secretaria.

—A mí lo que realmente me gustaría sería conocer a una chica sana, no una Sofía Loren, pero sí bonita y con algo de dinero. Conocí una vez a una (su padre era rico), pero me salió lesbiana. ¡No me imagino casado con una mujer así! Mire.

La chica que había atravesado el vagón restaurante volvía a pasar por delante de nosotros. Esta vez me fijé bien en ella, y pensé que hacía falta haber estado solo en las montañas de Irán durante cuatro meses para hallarle algún encanto. El ingeniero la miraba como en éxtasis, de una manera conmovedora y desesperada.

—¡Dios mío —dijo el ingeniero—, cuántas cosas podría hacer con ella!

Intentando cambiar de tema, le pregunté qué hacía para entretenerse allá durante la construcción del oleoducto.

—Hay un billar y una diana —contestó—, pero están en tan malas condiciones que no los uso. Además, tampoco iría al club. No soporto el olor de los retretes. Esta es una de las razones por las que fui a Teherán, para comprar Harpic. He comprado nueve latas de este producto... ¿Me pregunta qué es lo que hago? Bien, veamos. Normalmente, leo, pues soy muy aficionado a la lectura. Y estoy estudiando farsi. A veces hago horas extraordinarias. Oigo muchísimo la radio. Ya sé que es un estilo de vida muy tranquilo. Por esto me gustaría conocer a una chica.

Le sugerí que el hecho de que, según me dijo, hubiera pasado los últimos siete años en Arabia Saudí, en Abu Dabi y en Irán quizá tuviera algo que ver con su prolongada soltería. Él convino en que así era, en efecto.

—¿Y no hay burdeles?

—No son para mí, amigo. Lo que yo necesito es una linda joven fija, que sea limpia, bonita, con dinero y todo eso. La de mi hermano valía muchísimo. Esto es lo que me fastidia. Era una peluquera que había venido de Uxbridge, muy guapa ella, y además, estaba loca por mi hermano. Yo viví en su casa, en Hayes, durante unas vacaciones. Pero ¿cree usted que mi hermano le hacía el menor caso? ¡En absoluto! Al final, ella lo dejó y se casó con otro. No se lo reprocho. Me gustaría tener una oportunidad con una chica así. La llevaría a espectáculos, le compraría flores, iría a comer con ella al restaurante. Eso es lo que haría. Sería bueno con ella. Pero mi hermano es un egoísta, siempre lo ha sido. Le gusta tener un buen coche y su tele en color. Solo está interesado en sí mismo. Pero yo estoy interesado en toda clase de personas.

Se calló unos instantes y luego prosiguió:

—No sé por qué soy así, pero lo cierto es que en mis últimas vacaciones por poco no lo cuento. Conocí a una chica realmente linda, una taquimecanógrafa, de Chester, y cuando el asunto se ponía bueno, va y me llama por teléfono su examante. Dijo que iba a matarme. Tuve que renunciar a ella.

El vagón restaurante estaba vacío, los camareros habían acabado sus plegarias y estaban preparando las mesas para el desayuno.

—Me parece que quieren que nos marchemos —dije.

—Esa gente me inspira mucho respeto —dijo el ingeniero—. Usted podrá reírse cuanto quiera, pero a menudo se me ha ocurrido la idea de hacerme musulmán.

—No me reiría en absoluto.

—Uno tiene que conocer el Corán al dedillo. No es tarea fácil. Estuve leyéndolo allá arriba, en el oleoducto, pero, naturalmente, a escondidas. Si mi jefe me hubiese sorprendido leyendo el Corán, no lo habría entendido. Pensaría que estoy loco, pero creo que podría ser la solución. Me hago musulmán, renuevo el contrato al cabo de tres años y conozco a una linda chica persa. Cuando se es musulmán, resulta muy fácil conocerlas.

La conversación, como muchas otras que tuve en los trenes, contenía una agradable franqueza debida al viaje compartido, a la comodidad del vagón restaurante y a la seguridad de que no volveríamos a vernos. El ferrocarril era un bazar en el que cualquiera que tuviese la paciencia suficiente podía obtener un recuerdo para saborear luego a solas. Los recuerdos eran siempre inconclusos, pero, como en la mejor ficción, siempre llevaban implicado un final. El triste ingeniero no volvería nunca a Inglaterra; se convertiría en uno de esos expatriados de cierta edad que van a ocultarse en países remotos con extrañas simpatías, con una debilidad por la religión local, un malhumor poco lógico y una memoria tan fiel que aleja de ellos a los extranjeros curiosos.

Había tres personas en mi compartimento: un matrimonio canadiense y un muchacho melenudo procedente de uno de los barrios bajos del este de Londres. Todos ellos iban a Australia; la pareja canadiense porque «no nos agrada aprender francés» y el muchacho londinense porque su ciudad estaba «atestada de sucios indios». Debe de constituir un hecho sociológico que el prejuicio sea un motivo más común para la emigración que la pobreza, pero lo que a mí me interesaba acerca de aquellos tres era que, al igual que muchos otros, se dirigían a Australia por la vía más barata, a través de Afganistán y de la India, viviendo como los más pobres entre los cuales se encontraban comiendo alimentos detestables y durmiendo en habitaciones de hotel llenas de chinches, porque rechazaban una sociedad que ellos consideraban decadente. Su conversación resultaba completamente petrificante. Alquilé al revisor una manta y una almohada, me tomé un anestésico a base de ginebra y me fui a dormir. Por la mañana temprano, me despertaron unos gritos. La gente miraba por las ventanillas unos camellos que pacían entre arbustos de color pardo y unos rebaños de ovejas arracimadas en las laderas de unas colinas arenosas. Las aldeas eran escasas, pero su forma era extraordinaria. Estaban amuralladas, eran achaparradas y parecían esos castillos de arena que hacen los padres para sus niños en las playas, con un cubo y una pala. Tenían unas ventanas diminutas, unos muros que se desmoronaban y unas impresionantes almenas irregulares, pero cuando se veían de cerca ofrecían un aspecto deleznable. Las fortificaciones no eran más que un débil reto a los intrusos. Unas mujeres se hallaban sentadas en cuclillas junto a los muros, en medio de un recio viento. Se mantenían el velo contra la cara mordiendo las puntas y sujetando la tela con los dientes.

Mashhad apareció repentinamente desde el desierto, con sus mezquitas de cúpulas doradas y de blancos alminares. En la estación bajó un gran número de peregrinos con sus alfombras enrolladas y sus camas plegables. Esta estación, a seis mil quinientos kilómetros de Londres, es el extremo de la línea. Entre esta estación, la más oriental de los ferrocarriles nacionales de Irán, y la pequeña estación paquistaní de Landi Kotal, en el paso de Jaybar, se encuentra Afganistán, un país sin un solo metro de vía. Después de una hora en Mashhad, ya estaba ansioso por marcharme de allí. Era el ramadán, el mes musulmán del ayuno y durante el día no se vendía ningún

alimento. Me comí mi queso de elaboración iraní y encontré a dos *hippies* que parecían haber perdido al resto de su tribu. No podían entender por qué yo no quería quedarme en Mashhad.

—Es un lugar muy bueno —dijo uno de ellos.

—Es que estoy tratando de llegar a Pakistán —repuse.

—Antes tiene que atravesar Afganistán —dijo el otro, un tipo bajito y barbudo, que llevaba una guitarra.

—Venga con nosotros, si quiere. Ahora íbamos a marcharnos.

Quien dijo esto llevaba un pijama indio, unas sandalias, un chaleco bordado, un collar de cuentas y unos brazaletes, como un turco en un grabado victoriano, pero sin la cimitarra ni el turbante.

—Dese prisa, si quiere venir con nosotros, de lo contrario, vamos a perder el autobús.

—Detesto los autobuses —dije yo.

—¿Has oído eso, Bobby? Dice que detesta los autobuses.

Pero Bobby no respondió. Estaba mirando fijamente a una chica, probablemente norteamericana, que salía de la estación. Caminaba dificultosamente con un par de zuecos de madera de altas suelas.

—Me asombran esos zapatos —dijo Bobby—. Las jovencitas ni siquiera pueden andar con ellos. Apostaría cualquier cosa a que el tío que los inventó odiaba a las chicas.

Afganistán es un asco. Antes era barato y bárbaro, y la gente iba allá a comprar hachís, y solía pasar semanas enteras en los asquerosos hoteles de Herāt y Kabul. Pero hubo un golpe militar en 1973 y el rey (que estaba tomando el sol en Italia) fue depuesto. Ahora Afganistán es caro, pero tan bárbaro como antes. Hasta los *hippies* han empezado a encontrarlo intolerable. La comida huele mal, el viajar por allí es siempre incómodo y a veces peligroso y los afganos son holgazanes, indolentes y violentos. Al cabo de poco tiempo de estar allí ya lamentaba haber cambiado mis planes de tomar la ruta del sur. Es verdad que había una guerra en Baluchistán, pero Baluchistán era pequeño. Estaba resuelto a acabar cuanto antes con Afganistán y a poner entre paréntesis aquella incomodidad. Pero transcurrió una semana antes de que pudiera tomar otro tren.

La oficina de la aduana estaba cerrada por la noche. No podíamos volver a la frontera iraní ni podíamos avanzar hacia Herāt, de modo que nos quedamos en una franja de tierra que no era ni Afganistán ni Irán, en un hotel sin nombre. No había electricidad ni un retrete y el agua solo alcanzaba para una taza de té por persona. Bobby y su amigo, el cual dio como apellido el de López (su verdadero apellido era Morris) se sintieron enormemente felices cuando el afgano, en el vestíbulo alumbrado con una vela, nos dijo que nuestras camas nos costarían treinta y cinco centavos cada

una. López pidió hachís. El afgano dijo que no había. López le llamó «cerdo». El afgano trajo luego un trozo del tamaño de una cagada de perro y pasamos el resto de la velada fumándolo. Hacia la medianoche sonó el timbre de un teléfono en medio de la oscuridad.

—Si es para mí —dijo López—, decidles que no estoy.

Mientras nos dirigíamos a Herāt, al día siguiente, un pasajero afgano disparó su escopeta y perforó el techo del autobús; se produjo una pelea para determinar quién pagaría la reparación del agujero. La explosión aún resonaba en mis oídos un día después, en Herāt, mientras contemplaba a un grupo de *hippies* que se lamentaban a causa de la desproporción en el cambio de la moneda. A las tres de la madrugada siguiente hubo un desfile que bajó por la calle principal de Herāt, con cornetas y tambores.

Era como esas extrañas pesadillas que los ancianos tienen en las novelas alemanas. Le pregunté a López si había oído el bullicio del desfile, pero no hizo caso de mi pregunta. Estaba preocupado, según dijo agitando desesperadamente las muñecas adornadas con brazaletes, porque tenía malas noticias: el dólar se cotizaba a cincuenta afganíes.

—¡No hay derecho!

Fui a Kabul, en autobús y en avión, vía Mazar-e Sarif. Recuerdo dos incidentes en Kabul: una visita al manicomio, donde fracasé en el intento de liberar a un canadiense que había ingresado allí por equivocación. (Él decía que no le importaba permanecer en el manicomio mientras siguieran proporcionándole chocolate, pues eso era mejor que volver a Canadá.) Y más tarde, aquella misma semana, al pasar por delante de un campamento de pastunes vi a un camello desplomarse bajo el peso de una gran carga de leña. En un instante los pastunes se arrojaron sobre él, lo descuartizaron y lo despellejaron. No tenía ganas de quedarme más tiempo en Kabul. Tomé un autobús para ir hacia el este, en dirección al paso de Jaybar. Allí tenía que tomar un tren, en Landi Kotal, para ir a Peshawar y temía perderlo, porque solo hay un tren a la semana, los domingos.

6. El tren del paso de Jaybar

El paso de Jaybar es más rocoso, más alto y más espectacular en el lado afgano de la frontera que en el lado paquistaní, pero en Tor Jam, en la frontera, se vuelve verde, y uno siente gratitud por el follaje que le confiere este color. Era el primer escenario de verdor que veía desde que habíamos salido de Estambul. Se inicia con el liquen en las caras de las rocas y unas matas pálidas de hierba que brotan entre las grietas. Luego aparecen unos arbustos y unos árboles bajos retorcidos por el viento y finalmente unas laderas herbosas que se cubren de follaje cuando nos acercamos a Peshawar. Uno presencia un cambio de estación en el espacio de un día al viajar desde las cumbres dentadas y las gargantas de las afueras de Jalalabad hasta los acantilados de Landi Khana, de los que penden como barbas unos ramilletes de flores silvestres agitados por el viento. El cambio es brusco. No es posible que existan muchos países geográficamente tan cercanos y, sin embargo, tan diferentes en otros aspectos. El paisaje se suaviza donde comienza la línea de la frontera en el mapa, y las caras grisáceas de los afganos, cuyas cabezas se cubren con blancos turbantes, son sustituidas por los rasgos angulosos de los paquistaníes, que calzan zapatillas estrechas y llevan el bigote fino y burlón de los magos y los villanos de película.

Y allí está el ferrocarril de Jaybar, un nuevo placer. Construido hace cincuenta años con un gran esfuerzo económico, constituye una maravilla de la ingeniería. Pasa por treinta y cuatro túneles y noventa y dos puentes, y trepa hasta mil cien metros de altura. Está bien guardado: sobre unos riscos escarpados que se levantan por encima de la vía, en pequeñas guarniciones y en blocaos de cemento armado, los fusileros del Jaybar montan guardia, mirando fijamente hacia los barrancos azul oscuro en el inhóspito borde de Afganistán.

Solo hay un tren a la semana y prácticamente todos los pasajeros son los que los paquistaníes llaman «gente tribal»; los kuki, los malikdin, los kambar y los zakka jel, indistinguibles en sus harapos. Utilizan el tren en su visita semanal al bazar de Peshawar. Constituye un motivo de esparcimiento para ellos aquel día en la ciudad, y así el andén de la estación de Landi Kotal, en el paso de Jaybar, se ve animado por una muchedumbre de excitados tribeños que andan de un lado para otro descalzos, en espera de que el tren se ponga en marcha. Yo encontré un asiento en el último vagón y me fijé en un hombre que probablemente estaba loco y que discutía con unos mendigos. Uno de ellos se acercó a una familia que se hallaba esperando el tren y tendió la mano. Entonces el loco comenzó a increparle. La mayoría de los mendigos no le hicieron caso, pero uno le pegó y en ese momento intervino un policía.

El lunático era viejo. Llevaba una larga barba, un abrigo procedente del ejército y calzaba unas sandalias hechas con caucho de neumático. Logró escabullirse del policía, subió al tren escogiendo un asiento muy cerca del mío y se puso a cantar. Esto divirtió a los pasajeros y al advertirlo cantó más fuerte. Muchas clases de

mendigos desfilaron por el vagón: leprosos, ciegos guiados por muchachitos, ancianos apoyándose en muletas: el cortejo habitual de seres desdichados del medio rural. Atravesaban penosamente el vagón lanzando gemidos. Los pasajeros los miraban con cierto interés, pero nadie les daba nada. Los mendigos llevaban botes de hojalata con mendrugos. El loco se mofaba de ellos, dirigió muecas a un ciego y lanzó gritos contra un leproso. Los pasajeros se reían y los mendigos fueron pasando. Subió un individuo que solo tenía un brazo. Se detuvo exhibiendo su brazo sano y presentando el muñón: un hueso de diez centímetros junto al hombro.

—¡Alá es grande! ¡Mirad, me falta un brazo! ¡Dad algo a este pobre herido!

—¡Vete de aquí, estúpido! —le gritó el loco.

—Tened la bondad de darme algo —decía el manco recorriendo el vagón.

—¡Fuera, estúpido! ¡Aquí no te queremos!

El loco se levantó para ahuyentar al manco, pero este le dio un terrible golpe en la cabeza que le hizo volver a su asiento tambaleándose. Cuando el manco se marchó, el loco volvió a sus cantos. Pero ahora ya no tenía oyentes.

La traducción del citado diálogo me la proporcionaron dos pasajeros que estaban sentados a mi lado, el señor Haq y el señor Hasan. El señor Haq, hombre de unos sesenta y cinco años, era un abogado de Lahore. El señor Hasan, de Peshawar, era amigo suyo. Acababan de regresar de la frontera, donde, según dijo el señor Haq, habían estado efectuando ciertas pesquisas.

—Estoy seguro de que Peshawar va a gustarle —dijo el señor Hasan—. Es una ciudad pequeña, pero muy bonita.

—Quisiera interrumpir a mi docto amigo para decirle que no sabe lo que está diciendo —dijo el señor Haq—. Soy un hombre viejo, y sé de qué estoy hablando. Peshawar no es una ciudad bonita, en absoluto. Lo era, sí, pero no ahora. El Gobierno de Afganistán y los rusos quieren apoderarse de ella. Fueron los rusos y los indios los que arrancaron una porción de Pakistán, lo que ellos llaman Bangladesh. En fin, Peshawar fue grande en otro tiempo y está llena de historia, pero ignoro lo que va a sucedernos.

El tren se había puesto en marcha, el loco estaba importunando ahora a un muchachito que parecía viajar solo; los miembros de la tribu estaban junto a las ventanillas. Era un viaje extraño y desigual. Unas veces, el vagón quedaba completamente inundado por la luz del sol, y fuera el valle se convertía en un pedregoso barranco, y en el instante siguiente todo era oscuridad. Hay cinco kilómetros de túneles en el ferrocarril de Jaybar, y como no hay luces en el tren, viajamos esos cinco kilómetros en tinieblas.

—Me agradecería mucho hablar con usted —dijo el señor Haq—. Usted ha estado en Kabul. ¿Puede decirme si la ciudad es segura?

Le dije que había visto muchos soldados, pero que suponía que andaban por allí a causa del golpe militar. Afganistán era gobernado por decreto.

—Bien, yo tengo un problema y soy un hombre viejo, por lo cual necesito que me aconsejen.

El problema era que un muchacho paquistaní, pariente lejano del señor Haq, había sido detenido en Kabul. Debido a las dificultades para obtener moneda extranjera y a la imposibilidad de ir a la India, el único lugar al que pueden viajar los paquistaníes que quieren tomarse unas vacaciones es Afganistán. El señor Haq pensaba que el muchacho había sido detenido por tener hachís y le habían pedido que fuera a Kabul para tratar de lograr que pusieran en libertad al chico. Él no estaba seguro de querer ir allá.

—Dígamelo usted. Tome la decisión por mí.

Le dije que pusiera el asunto en manos de la embajada paquistaní en Kabul.

—Oficialmente tenemos relaciones diplomáticas, pero todo el mundo sabe que no las tenemos. No puedo hacerlo.

—Entonces, tiene usted que ir.

—Y si me detienen, ¿qué?

—¿Por qué habrían de detenerlo?

—Podrían pensar que soy un espía —dijo el señor Haq—. Casi estamos en guerra con Afganistán por el asunto del Pashtunistán.

El asunto del Pashtunistán consistía en unas cuantas aldeas de la tribu de los pastunes; apoyadas por la URSS y Afganistán, que amenazaban con separarse de Pakistán, declararse un Estado nuevo y, basándose en su producción de frutos secos, convertirse en potencia soberana. Los guerreros liberados competirían entonces en el mercado mundial de la uva y las ciruelas pasas.

—Mi consejo es que no vaya usted —le dije.

—¡Cómo puede decir tal cosa! Y el muchacho, ¿qué? Es pariente mío, su familia está muy preocupada. Deseo hacerle a usted otra pregunta. ¿Conoce la cárcel de Kabul?

Le dije que no la conocía, pero que había visto el manicomio y que no lo encontraba muy alentador.

—La cárcel de Kabul. Escuche, voy a decírselo. Fue construida en el año 1626 por el rey Babar. Bueno, la llaman cárcel, pero es un conjunto de hoyos en el suelo, como pozos hondos. Meten a los prisioneros dentro. Por la noche los cubren con tapaderas. Esa es la verdad. No dan comida. El muchacho podría estar muerto. No sé qué debo hacer.

Se puso a hablar en urdu con el señor Hasan, mientras yo tomaba unas fotos de los desfiladeros. Nos introducíamos en túneles y salíamos a través de escarpados riscos. Sobre nosotros se erguían torres fortificadas y construcciones de piedra que brillaban al sol de la tarde. Parece un viaje imposible para un tren. El convoy se balancea avanzando por el costado del risco, dando fuertes resoplidos, y cuando ante él no hay más que aire y roca vertical, penetra en la montaña. Al entrar, desaloja murciélagos del techo, que los de la tribu amenazan con sus bastones a través de las

ventanillas. Luego, al salir otra vez a la luz del sol, pasa ante el fuerte de Ali Masjid, se balancea en la cima de un alto pico, y una hora más tarde, después de veinte pronunciadas curvas, el tren avanza por una ladera más suave, en las proximidades de Jamrud. Encima de Jamrud se encuentra su enorme fuerte con muros de tres metros de grosor y su hornabeque que mira hacia Afganistán.

Algunos componentes de la tribu se apearon en Jamrud, y el señor Haq hizo el siguiente comentario:

—Hacemos lo que podemos por ellos, y ellos van progresando.

Volvió a guardar silencio y no habló hasta que estábamos en las afueras de Peshawar. Allí, el paisaje era llano y verde y las palmeras eran altas. Probablemente hacía más calor que en Kabul, pero con tanto verdor parecía como si el ambiente fuese más fresco. Detrás de nosotros, el sol había descendido, y los picos del paso de Jaybar eran de color malva, dentro de una neblina lila tan hermosa que parecía exhalar perfume. El señor Haq comentó que tenía que resolver un asunto en Peshawar.

—Tengo que despejar mi gran preocupación.

En la estación de acuartelamiento de Peshawar, añadió:

—Pero podríamos volver a vernos más tarde. No voy a molestarle con mis problemas. Tomaremos té y charlaremos sobre cuestiones de interés internacional.

Peshawar es una bonita ciudad. Me gustaría ir a vivir allí, sentarme en un mirador y envejecer contemplando las puestas de sol en el paso de Jaybar. Las mansiones de Peshawar, ampliamente espaciosas, ejemplo excelente todas ellas del gótico angломusulmán, se hallan esparcidas a lo largo de anchas carreteras adormecidas bajo la fresca sombra de los árboles, precisamente el lugar adecuado para que uno pueda recobrarse de la desagradable experiencia de Kabul. En la estación, uno llama una *tonga* y se traslada al hotel, donde, en la galería, las sillas son extensibles para que uno pueda apoyar los pies y dejar circular la sangre libremente. Un ágil camarero trae una gran botella de Murree Export Lager. El hotel está vacío; los otros huéspedes se han arriesgado a emprender un fatigoso viaje a Swat con la esperanza de ser recibidos por su alteza el valí. Duerme uno como un tronco bajo una tienda de red mosquitera y le despierta el canto de los pájaros. Después se toma un desayuno inglés que se inicia con gachas y termina con riñones. Luego una *tonga* y al museo.

Quizá se pregunten ustedes cómo fue concebido Buda. Hay en el museo de Peshawar un friso grecobudista que representa a la madre de Buda recostada de lado y siendo impregnada a través de sus costillas por lo que parece la boquilla de un globo de aire caliente suspendido encima de ella. En otro panel, el niño Buda está saltando fuera de una raja del costado de su madre, un parto con toda la energía de un salto olímpico. Más allá vemos una escena de natividad, Buda yacente en el centro de unas figuras que se arrodillan para orar, la típica tarjeta navideña labrada delicadamente en piedra con rostros clásicos. La pieza más sorprendente es una escultura pétrea de un metro de altura de un anciano en la postura del loto. El hombre

está ayunando: sus ojos están hundidos, su caja torácica, prominente, sus rodillas, nudosas, y hueco su vientre. Parece moribundo y tiene una expresión beatífica. Esa representación de un cuerpo demacrado era la más exacta que jamás había visto; y una y otra vez, en toda la India y en todo Pakistán, volvería a ver aquel mismo cuerpo, en puertas y en chozas y apoyado en los pilares de las estaciones de ferrocarril, con la inanición prestando una especial cualidad de santidad a las huesudas facciones.

A escasa distancia del museo, cuando estaba comprando cerillas en una tienda, me ofrecieron morfina. No estaba seguro de haber oído bien y pedí que me la mostrasen. El hombre sacó una caja de cerillas (tal vez la palabra «cerillas» fuese una palabra clave) y la abrió. En su interior había un frasquito con la inscripción «sulfato de morfina» que contenía diez tabletas blancas. El hombre dijo que podía adquirir todo el lote por veinte dólares. Le ofrecí cinco dólares y me eché a reír, pero al ver que me burlaba de él se enfadó y me dijo que me marchase.

Me habría gustado quedarme más tiempo en Peshawar. Me agradaba holgazanear en la galería, desplegando mi periódico y mirando cómo iban y venían las *tongas*. Me entretenía oyendo discutir a los paquistaníes sobre la inminente guerra con Afganistán. Estaban preocupados y apenados, pero yo les animaba diciendo que encontrarían en mí un entusiasta partidario si alguna vez pensaban invadir aquel país bárbaro. Mi actitud les sorprendió, pero se convencieron de que yo hablaba con sinceridad.

—Espero su ayuda —dijo uno de ellos.

Yo le expliqué que no era un gran soldado.

—No me refiero a usted personalmente, sino a Estados Unidos en general —repuso él.

Le dije que no podía prometer ningún apoyo nacional pero que tendría mucho gusto en hablar en favor de ellos.

Todo es fácil en Peshawar menos comprar un billete de tren. Equivale al trabajo de una mañana y le deja a uno extenuado. Primero se consulta el horario de los ferrocarriles occidentales de Pakistán y se encuentra uno con que el correo de Jaybar sale a las cuatro. Luego va a la taquilla de información y le dicen que sale a las 21.50. El empleado de información le envía a reservas. El hombre de reservas no está, pero un barrendero dice que volverá enseguida. Vuelve al cabo de una hora y le ayuda a uno a decidir en qué clase va a viajar. El empleado anota el nombre del viajero en un libro y le da un vale. Uno lleva el vale a la taquilla, donde, por ciento ocho rupias (unos diez dólares), le entregan dos billetes y una nota con unas iniciales. Hay que volver a reservas y esperar que el hombre regrese otra vez. El hombre vuelve, pone unas iniciales en los billetes, examina la nota y escribe los detalles en un libro mayor que mide un metro cuadrado.

Tampoco era esta la única dificultad. El hombre de reservas me dijo que no había literas disponibles en el correo de Jaybar. Sospeché que estaba tendiendo el anzuelo

en busca de *bakshish* y le di seis rupias para que me encontrara una litera. Al cabo de veinte minutos me dijo que ya estaba todo ocupado. Lo sentía muchísimo. Le pedí que me devolviese el dinero del soborno.

—Como usted quiera —dijo.

Más tarde, aquel mismo día, encontré la solución perfecta. Me alojaba en el Dean's, que pertenece a una cadena de hoteles que incluye el Faletti, en Lahore. Tuve que importunar muchísimo al empleado, pero finalmente consintió en facilitarme la ropa de cama que yo necesitaba. Yo le daría sesenta rupias y él me daría una nota. En Lahore yo entregaría la ropa y la nota al hotel Faletti y recuperaría mis sesenta rupias. La nota decía así:

Sírvase entregar a este hombre Rs. 60/ – (SOLO SESENTA RS.) si él le entrega este recibo y una manta, una sábana y una almohada y acredítelo en la cuenta del Dean's Hotel de Peshawar.

7. El correo de Jaybar hasta el empalme de Lahore

Rashid, el revisor del coche cama, me ayudó a encontrar mi compartimento y, tras un instante de vacilación, me pidió que le echase una ojeada a un diente. Dijo que le dolía. La petición no era impertinente. Yo le había dicho que era dentista. Ya estaba cansado de la inquisición asiática: ¿De dónde viene usted? ¿A qué se dedica? ¿Casado o soltero? ¿Tiene hijos? Todo esto me volvió evasivo, inventor de historias estrafalarias. Rashid hizo la cama y luego me mostró un canino roído por las caries.

—Más vale que vaya a visitar a un dentista en Karachi —le dije—. Entretanto, mastique usted la comida por el otro lado.

Satisfecho con mi consejo (también le di un par de aspirinas), dijo:

—Aquí estará muy cómodo. Es un coche alemán, tiene unos quince años. Pesado, como ve, de modo que anda sin sacudidas.

No tardamos mucho en encontrar mi compartimento. Solamente tres estaban ocupados (los otros dos por unos oficiales del ejército) y mi nombre estaba escrito en una etiqueta, con grandes caracteres, sobre la puerta. Al entrar en un tren ya podía saber qué clase de viaje me esperaba. La impresión que me causó el correo de Jaybar fue de ligera contrariedad, dado que el viaje sería muy corto, solo doce horas hasta Lahore. Deseaba que fuese más largo porque allí tenía todo lo que necesitaba. El compartimento era grande, bien iluminado y cómodo, con un lavabo y un retrete en una pieza contigua; tenía una mesa plegable, un asiento bien tapizado, un espejo, un cenicero y una argolla cromada para sostener la botella de ginebra. Estaba solo. Pero si deseaba compañía, podía ir al vagón restaurante o vagar por el pasillo con los oficiales del ejército. Nada se espera del pasajero de tren. En los aviones, el viajero es condenado a estar horas sentado en un asiento fijo; los barcos requieren buen humor y sociabilidad, y de los automóviles y autobuses es mejor no hablar. El coche cama es la forma menos dolorosa de viajar. En su artículo «Ordered South», Robert Louis Stevenson escribe:

Ahí, me parece, se encuentra el principal atractivo de los viajes en ferrocarril. La velocidad es tan suave, y el tren perturba tan poco las escenas a través de las cuales nos conduce, que nuestro corazón se llena de la placidez y serenidad del campo; y mientras el cuerpo es transportado en la veloz cadena de vagones, los pensamientos se apean, conforme los mueve el capricho, en las estaciones poco frecuentadas...

El romanticismo asociado al coche cama se deriva de su extremada privacidad, de su gran intimidad, que combina las mejores cualidades de un armario dotado de movimiento. Cualquiera que sea el drama que se esté desarrollando en este dormitorio andante, se ve realzado por el paisaje que pasa por delante de la ventanilla: una sucesión de onduladas colinas, la sorpresa de las montañas, el ruidoso

punto metálico o la visión melancólica de unas personas de pie junto a unas farolas amarillas. Y la noción de viaje como visión continua, una sucesión de imágenes a través de una tierra curva (sin la vaciedad deformante del aire o del mar), únicamente es posible en un tren. Un tren es un vehículo que permite sentirse en una residencia: comer en un comedor, nada podría resultar mejor.

—¿A qué hora llega a Karachi el correo de Jaybar?

—El horario indica las siete quince de la tarde —dijo Rashid—. Pero llegaremos con cinco horas y media de retraso.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Siempre llegamos con cinco horas y media de retraso. Es así.

Dormí bien con la ropa de cama del Dean's Hotel y a las seis de la mañana siguiente vino a despertarme un sij con una insignia de acero en su turbante en la que se leía la siguiente inscripción: «Pakistan Western Railways». Su ojo derecho presentaba un aspecto lechoso debido a un tracoma.

—¿Quiere usted desayunar?

Le dije que sí.

—Vendré a las siete.

Me trajo una tortilla, té y tostadas, y durante la siguiente media hora estuve repantigado en mi asiento leyendo el maravilloso cuento de Chéjov «Ariadna» y tomando mi té. Luego levanté la cortinilla y el compartimento quedó inundado de luz. En medio de la intensa claridad del sol pasábamos ante campos de arroz y lagunas llenas de lotos blancos y de garzas. Más allá, posados en un árbol pequeño, vimos un par de loros de color pistacho que se asustaron y echaron a volar; parecían más verdes a medida que iban remontándose en el aire.

Mirar por la ventanilla de un tren en Asia es como ver un documental inédito sin la molesta banda sonora. Yo tenía que conjeturar la finalidad de las actividades que observaba: unos campesinos aplicaban excrementos de vaca a las paredes de una choza de barro, sin duda para que se secaran; unos hombres con bueyes y arados sumergidos preparando un arrozal para su cultivo; y en Badami Bagh, en las afueras de Lahore —una ciudad de chozas de hierba, refugios de cartón y cobertizos de papel, ramas y tela—, todo el mundo estaba en movimiento, seleccionando fruta, plegando ropa, atizando el fuego, ahuyentando a un perro o reparando un tejado. Es la actividad matinal de los pobres, tan diligentes que parecen llenos de esperanza, pero no es así. La posición de su poblado les traiciona: han sido relegados a los confines de la miseria, al villorrio de barracas que se extiende junto a la vía del tren.

La ciudad de barracas tenía otro testigo: un indio alto y delgado de unos veinte años de edad, de larga cabellera, que se encontraba de pie junto a la ventanilla del pasillo. Me preguntó la hora. Su acento londinense resultaba inconfundible. Le pregunté adónde se dirigía.

—A la India —me respondió—. Nací en Bombay, pero me fui cuando tenía tres o cuatro años. No obstante, soy hindú de pies a cabeza.

—Pero se crio en Inglaterra, ¿no?

—Sí. También tengo pasaporte británico. No lo quería después de todo lo que me hicieron. Pero un pasaporte indio supone demasiadas molestias. Mire, quiero ir, llegado el momento, a Alemania. Ellos están en el Mercado Común. Todo es más fácil con pasaporte británico.

—¿Por qué no se quedó en Londres?

—Puede quedarse usted en Londres, si le apetece. Todos son racistas. La cosa empieza cuando uno tiene diez años de edad. Entonces todo lo que oye son insultos a la raza. No puede hacer nada para evitarlo. En la escuela es realmente terrible. Se humilla a los paquistaníes. Y yo ni siquiera soy paquistaní. Ignoran la diferencia. Pero son unos cobardes. Los odio. Me alegro de estar aquí.

—Esto es Pakistán.

—Lo mismo da. Todos tenemos el mismo color.

—No del todo —dije yo.

—Más o menos —repuso él—. Aquí puedo relajarme, soy libre.

—¿No se siente más bien anónimo?

—Lo primero que voy a hacer en la India es cortarme el pelo. Entonces, nadie lo sabrá.

Parecía un hado cruel. No hablaba ningún idioma indio. Sus padres habían muerto y no estaba del todo seguro de cómo llegar a Bombay, donde tenía algunos parientes lejanos que nunca contestaban sus cartas a menos que en ellas les mandara dinero.

Era una de aquellas anomalías coloniales: más inglés de lo que él mismo quería reconocer, pero incómodo en el único país que comprendía.

—En Inglaterra no hacían más que mirarme fijamente. Me daba una rabia...

—A mí es aquí donde me miran fijamente —le dije.

—¿Y le gusta?

Comprendí que me echaba en cara el color de mi piel. Después de todo, casi estaba en su casa.

—Más bien disfruto con ello —repuse.

—*Sahib* —dijo Rashid, que llegaba con mi maleta—, ya nos estamos acercando.

—Le llama a usted *sahib* —dijo el indio con aire de disgusto—. Es porque le tiene miedo.

—*Sahib* —dijo Rashid dirigiéndose al hindú—. Haga el favor de mostrarme su billete.

El hindú viajaba en segunda clase. Rashid le hizo salir de los vagones de primera tan pronto como el tren entró en la estación.

En el empalme de Lahore me apeé (Rashid se encontraba a mi lado ofreciéndome disculpas por el retraso que llevaba el tren) en una ciudad que me resultaba familiar, pues se ajustaba a un estereotipo que guardaba en la memoria. Mi imagen de la ciudad india se deriva de Kipling, y fue en Lahore donde Kipling alcanzó su mayoría de edad como escritor. Exagerando las muchedumbres, el pecaminoso bazar, el color

y la confusión, el Kipling de los primeros relatos y de *Kim* describe en realidad el Lahore de hoy, aquella parte de la ciudad que se extiende más allá del paseo público en el que procesiones de *rickshaws*, carritos tirados por ponis, buhoneros y mujeres cubiertas con velos llenan las angostas callejas y arrastran al transeúnte en su dirección. El bazar de Anarkali y la ciudad amurallada, con su fuerte y sus mezquitas, han conservado el exotismo mencionado por Kipling, aunque ahora, con un siglo de repetición, inspira una sensación de horror.

—Chicas malas aquí —dijo el conductor de la *tonga* al dejarme en un distrito miserable de la ciudad antigua.

Sin embargo, no vi ninguna y no había nada que se pareciese a una casa de Lahore. La ausencia de mujeres en Pakistán, la visión de aquellos varones que parecían ir a la deriva, me producía un efecto deprimente. Me di cuenta de que yo, igual que otros hombres también ociosos, miraba con fijeza los deslumbrantes retratos de estrellas de cine y comencé a pensar que las censuras del islam me convertirían rápidamente en un soñador de los márgenes de la anatomía, emocionándome con unos tobillos especialmente finos, buscando un guiño detrás de un velo o vigilando una respuesta en los hombros de una de aquellas formas envueltas en ropaje. Las negaciones del islam parecían capaces de convertir un alma normal en un fetichista ansioso de poseer un pie, y como si fuese para combatir esto, los carteles de cine satirizaban lo erótico: chicas gordas que calzaban botas luchando desesperadamente con unos hombres velludos de mirada lasciva; mujeres atormentadas que se agarraban los senos, y angloindias (consideradas disolutas) que movían el trasero y cantaban ante unos micrófonos. Los hombres de Lahore paseaban con los ojos vueltos hacia estas fantasías pintadas.

—Te llevan a comer a algún sitio —me contó un norteamericano.

Estábamos en un fortín impresionante y ambos admirábamos el pequeño pabellón de mármol al que llaman Naulakha (Kipling llamó así a su casa de campo en Brattleboro, Vermont, por lo caro que le costó construirla: *naulakha* quiere decir novecientos mil). El hombre estaba nervioso.

—Terminas de comer y empiezan a mirar a tu chica de arriba abajo. Siempre van detrás de tu chica. La muchacha no se dejó intimidar: «Eh, Mohammed —dijo ella—, ¿para qué tienes la mano?». «A nosotros no nos hace falta la mano, señorita», respondió el hombre. Ese tipo de bromas.

»Un chico (este sí que me sacó de mis casillas) me llevó aparte y me dijo: «¡Cinco minutos, déjamela solo cinco minutos!». ¿Cree que él me habría dejado a su chica cinco minutos? ¡Ni en broma!

El orden en Lahore se encuentra en la arquitectura, en el esplendor mogol y colonial. Alrededor de los edificios hay una multitud de gente y un gran número de vehículos y el abandono en que se encuentran las construcciones realza la grandeza, tal como la grasa de cocinar y las boñigas de vaca hacen más intensos los perfumes de las pajuelas quemadas ante los ídolos. Para llegar hasta los jardines de Shalimar

tuve que recorrer kilómetros de calles congestionadas de personas que se empujaban con el aspecto famélico de aves de rapiña. Me abrí paso como pude a través del barrio venéreo de Begampura, pero en los jardines reina una gran paz, y aunque se quitaron los mármoles y los estanques presentan un color castaño oscuro, los jardines ofrecen el orden y la sombra, una sensación de delicioso refugio, que no puede diferir mucho de lo que imaginó el sah Jahan cuando los mandó construir en el año 1641. Los placeres de Lahore son antiguos y hasta ahora, aunque vemos por doquier que lo han intentado, los paquistaníes no han logrado convertir en ruinas esta hermosa ciudad.

El ramadán continuaba y los restaurantes estaban cerrados o únicamente servían raciones de emergencia: huevos y té. Así, me vi obligado yo también a ayunar esperando que ello no me volviera loco, como evidentemente volvía locos a los afganos y a los paquistaníes. En vez de producir somnolencia, el hambre producía individuos excitables, de ojos vidriosos, algunos de los cuales me tiraban de la manga y me decían:

—Hierba..., hachís..., LSD.

—¿LSD? —dije yo—. ¿Usted vende LSD?

—Sí, ¿por qué no? También vendo objetos de artesanía muy bonitos, de cobre y de plata.

—No quiero objetos de artesanía.

—¿Quiere hachís? Un kilo veinte dólares.

Resultaba tentador, pero preferí zumo de mango embotellado, que era dulce y espeso, y los bollos de curry llamados *samosas*. Las *samosas* se envolvían siempre en páginas procedentes de viejos cuadernos escolares. Me senté, bebí mi zumo y comí mi *samosa* y leí la envoltura: «... la fuerza que se ejerce en cualquier [aquí una mancha de grasa] sobre el brazo de la balanza está representada por la distancia vertical entre esa línea y la línea CD».

Había cuarenta y siete mesas en el comedor del Faletti's Hotel. Me resultó fácil contarlas porque en las dos noches que cené allí fui el único comensal. Los cinco camareros estaban de pie a diversas distancias de donde yo me hallaba y cuando carraspeaba un poco, dos de ellos se precipitaban hacia mí. No queriendo contrariarles, les hacía entonces preguntas acerca de Lahore y en una de estas conversaciones me enteré de que no estaba lejos de allí el Punjab Club. Pensé que sería una buena idea ir allí a jugar al *snooker* después de comer, de modo que la segunda noche uno de los camareros me dio las señas del club y me dirigí hacia él.

Casi inmediatamente me extravié en un distrito próximo al hotel, donde no había farolas. Mis pisadas despertaron a los perros guardianes, y mientras iba caminando aquellos canes ladrones daban saltos junto a las vallas y setos. Todavía no he logrado vencer el miedo que en mi infancia me infundían los perros ajenos y, aunque los árboles exhalaban un agradable aroma y había refrescado durante la noche, no

tenía la menor idea de adónde se encaminaban mis pasos. Pasaron diez minutos antes de que se acercara un coche. Le hice una seña para que se detuviese.

—¿De dónde viene usted?

—Del Faletti's Hotel.

—Me refiero a su país.

—Estados Unidos.

—Sea bienvenido —dijo el conductor del automóvil—. Me llamo Anwar. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Estoy tratando de encontrar el Punjab Club.

—Suba, por favor —dijo.

Y cuando hube subido añadió:

—¿Cómo está usted, por favor?

Esta es precisamente la manera en que el afectado Iván Turkin saluda a la gente en el cuento de Chéjov, «Iónich».

Con el señor Anwar viajé cosa de dos kilómetros, y me comentó que habíamos tenido mucha suerte al encontrarnos (dijo que de noche merodeaban muchos ladrones). Una vez en el Punjab Club me dio su tarjeta y me invitó a la boda de su hija, que se celebraría una semana más tarde. Yo le dije que entonces me encontraría en la India.

—Bien, la India es otra cuestión —dijo, y se marchó en su coche.

El Punjab Club, un chalé rodeado de un alto seto, estaba iluminado y ofrecía un aspecto muy atractivo, pero se encontraba completamente desierto. Yo había imaginado un bar abarrotado de gente, un gran número de animados bebedores, una alegre partida de *snooper*, una pareja tramando un adulterio en un rincón, camareros con bandejas repletas de bebidas y mozuelas yendo de acá para allá. Aquello podía haber sido una clínica cualquiera; no se veía un alma, pero el ambiente (e incluso las revistas) era el de la sala de espera de un dentista. Vi lo que quería unas puertas más allá, en un pasillo. Unas grandes letras rojas sobre la ventanilla decían: «Aguarde su turno», y en la sombra había dos mesas con las bolas preparadas para jugar, bajo un reluciente bastidor de tacos de billar.

—¿Diga?

El que hizo la pregunta era un paquistaní de edad avanzada que tenía el aire despistado de quien acaban de distraer de su lectura. Llevaba una corbata negra y el bolsillo de su camisa estaba lleno de plumas de escribir.

—¿En qué puedo servirle? —añadió.

—Pasaba por aquí —dije yo— y decidí entrar. ¿Tienen ustedes correspondencia con algún club de Londres?

—No, que yo sepa.

—Tal vez lo sepa el gerente.

—Yo soy el gerente —dijo él—. Teníamos un convenio con un club de Londres, hace muchos años.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo siento, lo he olvidado, pero sé que hace mucho tiempo que el club ya no existe. ¿Qué era lo que quería usted?

—Jugar al *snooker*.

—¿Con quién jugaría usted? —dijo sonriendo—. Aquí no hay nadie.

Me mostró lo que había alrededor, pero las habitaciones vacías, al ser iluminadas, me causaron una impresión deprimente. El lugar estaba abandonado, como el comedor del Faletti's con sus cuarenta y siete mesas vacías, como el distrito en el que solo había perros guardianes. Anuncié que tenía que irme y, cuando me hallaba junto a la puerta, él dijo:

—Encontrará un taxi dos calles más allá. Buenas noches.

Fue inútil. Después de alejarme unos cien metros del club no logré encontrar la calle, aunque caminaba en la dirección que el hombre me había indicado. Oí el gruñido de un perro detrás de un seto cercano. Después oí un coche. Avanzaba rápidamente hacia mí y se detuvo. El conductor se apeó y abrió para mí la portezuela trasera. Dijo que el gerente lo había enviado para que me llevase de nuevo al hotel. Temía que me hubiese perdido.

En cuanto llegué al hotel salí en busca de una bebida. Todavía era temprano, hacia las diez, pero no había andado cincuenta metros cuando un hombre delgado, con un pijama a rayas, salió de detrás de un árbol. Sus ojos sobresalían, brillando intensamente, del oscuro triángulo de su cara.

—¿Qué busca usted? —me preguntó.

—Algo para beber.

—Puedo proporcionarle una linda chica. Doscientas rupias. Está muy bien.

Dijo esto con el mismo tono que si estuviera vendiendo hojas de afeitar.

—No, gracias.

—Muy joven. Venga usted conmigo. Follar bien.

—No me interesa —le dije—. Lo que quiero es una bebida.

Me siguió un buen rato, murmurando su estribillo, y luego, en un cruce de caminos, junto a un parque, dijo:

—Venga conmigo, ahí.

—¿Ahí?

—Sí, ella está esperando.

—¿En esos árboles?

Estaba todo oscuro, sin alumbrado y solo se oía el chillido de los grillos.

—Es un parque.

—¿Quiere decir que se supone que lo tengo que hacer allí, bajo un árbol?

—Es un buen parque, *sahib*.

Un poco más allá fui abordado de nuevo, esta vez por un joven que fumaba nerviosamente. Me miró fijamente y me preguntó:

—¿Quiere usted algo?

—No.

—¿Una chica?

—No.

—¿Un chico?

—No, váyase.

Vaciló un instante, pero me siguió. Al final, dijo suavemente:

—Tómeme a mí.

Una caminata de veinte minutos no me permitió encontrar ningún bar. Me volví, y dando un amplio rodeo para no encontrarme de nuevo con los alcahuetes, regresé al hotel. Debajo de un árbol, tres ancianos estaban inclinados alrededor de una linterna, jugando a las cartas. Uno de ellos me vio pasar y me gritó:

—¡Espere, *sahib*!

Puso las cartas boca abajo y corrió a mi encuentro.

—No —le dije antes de que tuviera tiempo de abrir la boca.

—Es muy bonita —dijo él.

Yo seguí caminando.

—Muy bien, solo doscientas cincuenta rupias.

—Sé dónde puedo obtener una por doscientas.

—Pero esta es en la propia habitación de usted. Se la llevaré. Se quedará con usted hasta la mañana.

—Demasiado dinero. Lo siento.

—¡*Sahib*, es que hay muchos gastos! Diez rupias para su barrendero, otras diez para su *chowkidar*, diez para su faquín, *bakshish* aquí y allá. De lo contrario, van a crearnos problemas. ¡Tómela! Ya verá que es muy bonita. Mis chicas son expertas en todo.

—¿Delgada o gorda?

—Como usted quiera. Tengo una, que no es ni delgada ni gorda, sino así.

Y con los dedos trazó en el aire un cuerpo que sugería unas formas macizas.

—Tiene veintidós o veintitrés años. Habla muy bien el inglés. Le gustará mucho. ¡*Sahib*, es una enfermera muy bien preparada!

Todavía me estaba llamando, cuando yo subía los peldaños de la galería del hotel. Resultó que el único bar de Lahore era el Polo Room de mi hotel. Tomé una cerveza cara y trabé conversación con un joven inglés. Había estado dos meses en Lahore. Le pregunté qué hacía para divertirse. Repuso que no había mucho que hacer, pero que estaba proyectando una visita a Peshawar. Le expliqué que Peshawar era un lugar aún más tranquilo que Lahore. Dijo que lo lamentaba mucho, porque Lahore le resultaba insoportable. Se aburría, pero abrigaba alguna esperanza.

—He solicitado ingresar como socio en el club —dijo.

Era un joven alto y desgarbado, que se sonaba la nariz al final de cada frase.

—Si me permiten ingresar, creo que todo irá bien. Puedo ir allá por las noches. Es un sitio muy animado.

—¿A qué club se refiere?

—Al Punjab Club —dijo él.

8. El correo de la frontera

Amritsar, a dos viajes de taxi desde Lahore (el tren de enlace no funciona desde 1947), se encuentra en el lado indio de la frontera. Es para los sijs lo que Benarés es para los hindúes, una capital religiosa, una ciudad santa. El objeto de la peregrinación de los sijs es el Templo Dorado, una cúpula revestida de cobre en el centro de un aljibe. La santidad de la cisterna no ha impedido que sus aguas se estanquen. Puede olerse a un kilómetro de distancia. El mayor deseo de todo sij consiste en ver este templo antes de morir y tener un recuerdo de Amritsar. Uno de los *souvenirs* más preciados es un gran cartel multicolor de un hombre sin cabeza. La sangre brota de su cuello rebanado y viste un uniforme de guerrero. En una mano lleva una espada y con la otra sostiene su cabeza chorreando sangre. Pregunté a nueve sijs cómo se llamaba aquel hombre. Ninguno supo decírmelo, pero todos conocían su historia. Había sido decapitado en una de las guerras del Punjab. Pero él era muy decidido. Recogió su cabeza y, sosteniéndola con la mano para poder ver lo que estaba haciendo (los ojos de la cabeza cortada tenían un brillo de firme resolución), continuó peleando. Lo hizo para poder regresar a Amritsar y ser incinerado como es debido. Este relato ejemplifica las virtudes de piedad, ferocidad y fuerza de los sijs. No obstante, los sijs son también muy amables y de carácter amistoso y un número extraordinario de ellos son socios del Lions Club International. Esto constituye en parte un malentendido cultural, porque todos los sijs llevan el sobrenombre de *Singh*, que significa león, y por esto se sienten obligados a afiliarse al Club de los Leones.

La religión sij requiere llevar unos calzones especiales, junto con el cabello sin cortar, un colgante de plata, un peine de madera y una daga de hierro. Como los zapatos están prohibidos en el Templo Dorado, fui dando brincos sobre la caliente acera de mármol, ejecutando una especie de tango como si caminara sobre brasas, y contemplé cómo aquellas figuras leoninas se despojaban de todo menos de sus calzones sagrados, se bañaban en la cisterna y bebían aquella agua verde tragando gracia y disentería al mismo tiempo. Los sijs son magníficos soldados y por todo el recinto del templo hay lápidas de mármol que atestiguan el hecho de que el regimiento de caballería de Pune y los gastadores de Bengala donaron muchos miles de rupias. Para el resto de los indios, en particular para los gujaratis, los sijs son unos patanes, y se cuentan chistes sobre la simplicidad de la mentalidad sij. Hay uno acerca del sij que emigró a Canadá, donde se le dijo que para ser un verdadero canadiense tenía que ir al bosque a luchar con un oso y violar a una mujer india. Se pone en camino y regresa al cabo de un mes con el turbante hecho trizas y la cara cubierta de arañazos, diciendo: «Ahora tengo que luchar con la mujer». Otro chiste se refiere a un sij que perdió el autobús. Corre en pos del vehículo tratando de subir a él, y pronto se da cuenta de que ha estado corriendo todo el trayecto hasta llegar a su casa. «He corrido detrás del autobús y he ahorrado cincuenta paisas», le dice a su

mujer; ella responde: «Si hubieras corrido detrás de un taxi podías haberte ahorrado una rupia».

Comí en un restaurante sij después de deambular por la ciudad y luego me fui a la estación del ferrocarril a comprar mi billete para el correo de la frontera que había de llevarme a Nueva Delhi. El hombre de las reservas me inscribió en la lista de los que esperaban y me dijo que había «un noventa y ocho por ciento de probabilidad» de que obtuviese una litera, pero que debería esperar hasta las cuatro y media para tener la confirmación de ello. Las estaciones de ferrocarril indias son unos lugares magníficos para matar el tiempo y constituyen modelos a escala de la sociedad india, con sus divisiones de casta, clase y sexo: SALA DE ESPERA DE SEGUNDA CLASE PARA SEÑORAS, ENTRADA PARA FAQUINES, SALIDA DE TERCERA CLASE, LAVABO DE PRIMERA CLASE, RESTAURANTE VEGETARIANO, RESTAURANTE NO VEGETARIANO, SALAS DE REPOSO, GUARDARROPA, y toda la gama de ocupaciones en rótulos, desde el pequeñito que decía BARRENDERO, hasta el más hermoso de todos: JEFE DE ESTACIÓN.

Una locomotora de vapor estaba eructando humo en uno de los andenes. Crucé la vía y al sacar una fotografía, apareció un sij y me pidió que le enviase una copia. Le dije que así lo haría. Me preguntó adónde iba y al explicarle que iba a tomar el correo de la frontera me dijo:

—Tiene usted muchas horas de espera. Venga conmigo. Suba a la plataforma giratoria —señaló el primer vagón—, y al llegar a la primera estación podrá entrar en la cabina del maquinista y viajar conmigo.

—Tengo miedo de perder mi tren.

—No lo perderá —dijo—. Puede estar seguro.

—Es que no tengo billete.

—Nadie lo tiene. Todos viajan gratis.

Así pues, subí, y en la primera estación me reuní con él en la cabina del maquinista. El tren iba a Attari, en la frontera con Pakistán, a veinte kilómetros de distancia. Yo siempre había querido viajar en una locomotora de vapor, pero este viaje fue poco oportuno. Salimos precisamente al ponerse el sol y como llevaba las gafas oscuras que me había recomendado el oculista (mis otras gafas estaban en mi maleta, en el guardarropa de la estación) no logré ver nada. Ciego como un murciélago, tuve que aguantar, sudando, el calor de la caldera. El sij me explicaba a gritos lo que estaba haciendo, tirando de unas palancas, elevando la presión, haciendo girar botones y esquivando las paladas de carbón del fogonero. El ruido y el calor me impedían encontrar placer en aquella excursión de dos horas y supongo que debía de ofrecer un aspecto muy desanimado porque el sij se mostraba ansioso por distraerme haciendo sonar el pito. Cada vez que lo hacía, parecía como si el tren disminuyese la marcha.

Después del viaje a Attari, me quedé con la cara y las manos tiznadas de hollín. En el correo de la frontera esto no constituyó ningún problema y tuve la divertida experiencia, aquella húmeda noche, de tomar una ducha fría, poniéndome en cuclillas bajo el caño del lavabo, mientras el tren cruzaba el Punjab en dirección a Nueva Delhi.

Volví a mi compartimento y encontré a un joven sentado en mi litera. Me saludó con un acento que no pude localizar del todo, en parte porque el hombre ceceaba y también porque su aspecto era un poco estrafalario. Su cabello, partido por una raya, le llegaba más abajo de los hombros; sus brazos delgados estaban embutidos en estrechas mangas y lucía tres anillos con grandes piedras de color anaranjado en cada mano, brazaletes de varias clases y un collar. Su cara me asustó: era el semblante cadavérico de un loco o el reflejo de una dolencia fatal, con los ojos y las mejillas hundidos en una cara exangüe, chupada y lívida. Tenía una mirada amenazadora y mientras me observaba (yo todavía estaba goteando a causa de mi ducha), jugaba con un pequeño monedero de cuero. Dijo que se llamaba Hermann y que iba a Nueva Delhi. Había sobornado al revisor para poder viajar en compañía de un europeo. No quería estar en un compartimento con un indio porque podría haber dificultades. Esperaba que yo lo comprendiese.

—¡Claro que sí! —le dije—, pero ¿se encuentra usted bien?

—He estado enfermo. Cuatro días en Amritsar, estuve en el hospital, y también en Quetta. Estaba muy nervioso. Los médicos me sometieron a diversas pruebas y me dieron esta medicina, pero no me alivia. No duermo ni como, salvo un vaso de leche y un trozo de pan. Fui de Amritsar a Lahore en avión. Estuve muy enfermo en Lahore, tres días en el hospital, y en Quetta dos días. Atravieso el Baluchistán. Yazd, ¿conoce usted Yazd? Es un sitio terrible. Estoy allí dos noches y viajo en el autobús dos días desde Teherán. No puedo dormir. Cada cinco horas, el autobús para y yo tomo un poco de té y un poco de melón. Estoy enfermo. La gente dice: «¿Por qué no habla usted? ¿Está enfadado?». Pero yo digo: «No, enfadado no, sino enfermo».

Esta era su manera de hablar, en largos pasajes ceceados, interrumpiéndose, repitiendo que estaba enfermo con una voz monótona, como si tratara de disculparse. Era alemán y había sido marinero, estibador en un barco alemán y luego camarero en uno finlandés. Había navegado siete años y había estado en Estados Unidos.

—Sí, en todos los países —dijo—, pero solo unas horas.

Le gustaban los barcos, pero ya no podía navegar. Le pregunté por qué.

—Hepatitis —respondió con pronunciación alemana.

Contrajo la enfermedad en Indonesia y estuvo cuatro semanas en el hospital. Nunca había logrado restablecerse del todo. Todavía necesitaba ser sometido a pruebas. Le hicieron una en Amritsar.

—La gente me dice que tengo cara de enfermo. Ya sé que tengo cara de enfermo, pero no puedo comer.

Su semblante era como el de un espectro, y estaba temblando.

—¿Toma usted alguna medicina? —le pregunté.

—No —respondió moviendo la cabeza—. Solo tomo esto.

Abrió la bolsa de cuero que había estado manoseando con sus flacos y huesudos dedos y sacó un envoltorio de celofán. Quitó el celofán y me mostró una sustancia parda y viscosa.

—¿Qué es?

—Opio —respondió—. Lo tomo en bolitas.

Arrancó un trozo de la masa de opio y enrollándolo entre los dedos, formó lentamente una bolita.

—También me inyecto —añadió—. Fíjese en mis brazos.

Cerró la puerta del compartimento y corrió la cortina de la ventanilla. Se subió la manga izquierda. Su brazo me causó una honda impresión. Cada vena quedaba claramente definida por unas llagas de color oscuro que eran las marcas de la aguja, gruesas ronchas que convertían las venas en negros cordones. Se tocó el brazo tímidamente, como si no le perteneciese, y dijo:

—No puedo conseguir heroína. En Lahore no me sentía muy bien. Estuve en el hospital, pero todavía estaba débil y nervioso. La gente hacía ruido y hacía mucho calor. No sabía qué hacer. Así, me escapé y bajé a la calle. Un paquistaní me dijo que tenía morfina. Fui con él y me la enseñó. Era buena, morfina alemana. Me pidió ciento cincuenta rupias. Se las di y me puse una inyección. Así es como llegué a Amritsar. Pero en Amritsar me puse muy enfermo y ya no pude adquirir más morfina. Así pues, tomo esto...

Se palpó el bolsillo derecho y sacó una torta de hachís, seca y agrietada.

—O fumo esto —concluyó sacando una bolsita de marihuana.

Le dije que con su provisión de drogas tenía suerte de haber podido entrar en la India. En el puesto de la frontera yo había visto a un aduanero indio pedirle a un muchacho que se bajara los pantalones.

—Sí —dijo Hermann—. Estoy muy nervioso. El hombre me pregunta si tengo hierba y le digo que no. Me pregunta si fumo y le digo que sí, algunas veces, pero él no me mira el equipaje. Aunque estoy nervioso, puedo esconderlo en lugares secretos.

—Entonces, supongo que no tendrá por qué preocuparse.

—No, siempre estoy nervioso.

—Pero puede usted esconder sus drogas.

—Incluso puedo tirarlas y comprarme más. Pero si me ven los brazos, ya lo saben. Siempre tengo que ocultar los brazos.

Volvió a arremangarse y contempló de nuevo las largas cicatrices oscuras.

Me contó por qué vino a la India. En Hannover, decidió curarse a sí mismo de su hábito de tomar heroína. Se inscribió como drogadicto e ingresó en un centro de rehabilitación (él lo llamaba «La Liberación»), donde le daban setecientos marcos alemanes mensuales y un vaso de metadona cada día. A cambio de esto, ayudaba a limpiar el centro. Nunca salía; temía encontrar a alguien que le vendiese heroína. Pero sucedió algo extraño. En el centro apenas gastaba nada de su asignación mensual, y así resultó que al cabo de un año había ahorrado un montón de dinero, lo suficiente como para vivir en la India durante seis meses o más. En un vuelo chárter se trasladó a Teherán, donde comenzaron sus síntomas de abstinencia de la droga.

Había llevado su abandono a un país abandonado. Estaba condenado, olía a muerte y su estado no era distinto del de los desdichados que se veían en las estaciones del ferrocarril ante las que pasábamos, reuniéndose en busca de luz y de agua. Hay extranjeros que, conociendo su propia ruina, se van a la India para vivir de un modo anónimo en la decrepitud de este país, para envejecer y enfermar en medio de las ruinas humanas de Oriente. Son personas, como escribió recientemente V. S. Naipaul, «que desean formar parte de unas sociedades más frágiles que la suya propia... que, al cabo, no hacen más que celebrar su propia seguridad».

—Ahora voy a tomar esto —dijo Hermann introduciendo en su boca la bolita de opio y cerrando los ojos—. Después tomo un poco de agua.

Bebió un vaso de agua. Ya se había tomado dos vasos y me di cuenta de que el agua de la India lo mataría si no lo mataban las drogas.

—Ahora voy a dormir. Si no me duermo, tomaré otra dosis de opio.

Durante la noche, una cerilla brilló dos veces en la litera superior iluminando el ventilador del techo. Oí el crujido del celofán, el chasquido del opio entre los dedos de Hermann y el ruido de este al tragar el agua.

Los letreros de la estación de Amritsar (SALIDA DE TERCERA CLASE, SALA DE ESPERA PARA SEÑORAS, LAVABO DE PRIMERA CLASE, SOLO BARRENDEROS) me habían dado una idea formal de la sociedad india. La realidad menos formal la vi a las siete de la mañana en la terminal de los ferrocarriles del norte en la Vieja Delhi. Para comprender la India real, según los indios, hay que ir a las aldeas. Pero esto no es estrictamente cierto, porque los indios han llevado sus aldeas a las estaciones de ferrocarril. Durante el día, esto no resulta evidente, ya que podríamos tomar a cualquiera de estas personas por un mendigo, un viajero sin billete (rótulo: VIAJAR SIN BILLETE ES UN MAL SOCIAL) o un vendedor ambulante sin licencia. Pero por la noche y a primeras horas de la mañana, la aldea de la estación está completa, una comunidad tan absorta en sí misma que los miles de pasajeros que llegan y se van la dejan inalterada. Los moradores del ferrocarril poseen la estación, pero solo los recién llegados se dan cuenta de ello. Experimentan algo extraño porque no han aprendido el hábito indio de hacer caso omiso de lo que es evidente, de dar un rodeo para

preservar la propia calma. El recién llegado no puede creer que se haya sumergido tan pronto en aquella intimidad. En otro país, esto le quedaría oculto y ni siquiera una excursión a una aldea le revelaría con tanta claridad la clase de vida que allí llevan. Las aldeas rurales indias le dicen al visitante muy poca cosa, excepto que se mantenga a distancia y limite su experiencia del lugar a tomar el té o alguna que otra comida en una habitación mal ventilada. La vida de la aldea, su interior, le es denegada.

Pero la aldea de la estación es toda ella interior, y la conmoción que me causó esta exhibición me obligó a alejarme. Me parecía que no tenía ningún derecho a mirar a personas bañándose acucilladas debajo de un grifo, desnudas entre la oleada de empleados de oficina que llegaban; hombres que seguían durmiendo sobre sus *charpoyos* o se enrollaban el turbante; mujeres con aros en la nariz y pies amarillos agrietados que cocían sobre un fuego humeante unas legumbres mendigadas, que daban el pecho a sus hijos, que plegaban las esteras sobre las cuales habían dormido; niños que se meaban sobre sus pies; niñas cuyos vestidos les quedaban grandes y se les caían de los hombros, que iban a buscar agua en latas al lavabo de tercera clase y, junto a un vendedor de periódicos, un hombre acostado boca arriba en el suelo levantando un bebé para admirarlo y hacerle monadas. Trabajo duro, escasos placeres y malestar del hambre. Esta aldea carece de muros. Me distraje mirando los rótulos: «Gwalior Suitings, Rashmi Superb Coatings», y el cartel de cine de caras gordinflonas expuesto en todos lados: *Bobby (A Story of Modern Love)*. Caminaba tan deprisa que perdí a Hermann. Este se había drogado antes de llegar porque la muchedumbre lo ponía nervioso. Fue bajando por el andén con paso cansino y luego se perdió de vista.

Me preguntaba a mí mismo si me acostumbraría lo bastante a esa falta de pudor india como para pasarla por alto. Me dijeron que no sacara conclusiones con relación a Nueva Delhi. Nueva Delhi no era la India, no era la verdadera India. Bien, yo no tenía ninguna intención de quedarme en Nueva Delhi. Quería ir a Simla, a Nagpur, a Ceilán, adondequiera que hubiese un tren.

—No hay ningún tren que vaya a Ceilán.

—Pues hay uno en el mapa —repliqué desenrollando mi mapa y señalando la línea negra que iba de Madrás a Colombo.

—*Acha* —dijo el hombre.

Llevaba una camisa de colores tejida a mano y movía la cabeza de un lado a otro, el gesto indio (como el de quien intenta sacudirse agua de las orejas) que significa que uno está escuchando con aprobación. Pero el hombre, por supuesto, era americano. Los americanos en la India practican estos amaneramientos para hacerse querer por los indios, que parecen tan cohibidos por estos gestos fáciles de parodiar que (al menos en la embajada estadounidense) los hombres de enlace dicen: «Le apunto a usted a ese programa», mientras que el norteamericano dice «*Acha*» y se ríe de un modo melancólico.

Yo estaba siendo apuntado a un programa: conferencias en Jaipur, Bombay, Calcuta, Colombo. Dondequiera, decía yo, que hubiese un tren.

—No hay ningún tren que vaya a Colombo.

—Ya lo veremos —repuse.

Luego escuché una de aquellas extrañas conversaciones que más tarde vi que eran tan frecuentes como para constituir el principal tema de conversación de los estadounidenses en la India: el tema de sus digestiones. Después de los saludos y de las pausas usuales, estas personas se ponían a hablar de las vicisitudes de sus intestinos y no había modo de hacerles callar.

—He pasado una mala noche —decía un miembro de la embajada—. El embajador alemán dio una fiesta. Una comida deliciosa, como siempre. Vino de todas clases, platos exquisitos. Pero, Dios mío, tuve que levantarme esta mañana a las cinco con un terrible dolor de barriga.

—Es curioso —dijo otro—. Comes bien en un sitio insignificante y sucio y sabes que vas a pagar por ello. Acabo de llegar de Madrás. Me encontraba bien y me atrevía a tomar toda clase de platos fuertes. Después voy a una de esas fiestas de diplomáticos, y quedo hecho cisco por unos cuantos días. Nunca se sabe dónde vas a pescar algo.

—Cuéntale a Paul lo que le ocurrió a Harris.

—¡Harris! ¡Ah, sí! —dijo el hombre—. Harris, de la Sección de Prensa. Fue a ver al médico. ¿Adivina por qué? Tenía estreñimiento. ¡Estreñimiento! ¡En la India! La voz se corrió por toda la embajada. La gente, cuando le veía, se desternillaba de risa.

—Últimamente me he encontrado bastante bien —dijo un joven oficial siguiendo el hilo de la conversación—. Toco madera. Había tenido una época muy mala. Pero ya pasó. Lo que suelo hacer es tomar yogur. Lo tomo a toneladas. Me imagino que las bacterias del yogur mantienen a raya las bacterias de la comida en malas condiciones. Una especie de compensación.

Había otro hombre que estaba muy pálido. Dijo que se trataba de algo intestinal. Toda la noche de pie. Convulsiones. La descomposición de Delhi. Los alimentos entran y salen del cuerpo como si tal cosa. Decía:

—Tuve algo bacilar, ¿sabe? Me dejó aplanado. Durante seis días fui incapaz de hacer nada. Corriendo de aquí para allá, me pasaba prácticamente todo el día en el retrete.

Cada vez que surgía el tema, yo deseaba agarrar por la camisa tejida a mano al que hablaba y decirle sacudiéndolo:

—¡Ahora escúcheme a mí! ¡A sus tripas no les pasa absolutamente nada!

9. El correo de Kalka con destino a Simla

A pesar de mi aspecto desalmado, algunos pensaban en Nueva Delhi que no era digno de mí el hacer cola para sacar el billete para Simla, aunque quizá era una manera diplomática de sugerir que si hacía cola podían confundirme con un intocable y pegarme fuego. (En los periódicos indios se habla a diario de tales combustiones.) El oficial americano que pretendía que su estómago se estaba arruinando a causa de la disentería, me presentó al señor Nath.

—No se preocupe ni se fatigue —dijo este—. Nosotros nos encargaremos de todo.

Ya había oído decir eso anteriormente. El señor Nath telefoneó a su delegado, el señor Sheth, el cual le dijo a su secretario que llamara por teléfono a un agente de viajes. A las cuatro no había señales del billete. Fui a ver al señor Sheth. Me ofreció té. Rechacé el té y fui a ver al agente de viajes. Era el señor Sud, que había delegado la tarea de comprar el billete en uno de sus empleados. Llamaron al empleado. No tenía el billete. Había enviado a un recadero, un tamil de la casta inferior cuyo papel en la vida, al parecer, consistía en alargar las colas ante las taquillas de billetes. Un cuento indio, y yo todavía sin billete. El señor Nath y el señor Sud me acompañaron al despacho de billetes y allí estuvimos («¿Está seguro de que no quiere una buena taza de té?») mirando al pobre recadero, a tres metros de la taquilla, con mi solicitud en la mano. Unos indios alborotadores comenzaban a hacer gestos amenazadores delante de él.

—Ahora ya ve con sus propios ojos —dijo el señor Nath— por qué van tan mal aquí las cosas. Pero no se preocupe. Siempre hay asientos para los vips.

Me explicó que en cada tren se reservaban compartimentos para vips y para funcionarios veteranos del Gobierno dos horas antes de la salida, por si se diera el caso de que alguna persona importante deseara a última hora emprender el viaje. Al parecer, cada día se confeccionaba una lista de espera para cada uno de los diez mil trenes de la India.

—Señor Nath —dije—. Yo no soy ningún vip.

—No sea tonto —dijo él.

Dio una chupada a su pipa y miró al mensajero y después a mí. Creo que me comprendió, porque las palabras que luego dijo fueron:

—También podríamos probar con dinero.

—*Bakshish* —dije yo.

El señor Nath hizo una mueca.

—¿Por qué no toma usted un avión? —dijo Sud.

—Los aviones me ponen nervioso.

—Creo que ya hemos esperado bastante —me dijo el señor Nath—. Iremos a ver al encargado y le explicaremos la situación. Déjenme que le hable yo.

Pasamos al otro lado de la barrera donde se hallaba el encargado de los billetes, que, con aire malhumorado, estaba escrutando un libro mayor. No levantó la cabeza.

—Sí, ¿qué pasa? —se limitó a decir.

El señor Nath me señaló con la pipa y, con la pomposidad que asumen los indios cuando hablan inglés entre ellos, me presentó como un distinguido escritor estadounidense que estaba llevándose una mala impresión de los ferrocarriles indios.

—Aguarde un instante —dije yo.

—Es necesario que hagamos todo lo posible para asegurar...

—¿Turista? —dijo el encargado de los billetes.

Le dije que sí.

Hizo chasquear los dedos.

—Pasaporte —dijo.

Se lo entregué. Redactó una nueva solicitud y nos despidió. La solicitud fue a parar a manos del mensajero, que con su cola se había ido acercando a la taquilla.

—Es cuestión de prioridad —dijo secamente el señor Nath—. Usted es un turista. Todos ustedes han llegado hasta aquí, de modo que tienen prioridad. Si yo quiero viajar con mi familia (mujer, niños pequeños, quizá también mi madre), dicen: «Oh, no, aquí hay un turista». ¡Cuestión de prioridad! —sonrió de mala gana—: Esta es la situación —añadió—, pero usted tiene su billete, que es lo que importa, ¿no?

El indio de cierta edad que se hallaba en el compartimento estaba sentado con las piernas cruzadas en su litera, leyendo un ejemplar de *Filmfare*. Al verme entrar, se quitó las gafas y sonrió, después volvió a su revista. Me dirigí hacia un gran armario y traté de abrirlo. Quería colgar la chaqueta. Metí los dedos en la parte delantera que presentaba unos agujeros y comencé a tirar. El indio volvió a quitarse las gafas y esta vez cerró la revista.

—Por favor —dijo—, va a romper el aire acondicionado.

—¿Esto es el aire acondicionado?

Era una caja alta, de la altura del compartimento, más de un metro de ancho, barnizada, silenciosa y caliente.

Él hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—Ha sido modernizado. Este coche tiene cincuenta años.

—¿Del año mil novecientos veinte?

—Más o menos —respondió—. El sistema de refrigeración era entonces muy interesante. Cada compartimento tenía su propia unidad. Eso es una unidad. Funcionaba muy bien.

—No sabía que hubiese aire acondicionado en los años veinte —dije yo.

—Empleaban hielo —dijo el indio.

Me explicó que introducían debajo del suelo unos bloques de hielo dentro de unos cajones y lo hacían desde fuera, para no despertar a los viajeros mientras dormían.

Unos ventiladores colocados encima del armario que yo había intentado abrir soplaban aire sobre el hielo y al interior del compartimento. Cada tres horas se renovaba el hielo. (Yo me imaginaba a un inglés roncando en su litera mientras en el andén de alguna estación apartada unos indios de ojos muy despiertos metían barras de hielo en los cajones.) Pero el sistema se había modificado: debajo de los ventiladores habían colocado un aparato refrigerador. Cuando el hombre acabó de hablar, se produjo un fuerte chirrido detrás de los orificios del armario.

—¿Cuándo dejaron de utilizar hielo?

—Hace unos cuatro años —dijo el hombre bostezando—. Me disculparé si me acuesto, ¿verdad?

El tren se puso en marcha y la madera de aquel coche viejo gruñía y crujía. El suelo temblaba, las ventanillas a prueba de merodeadores se agitaban en sus marcos y el chirrido del armario duró toda la noche. El correo de Kalka estaba lleno de bengalíes que iban a Simla a un festival, la *puja* de la diosa Kali. Los bengalíes, cuya tez tiene el color de la diosa negra de la destrucción que ellos adoran y que presentan la misma nariz ganchuda, tienen la desgracia de vivir en el extremo del país opuesto al lugar en que se yergue el más famoso de los templos de Kali. A Kali se la suele representar luciendo un collar de cráneos humanos, sacando su lengua de color castaño y pisoteando un cadáver. Pero los bengalíes sonríen dulcemente por todo el tren, con sus cestas de comida y sus guirnaldas de flores bellamente trenzadas.

Yo dormía cuando el tren llegó a Kalka al amanecer, pero el indio de cierta edad me despertó amablemente. Estaba vestido y se hallaba sentado ante la mesa plegable, tomando una taza de té y leyendo el *Chandigarh Tribune*. Vertió el té en la taza, lo sopló, vertió la mitad del contenido de la taza en el platillo, sopló sobre este y luego, formando un pedestal con los dedos, bebió el té del platillo lamiéndolo como un gato.

—Quizá le interese leer esto —dijo—. Su vicepresidente ha dimitido.

Me mostró el periódico, y allí se hallaba la buena noticia, compartiendo la primera página con un artículo sobre un tal señor Dikshit. Parecía una feliz combinación, Dikshit y Agnew, aunque estoy seguro de que la vida política del señor Dikshit había sido intachable. En cuanto a la de Agnew, el indio se echó a reír cuando le tradujo en rupias la cantidad que él había malversado.

En Kalka coinciden dos paisajes. No hay nada gradual en el cambio de llanuras a montañas. Los Himalayas se yerguen en el borde superior de la llanura indogangética. La aparición es súbita y espectacular. Los trenes deben adaptarse a aquel cambio tan brusco; se requieren dos, uno grande y espacioso para subir a Kalka y otro pequeño para subir a Simla. Kalka es una estación bien organizada que se encuentra en el extremo de la vía ancha. Entre los Himalayas y Kalka se halla la estación de Simla, en una colina pelada. Tuve que elegir entre dos trenes para el viaje de noventa kilómetros en la vía estrecha: el de juguete o el automotor. Los vagones de madera, azules, del tren estaban ya llenos de peregrinos. Los bengalíes, ágiles en subir a los trenes, habían realizado el truco usual de entrar por las ventanillas del tren

y adueñarse de los mejores asientos. Era una habilidad ciudadana (un ejercicio de bombero, pero al revés) y dejó cariacontecidos a los moradores de la montaña más pacientes. Decidí tomar el automotor. Era una máquina pintada de blanco, con la cara de un Ford modelo T y el cuerpo de un viejo autobús. Estaba montada a escasa altura sobre la vía estrecha y tenía el aspecto de un sedán en mal estado. Sin embargo, considerando que había sido construida en 1925 (así me lo dijo el conductor), se conservaba muy bien.

Fui al encuentro del revisor. Llevaba un uniforme blanco, manchado, y una gorra marrón que no era de su talla. Dijo que lamentaba mucho que yo quisiera tomar el automotor.

—Estoy aguardando a otro grupo —dijo.

En el coche automotor solo había otras tres personas. Me pareció que esperaba *bakshish*. Le dije:

—¿Cuántas personas puede llevar en el coche?

—Doce —respondió.

—¿Cuántos asientos se han despachado?

Escondió la lista que tenía ante sí y desvió la mirada.

—Lo siento mucho —dijo.

—Es usted muy poco servicial.

—Estoy esperando otro grupo.

—Si se presentan, hágamelo saber —le dije—. Entretanto, voy a subir mi bolsa de viaje.

—Podrían robársela —repuso.

—Nada me agradaría más que eso.

—¿Quiere desayunar, *sahib*? —dijo un hombrecito que empujaba una carretilla.

Le dije que sí, y al cabo de cinco minutos mi desayuno se hallaba servido sobre un mostrador de billetes que no se utilizaba, en medio del andén: té, tostadas, mermelada, mantequilla y una tortilla. La luz del sol matutino inundaba todo el andén, calentándome mientras desayunaba de pie. Era una estación india poco corriente. No estaba abarrotada, no había gente durmiendo ni ningún campamento de seres sentados en cuclillas y desnudos, y no había vacas. A aquella hora, el ambiente de la estación estaba impregnado del olor de hierba húmeda y de flores silvestres. Unté de mantequilla una gruesa rebanada de pan tostado y la comí, pero no pude terminarme el desayuno. Dejé dos tostadas, la mermelada y media tortilla y me encaminé hacia el automotor. Al mirar hacia atrás, vi cómo dos niños andrajosos recogían del mostrador lo que yo había dejado del desayuno y se lo metían ávidamente en la boca.

A las siete y cuarto, el conductor del automotor introdujo en la máquina un largo manubrio y le dio una sacudida. La máquina retembló y tosió y, sin dejar de humear, comenzó a gemir. Al cabo de unos minutos estábamos en la ladera y mirando hacia abajo vimos la estación de Kalka, donde, en la zona de los trenes, dos hombres

estaban maniobrando una gran locomotora de vapor. La velocidad media del automotor era de quince kilómetros por hora, iba zigzagueando alrededor de la empinada colina, avanzando por entre bancales cultivados y asustando blancas bandadas de mariposas. Pasamos por varios túneles antes de que me diera cuenta de que estaban numerados: un gran 4 estaba pintado encima de la entrada del siguiente. El hombre que iba sentado a mi lado y que me había dicho que era un funcionario estatal de Simla me explicó que en total había ciento tres túneles. Después de esto procuré no fijarme más en los números. Fuera del coche se abría un precipicio, porque el ferrocarril, que se había inaugurado en 1904, tiene los raíles incrustados en la ladera y va rodeando las colinas.

Al cabo de treinta minutos, todo el mundo estaba dormido en el coche, menos el funcionario y yo. En las pequeñas estaciones que había a lo largo de la vía, el cartero, sentado en la parte de atrás, se despertaba para arrojar por la ventanilla un saco con correspondencia a un mozo que esperaba en el andén. Intenté hacer unas fotos, pero el paisaje se me escapaba: una vista desplazaba a otra en breves segundos, un desplazamiento vertiginoso de colina y aire, de niebla y de todos los matices matutinos del verde. El traqueteo de las ruedas me infundía sueño. Saqué mi almohada, la llené de aire soplando, me la puse debajo de la cabeza y me dormí apaciblemente bajo la luz del sol hasta que me despertó el ruido de los frenos del coche y el de las puertas al abrirse.

—Diez minutos —dijo el conductor.

Nos hallábamos debajo de una estructura de madera, una casa de muñecas, con las jardineras de las ventanas rebosantes de flores rojas y los aleros cubiertos de musgo. Era la estación de Barog. En una amplia y recargada galería un camarero se hallaba de pie con un menú bajo el brazo. Los pasajeros del coche subieron presurosos los peldaños que conducían a la galería. Mi desayuno en Kalka había sido prematuro. Notaba el olor de huevos y de café y oí que los bengalíes discutían en inglés con el camarero.

Recorrí los senderos de grava para admirar los cuidados parterres y el bien segado césped que se extendía a lo largo de la vía. Debajo de la estación murmuraba una impetuosa corriente de agua y junto a los parterres había unos rótulos que decían: «Prohibido arrancar flores». Un camarero me perseguía gritando:

—¡Tenemos zumos! ¿Le gusta el zumo de mango fresco? ¿Unas gachas? ¿Café o té?

Reanudamos el viaje cuesta arriba y el tiempo pasó muy deprisa, porque volví a quedarme dormido y desperté frente a unas montañas más altas, con menos árboles, con unas laderas más pedregosas y unas chozas suspendidas más peligrosamente. La niebla había desaparecido y los cerros aparecían muy nítidos, pero el aire era fresco y soplaba por las ventanillas abiertas del automotor. En cada túnel, el conductor encendía unas linternas de color anaranjado y el ruido de las ruedas se volvía más intenso y era repetido por el eco. Pasado Solon, las únicas personas que había en el

coche eran una familia de peregrinos bengalíes (todos ellos profundamente dormidos, roncando, con la cara vuelta hacia arriba), el funcionario estatal, el cartero y yo. La siguiente parada fue Solon Brewery, donde el aire olía a levadura y a lúpulo, y después pasamos a través de unos bosques de pinos y de cedros. En determinado momento, un babuino, que por su tamaño debería tener unos seis años de edad, salió corriendo de la vía para dejarnos pasar. Yo hice un comentario acerca del tamaño del animal.

El funcionario dijo:

—Había una vez un *saddhu* (un santo varón) que vivía cerca de Simla. Conocía el lenguaje de los monos. Un inglés tenía un jardín y los monos le estaban causando trastornos continuamente. Estos animales pueden llegar a ser muy destructivos. El inglés comunicó al *saddhu* su problema. El *saddhu* dijo: «Veremos qué se puede hacer». Entonces el *saddhu* se dirigió a la selva, reunió a todos los monos y les dijo: «Me he enterado de que estáis molestando al inglés. Eso está mal. No lo hagáis más. Dejad su jardín. Si me entero de que le estáis causando daños os trataré muy duramente». Y desde aquel momento, los monos no volvieron a entrar nunca más en el jardín del inglés.

—Pero ¿cree usted esa historia?

—¡Oh, claro que sí! Pero el *saddhu* ahora está muerto. Ignoro lo que le sucedió al inglés. Tal vez se marchó, como el resto de ellos.

Un poco más adelante, preguntó:

—¿Qué piensa usted de la India?

—Es una pregunta difícil —le dije.

Hubiera querido hablarle de los niños que aquella mañana había visto lanzarse lastimeramente sobre los restos de mi almuerzo y preguntarle si pensaba que había algo de cierto en el comentario de Mark Twain sobre los indios: «Es un pueblo curioso. Para ellos, toda vida parece ser sagrada menos la vida humana». Pero en vez de esto repuse:

—No llevo mucho tiempo aquí.

—Voy a decirle lo que yo pienso —replicó—. Si todas las personas que hablan de honradez, de juego limpio, de socialismo y de cosas por el estilo lo practicasen todo, la India iría bien. De lo contrario, habrá una revolución.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, que no sonreía nunca y tenía la grave fisonomía de un brahmán. No bebía ni fumaba, y antes de ingresar en la administración pública, había sido profesor de sánscrito en una universidad india. Se levantaba a las cinco todas las mañanas, tomaba una manzana, un vaso de leche y algunas almendras. Se lavaba y rezaba sus oraciones y después de esto daba un largo paseo. Luego se iba a trabajar. Para dar ejemplo a sus funcionarios jóvenes, siempre iba a pie a la oficina, que había amueblado con sencillez y no exigía que su mozo vistiese uniforme caqui. Reconocía que su ejemplo resultaba muy poco persuasivo.

Sus subordinados tenían permiso de aparcamiento, muebles suntuosos y mozos uniformados.

—Yo les pregunto por qué gastan tanto dinero inútilmente. Ellos me dicen que causar una primera impresión positiva es muy importante. Yo les digo a los tipos: «¿Y qué hay de la segunda impresión?».

«Tipos» era una palabra que pronunciaba muy a menudo al hablar. Lord Clive era un tipo y también lo eran la mayoría de los otros virreyes. Los tipos se dejan sobornar, tratan de estafar al departamento de contabilidad, viven con lujo y hablan de socialismo. Aquel funcionario civil hacía gala de no haber dado o recibido *bakshish* en toda su vida. «Ni una sola paísa». Algunos de sus empleados de oficina, sí, y en dieciocho años de trabajar en la administración había echado a treinta y dos. Pensaba que esto podría constituir un récord. Le pregunté qué habían hecho.

—Crasa incompetencia —dijo—, sustraer dinero y hacer toda clase de chanchullos. Pero nunca he despedido a ninguno sin tener primeramente un largo coloquio con sus padres. Había un pelmazo en el departamento de inspección de cuentas que siempre estaba pellizcando el trasero a las chicas. ¡Chicas indias de buenas familias! Le advertí sobre este punto, pero él no me hacía caso. Entonces le dije que quería ver a sus padres. El tipo dijo que sus padres vivían a ochenta kilómetros de distancia. Le di dinero para que les pagase el autobús. Eran pobres y estaban muy preocupados a causa del tipo. Yo les dije: «Quiero que comprendan que su hijo se encuentra en una situación muy difícil. Está molestando a las muchachas de este departamento. Háblenle, por favor, y háganle comprender que si continúa así, no tendré más remedio que despedirlo». Los padres se marchan, el tipo se reincorpora al trabajo y diez días más tarde vuelve a las andadas. Lo cesé en el acto y luego procedí a expedientarlo.

Le pregunté si alguno de aquellos despedidos había tratado de vengarse de él.

—Sí, hubo uno que lo intentó. Una noche se emborrachó y vino a mi casa con un cuchillo. «¡Salga usted, que voy a matarlo!».

Cosas así. Mi mujer estaba trastornada. Pero yo estaba furioso. No pude controlarme. Salí corriendo y pegué un fuerte puntapié al tipo. Dejó caer el cuchillo y se echó a llorar. «No llame a la policía —dijo—. Tengo mujer e hijos». Como verá, era un perfecto cobarde. Lo dejé ir y todo el mundo me criticó por ello. Decían que debía haberlo denunciado, pero yo sabía que aquel ya no volvería nunca más a molestar a nadie. Y sucedió otra cosa. Yo estaba trabajando para la Heavy Electricals, efectuando una auditoría para unos estafadores en Bengala. Construcción defectuosa, doble contabilidad y unos presupuestos que eran cinco veces más de lo que debían ser. También había inmoralidad. Un individuo, hijo del contratista, muy rico, mantenía a cuatro prostitutas. Las obligaba a beber whisky y les hacía quitarse la ropa y correr desnudas hacia un grupo de mujeres y niños que estaban celebrando una *puja*. ¡Vergonzoso! Bueno, les caí antipático, y el día que me marché había cuatro *dacoits* con cuchillos esperándome en el camino de

la estación. Pero yo ya me lo temía, de modo que tomé otro camino y los tipos nunca me pescaron. Un mes después, dos auditores fueron asesinados por unos *dacoits*.

Nuestro vehículo avanzaba siguiendo la pared de un risco y en la ladera opuesta, al otro lado de un profundo valle, se encontraba Simla. La mayor parte de la ciudad se adapta a la colina como una silla de montar hecha enteramente de tejados rojizos, pero al aproximarnos, los suburbios parecían deslizarse hacia el valle. Simla es inconfundible, porque, como indica el *Murray's Handbook*, «su horizonte está incongruentemente dominado por una iglesia gótica, un castillo feudal y una casa de campo victoriana». Por encima de estos montones de ladrillos se eleva el pico puntiagudo de Jakhu (dos mil cuatrocientos metros) y abajo se encuentran las fachadas de las casas colgantes. El lado meridional de Simla es tan escarpado que en lugar de calles tiene tramos de escaleras de hormigón. Desde el automotor parecía un lugar atractivo, una ciudad de rancio esplendor con unas montañas nevadas al fondo.

—Mi despacho se encuentra en aquel castillo —dijo el funcionario civil.

—El castillo de Gorton —repuse, enterado por mi guía—. ¿Trabaja usted para el interventor general del Punjab?

—Bueno, yo soy el interventor general —contestó.

Estaba dándome una información, no se jactaba de su cargo. En la estación de Simla, el mozo se echó mi maleta a la espalda (era un cachemir, que había subido para la temporada). El funcionario se presentó a sí mismo. Se llamaba Vishnú Bhardwaj y me invitó aquella tarde a tomar el té.

El bulevar estaba lleno de indios que disfrutaban de vacaciones y habían salido a dar una vuelta por la mañana, niños con ropa de abrigo, mujeres con jerséis encima de los saris y hombres con traje de lana, agarrando con una mano la guía de Simla y con la otra un bastón. El bulevar tenía un horario estricto, de las nueve a las doce por la mañana y de las cuatro a las ocho por la tarde, determinado por las horas de comer y por el horario de los comercios. Este horario había sido fijado hacía un siglo, cuando Simla era la capital de verano del Imperio de la India, y no ha variado. La arquitectura tampoco ha cambiado. Sigue siendo de alto estilo victoriano, con los toques de vulgar grandiosidad permitidos por el colonialismo: extravagantes canalones y pórticos, reforzados por pilastras y acero para impedir que los edificios se deslicen colina abajo. El Gaiety Theatre (1887) es aún el Gaiety Theatre (aunque cuando yo estuve allí era la sede de una exhibición espiritual a la que no tuve el privilegio de asistir). En el castillo de Gorton se continúa comerciando, tal como se sigue rezando en Christ Church (1857), la catedral anglicana. La residencia del virrey (Rastrapati Nivas), una mansión señorial, es ahora el Institute of Advanced Studies, pero los científicos visitantes se desenvuelven allí con la desconfianza de unos celadores que conservaran la sepulcral majestuosidad del lugar. Diseminados entre estos grandes edificios de Simla se encuentran las mansiones (Holly Lodge, Romney Castle, The Bricks, Forest View, Sevenoaks, Fernside), pero los moradores ahora son indios, o más bien aquella casta heredada de indios que se empeña en usar la guía

turística, el bastón de paseo, la corbata, el té a las cuatro y un paseo por la tarde hasta Scandal Point. Es el Imperio con tez oscura, una avanzada imperial que los miméticos turistas han impedido que cambiase, aunque ya no es el lugar de intrigas que se describe en *Kim*, y ciertamente es más tranquilo de lo que era hace un siglo. Después de todo, Lola Montes, la *grande horizontale*, comenzó su carrera como cortesana en Simla, y las únicas mujeres solas que vi eran obreras tibetanas, bajitas y de mejillas sonrosadas, con chaquetas acolchadas, que caminaban por el paseo público cargadas como mulas.

Tomé el té con la familia Bhardwaj. No fue el sencillo ágape que había esperado. Había ocho o nueve platos: *pakora*, legumbres fritas en manteca; *poha*, una mezcla de arroz con guisantes, coriandro y cúrcuma; *khira*, un pudín cremoso de arroz, leche y azúcar; una especie de macedonia, con pepino y limón, llamada *chaat*; *murak*, unas pastas saladas tamiles, parecida a grandes *pretzels*; *tikkiya*, tortas de patata; chuletas de *malai*, bolas azucaradas con nata por encima, y *pinnis* con sabor de almendra. Comí todo cuanto pude, y el día siguiente visité la oficina del señor Bhardwaj, en el castillo de Gorton. Estaba amueblada con sencillez, tal como él había dicho en el automotor, y encima de su mesa había un rótulo que decía:

No me interesan las excusas por llegar tarde,
solo me interesa que se hagan las cosas.

JAWAHARLAL NEHRU

El día que me marché encontré un *áshram* en una de las laderas de Simla. Tenía interés en visitar un *áshram* desde que los *hippies* del expreso de Teherán me dijeron que eran unos lugares maravillosos. Pero quedé decepcionado. El *áshram* era un bungaló destartado, regentado por un viejo parlanchín llamado Gupta, que pretendía haber curado a muchas personas de parálisis avanzada pasándoles las manos por las piernas. No había *hippies* en el *áshram*, aunque el señor Gupta se mostró ansioso por reclutarme a mí. Le dije que tenía que ir a tomar un tren y replicó que si yo fuese un devoto del yoga, no me preocuparía por tomar trenes. Le dije que eso era porque yo no era un devoto del yoga.

Entonces el señor Gupta repuso:

—Voy a contarle una historia. A un yogui se le acercó una vez un hombre que decía que quería ser estudiante. El yogui dijo que estaba muy ocupado y que no tenía tiempo para ocuparse de él. El hombre dijo que estaba desesperado. El yogui no le creyó. El hombre dijo que se suicidaría arrojándose desde el tejado si el yogui no le admitía. El yogui no dijo nada. El hombre saltó.

»—Traedme su cuerpo —dijo el yogui.

»Le llevaron el cuerpo. El yogui pasó las manos por el cuerpo y a los pocos minutos el hombre recobró la vida.

»—Ahora ya eres apto para ser mi discípulo —dijo el yogui—. Creo que eres capaz de obrar bajo los impulsos apropiados y me has revelado una gran sinceridad.

»Así, el hombre que había sido devuelto a la vida se convirtió en discípulo del yogui.

—¿Usted también ha devuelto la vida a alguien? —le pregunté.

—Todavía no —dijo el señor Gupta.

¡Todavía no! Su gurú era Paramahansa Yogananda, cuya cara de dulzona santidad aparecía expuesta en todo el bungaló. En Ranchi, Paramahansa Yogananda tuvo una visión. Su visión fue un conjunto de millones de estadounidenses necesitados de sus consejos. Los describió en su autobiografía como «una vasta multitud, que me miraba fijamente» y que «como un actor, cruzaba la escena de la conciencia... El Señor me está llamando a América. ¡Sí! Voy a partir para descubrir América, como Colón. Él creía haber descubierto la India. ¡Seguramente existe un nexo kármico entre estos dos lugares!». Vio con tal claridad a aquellas personas que las reconoció cuando, unos años más tarde, llegó a California. Estuvo treinta años en Los Ángeles y, a diferencia de Colón, murió rico, feliz y satisfecho. El señor Gupta me contó esta ridícula historia en un tono de gran reverencia y luego me llevó a dar una vuelta por el bungaló llamando mi atención hacia los numerosos retratos de Jesús (representado de forma que pareciese un yogui) que tenía clavados con tachuelas en las paredes.

—¿Dónde vive usted? —preguntó amistosamente un *ashramita*, un hombre bajito que estaba comiendo una manzana. (Las manzanas de Simla son deliciosas, pero, debido a un acuerdo comercial, toda la cosecha va a Polonia.)

—En el sur de Londres, por el momento.

—¡Pero allí hay mucho ruido y mucha suciedad!

Me pareció una observación muy peregrina viniendo de un hombre que dijo que era de Katmandú, pero no hice caso.

—Yo vivía en Kensington Palace Gardens —dijo—. El alquiler era alto, pero mi Gobierno pagaba. En aquel entonces yo era embajador de Nepal.

—¿Habló alguna vez con la reina?

—¡Muchas veces! A la reina le agradaba comentar las obras de teatro que se estaban representando en Londres. Hablaba de los actores y del argumento. Decía, por ejemplo: «¿Ha visto usted esta o aquella parte de la obra?». Si no habías visto la pieza resultaba muy difícil responder. Pero generalmente hablaba de caballos y siento decir que los caballos no me interesan en absoluto.

Abandoné el *áshram* e hice una última visita al señor Bhardwaj. Me dio varios consejos prácticos acerca de los viajes y me aconsejó que visitara Madrás, si quería ver la verdadera India. Dijo que tenía que salir a comprobar el carburador de su coche y que luego iría a la oficina a terminar unas cuentas. Esperaba que me hubiera gustado Simla y añadió que era una pena que no hubiera podido ver nieve allí. Hablaba en tono formal, casi severo, al despedirme, pero mientras bajábamos a Cart Road dijo:

—Le veré a usted en Inglaterra o en Estados Unidos.

—Sería estupendo. Espero que volvamos a vernos.

—Nos veremos —afirmó con tanta seguridad que me dejó atónito.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté.

—Estoy a punto de ser trasladado de Simla. Quizá vaya a Inglaterra, quizá a Estados Unidos. Es lo que dice mi horóscopo.

10. El expreso de Rajdhani a Bombay

El señor Radia (su nombre estaba escrito en un letrerito al lado de la puerta junto al mío) estaba sentado en su litera, entonando una canción hindi en un sonsonete nasal.

Al verme, se puso a cantar en voz más alta. Saqué mi maquinilla eléctrica de afeitar y comencé a pasármela por la cara, pero él ahogó el ruido del aparato con su lúgubre canto. Cuando cantaba, su cara tenía una expresión de arrobo, pero al interrumpirse adoptaba un aire avinagrado. Miró mi botella de ginebra con asco y me dijo que en los ferrocarriles indios no se permitían las bebidas espirituosas.

Al responderle yo que me figuraba que los indios creían en espíritus, solo refunfuñó. Unos instantes después, se empeñó en que debía apagar mi pipa. Dijo que una vez vomitó en un compartimento en el que viajaba un inglés que estaba fumando.

—Yo no soy inglés —le dije.

Volvió a refunfuñar. Vi que estaba intentando leer la cubierta del libro que yo acababa de abrir. Era *Autobiografía de un yogui*, de Paramahansa Yogananda, que me había regalado al partir el señor Gupta, del *áshram* de Simla.

—¿Está usted interesado en el yoga? —me preguntó el señor Radia.

—No —le dije continuando mi lectura.

Me humedecí el dedo y volví una página.

—Yo sí —repuso el señor Radia—. No en la parte física, sino en la mental. El provecho reside ahí.

—La parte física es la mejor.

—No para mí. Para mí todo es mental. Me gusta ejercitar la mente con debates y discusiones de todas clases.

Cerré el libro de golpe y salí del compartimento.

Estaba la tarde ya muy avanzada, pero el sol de color anaranjado se había sumergido en la niebla polvorienta en el extremo de un paisaje completamente llano. Nueva Delhi es una ciudad de tres millones de habitantes, pero a media hora de la estación uno se encuentra en una región desierta, una llanura verde tan llana como aquellas áreas de Turquía y de Irán tan iluminadas por el sol y tan vacías que mirarlas me hacía daño a los ojos. Recorrí las distintas clases del tren hasta llegar al vagón restaurante: la primera clase, con aire acondicionado, tenía alfombras; los pomos de las puertas eran fríos y los cristales de las ventanillas estaban empañados, y había una ducha en el lavabo de estilo indio, pero no la había en la horrible cabina mal llamada de «estilo occidental»; el coche cama de primera clase tenía unas simples celdas y unas literas recubiertas de plástico; en el vagón los asientos estaban dispuestos como los de un avión, y los pasajeros se habían arropado ya para pasar la noche, cubriéndose con mantas la cabeza para resguardarse del aire acondicionado y de las intensas luces del techo; había baraja de naipes en los compartimentos de madera de

segunda clase, y en el coche cama de tercera las literas, a modo de estantería de libros, estaban fijadas en la pared en filas como las de los trenes de las viejas películas rusas. Unos pasajeros se reclinaban en las literas y otros hacían cola en medio de charcos junto a las puertas de los lavabos.

El vagón restaurante, en el peldaño más bajo de esta escala social india, era una pieza angosta de sillas rotas y mesas sucias. Se vendían cupones para las comidas. En este punto de mi viaje, yo me había vuelto vegetariano. La carne que vi en la India estaba siempre en proceso de descomposición. Sin embargo, nunca olvidaré aquella noche en que vi a un cocinero indio gordo, sudoroso y con un sucio pijama, preparando legumbres para la olla recogiénolas con los brazos y triturándolas luego hasta convertirlas en una masa pulposa.

Por la noche hicimos una parada en el empalme de Mathura. Bajé del tren y en el andén se me ofreció el espectáculo, ya familiar (pero no menos horripilante), de los aldeanos ferroviarios. No eran naturales del lugar: eran individuos muy negros, delgados, con los dientes pequeños y afilados, la nariz estrecha y el pelo espeso y brillante. Vestían *sarongs* y acampaban en el andén con aquella seguridad que sugería la cualidad de permanencia. Había hileras de *charpoys*, y en el extremo no cubierto del andén se habían plantado a modo de tiendas de campaña unos grasientos lienzos alquitranados. Todos escupían, comían, meaban y paseaban con la misma despreocupación con que lo habrían hecho en una remota aldea de la más tupida selva de Madrás (me pareció que eran tamiles), cuando en realidad lo hacían ante las miradas de los viajeros del expreso de Bombay. Una mujer daba instrucciones a un niño para que con un peine le buscara piojos en la cabellera y otra mujer, que yo creí que estaba acucillada, llena de dolor, estaba de hecho jugando al escondite con una criatura que se hallaba medio oculta en un canasto de naranjas.

Yo había pasado muchas veces por estos campamentos sin observarlos de cerca. Me dirigí a un hombre en el tren y le pregunté si quería traducir mis preguntas. Accedió a ello y encontramos uno que se dejó entrevistar. Era un individuo de cara zorruna, ojos muy brillantes y dientes prominentes, que llevaba un *sarong* blanco. Estaba de pie, con los brazos cruzados y con sus dedos delgados se acariciaba los bíceps.

—Dice que vienen de Kerala.

—Pero ¿por qué han venido de tan lejos? ¿Acaso buscan trabajo?

—No están buscando trabajo. Este es un *yatra*.

Se trataba de otra peregrinación.

—¿Adónde se dirigen?

—¡Aquí, a Mathura! —exclamó el traductor pronunciando «*Muttra*».

El hombre de cara de zorro volvió a hablar. El traductor continuó:

—Pregunta si sabe usted que este es un lugar santo.

—¿La estación del ferrocarril?

—La ciudad. El señor Krishna nació aquí.

Y no solo eso, según leí posteriormente. Fue en Mathura donde el Divino Boyero, siendo niño, fue cambiado por la hija de Jasoda para salvarlo de ser asesinado por el gigante Kans, en una réplica de la historia de Herodes. La ciudad es también el escenario de la juventud de Krishna, donde este retozaba con las jóvenes lecheras y tocaba la flauta. Las leyendas eran bonitas, pero el lugar constituía una triste contradicción.

—¿Cuánto tiempo estarán aquí los *yatris*?

—Unos días.

—¿Por qué están en la estación en vez de estar en la ciudad?

—Aquí hay agua y luz, y se está seguro. En la ciudad hay ladrones, y algunas personas se ven perseguidas por los granujas.

—¿Qué hacen para obtener comida?

—Dice que algunos han traído víveres y otros van a buscarlos a la ciudad. Las personas del tren también les dan algo.

El traductor añadió:

—Pregunta de dónde es usted.

Se lo dije. En un rincón del andén, vi la silueta de un niño con el vientre hinchado y unas piernas como cañas, desnudo, agarrado a un surtidor. Estaba solo, sin esperar nada. La vista de aquella paciencia inútil me partió el corazón.

—Está pidiendo dinero.

—Le daré una rupia si reza por mí una oración en el templo de Mathura.

Mis palabras fueron traducidas. El hombre de Kerala se rio y dijo algo.

—Dice que habría rezado por usted aunque no le hubiese dado nada.

Sonó el silbato y subí al tren. El señor Radia había dejado de cantar. Estaba sentado en el compartimento leyendo el *Blitz*. El *Blitz* es un semanario escrito en inglés, charlatán e irresponsable, que se hace eco de escándalos en un estilo semiliterario y jactancioso, del que ofrecemos una muestra, sacada de la página de cine:

El actor-productor-director de JUHU celebró su cumpleaños. Insultó a algunos invitados y dio un puñetazo a otro. Entonces algunos se marcharon.

¡Vaya hospitalidad! ¿Qué se cree que es? ¿EL PADRINO...?

El señor Radia continuó leyendo, frunciendo el entrecejo. Luego nos trajeron las bandejas con la cena y me fijé en que no era vegetariano. Su hamburguesa iba dividiéndose bajo su cuchillo y él se llevaba los trozos a la boca con desgana. Pero se la comió.

—La primera vez que comí carne, me encontré muy mal —me dijo—. Pero eso sucede cuando hacemos una cosa por primera vez, ¿no?

Luego comenzó a hablarme de su trabajo. Había trabajado para Shell durante veinte años, pero descubrió que los ingleses le inspiraban tal aversión que finalmente

los plantó. Su resentimiento era fuerte y el recuerdo de las humillaciones de que había sido objeto no se borraba de su memoria. Dijo que los ingleses eran dominantes y exclusivos, pero se apresuró a añadir:

—Aunque, créame usted, los indios también podemos llegar a serlo. Pero los ingleses tuvieron su oportunidad. Solo que... —dijo pinchando un trozo de hamburguesa con el tenedor— solo que si los ingleses se hubiesen convertido en indios...

—¿Usted cree?

—Sí, no les hubiera costado demasiado. Fui a una sesión del grupo T en Darjeeling. Debates y discusiones. Muy interesante. La esposa del director acababa de llegar de Estados Unidos, y al segundo día aquella señora llevaba puesto un sari.

Me mostré escéptico en cuanto a que esto demostrara algo y le pregunté cuánto tiempo luciría el sari aquella señora.

—Eso es lo que no sé —respondió el señor Radia.

A la sazón era gerente general delegado de una firma indo-japonesa que fabricaba baterías en Gujarat. Había chocado varias veces con los japoneses. Le pregunté qué le parecían los nipones.

—Leales, limpios y muy trabajadores —respondió—, pero en cuanto a inteligencia, cero absoluto.

Resultó que también se le hacían antipáticos, aunque no tanto como los ingleses. La compañía era dirigida de acuerdo con las normas japonesas: uniformes, nada de barrenderos o mozos, asamblea por la mañana, una cantina común para jefes y obreros y lavabos también comunes. («Esto supuso para mí un tremendo choque».) Lo que le escocía al señor Radia era que los japoneses se empeñasen en citarse con las chicas de la fábrica.

—Es la mejor manera de desmoralizar a los otros —prosiguió—, pero cuando les pregunté acerca de ello, dijeron que se creaba para los trabajadores un ambiente más amistoso si los jefes se citaban con las muchachas. Y al decir esto, sonreían. ¿Ha visto usted alguna vez sonreír a un japonés? Yo no podía consentir aquello. Si quiere que le sea franco, pienso que esos japoneses iban de dos en dos y de tres en tres y practicaban el sexo en grupo.

—Sobre todo, de dos en dos —repuse.

Pero el señor Radia ni me escuchaba y seguía hablando:

—Les dije que aquello no podía ser. Prostitutas, muy bien; esto sucede en todo el mundo. Chicas de la ciudad, muy bien. Una diversión limpia, sana. ¡Estupendo! Excursiones al campo, podían contar conmigo. Les dije que llevaría a mi mujer y a mis hijos y lo pasaríamos todos muy bien. Pero ¿obreras? ¡Nunca!

El señor Radia se ponía cada vez más malhumorado al hablar de los japoneses. Yo le dije que me dolía la cabeza y me acosté.

El conductor trajo té a las seis y media y anunció que estábamos en Gujarat. Bueyes y vacas pacían hierba al borde de la vía, y en una estación una cabra saltó al andén. Gujarat, el lugar de nacimiento de Gandhi, es un Estado caluroso, llano, pero al parecer muy fértil. Había huertos de guayabos y campos de lentejas, algodón, papaya y tabaco que se extendían hasta las palmeras en el horizonte, y las zanjas de riego relucían como galones en las mangas del paisaje. De vez en cuando, un conjunto de árboles señalaba la existencia de una aldea y se veían personas cubiertas de polvo lavando en unas corrientes de agua de color pardo, cuyas orillas fangosas estaban cubiertas de pisadas semejantes a huellas de aves extraviadas.

—Y ahora estamos en Baroda —dijo el señor Radia volviéndose hacia la ventanilla.

En primer término, un grupo de gente harapienta con hatos sobre la cabeza iba detrás de un carro tirado por bueyes que transportaba unos muebles destartados. Las manchas blancas que los niños mostraban en el cuero cabelludo denotaban superpoblación, desnutrición y enfermedad, y todos sonreían bajo la intensa luz del sol.

—Me parece que aquello es la nueva factoría petroquímica. Ya está funcionando —dijo el señor Radia.

Pasamos ante un conglomerado de chabolas, hechas enteramente de cajas de cartón aplanadas y de trozos de hojalata. Unas mujeres, sentadas en cuclillas, hacían tortas, y dentro de las míseras chozas distinguí a algunas personas acostadas en sus lechos con los brazos cruzados sobre la cara. Un hombre le chilló a un niño que estaba corriendo y otro increpó a gritos al tren.

—Todo el mundo sube aquí. Es la fábrica de Patel. Este es un lugar enteramente industrial. Industrias Jyoti. Valen un dineral, se lo aseguro.

Desde la ventanilla, el señor Radia miraba más allá de la zanja cenagosa, por encima de las vacas esqueléticas, los niños de nariz goteante, las viejas con tocados hechos de harapos, los numerosos individuos que defecaban en cuclillas y los viejos que se apoyaban en paraguas rotos.

—Otra nueva fábrica, ya famosa, la fábrica de muebles de Baroda. Conozco al director.

En Bharuch, a ochenta kilómetros al sur de Baroda, cruzamos el anchuroso río Narmada. Yo estaba de pie junto a la puerta. Un hombre me dio un golpecito en el hombro.

—Disculpe.

Era un indio de tez oscura y con gafas, que llevaba una camisa estampada y en las manos sostenía dos cocos y una guirnalda de flores. Se dirigió hacia la puerta y, apoyándose en la barandilla, arrojó al río la guirnalda y después los cocos.

—Son ofrendas —explicó—. Vivo en Singapur y me siento muy feliz de encontrarme en mi patria.

Avanzada la tarde, nos hallábamos en las tierras bajas de Maharashtra, llenas de pantanos, verdes entradas del golfo de Cambay, y en el horizonte, el mar de Arabia. Había refrescado por la mañana e hizo una temperatura agradable en Baroda, pero por la tarde, durante el viaje de Bharuch a Bombay, el calor era sofocante. El aire estaba denso debido a la humedad, y las ramas de las palmeras se inclinaban por efecto del calor. En cada apartadero veía los pies de los hindúes dormidos asomando por debajo de cajas de embalar y de improvisados refugios. Y luego comenzó Bombay. Todavía estábamos muy lejos del centro de la ciudad (treinta kilómetros o más), pero lo que había sido una sola cabaña ladeada se había convertido en un villorrio de chozas y luego en un desfile ininterrumpido de viviendas bajas, con los techos formados con láminas de plástico, trozos de madera y papel, un neumático, tablas sujetas con piedras y bardas cubiertas de enredaderas, como si toda aquella basura acumulada pudiera impedir que el viento se llevase las viviendas. Las cabañas se convirtieron en bungalós de color de queso podrido, luego en casas de tres plantas con ropa tendida y en bloques de apartamentos de ocho plantas con herrumbrosas escaleras de emergencia, que iban aumentando de tamaño a medida que nos aproximábamos a Bombay.

En las afueras de la ciudad, el *Rajdhani Express* hizo varias paradas alarmantes, tan bruscas que en una de ellas se cayó al suelo mi jarra de agua y en la siguiente se rompió el vaso. En estas paradas no parecía que hubiésemos llegado a ninguna estación, aunque varias personas abandonaron el tren. Vi que arrojaban a la vía sus maletas y saltaban luego con la rapidez de fugitivos, recogiendo del suelo sus equipajes y corriendo a través de la vía férrea. Descubrí que habían tirado de la alarma (250 RUPIAS DE MULTA POR TIRAR SIN MOTIVO DE LA ALARMA) porque estaban pasando por delante de sus casas. Este era un tren expreso, pero al tirar de la alarma, los indios podían convertirlo en un tren de cercanías.

Viajaba en el vagón un muchacho gordo, recién graduado de la escuela de ingeniería Dehradun. Se dirigía a Pune para hacer una entrevista relacionada con un empleo. Me dijo por qué el tren se detenía tan bruscamente y describió de qué modo funcionaba la alarma.

—La persona que desea bajar del tren —dijo— tira de la cuerda y el aparato produce el vacío, lo cual hace que funcionen los frenos en la rueda motriz. El revisor sabe muy bien en qué vagón se ha tirado de la alarma, pero hay tanta gente que ignora quién lo ha hecho. El revisor debe volver a conectar el aparato y producir el vacío para que el tren pueda marchar.

Hablaba tan despacio y tan metódicamente que cuando terminó esta explicación ya estábamos en Bombay.

Fue en una estación ferroviaria de Bombay donde V. S. Naipaul se sintió presa del pánico y huyó temiendo que «pudiera hundirse sin dejar rastro en medio de aquella muchedumbre india». La anécdota se refiere en *Una zona de oscuridad*. Pero yo no encontré el centro de Bombay especialmente aterrador. Al familiarizarme con él pensé que era un lugar de refugiados y aventureros que olían a suciedad y a dinero, en una vecindad que ofrecía un aspecto la mitad de descuidado que Chicago. Las multitudes que se movían presurosas a las horas del día me habrían asustado más si hubiesen estado vagando ociosamente, pero aquella masa no parecía carente de rumbo. El avance de aquellas blancas camisas que se movían diligentes daba a los millares de peatones el aspecto de un digno desfile de empleados que, con sus mujeres y su ganado, se disponían a amotinarse, conforme a una antigua costumbre, en medio de la arquitectura más distinguida producida por el Imperio británico. (Si uno se tapa un ojo y observa la estación Victoria de Bombay verá la gris majestad de la catedral de San Pablo.) Bombay cumple los requisitos de la gran ciudad en cuanto a su edad, profundidad y frenesí inspirando en sus habitantes un chovinismo, una raída altivez metropolitana solo emulada por Calcuta. La única decepción la tuve en las torres del silencio, donde los parsis depositan sus muertos para que sean devorados por los buitres. Esto puede que sorprenda a un visitante fortuito como una solemne barbaridad, pero se basa en una sana proposición ecológica. El seguidor de Zoroastro que se hallaba junto a la puerta no me dejó entrar para comprobarlo. Me había llevado allí Mushtaq, mi conductor, y al marcharnos dije que quizá las historias no eran ciertas porque no vi ningún buitre. Mushtaq me dijo que todos habían bajado a las torres a devorar un cadáver. Miró su reloj.

—Es la hora del almuerzo —indicó, refiriéndose a la hora del mío.

Aquella tarde, después de mi conferencia, hablé con varios escritores. Uno de ellos era el señor V. G. Deshmukh, un jovial novelista que aseguró que no podía vivir de la pluma. Había escrito treinta novelas. Escribir es la única actividad que en la India no produce dinero y, de todos modos, aquel hombre escribía sobre los pobres: a nadie le interesaba leer acerca de la gente pobre. Él lo sabía porque los pobres constituían su ocupación.

—El problema del hambre, alojamiento, prevención de las sequías, los desamparados y cosas así, a veces da dolor de cabeza. Pero mis libros no se venden y no tengo elección. Soy algo así como un organizador.

—¿Cómo previenen ustedes las sequías?

—Tenemos programas.

Me imaginé comisiones, documentos, conferencias... y vi campos cubiertos de polvo.

—¿Han prevenido ustedes alguna últimamente?

—Estamos haciendo constantes progresos —dijo—. Pero yo prefiero escribir novelas.

—Si ya ha escrito usted treinta, seguramente sería hora de poner punto final.

—¡No, no! ¡Tengo que escribir ciento ocho!

—¿Cómo ha llegado usted a esa cifra?

—Es un número mágico en la filosofía hindú. Vishnú tiene ciento ocho nombres. ¡Tengo que escribir ciento ocho novelas! No es fácil, especialmente ahora, con esta maldita restricción de papel.

La restricción de papel afectaba también al *Illustrated Weekly of India*, de Kushwant Singh. Su circulación era de trescientos mil ejemplares, pero estaba a punto de reducir la tirada para ahorrar papel. Era una historia propiamente india. Las empresas indias parecían funcionar tan bien que producían desastres; el éxito parecía hacerlas estallar y la aparición de órdenes inauditas conducía a restricciones y finalmente al fracaso. La India, el mayor productor de arroz del mundo, tiene que importar este alimento. «El hambre es el criado del genio», dice el epígrafe de Pudd'nhead Wilson que encabeza uno de los capítulos que tratan de Bombay en la obra de Mark Twain *Viaje alrededor del mundo*, y verdaderamente el genio de la India inspirado por el hambre amenaza con hundir este país. Cualquier éxito del que hubiese oído hablar me convencía de que la India, abrumada por la invención, no tenía remedio, y debía fracasar a menos que dejase de existir lo que vi aquella noche. Se trata del hecho más simple de la vida india: hay demasiados indios.

Incapaz de conciliar el sueño, salí a dar un paseo. Anduve unos cien metros, pasando por delante de los burdeles en dirección al rompeolas, y por el camino fui contando los individuos que dormían en la calle. Estaban tumbados sobre la acera, uno al lado del otro. Algunos dormían sobre cartones, pero la mayoría lo hacían sobre el cemento, sin nada que hiciera las veces de colchón y solo con algunas prendas de vestir, con los brazos cruzados debajo de la cabeza. Los niños dormían unos sobre el costado, otros boca arriba. No se veían indicios de que poseyeran bienes. Llegué a la cifra de setenta y tres y doblé la esquina, donde, bajando por la carretera que llegaba hasta el rompeolas había otros centenares de durmientes, solo cuerpos, sin hatos ni carretillas, ni nada que distinguiera a unos de otros, sin evidencia alguna de vida. Hay quien cree que estos durmientes de las calles de Bombay constituyen un fenómeno reciente, pero Mark Twain ya los vio. El escritor se dirigía a una ceremonia de esponsales que se celebraba a medianoche:

Parecía como si avanzásemos a través de una ciudad de muertos. Apenas había ningún indicio de vida en aquellas calles silenciosas y desiertas. Incluso las multitudes estaban silenciosas. Pero por doquier, en el suelo, yacían nativos durmiendo, cientos de cientos. Estaban tendidos todo lo largos que eran, envueltos en mantas, la cabeza y todo. Su posición y su rigidez constituían un trasunto de la muerte.

Eso era en 1896. Hoy son más numerosos, y hay otra diferencia. Los que yo vi no tenían mantas. El hambre es también el criado de la muerte.

11. El correo de Nueva Delhi procedente de Jaipur

—¿Qué es eso? —pregunté al señor Gopal, el hombre de enlace de la embajada, señalando una especie de fortaleza.

—Eso es una especie de fortaleza.

Había ridiculizado la guía que yo llevaba de un lado para otro:

—Usted lleva ese libraco, pero le aconsejo que lo cierre y lo deje en el hotel porque Jaipur es para mí como un libro abierto.

Imprudentemente, yo había seguido su consejo. Entonces nos hallábamos a nueve kilómetros de Jaipur, caminando por un terreno pantanoso con agua hasta el tobillo en dirección a la aldea de Galta. Anteriormente habíamos pasado junto a una asamblea de unos doscientos babuinos.

—Compórtese con naturalidad —dijo el señor Gopal mientras los simios brincaban y parloteaban y enseñaban los dientes, arracimándose en el camino con una curiosidad lindante con la amenaza. El paisaje era peñascoso y muy árido, y cada colina escarpada presentaba en la cima una fortaleza en ruinas.

—¿De quién es?

—Del maharajá.

—No, quiero decir quién la construyó.

—Si se lo dijera, su nombre no le resultaría conocido.

—¿Lo conoce usted, acaso?

El señor Gopal siguió avanzando. Había anochecido, y los edificios que llegaban hasta el barranco de Galta iban envolviéndose en las sombras. Un mono saltó a la rama de una higuera de Bengala, por encima de la cabeza del señor Gopal. Entramos en un patio y nos dirigimos hacia unos edificios en ruinas, con frescos policromados de árboles y personas en sus fachadas. Algunos estaban cubiertos de indescifrables grafitis, aunque en varios paneles habían sido eliminados.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Empezaba a odiar al señor Gopal por haberme hecho dejar la guía.

—¡Ah! —dijo el señor Gopal.

Era el recinto de un templo. Varios hombres dormitaban bajo las arcadas, otros se hallaban sentados en cuclillas y fuera del recinto había unos puestos de venta de té y de hortalizas cuyos dueños se apoyaban en otros frescos borrándolos con la espalda. Me sentí impresionado por la soledad de aquel lugar. Solo había unas cuantas personas a la puesta del sol, y nadie hablaba. Era tal el silencio que podía percibir cómo resonaban las pisadas de las cabras sobre los guijarros y también el murmullo de los lejanos simios.

—¿Un templo?

El señor Gopal se quedó un instante pensativo.

—Sí —dijo finalmente—, una especie de templo.

En los muros del templo, cubiertos de carteles, raspados con cinceles, meados y llenos de anuncios enormes de negocios de Jaipur, escritos en grandes caracteres devanagari, había un rótulo de esmalte que rezaba: «Prohibido profanar, raspar, ensuciar o dañar de cualquier otra manera las paredes». El rótulo mismo había sido parcialmente destruido.

Más allá, el camino de guijarros se convertía en un angosto sendero y luego en una empinada escalera tallada en las rocas escarpadas del barranco. En lo alto había un templo orientado hacia una alberca de aguas tranquilas y oscuras. Unos insectos que nadaban formando círculos en la superficie del estanque producían unas ondas minúsculas y por encima del agua revoloteaban nubecillas de vibrantes mosquitos. El templo era una simple hornacina labrada en la roca, una cueva poco profunda, alumbrada con lamparillas de aceite y con bujías. A cada lado del portal había unas tablas de mármol de dos metros de altura, como las que fueron entregadas en el Sinaí, pero con un peso que habría abatido al profeta más robusto. Estas tablas contenían unas instrucciones numeradas, en dos idiomas. A la escasa luz, copié el texto inglés:

1. Queda rigurosamente prohibido usar jabón en el templo y lavar ropa.
2. Tengan la bondad de no llevar zapatos cerca de la alberca.
3. No está bien que las mujeres se bañen con los hombres.
4. Escupir mientras se está nadando es un hábito muy malo.
5. No echen a perder la ropa de otras personas majándolas al nadar.
6. No entren en el templo con la ropa mojada.
7. No escupan impropriamente ensuciando los sitios.

—¿Majándolas? —pregunté al señor Gopal—. ¿Qué quiere decir eso?

—Ahí no dice «majar» sino «mojar».

—Fíjese en el número cinco.

—Dice «mojándolas».

—Dice «majándolas».

—Dice...

Nos acercamos más a la lápida. Las letras, de un tamaño de cinco centímetros, estaban grabadas en el mármol.

—... majándolas —dijo el señor Gopal—. Nunca había encontrado esa palabra.

El señor Gopal hacía lo que podía, pero era un hombre del que resultaba difícil escapar. Hasta entonces, yo había viajado solo con mi guía y mi horario del Western Railway. Me sentía muy bien buscando mi propio camino y no tenía necesidad de ningún guía. Mi intención había sido quedarme en el tren sin preocuparme de llegar a ninguna parte. Las visitas a puntos de interés eran una manera de pasar el tiempo, pero, según la conclusión a que había llegado en Estambul, era una actividad basada en gran parte en la inventiva y la fantasía, como ensayar una obra propia en unos escenarios de los que hubiesen huido todos los actores.

Jaipur era una ciudad rosa y principesca, llena de maravillas, pero el vandalismo y la ignorancia de aquellas personas, que pastoreaban sus cabras dentro de las frágiles

ruinas, emborronaban los frescos y utilizaban el palacio como decorado de fondo para rodar películas, disminuían su atractivo. Un vocinglero equipo cinematográfico había ocupado el Palacio de Jaipur y su presencia convertía el lugar en una exagerada falsificación. Di mi conferencia y estaba ansioso por tomar el tren, pero el horario decía que no había ninguno para Nueva Delhi hasta las 0.34 del día siguiente. Era mala hora para emprender el viaje. Tenía ante mí una noche y una larga jornada, y no me hacía ninguna gracia esperar en el empalme de Jaipur a medianoche.

—Hoy podemos ir al museo —dijo el señor Gopal al día siguiente de nuestra excursión a Galta.

—Prescindamos del museo.

—Es un sitio muy interesante, y usted decía que quería ver pinturas mogolas. Es la sede de las pinturas mogolas.

Cuando llegamos al museo, le pregunté:

—¿En qué fecha fue construido?

—Hacia 1550.

Lo dijo sin vacilar. Pero yo llevaba mi guía. El edificio que él había situado a mediados del siglo XVI era el Albert Hall, iniciado en 1878 y terminado en 1887. En 1550, Jaipur no existía, aunque no tuve valor para decírselo al señor Gopal, que el día antes se había enfadado cuando yo le contradecía. De todos modos, la tendencia a exagerar parecía ser una enfermedad crónica de algunos indios. Dentro del museo, otro guía estaba mostrando a un grupo de turistas un vestido rojo parecido a una tienda de campaña y decía:

—Esto perteneció al famoso maharajá Madho Singh, un hombre muy alto y muy gordo. Dos metros diez de alto, un metro veinte de ancho y un peso de doscientos veinte kilos.

En el observatorio de Jai Singh, un jardín lleno de instrumentos de mármol de un astrónomo que a primera vista parece un parque infantil, con toboganes y escalas y rampas de caída de quince metros, todo ello dispuesto simétricamente frente al sol, el señor Gopal dijo que había visitado aquel lugar muchas veces. Me mostró un gran disco de bronce que parecía un mapa del cielo nocturno. Le pregunté si era eso y me dijo que era para indicar la hora. Me mostró una baliza, un hemisferio truncado sumergido, una torre con ochenta peldaños y una serie de bancos colocados en forma de estrella. Todo era para indicar la hora. Todos aquellos delicados aparatos, utilizados por el príncipe Jai Singh, según leí en mi guía, eran para hallar altitudes y azimuts y longitudes celestes. El señor Gopal veía en ello una colección de relojes de gran tamaño.

Mientras el señor Gopal estaba almorzando yo me escabullí y fui a comprar el billete para Nueva Delhi. La estación del empalme de Jaipur tiene por modelo los bellos edificios de la ciudad amurallada. Es de arenisca roja, con cúpulas, grandes arcos y sólidas columnas que le confieren el aspecto de un palacio y en el interior hay

murales con mujeres de cara amarilla y hombres con turbantes, ampliaciones de las pinturas tradicionales, con orlas de flores.

—Me parece que no podré coger el tren hasta después de medianoche —dije.

—No, no —replicó el empleado—. Podrá cogerlo antes.

Me explicó que el coche cama de primera clase ya estaba en el apartadero, donde lo limpiaban antes de engancharlo al correo de Nueva Delhi. Yo podría ocupar mi plaza a primera hora de la noche y después de la medianoche, cuando llegara el correo procedente de Ahmedabad, le acoplarían ese coche cama. Dijo que no debía alarmarme por subir a un coche cama suelto y detenido en un apartadero, porque el tren llegaría a su debido tiempo.

—Baje aquí esta noche —dijo— y pregunte por el coche ACC de primera clase. Se lo indicarán.

Más tarde comí con el señor Gopal en un restaurante de Jaipur, en el que estuvimos bastante rato, y luego le anuncié mi intención de dirigirme a la estación. El señor Gopal dijo que allí no había ningún tren.

—Tendrá que esperar unas horas.

Le dije que no me importaba. Fui a la estación y subí al coche cama suavemente iluminado que se encontraba estacionado en el extremo del andén. Mi compartimento era espacioso. El revisor me mostró el pupitre, la ducha, las luces. Tomé una ducha y luego, en albornoz, escribí una carta a mi mujer y copié en mi agenda los mandamientos del templo de Galtá. Todavía era pronto. Mandé al revisor a buscar una cerveza y charlé un rato con el indio del compartimento contiguo.

Era profesor de la Universidad de Rajastán y se mostró interesado al saber que yo había dado una conferencia para el departamento de inglés. Dijo que más bien le desagradaban los estudiantes universitarios porque cubrían las paredes con carteles de las elecciones y luego alquilaban gente para que los limpiasen después de las elecciones. Eran tontos, cortos de vista y turbulentos. Siempre estaban pavoneándose.

—A veces —dijo—, esto me saca de quicio.

Le hablé del señor Gopal.

—¿Lo ve? —dijo—. Voy a contarle una cosa. El indio de tipo medio sabe muy poco acerca de su religión o de cualquier otra cosa. Algunos ignoran las cosas más sencillas, tales como los conceptos o la historia del hinduismo. Estoy totalmente de acuerdo con Naipaul. No les gusta aparecer como ignorantes ante un occidental, pero la mayoría de los indios no saben más que los turistas acerca de sus templos y de su escritura y de cualquier otra cosa. Muchos de ellos saben bastante menos que los turistas.

—¿No estará exagerando?

—Digo lo que sé. Naturalmente, cuando un hombre se hace viejo empieza a interesarse por las cosas. Así, algunos ancianos saben algo acerca del hinduismo. Están un poco preocupados por lo que va a sucederles.

Ofrecí al profesor una cerveza, pero dijo que tenía que trabajar un poco en unos papeles. Se despidió y se fue a su compartimento y yo me retiré al mío. Todavía nos encontrábamos en el apartadero del empalme de Jaipur. Vertí una cerveza en mi vaso y me tumbé en la litera para leer *El más largo viaje*, de Forster. Me había equivocado con el título. No era un libro de viajes, sino la historia de un mediocre escritor de relatos breves y de su joven esposa y sus amigos. Lo dejé para leer unas cuantas páginas de *Autobiografía de un yogui* y me quedé dormido. Fui despertado a las doce y media por una sacudida; estaban enganchando mi vagón al correo de Nueva Delhi. Toda la noche el tren estuvo corriendo hacia Nueva Delhi, mientras yo dormía en mi fresco compartimento y al llegar me sentía tan en forma que decidí partir aquella misma tarde hacia Madrás para ver si, como indicaba mi mapa (aunque todo el mundo opinaba que era imposible), podía tomar un tren que me llevase a Ceilán.

12. El *Grand Trunk Express*

El lento expreso que secciona la India formando un corte de dos mil doscientos kilómetros desde Nueva Delhi hasta Madrás recibe el nombre de *Grand Trunk Express*, y suele ir cargado de montones de equipaje. Había grandes baúles diseminados por todo el andén. En mi vida había visto acumuladas tantas pertenencias y tantas personas cargadas. Parecían evacuados que, después de haber empaquetado con calma sus cosas, huyeran perezosamente de una ambigua catástrofe. En el mejor de los casos no tiene nada de sencilla la operación de un indio subiendo a un tren, pero aquellas personas que subían al *Grand Trunk Express* parecían determinadas a establecer su domicilio en el tren. En cuestión de minutos, colonizaron los compartimentos, vaciaron los baúles y colocaron en su sitio los canastos, las cestas de comida, las cantimploras, las esteras para dormir y las maletas. Antes de que el tren se pusiera en marcha, el aspecto del vagón cambió, porque mientras estábamos aún en la estación de Nueva Delhi los hombres se despojaron de sus holgados pantalones y de sus chaquetas de tela asargada y se vistieron a la manera tradicional de los indios meridionales: la camiseta sin mangas, como para hacer gimnasia, y el *sarong* que ellos llaman *lungi*. Estas prendas mostraban las correspondientes arrugas debidas al rato que llevaban comprimidas en el equipaje. Era como si, de pronto (en espera del silbido del tren), los viajeros hubiesen abandonado el disfraz que habían adoptado para estar en Nueva Delhi, permitiéndoles el expreso destinado a Madrás asumir su verdadera identidad. El tren era tamil y ellos lo habían invadido tan completamente que me sentía como un extranjero en medio de residentes, en una situación absurda porque yo había llegado antes que todos ellos.

Los tamiles son negros y huesudos. Tienen los cabellos estirados y los dientes prominentes y brillantes debido a que siempre se los están restregando con verdes ramitas peladas. Si se observa a un tamil mientras se está pasando por los dientes una ramita de veinte centímetros, da la impresión de que está intentando sacarse una rama del estómago. Uno de los atractivos del *Grand Trunk Express* es que pasa por las selvas de Madhya Pradesh, donde se encuentran las mejores ramitas mondadientes. Se venden en haces, atadas como los cigarros, en las estaciones de la provincia. Los tamiles se distinguen también por su recato. Antes de cambiarse de ropa, cada uno de ellos se envuelve en su sábana y dando saltitos y agitando los codos tira lejos de sí los zapatos y los pantalones, sin dejar de charlar en aquel idioma tan fluido que parece el canturreo de un hombre bajo la ducha. Además, hablan continuamente. Lo único que les hace guardar silencio es el restregarse los dientes con la ramita. Lo que más les gusta es charlar sobre un asunto importante (la vida, la verdad, los valores) durante una gran comida (verduras muy caldosas reforzadas con chile y pimientos varias y servidas con húmedos *puris* y dos montones de arroz pegajoso). En el *Grand Trunk Express* se sentían a sus anchas, pues se hablaba su idioma y se servía su comida. Sus

pertenencias estaban amontonadas allí sin orden ni concierto confiriendo al tren el habitual aspecto desordenado de un hogar tamil.

Cuando el tren se puso en marcha había tres tamiles en mi compartimento. Una vez que se hubieron cambiado de ropa, hubieron abierto sus maletas, deshecho sus esteras para dormir y comido (uno de ellos se burló graciosamente de mi cuchara: «La comida tomada con la mano tiene un sabor diferente al de la comida tomada con cuchara. No tiene sabor metálico»), pasaron mucho tiempo presentándose unos a otros. Entre explosiones de lenguaje tamil sonaban de vez en cuando palabras inglesas tales como *reposting*, *casual leave*, *annual audit*. En cuanto tomé parte en su conversación, se pusieron a hablar en inglés entre ellos, lo que consideré una prueba de tacto y de valor. Estaban de acuerdo en considerar que Nueva Delhi era una ciudad bárbara.

—Yo me alojo en el hotel Lodi. Tengo reservada la habitación desde hace unos meses. En Trich, todo el mundo me dice que es un buen hotel. ¡Ja, ja! No puedo usar el teléfono. ¿Ha usado usted el teléfono?

—No he podido usar el teléfono en absoluto.

—No es el Lodi —dijo el tercer tamil—. Es Nueva Delhi.

—Sí, amigo mío, tiene usted razón —repuso el segundo.

—Le dije al recepcionista: haga el favor de dejar de hablarme en hindi. ¿No hay aquí nadie que hable inglés? ¡Hábleme en inglés, tenga la bondad!

—Es realmente una situación atroz.

—Hindi, hindi, hindi. ¡Puaj!

Comenté que había tenido experiencias análogas. Ellos menearon la cabeza y agregaron más relatos de casos deprimentes. Estábamos sentados como cuatro fugitivos de la barbarie, deplorando el desconocimiento general del inglés, y fue uno de los tamiles (no yo) el que indicó que aquel que solo hablaba hindi se perdería en Londres.

—¿Se perdería también en Madrás? —pregunté.

—El inglés se habla mucho en Madrás. Nosotros empleamos también el tamil, pero casi nunca el hindi. No es nuestra lengua.

—En el sur todo el mundo tiene matric.

Poseen una inteligente facilidad para las abreviaciones, «matric» por matriculación, «Trich» por la ciudad de Tiruchirappalli.

El revisor asomó la cabeza en el compartimento. Era un hombre de aspecto fatigado, con los distintivos y el equipo de la autoridad india, una perforadora de billetes, un lápiz vengativo, una carpeta con las listas de los pasajeros y un salacot caqui. Me dio un golpecito en el hombro.

—Traiga la maleta.

Anteriormente yo había reclamado el compartimento de dos literas por el cual había pagado. Él dijo que todos estaban ocupados. Pedí que me devolvieran el dinero.

Él dijo que yo debería rellenar una solicitud en el lugar de salida. Le acusé de ineficiencia. Se fue. Luego había encontrado un cupé en el vagón siguiente.

—¿Cuesta algo extra? —le pregunté, mientras introducía mi maleta.

No me agradaba el matiz de extorsión de la palabra *bakshish*.

—Lo que usted quiera —dijo.

—Entonces, no cuesta más.

—Yo no le digo si cuesta más o si cuesta menos. No le pido nada.

Me gustó el sistema.

—¿Qué debo hacer? —le dije.

—Dar o no dar —contestó mirando sus listas de pasajeros—. Depende completamente de usted.

Le di cinco rupias.

El suelo del compartimento estaba sucio y lleno de arena. No había lavabo, la mesa plegable estaba medio descolgada y el ruido junto a la ventanilla, que se convertía en estridente cuando pasaba otro tren, atormentaba mis oídos. A veces era una locomotora vieja que durante la noche pasaba velozmente, con la caldera hirviendo, emitiendo su silbido y con los pistones exhalando vapor con ese soplo que precede a una explosión. Alrededor de las seis de la mañana, oí un ligero golpe en la puerta. No era el té matutino, sino un candidato a la litera superior. Dijo: «Disculpe», y trepó a su camastro.

Las selvas de Madhya Pradesh, de donde provienen todos los cepillos de dientes, parecían los bosques de Nuevo Hampshire sin la azulada cadena de montañas. Era un paisaje verde, inculto y lleno de arbolados riscos y umbrosos riachuelos, pero el segundo día fue más polvoriento y Nuevo Hampshire dejó paso al calor y al aire indio. El polvo se acumulaba en la ventanilla y se infiltraba por ella cubriendo mi mapa, mi pipa, mis gafas y mi agenda, mi nuevo acopio de material de lectura (*Exiliados* de Joyce, las poesías de Browning y *El estrecho rincón* de Somerset Maugham). Yo tenía una fina capa de polvo en la cara; el polvo cubría el espejo y ensuciaba el asiento de plástico y el suelo. A causa del calor, era preciso tener entreabierta la ventanilla, pero el castigo por esta brisa era una corriente de polvo sofocante procedente de las llanuras de la India central.

En Nagpur, por la tarde, mi compañero de viaje (un ingeniero que tenía una extraordinaria cicatriz en el pecho) dijo:

—Aquí vive una gente primitiva, los gondis. Son muy extraños. Una mujer puede tener cuatro o cinco maridos, o viceversa.

Compré cuatro naranjas en la estación, tomé un apunte de un rótulo que anunciaba horóscopos y decía: «Case usted a sus hijas por solo 12,50 rupias», le grité a un hombrecillo que atormentaba a un mendigo y leí lo que decía mi guía sobre Nagpur (llamada así por encontrarse sobre el río Nag):

Entre los habitantes hay muchos aborígenes llamados gonds. De estos, las tribus de las montañas tienen la piel negra, la nariz chata y los labios gruesos.

Un paño alrededor de la cintura constituye su principal prenda de vestir. La creencia religiosa varía de una aldea a otra. Casi todos adoran a las divinidades del cólera y de la viruela y hay vestigios de admiración de las serpientes.

Para mi alivio, sonó el silbido del tren y continuamos nuestro camino. El ingeniero leía el periódico de Nagpur, yo me comí las naranjas de Nagpur y me eché a dormir la siesta. Al despertar, vi algo extraño, la primera nube de lluvia desde que había partido de Inglaterra. Al atardecer, cerca de la frontera de la provincia india meridional de Andhra Pradesh, se hallaban suspendidas sobre el horizonte unas anchas nubes de un color gris azulado y oscuras en los bordes. Avanzábamos precedidos por ellas por un terreno en el que había llovido recientemente. Las pequeñas estaciones estaban salpicadas de barro, unos charcos de color castaño se habían formado en los pasos a nivel y la tierra aparecía enrojecida por el tardío monzón. Pero no estuvimos debajo de las nubes hasta que llegamos a Chandrapur, una estación tan pequeña que no figura en el mapa. Allí, la lluvia caía torrencialmente y unos guardavías se deslizaban a lo largo de los raíles agitando sus banderas empapadas de agua. La gente que se hallaba en el andén contemplaba la llegada del tren guareciéndose bajo grandes paraguas negros. Varios vendedores ambulantes se precipitaron hacia el tren para ofrecer plátanos a los pasajeros.

Una mujer se arrastró hacia el convoy desde el cobertizo del andén. Parecía herida. Caminaba a gatas, avanzando despacio hacia mí. Vi que su columna vertebral estaba retorcida por la meningitis; llevaba unos harapos atados a las rodillas y unas piezas de madera en las manos. Se arrastraba penosamente a través de los raíles con dolorosa lentitud, y cuando se hallaba cerca de la puerta levantó los ojos. En sus labios se dibujaba una bella sonrisa y un rostro radiante coronaba aquel cuerpo quebrantado. Se incorporó, levantó hacia mí la mano que le quedaba libre y aguardó, con la cara chorreando lluvia y la ropa empapada. Mientras yo buscaba unas monedas en mis bolsillos, el tren se puso en marcha y mi gesto fútil fue arrojar un puñado de rupias a la vía inundada.

En la siguiente estación, fui abordado por otro mendigo. Este era un niño de unos diez años, que llevaba una camisa limpia y un pantalón corto. Imploró con los ojos y dijo:

—Por favor, caballero, deme usted dinero. Mi padre y mi madre llevan dos días en el andén de la estación. Están arruinados. No tienen comida. Mi padre no tiene trabajo y la ropa de mi madre está rota. Tenemos que ir pronto a Nueva Delhi y si usted me da una o dos rupias, podremos ir.

—El tren está a punto de partir. Mejor sería que saltaras.

—Por favor, caballero —repitió el niño—, deme usted dinero. Mi padre y mi madre...

Continuaba hablando mecánicamente. Le insté para que se apeara del tren, pero era evidente que, aparte de su lección aprendida de memoria, no hablaba inglés. Me alejé de él.

Había oscurecido, el tren seguía avanzando y yo estaba sentado, leyendo el periódico del ingeniero. Las noticias trataban de conferencias, un número increíble de reuniones cuyo solo título evocaba en mi imaginación el rumor de las voces, el ruido de las hojas ciclostiladas, el crujir de las sillas plegables y el eterno prólogo indio: «Hay una pregunta que todos debemos formularnos». En una conferencia de Nagpur estuvieron discutiendo durante una semana: «¿Se halla en peligro el zoroastrismo?». En la misma página, se decía que doscientos indios habían asistido a un «Congreso de países amantes de la paz». «Hinduismo: ¿Nos encontramos en una encrucijada?», ocupaba la atención de otro grupo, y en la última página había un anuncio de la sastrería Raymond («Usted tendrá algo que decir vistiendo en sastrería Raymond...»). El hombre que llevaba un traje de Raymond aparecía dirigiendo la palabra al auditorio de una conferencia. Miraba de soslayo, haciendo un gesto que quería ser persuasivo; tenía algo que decir. Sus palabras eran: «Comunicación es percepción. Comunicación es esperanza. Comunicación es implicación». En aquel momento apareció junto a la puerta de mi compartimento la descarnada mano de un mendigo, un brazo lleno de contusiones, una manga andrajosa. Luego, la maldita palabra:

—*Sahib!*

En Sirpur, al otro lado de la frontera de Andhra Pradesh, el tren se detuvo. Veinte minutos después aún estábamos allí. Sirpur es insignificante. El andén está descubierto, la estación tiene dos salas y hay vacas en la galería. La hierba crece junto a la taquilla. Olía a lluvia, a humo de madera y a excrementos de vaca. Aquello era poco más que una choza, dignificada con los rótulos ferroviarios usuales, de los cuales el más esperanzador era: «Los trenes que circulan con retraso seguramente recuperarán el tiempo». Algunos pasajeros comenzaron a bajar del tren. Paseaban formando pequeños grupos, satisfechos de poder hacer ejercicio.

—La máquina se ha atascado —explicó un hombre—. Mandan a buscar otra. Dos horas de demora.

—Si viajara en este tren un ministro del gabinete —dijo otro—, traerían una máquina en diez minutos.

Los tamiles, en el andén, estaban furiosos. Un nativo de Sirpur salió de la oscuridad, con un saco de garbanzos tostados. Fue asaltado por los tamiles, que le compraron todos los garbanzos y pidieron más. Un numeroso grupo de tamiles se reunió junto a la ventana del jefe de estación para abuchear a un hombre que estaba manipulando un aparato telegráfico.

Decidí ir en busca de una cerveza, pero cuando estuve fuera de la estación la oscuridad era tan profunda que se me ocurrió otra idea. El olor de la lluvia en la vegetación confería una húmeda riqueza al aire que resultaba casi dulce. Había unas vacas tendidas sobre el camino. Eran blancas; las veía claramente. Sirviéndome de las vacas a modo de señales de carretera, fui caminando hasta que vi una pequeña luz anaranjada a unos cincuenta metros de distancia. Me dirigí hacia ella y llegué a una pequeña choza, una choza miserable, con las paredes de barro y el techo de lona. Junto a la puerta había una linterna de petróleo y otra en el interior que iluminaba los rostros sorprendidos de media docena de bebedores de té, dos de los cuales me reconocieron porque también viajaban en el tren.

—¿Qué desea usted? —me preguntó uno—. Puedo pedirlo.

—¿Puedo comprar aquí una botella de cerveza?

Esta frase fue traducida. Hubo risas. Yo ya sabía la respuesta.

—A unos dos kilómetros carretera abajo —dijo el hombre señalando la oscuridad— hay un bar. Allí encontrará cerveza.

—¿Cómo lo encontraré?

—Con un coche —contestó el hombre. Volvía a hablar al que estaba sirviendo té—. Pero aquí no hay ninguno. Tome un poco de té.

Me quedé en la choza, tomando té en un vaso agrietado. Encendieron una varilla perfumada. Nadie decía una palabra. Los pasajeros del tren miraban a los aldeanos y los aldeanos apartaban la vista. El techo de lona estaba inclinado; las mesas relucían, desgastadas por el uso, y la varilla encendida llenaba la estancia con su aroma apestoso. Los pasajeros del tren comenzaban a sentirse incómodos y, para ocultarlo, mostraban un exagerado interés por el calendario que consistía en unos descoloridos grabados de Shiva y Ganesha. Las linternas iluminaban débilmente la choza y en medio del silencio sepulcral que reinaba nuestras sombras saltaban en las paredes.

—¡Esta es la India verdadera! —dijo en voz baja el indio que había traducido mi pregunta.

Aquella noche no llegamos muy lejos. La máquina de repuesto llegó tarde y hubo más demoras. Los tamiles no hacían más que maldecir. El tren estuvo fallando toda la noche; disminuía la velocidad, se paraba, dejaba de bufar. Se oía, entre las maldiciones, el chirrido de los grillos. Llegamos a Vijayawada con cinco horas de retraso en un oscuro y lluvioso amanecer. Compré una manzana, pero antes de que tuviera ocasión de hincarle el diente apareció ante mí un muchacho, que, tendiendo su mano, se echó a llorar. Le di la manzana y compré otra que escondí hasta que estuve de nuevo en el tren.

El sur era inesperadamente fresco y lozano. El verdor de los campos coincidía con el color verde del mapa, el tono que designaba el nivel de la zona con respecto al mar. Debido a que todavía era temprano y dado que los aldeanos indios parecen

considerar las vías férreas el margen de su mundo, había gente agachada cagando a lo largo de los raíles. Al principio, pensé que estaban simplemente sentados en cuclillas mirando pasar el tren, pero luego me fijé en los zurullos de color amarillo que tenían debajo. Serían un centenar, todos ellos de cara al tren para disfrutar de la diversión que este ofrecía, ensuciando la vía sin prisa. Estaban cagando cuando llegó el tren y continuaron cagando cuando el tren siguió su camino. Un grupo curioso (un hombre, un muchacho y un cerdo) se hallaba en fila, cada cual cagando a su manera. Un hombre de aspecto digno se había arremangado el *dhoti* para acucillarse no lejos de las vías. Parecía dispuesto a permanecer allí un buen rato, pues se guarecía bajo un gran paraguas negro y tenía un periódico abierto sobre las rodillas.

En el último trecho del viaje, el tren viró hacia la costa y fue siguiéndola a lo largo del golfo de Bengala. Los campos estaban inundados, pero los hombres araban el agua. Grupos de búfalos negros los arrastraban a través de los arrozales. Los ríos bajaban crecidos, y sus raudas corrientes rojas parecían a punto de desbordarse. Esta parte sudoriental de Andhra Pradesh era la más fértil que había visto yo en la India, y resultaba sorprendente en otro aspecto, la gente muy negra, la tierra de un color pardo rojizo muy intenso y lo verde muy verde. Seguía lloviendo, más copiosamente a medida que íbamos aproximándonos a Madrás.

Le pregunté a mi compañero de viaje acerca de su cicatriz. Dijo que le habían apuñalado en Assam unos *dacoits* que lo tomaron por un bengalí. Había abierto la puerta y tres hombres se abalanzaron hacia él y le clavaron sus dagas en el pecho. Él cayó hacia atrás y los agresores se dieron a la fuga.

—La sangre manaba en abundancia. Yo estaba en el suelo tendido boca arriba y chorros de sangre brotaban de mi pecho hasta salpicarme la cara.

Llamó a su hijo de cinco años y le dijo que fuese a buscar ropa para contener la hemorragia. El niño hizo lo que se le decía, pero sus manos eran tan pequeñas y estaba tan nervioso que la mano se le hundía en la herida. Lo llevaron al hospital de Siliguri, pero la herida tardó un año en curar y cuando fue dado de alta no tenía dinero ni trabajo. Se describió a sí mismo como un «ingeniero indio bastante típico».

Hablamos acerca de su empleo. Tenía algo que ver con la hidráulica. No fue una conversación larga. La mayoría de indios que yo había conocido tenían empleos imposibles de analizar e incluso de comentar. Una vez encontré un sij que manufacturaba artículos de goma, pero nada tan sencillo como neumáticos o preservativos; hacía forros y envolturas. Le dije que no comprendía. Me explicó:

—Envolturas de goma para ruedas dentadas.

Mi incapacidad para entender estas ocupaciones hacía que mis conversaciones en los ferrocarriles indios me proporcionaran anécdotas extrañas. El ingeniero, viendo que era escasa mi comprensión de la hidráulica, me contó una historia referente a un yogui que no comió ni bebió en toda su vida.

—¿De qué vivía, entonces? —pregunté lógicamente.

—Solo de aire —dijo el ingeniero—. No quería contaminar su cuerpo con comida o bebida.

El yogui llegó a una edad avanzada, a más de setenta años. El señor Gopal, el hombre de enlace, se sorprendía de mi ignorancia acerca de lo que era un enlace. La historia que me contó se refería a un mono y un tigre que siempre andaban juntos. Nadie podía comprender por qué el tigre no se comía al mono, pero un hombre los vigiló de cerca (desde detrás de un árbol, sin ser visto) y se dio cuenta de que el tigre era ciego y el mono lo guiaba de un lugar a otro. También me habían contado una historia acerca de un hombre de Bombay que caminaba sobre el agua, y otra referente a un hombre que había aprendido a volar con unas alas hechas con hojas de palmera; otro individuo me habló de un puente hecho de monos que se extendía desde Ceilán hasta Dhanushkodi, a través del estrecho de Palk. Consideré todas estas historias como una evasión de lo concreto, ya que la imaginación india requería algo más que los prosaicos detalles del libro mayor. Así, el señor Bhardwaj, el contable, creía en la astrología; el señor Radia, fabricante de baterías, improvisaba (según decía él) cantos filosóficos, y un individuo de Bombay, por otro lado completamente racional, pretendía que muchos indios se sometían a la mordedura de una cobra:

—Usted saca la lengua, la cobra se la muerde y el veneno le hace a usted maravilloso.

Cuando faltaban unos pocos kilómetros para llegar a Madrás, un misionero inglés me vio junto a la ventanilla, jadeando trabajosamente por el calor que se había abatido sobre el tren. El hombre no hizo caso de mi estado. Al saber que yo era periodista (cuando se lo dije), se alegró y me contó una historia:

—Algunos estadounidenses que se llaman a sí mismos cristianos pagan cuatro rupias por cabeza (y esto es un montón de dinero en Madrás) a las personas que se bautizan. ¿Por qué? Voy a decírselo. Para elevar las cifras de sus conversiones con objeto de obtener más dinero de las parroquias de su patria. Con ello hacen más mal que bien. Cuando vuelva usted a Estados Unidos espero que haga mención de esto.

—Con mucho gusto —le prometí.

El responsable de estos misioneros corruptos que ofrecen sobornos bautismales, ¿tendrá la bondad de persuadirles de que están haciendo con ello más mal que bien?

Cuando llegamos a la estación de Madrás Central, los *wallahs* que tiraban de sus *rickshaws* se precipitaron sobre mí como murciélagos repitiendo:

—¿Adónde va? ¿Adónde va?

Se reían cuando yo les decía que iba a Ceilán.

Esto era lo que yo había imaginado: en algún lugar después de pasar por delante de las mansiones de ladrillo y yeso de Madrás, colocadas a lo largo de Mount Road como pasteles de boda amarillentos, estaba el golfo de Bengala, en el que yo encontraría un restaurante refrescado por la brisa del mar, con unas palmeras y unos

manteles que ondearían impulsados por el aire. Me sentaría frente al agua, comería pescado, bebería cinco cervezas durante la comida y contemplaría las luces danzantes del pequeño tamil que está pescando queches. Luego me iría a la cama y me levantaría temprano para tomar el tren que me llevaría a Rameswaram, una aldea situada en la punta de la nariz de la India.

—Lléveme a la playa —ordené al taxista.

Era un tamil sin afeitar, de pelo encrespado, con la camisa abierta. Tenía el aspecto de uno de esos niños salvajes de que habla el libro de texto de psicología. Los niños salvajes, Mowglis mutilados y dementes, abundan en la India meridional. Se dice que han sido amamantados por lobas.

—¿La carretera de la playa? ¿Beach Road?

—Me parece que eso es lo que busco —le dije al chófer.

Le expliqué que quería ir a comer pescado.

—Veinte rupias.

—Le daré cinco.

—Está bien, quince. Suba.

Recorrimos unos doscientos metros y me di cuenta de que tenía mucha hambre. Hacerme vegetariano había confundido a mi estómago con un sucedáneo imperfecto de la comida. Las verduras saciaban mi apetito, pero me quedaba un ansia —una emoción voraz— de comer carne.

—¿Le gustan las chicas inglesas? —me preguntó el taxista que movía el volante con las muñecas como podría hacerlo un lobo si se le diese la oportunidad de conducir un taxi.

—Muchísimo —dije yo.

—Voy a buscar una para usted.

—¿De veras?

Parecía un lugar poco apropiado para encontrar una ramera inglesa: Madrás era una ciudad desprovista de prosperidad aparente. En Bombay quizá me lo habría creído, porque los zalameros hombres de negocios indios, que entraban y salían presurosos del Taj Mahal Hotel, que rezumaban riqueza y conducían a todo gas sus automóviles frente a los que dormían en las aceras, eran seguramente clientes de ramera. Y en Nueva Delhi, ciudad de conferencias y delegados, me dijeron que en los pasillos de los lujosos hoteles pululaban las prostitutas europeas que prometían el placer con un contoneo provocativo. Pero ¿en Madrás?

El conductor se removió nervioso en el asiento y con sus largas uñas se dio dos golpeitos en el pecho.

—Chica inglesa —repitió.

—¡Mantenga los ojos fijos en la carretera! —le dije.

—Veinticinco rupias.

Tres dólares y veinticinco centavos.

—¿Chica bonita?

—Chica inglesa —dijo él—. ¿Quiere?

Me quedé reflexionando. No era la chica, sino la situación lo que me atraía. Una chica inglesa en Madrás haciendo de puta por un puñado de cacahuets. Me preguntaba dónde viviría y cómo y por cuánto tiempo; ¿qué era lo que la había llevado a aquel lugar tan remoto? La veía como una proscrita, una fugitiva, como Lena en *Victoria*, de Conrad, huyendo de una discordante orquesta ambulante de Surabaya. Una vez encontré una prostituta inglesa en Singapur. Dijo que estaba haciendo una fortuna. Pero no se trataba precisamente del dinero: prefería los hombres chinos e indios a los ingleses, los cuales no eran tan rápidos y, lo que es peor, generalmente solían zurrarla.

El conductor se dio cuenta de mi silencio y disminuyó la velocidad. En medio del intenso tráfico, volvió a darse la vuelta. Sus dientes agrietados, teñidos con zumo de betel, aparecían rojos y relucientes por efecto de las luces del coche que venía detrás de nosotros.

—¿Playa o chica? —preguntó.

—Playa.

Condujo durante unos minutos más. Seguramente la chica sería una angloindia, lo de «inglesa» sería un eufemismo.

—Chica —dije de pronto.

—¿Playa o chica?

—Chica, chica, por favor.

Era como si aquel hombre tratara de hacerme confesar un impulso especialmente vicioso.

Hizo dar al coche una vuelta peligrosa y partió en la dirección opuesta murmurando:

—Bien... chicas lindas... le gustan a usted... casita... unos tres kilómetros... cinco chicas.

—¿Chicas inglesas?

—Chicas inglesas.

La radiante certeza había desaparecido de su voz, pero todavía asentía con la cabeza, quizá intentando calmarme.

Transcurrieron veinte minutos. Recorrimos calles en las que ardían lámparas de petróleo en unos puestos de venta y vimos tiendas claramente alumbradas en las que unos dependientes despleaban piezas de tela amarilla y saris. Me recliné en el asiento y estuve observando cómo Madrás desfilaba ante nosotros. Dientes y ojos en oscuras avenidas, vendedores nocturnos con cestas repletas de mercancías y un sinfín de puertas que se diferenciaban unas de otras por los rótulos que ostentaban: SANGADA LUNCH HOME, VISHNU SHOE CLINIC, THOUSAND LIGHTS RESTAURANT.

El taxista fue doblando esquinas, escogiendo las callejas más angostas y sin alumbrado y luego continuamos por caminos de tierra. Sospeché que iba a robarme, y cuando llegamos a la parte oscura de un camino pedregoso (nos encontrábamos en el

campo) y frenó y apagó las luces, me convencí de que tenía que habérmelas con un maleante y de que su próximo movimiento sería clavarme un cuchillo en las costillas. ¡Qué estúpido había sido al creer su necia historia referente a la chica inglesa de veinticinco rupias! Estábamos lejos de Madrás, en una carretera desierta, junto a un pantano que brillaba débilmente y en el que croaban las ranas. El taxista movió la cabeza. Tuve un sobresalto. Se sonó la nariz con los dedos y echó los mocos por la ventanilla.

Entonces me dispuse a apearme.

—Siéntese.

Me senté. Él se dio un golpe en el pecho.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Se apeó del coche, cerró la puerta de golpe y le vi desaparecer por un sendero a la izquierda.

Esperé hasta que hubo desaparecido y, cuando dejó de oírse el susurro de sus piernas entre las altas hierbas, procuré con cuidado abrir la portezuela. El aire era fresco y percibí una mezcla de olor de agua encharcada y de jazmín. Oí voces en la carretera. Unos hombres estaban charlando en la oscuridad. Aunque a mi alrededor veía la carretera, esta desaparecía a unos pocos metros de distancia. Calculé que me encontraba a poco más de un kilómetro de la vía principal. Me dirigiría hacia ella y esperaría un autobús.

Había charcos en el camino. Metí los pies en uno de ellos y, al tratar de salir, me encontré en la parte más honda. Incapaz de correr, vadeé el charco con paso vacilante.

—¡Míster! *Sahib!*

Yo seguí caminando, pero él me vio y se acercó a mí. Ya estaba atrapado.

—¡No se vaya, míster! —exclamó. Advertí que estaba solo—. ¿Adónde iba?

—¿Y usted? ¿Adónde ha ido?

—A hacer una comprobación.

—¿Chica inglesa?

—Ninguna chica inglesa.

—¿Qué quiere decir?

Yo estaba asustado y ahora la emboscada me parecía clarísima.

Debió de pensar que yo estaba enfadado.

—Chica inglesa, cuarenta, cincuenta. Así.

Se me acercó de modo que a pesar de la oscuridad vi que estaba inflando los carrillos. Apretaba los puños y doblaba la espalda. Recibí el mensaje: una chica inglesa gorda.

—Chica india, pequeña, bonita. Vamos.

No tuve otra alternativa. Si hubiese echado a correr alocadamente no habría llegado a ninguna parte y el hombre me habría perseguido. Volvimos al taxi. Puso en marcha el motor con un gesto colérico y avanzamos dando botes por el sendero

cubierto de hierba que él había recorrido antes a pie. El coche se bamboleaba a causa de los baches y subía trabajosamente las cuestas. Nos hallábamos en plena campiña. En medio de aquella oscuridad había una choza iluminada. Un niño pequeño se hallaba sentado en cuclillas junto a la puerta con una bengala en la mano, anticipándose al *Diwali*, el festival de las luces. La bengala le iluminaba la cara y el escuálido brazo y hacía brillar sus ojos. Delante de nosotros había otra choza, un poco mayor, con una azotea y dos ventanas cuadradas. Parecía un establecimiento comercial en medio de un claro de la selva. En las ventanas se veían unas cabezas oscuras que se movían.

—Venga conmigo —dijo el taxista aparcando frente a la puerta.

Oí unas risas y vi en las ventanas unas caras negras y redondas y unos cabellos relucientes. Un hombre con un turbante blanco se hallaba de pie, apoyado en la pared.

Entramos en una habitación sucia. Encontré una silla y me senté. Una débil bombilla eléctrica pendía de un cordón que descendía del centro del bajo techo. Me había instalado en la silla buena, las otras estaban rotas o tenían los almohadones reventados. Unas muchachas, sentadas en un largo banco de madera, me miraban, mientras otras me rodeaban y me pellizcaban los brazos riendo. Eran muy bajitas y tenían un aspecto desmañado y un tanto cómico, demasiado jóvenes para tanto carmín de labios, para las joyas en la nariz, los pendientes y brazaletes. Las ramitas de blanco jazmín que llevaban trenzadas en el pelo les prestaban un aire infantil, pero las grandes y pesadas joyas exageraban su juventud. Una chica gordinflona mantenía un transistor junto a su oído y me miraba. Parecían niñas de un colegio con los vestidos de sus madres. Ninguna tendría más de quince años.

—¿Cuál de ellas le gusta?

El que hizo la pregunta era el hombre del turbante. Se le veía fornido y parecía fuerte pese a su pelo entrecano. Su turbante consistía en una toalla de baño anudada sobre la cabeza.

—Lo siento —dije.

Entró un hombre delgado. Su cara huesuda denotaba astucia. Hizo una seña a una de las chicas y dijo dirigiéndose a mí:

—Tómela... Ella buena.

—Cien rupias toda la noche —dijo el hombre del turbante—. Cincuenta por un rato.

—Él me dijo que costaba veinticinco...

El taxista se retorció las manos.

—Cincuenta —dijo el del turbante en tono firme.

—De todos modos olvidémoslo —dije yo—. Solo he venido para beber algo.

—No hay bebidas —repuso el hombre delgado.

—El taxista me dijo que había una chica inglesa.

—¿Qué chica inglesa? —exclamó el hombre delgado retorciéndose el nudo de su *lungi*—. Estas son chicas de Kerala, jóvenes, pequeñas, de la costa de Malabar.

El hombre del turbante agarró por el brazo a una de las chicas y la empujó hacia mí. Ella chilló complacida y dio un saltito hacia atrás.

—Mire la habitación —dijo el hombre del turbante.

La habitación estaba justo al lado. El hombre encendió la luz. Era un dormitorio, del mismo tamaño que el de la entrada, pero más sucio y más desordenado. Y despedía un horrible hedor. En el centro de la habitación había una cama de madera con una sucia estera de bambú encima y en la pared había seis estantes, cada uno de los cuales sostenía una maleta con un candado de estaño. En un rincón de la habitación, una mesa vieja sostenía varios frascos de medicamentos, grandes y pequeños, y una palangana de agua. Había marcas de quemadura en la madera del techo, periódicos por el suelo y en una de las paredes se veían dibujos hechos con carbón de cuerpos desmembrados, pechos y genitales.

—¡Mire! —El hombre sonrió siniestramente, corrió hacia la pared del fondo y tocó un interruptor—. ¡Ventilador!

El ventilador comenzó a girar lentamente encima de la sucia cama, removiendo el aire con sus aspas agrietadas y haciendo que la habitación resultara aún más hedionda.

Entraron dos chicas en el dormitorio y se sentaron en la cama. Riendo, comenzaron a quitarse los saris. Yo salí corriendo, en busca del taxista.

—Venga, vamos.

—¿No le gusta chica india?

El hombre flaco se puso a gritar. Le dijo algo en lengua tamil al taxista, que tenía tanta prisa como yo por abandonar el lugar, ya que había llevado un mal cliente. La culpa la tenía él, no yo. Las chicas estaban todavía riendo y llamándome, y el hombre flaco seguía dando voces cuando nos alejamos de la choza y a través de la alta hierba nos dirigimos hacia la carretera.

Cené más tarde de lo acostumbrado; una comida servida sobre una hoja de banano en un sucio restaurante cercano a mi hotel. Las ventanas de mi habitación estaban abiertas y percibí el suave olor de unas flores. El olor cantaba mientras yo leía *Exiliados*: «Estoy seguro de que ninguna ley hecha por el hombre es sagrada ante el impulso de la pasión... No hay ley ante el impulso». El perfume me resultaba familiar; era jazmín. Pensé en las chicas que se reían en aquella choza y que llevaban en el cabello esas blancas flores de estrechos pétalos.

13. El tren a Rameswaram

En la India, yo albergaba dos ambiciones: una de ellas era encontrar un tren para Ceilán, la otra era disponer de un coche cama para mí solo. En la estación Egmore de Madrás, las dos ambiciones se realizaron. Mi pequeño billete de cartón decía: «Madrás-Colombo Fort», y cuando el tren arrancó el revisor me dijo que yo sería el único pasajero del coche durante el viaje de veintidós horas hacia Rameswaram. Si yo lo deseaba, podía trasladarme al segundo compartimento, donde los ventiladores funcionaban. Era un tren de cercanías, y como quiera que nadie iba muy lejos, todo el mundo elegía tercera clase. Muy pocas personas iban a Rameswaram, y en aquellos días nadie quería ir a Ceilán. Era un país lleno de problemas, no había alimentos en los mercados, y a la primera ministra, la señora Bandaranaike, no le agradaban los indios. Le extrañaba que yo quisiera ir allá.

—Voy por el gusto de ir en tren —le dije.

—Es el tren más lento.

Me enseñó el horario. Le pedí que me lo prestara y me lo llevé a mi compartimento para estudiarlo. Yo ya había viajado en trenes lentos, pero este lo era más que los otros. Parecía detenerse cada cinco o diez minutos. Acerqué el horario a la ventanilla para comprobarlo a la luz:

Madrás Egmore	11.00
Mambalam	11.11
Tambaran	11.33
Perungalathur (apeadero)	11.41
Vandalur	11.47
Guduvanchery	11.57
Kattargulattur	12.06
Singaperumalkoil	12.15
Chengalpattu	12.35

Y así sucesivamente. Hice mis cálculos. El tren paró en total noventa y cuatro veces. Había realizado mi deseo, pero me preguntaba si valía realmente la pena.

El tren ganaba velocidad, chirriaban los frenos, daba una sacudida y se paraba. Volvía a ponerse en marcha, y en cuanto había comenzado a deslizarse suavemente por los raíles los frenos comenzaban de nuevo a emitir su gemido metálico. Yo dormitaba en mi compartimento, y cada vez que el tren se detenía, oía risas y rumor de pasos delante de mi puerta, carreras por el pasillo, puertas que se cerraban de golpe y el ruido del metal contra el metal. Las voces cesaban cuando el tren estaba en marcha y no volvían a oírse hasta la siguiente estación con una conmoción de puertas, chirridos y gemidos. Miré por la ventanilla y vi el espectáculo más extraño. Unos

niños y niñas de siete a doce años de edad, los más pequeños desnudos y los mayores con taparrabos, saltaban del tren con unas latas llenas de agua. Tenían un aspecto salvaje: largos y lacios cabellos deslustrados por el sol, negros hombros, caras polvorientas y narices chatas (como los aborígenes de Australia), y en cada estación corrían al coche cama y sacaban agua del lavabo del compartimento. Con sus latas llenas de agua se precipitaban hacia los campamentos situados al lado de la vía, donde los esperaban personas mayores flacas, ancianos de pelo ensortijado y amarillento, y mujeres arrodilladas delante de ollas puestas al fuego frente a unos cobertizos. No eran tamiles. Supuse que eran aborígenes, como los gondos. Tenían pocas pertenencias y vivían en aquella zona seca a la que el monzón aún no había llegado. Toda la mañana estuvieron asaltando el coche cama en busca de agua, subiendo y bajando ágilmente, gritando y riendo, convirtiendo su pillaje en un juego ruidoso. Yo cerré la puerta interior, impidiéndoles andar a brincos por el corredor, pero permitiéndoles el acceso al agua del lavabo.

No había hecho ningún preparativo en cuanto a la comida y no tenía nada que llevarme a la boca. A primera hora de la tarde recorrí el tren en toda su longitud, pero no había vagón restaurante. Hacia las dos, estaba descabezando un sueño cuando oí un golpe en la ventanilla. Era el revisor. Sin decir una palabra, hizo pasar una bandeja con comida. Comí al estilo tamil, haciendo una pelota con el arroz y mojando la pelota en la sopa de legumbres. En la siguiente estación, reapareció el revisor. Se llevó la bandeja vacía y me saludó soñoliento.

Viajábamos en paralelo a la costa, unos cuantos kilómetros al interior, y los ventiladores del compartimento ofrecían muy escaso alivio ante la presión de la humedad. El cielo estaba cubierto de nubes que parecían aumentar el peso del calor sofocante, y el tren avanzaba tan despacio que no soplaba ni un hálito de brisa junto a las ventanillas. Para librarme de aquella sensación de pesadez pedí al revisor una escoba y unos trapos. Barrí mi compartimento y limpié todas las ventanillas y las partes de madera. Luego lavé mi ropa y la colgué en unos ganchos en el pasillo. Tapé el lavabo y me rocié la cara con agua, luego me afeité y me puse las zapatillas y el pijama. Después de todo, era mi coche cama. En Vilupuram, la locomotora eléctrica fue sustituida por una de vapor, y en la misma estación compré tres botellas grandes de cerveza caliente. Sacudí los almohadones de mi compartimento y mientras se secaba la ropa bebí cerveza y contemplé cómo el Estado de Tamil Nadu iba haciéndose cada vez más humilde. Cada estación era más pequeña que la anterior y la gente iba más desnuda. Después de Chengalpattu, nadie llevaba camisa, las camisetas desaparecieron en Vilupuram y luego los *lungis* se hicieron escasos y la gente no llevaba más que unos simples taparrabos. El terreno era llano y sin característica alguna, salvo por algún tamil ocasional que, semejante a una cigüeña, se erguía en un arrozal. Las chozas estaban tan mal construidas como las de África central, donde se consideraba que traía mala suerte vivir en la misma choza dos años seguidos. Eran de barro y sus techos de hojas de palmera; el barro se había agrietado por efecto del

calor y el soplo del primer monzón se llevaría lejos aquellas techumbres. Contrastando con aquellas construcciones hechas de cualquier manera, los campos de arroz estaban inteligentemente regados por complejos sistemas de bombas y largas acequias.

La mayor molestia de aquella tarde provenía del humo de la máquina de vapor. Penetraba en gran cantidad por las ventanillas recubriendo todas las superficies de una fina capa de hollín, y el olor a carbón quemado, que es el olor de todas las estaciones de ferrocarril indias, flotaba en el interior del compartimento. La locomotora tardaba más que antes en adquirir velocidad, y el ruido de martinete de fragua y el rítmico resoplido se transmitían a través de los vagones. Pero esta fuerza tenía cierta gracia y los sonidos de las ruedas daban al tren un movimiento que no solo se diferenciaba del de la amplificada segadora de césped que es una locomotora eléctrica, sino que hacía que la máquina de vapor pareciese un ser vivo por la forma muscular en que se desplazaba.

Una vez que hubo oscurecido, las luces del compartimento se apagaron y el ventilador dejó de funcionar. Me metí en la cama. Una hora después (eran las 9.30) volvieron a encenderse.

Busqué la página del libro que estaba leyendo, pero antes de acabar el primer párrafo, las luces se extinguieron de nuevo. Lancé una maldición, cerré todos los interruptores, me embadurné con una pomada repelente contra insectos (los mosquitos se mostraban feroces, volando ligerísimos con su carga de malaria a cuestas) y dormí con las sábanas por encima de la cabeza. Solamente desperté en Tiruchirappalli para comprar una caja de cigarros.

La mañana siguiente fui visitado por un monje budista. Llevaba la cabeza afeitada, vestía ropaje de color de azafrán y andaba descalzo. Era la imagen misma de la piedad, el monje mendicante con la cabeza sudorosa que viajaba en tercera clase en el ramal de ferrocarril que lleva al nirvana. Enseguida supuse que era estadounidense y resultó ser de Baltimore. Se dirigía a Kandy, en Ceilán central. No le agradaron mis preguntas.

—¿Qué piensan los suyos de que se haya hecho usted budista?

—Estoy buscando agua —dijo obstinadamente.

—¿Vive en un monasterio?

—Mire, si no hay agua aquí, dígamelo y me iré.

—Tengo algunos amigos en Baltimore —le dije—. ¿Piensa regresar alguna vez?

—Me está usted molestando.

—Esa no es manera de hablar para un monje.

Entonces se puso furioso de veras.

—¡Me hacen esas preguntas cien veces al día!

—Es por simple curiosidad.

—No hay respuestas —replicó con sospechosa insinceridad—. He venido a buscar agua.

—Siga buscando.

—¡Estoy sucio! No he dormido en toda la noche y deseo lavarme.

—Le indicaré dónde está el agua si me contesta otra pregunta.

—Usted es un cabrón como todos los demás —gritó indignado.

—La segunda puerta a la derecha —le dije—. No se ahogue.

Pienso que los siguientes quince kilómetros fueron los más emocionantes que pasé en un tren. Nos hallábamos en la costa, desplazándonos velozmente a lo largo de una franja de tierra, y a cada lado del tren (con su silbido penetrante y su chimenea vomitando humo), la blanca arena había formado unas magníficas dunas, más allá de las cuales se veían porciones de verde mar. La arena levantada por la locomotora penetraba en los vagones y la espuma procedente de los rompientes moteaba de transparentes burbujas las ventanillas. Todo era luz, agua y arena revoloteando alrededor del tren que avanzaba hacia la carretera elevada de Rameswaram en medio de un fuerte viento. Las palmeras, bajo las veloces nubes, se inclinaban y se movían como abanicos de plumas, y aquí y allá, con arena hasta sus estupas, se veían templos con banderas rojas ondeando en sus torcidas astas. La arena cubría la vía en muchos puntos y había penetrado en las puertas de los templos y cuarteado las frágiles chozas de hojas de palmera. El viento era terrible, golpeaba las ventanillas, transportando arena y espuma y el silbido de la locomotora, y casi derribaba los *dhow*s que navegaban a toda vela en la corcova del resplandeciente horizonte donde se extendía Ceilán.

—Cinco minutos más —dijo el revisor—. Me parece que lamenta usted haber tomado este tren.

—No —le dije—. Pero tenía la impresión de que iba a Dhanushkodi, esto es lo que indica mi mapa.

—El expreso Indo-Ceilán iba antes a Dhanushkodi.

—¿Y por qué ya no va?

—No hay expreso Indo-Ceilán —repuso el revisor—. Y a Dhanushkodi se la llevó el viento.

Me explicó que, en 1965, un ciclón (en esa zona son habituales) hizo descarrilar un tren ahogando a cuarenta pasajeros y cubriendo Dhanushkodi de arena. Me mostró lo que quedaba: dunas en la punta de la península y restos de negros tejados. La ciudad había desaparecido tan completamente que ni siquiera vivían pescadores en ella.

—Rameswaram es más interesante —dijo el revisor—. Bellos templos, lugares sagrados y las tumbas de Caín y Abel.

Pensé que había oído mal. Le pedí que repitiese los nombres. No había oído mal.

Cuentan que cuando Adán y Eva fueron expulsados del jardín del Edén se fueron a Ceilán (Dhanushkodi es el comienzo de las siete islas a través del estrecho de Palk, conocidas como puente de Adán). Jesucristo estuvo allá, Buda y Rama también y, probablemente, el padre Divine, Joseph Smith y Mary Baker Eddy. Caín y Abel

terminaron en Rameswaram, que podría ser la verdadera Tierra de Nod, al este del Edén. Sus tumbas están al cuidado de musulmanes, y en aquella ciudad de hindúes, la mayoría de los cuales son de la alta casta de los brahmanes, tuve alguna dificultad para localizar un musulmán. El conductor del coche de caballos (no hay automóviles en Rameswaram) creía que tal vez hubiese un musulmán en el embarcadero del ferry. Dije que era demasiado lejos y que las tumbas estaban cerca de la estación del ferrocarril. El cochero repuso que el templo hindú era el más sagrado de la India. Yo le expliqué que quería ver las tumbas de Caín y Abel. Encontramos un musulmán que meditaba en una polvorienta tienda de un callejón, y este se ofreció a mostrarme las tumbas si le prometía no sacar ninguna foto. Se lo prometí.

Las tumbas eran idénticas: dos bloques de una piedra que se desmoronaba, por los que se deslizaban veloces las lagartijas, cubiertos de hierbas trepadoras tropicales. Intenté adoptar una actitud de reverencia, pero no conseguí disimular mi contrariedad al ver lo que parecían los fundamentos incompletos de una superchería tramada por un astuto empleado del departamento de obras públicas de la mezquita local. Las tumbas no se distinguían.

—¿Caín? —pregunté señalando la de la derecha. Y señalando la de la izquierda —: ¿Abel?

El musulmán no lo sabía.

El templo hindú, fundado por Rama (en su camino hacia Lanka, Ceilán, para rescatar a Sita), era un impresionante laberinto, más de un kilómetro de corredores subterráneos, llamativamente alumbrados y pintados. El viajero J. J. Aubertin, que visitó el templo de Rameswaram, pero no las tumbas de Caín y Abel (¿acaso no estaban allí en 1890?), menciona las danzas «blasfemas» y «horrorosas» de las bailarinas en su libro *Wanderings and Wonderings* (1892). Miré. No vi bailarinas indias. Cinco mujeres de edad avanzada estaban lavando muy serias su ropa en la sagrada piscina del centro del templo. Pensé que en la India era posible determinar la santidad del agua por su grado de estancamiento. La más sagrada era de color verde intenso, como aquella.

Tres horas duró la travesía del estrecho de Palk a bordo del viejo vapor escocés, el *TSS Ramanujam* (antes, el *Irwin*), desde Rameswaram a Talaimannar, en el extremo norte de Ceilán. El segundo piloto, igual que todas las personas que había conocido en la India, me dijo que estaba loco si quería ir a Ceilán. Pero su razón era mejor que las otras que había oído: había una epidemia de cólera en Jaffna y parecía que se estaba extendiendo a Colombo.

—No vaya a su propio entierro —dijo sonriendo.

Despreciaba por completo a los cingaleses pero tampoco se sentía muy a gusto entre los indios. Le indiqué que esto debía constituir para él un inconveniente, ya que él era indio.

—Sí, pero soy católico —repuso.

Era de Mangalore, en la costa de Malabar, y se llamaba Llewellyn. Fumamos de mis cigarros puros de Tiruchirappalli en la cubierta, hasta que apareció Talaimannar, una hilera de luces cuyo brillo quedaba apagado por obra de lo que Llewellyn dijo que era la primera lluvia del monzón.

14. El correo de Talaimannar

Llovía tan intensamente sobre el tejado de la oficina expendedora de billetes de la estación de Talaimannar, que el empleado hablaba a gritos, cosa poco frecuente en un cingalés. No era un país en el que la gente levantara la voz. Discutían en susurros. Las catástrofes les daban sueño. No eran seres excitables. Quizá eso tuviera que ver con el hambre que pasaban. Pero en aquel momento regían unas circunstancias extraordinarias. Era como una de aquellas primeras películas sonoras, un documental en el que unas cortinas de oscura lluvia inundan el andén de una estación llenando la banda sonora de un estrépito ensordecedor. Los vagones del correo de Talaimannar, hechos de delgadas planchas de madera, amplificaban el ruido de la lluvia, y el redoble que sonaba en los techos de las plataformas giratorias, orquestado por el viento, ahogaba los lastimeros ladridos de los flacos perros parias que la tormenta había obligado a salir. La estación estaba mohosa, el tablón de anuncios había quedado ilegible, el tren presentaba un aspecto grasiento y las débiles luces encima de las negras pilastras de la galería conferían a la copiosa lluvia la amarilla opacidad del plástico fundido. Era una pequeña estación tropical del norte de Ceilán, que olía a jungla mojada y a alcantarillas atrancadas, y que hacía gala de esa decadencia que en las avanzadas ecuatoriales se considera un rasgo atractivo y encantador.

Le pregunté al empleado de los billetes a qué hora salía el tren.

—¡Quizá a medianoche!

La lluvia seguía calando su sucio cobertizo haciéndole entrecerrar los ojos, con aire malhumorado.

—¿Qué quiere usted decir con quizá?

—¡Quizá más tarde!

Con los perros parias husmeándome los talones, recorrí deprisa el andén en dirección al coche que en uno de sus costados llevaba el letrero dorado, pero ya deslucido, de SLEEPING CAR. Mi compartimento de dos literas, buen ejemplo de carpintería colonial, tenía unos paneles de madera muy complicados destinados a acomodar un sistema de estantes con bisagras, armarios empotrados y una silla plegable que se ajustaba a una de las paredes. La lluvia golpeaba los postigos de madera y una fina neblina penetraba a través de las persianas. Me fui a dormir, pero a la una de la madrugada me despertó un cingalés que arrastraba tres pesadas canastas que dejó aparcadas junto a mi puerta.

—Es la mía —dijo señalando la litera inferior, en la que yo estaba acostado.

Sonreí con la sonrisa de plácida incompreensión que me habían enseñado muchos vendedores afganos en Kabul.

—¿Inglés?

Negué con la cabeza sin dejar de sonreír.

El cingalés enganchó la escala de mano a la litera superior, pero no trepó a ella. Puso en marcha el ventilador, se sentó en una de sus canastas y empezó a comer algo appestoso que sacó de un trozo de periódico. El mal olor a cebollas podridas y a arroz mohoso habría de permanecer en el compartimento el resto del viaje. A las 3.15 el tren salió de Talaimannar. Lo sé porque, cuando se puso en marcha, fui arrojado de mi litera y caí encima de las canastas.

El coche cama de madera era muy ligero; brincaba y se balanceaba sobre el desigual terreno de las vías y toda la noche estuvo crujiendo, con esos crujidos y castañetazos que animan las noches de los pasajeros a bordo de los viejos barcos zarandeados por una tempestad. Tuve una terrible pesadilla en la que veía que el coche cama se incendiaba y ardía como una tea al ser alimentadas las llamas por la corriente de aire que producía el tren en su desplazamiento. Yo estaba atrapado en el compartimento, sin poder abrir la puerta que se había quedado atascada por efecto de la lluvia. Las puertas estaban efectivamente atascadas, y al despertar de la pesadilla olí el acre humo que provenía del cigarro del cingalés. Las luces del compartimento estaban encendidas, el ventilador funcionaba y aquel hombre (pude verlo por el espejo) estaba acostado en su litera dando chupadas a su puro y leyendo el envoltorio de su aromática cena.

Al amanecer, el noroeste de Ceilán apareció como un jardín descuidado. Los arrozales se habían secado y estaban cubiertos de hierba; en los patios de las chozas ruinosas crecía un espeso follaje; había indicios de que anteriormente aquellos campos habían sido cultivados. Dondequiera que yo dirigiera la vista, veía una gran indolencia, gente en todas las actitudes posibles del reposo. El lugar de donde yo venía era el sur de la India, la tierra de los ágiles y vivarachos tamiles. Aquí, los cingaleses mostraban el andar pesado y la negligente atención de unos sonámbulos que anduviesen buscando un lugar donde dejarse caer. Era evidente que escaseaban los alimentos. La prueba de ello estaba en las parcelas de mandioca —la hortaliza más primitiva de la Tierra—, una raíz que crece con facilidad pero que en un año deja exhausto el suelo. Era un cultivo desconocido para Ceilán, y solo se habían dedicado a él impulsados por la desesperación.

En segunda clase, los cingaleses dormían apretujados contra sus hijos. Los niños estaban despiertos. Sus padres, que roncaban, los habían sujetado a los bancos. Un hombre al que encontré en el pasillo se mostraba francamente asqueado. Era cingalés, profesor de inglés, y dijo que no solía tomar aquel tren porque no le gustaban los compañeros de viaje.

—¿Los cingaleses?

—Las cucarachas.

Dijo que el tren estaba lleno de ellas, pero yo solo las vi en el coche que llevaba el letrero de BUFFET, en medio de los cacahuetes, del pan rancio y del té que vendían como desayuno.

Le pregunté al profesor si había algún porvenir para el idioma inglés en Ceilán. (Debo añadir que, aunque el nombre oficial de la isla es ahora Sri Lanka, ninguna de las personas que allí encontré la llamaban de otro modo que con el nombre de Ceylon, Ceilán. El cambio era demasiado reciente para que la gente perdiese la costumbre de dar a la isla su nombre anterior.)

—Tiene gracia su pregunta, porque, en realidad, estamos sujetos a investigación —me dijo.

Le pregunté por qué.

—Nuestras lecciones son subversivas.

Fumaba y sonreía. Era evidente que estaba deseando que le tirase de la lengua.

—Póngame un ejemplo.

—Oh, tenemos frases de ejercicios. Cinco mil. El Gobierno dice que son subversivas.

—¿Frases de ejercicios para lecciones de inglés?

—Sí, las escribimos. Una de ellas decía: «La señora Bandaranaike tiene tres hijos».

—¿Y cuántos tiene?

—Tres.

—¿Dónde está, entonces, el problema?

—Le estoy dando un ejemplo —dijo—. Había otra que decía: «La señora B. es una mujer».

—Y lo es, ¿verdad?

—Sí, pero también pusieron objeción. Tal vez podría decirse que eso resulta nocivo para el culto a la personalidad de esa señora.

—Ya entiendo.

—También: «A la señora B. le realizaron una operación el 19 de septiembre de 1961».

—¿No les gustó?

—¡Oh, no! Se está efectuando una investigación. Por lo que a mí respecta, todo esto me parece muy divertido.

Le dije que quizá perdería el trabajo. Respondió que no le importaba con tal de no ir a la cárcel. Como profesor universitario ganaba veinticinco dólares a la semana antes de que le descontaran los impuestos.

En Kurunegala, a unos ochenta kilómetros al norte de Colombo, compré una papaya y el *Daily Mirror* de Ceilán. El hambre, que había convertido a los indios en fabricantes de fundas de goma para ruedas dentadas y en vendedores de chuletas vegetales, había hecho de los cingaleses unos religiosos fanáticos. Según el *Mirror*, había un renovado interés por san Judas, conocido popularmente como «el santo patrono de los casos desesperados». Una capilla que tenía en Colombo era asediada por los peregrinos, incluso budistas e hindúes. «Es realmente curioso —decía el artículo—, cómo gentes de todas clases de creencias y de todas las comunidades

continúan afluyendo a su santa capilla». El día de la fiesta de san Judas, el 28 de octubre, se esperaba que cientos de miles de cingaleses fueran a orar a la capilla.

Los devotos se están multiplicando. El cura párroco recibe un sinnúmero de cartas que dan fe de los maravillosos favores concedidos por el santo a quienes lo invocan. Muchos de ellos, al verse enredados en una maraña burocrática aparentemente sin salida, invocaron a san Judas y el santo les ayudó a encontrar una solución. El cura párroco recibe limosnas que le envían regularmente del extranjero personas que, después de una visita de negocios o de estudios a la isla, vieron obstaculizada su marcha por las trabas legales y la antipática burocracia y que lograron superarlo todo gracias a sus plegarias a san Judas.

En la misma edición del periódico se daba cuenta de unos motines registrados en varias ciudades a causa de la reducción de la ración de arroz (era la tercera vez, según el profesor, y la ración era una cuarta parte de la de cinco meses antes). La cosecha de ese año constituyó un fracaso, era imposible obtener chiles, y desde el tren divisé largas colas para obtener pan, centenares de personas de aire apático en filas sinuosas, esperando con sus cestas vacías. En las estaciones, unos niños mordisqueaban bastones de mandioca cruda y unos perros parias se disputaban las cortezas, desgarrándolas con unas quijadas estrechas que eran todo dientes. El profesor dijo que en Colombo había marchas de manifestantes protestando a causa del hambre y corría el rumor de que era inminente un golpe militar. El Gobierno había desmentido rotundamente este rumor. En realidad no había escasez de comida, según el ministro de Agricultura, y muchas personas cultivaban con éxito ñames y mandioca en sus jardines. Había abundante comida en Ceilán, según decía, pero algunas personas se negaban a consumirla. Todo lo que tenían que hacer era dejar de anhelar las hogazas de pan de molde. Este pan de estilo americano, introducido como medida de emergencia durante la guerra, se había convertido en un alimento básico de la dieta cingalesa. El inconveniente era que en Ceilán no se cultiva ni un grano de trigo, lo cual convierte al pan en un alimento básico tan absurdo en aquella hermosa isla como lo serían los plátanos en Nevada. El ministro descargó todo su desdén contra *The Straits Times*, de Singapur, que había publicado la noticia de que el ejército cingalés estaba tan famélico que se veía obligado a comer hierba. Pero estos desmentidos expresados con indignación solo parecían confirmar que la situación era desesperada. En Colombo Fort fui abordado por tres cingaleses que parecían piratas.

—¿Algo que vender? —dijo el primero.

—¿Una chica china? —ofreció el segundo.

—Dame una camisa —pidió el tercero, aunque se ofreció a llevarme la maleta a cambio.

Al parecer, san Judas era el santo pintiparado para ellos, y los preparativos para su fiesta resultaban perfectamente comprensibles en el país.

15. El tren de las 16.25 procedente de Galle

Me sorprendió como algo prácticamente descabellado, en un país que se estaba muriendo de hambre, que treinta personas quisieran asistir a un seminario de tres días sobre literatura estadounidense en el que yo había de ser el orador principal. La literatura norteamericana es bella, pero me parece algo incongruente en una zona catastrófica. No había contado con los recursos de la embajada de Estados Unidos. Cuando el seminario comenzó a funcionar, vi que mi alarma carecía de fundamento. El hombre inteligente que supervisaba el seminario me aseguró que habría el cien por cien de asistencia y su método no difería mucho del que utiliza el planificador familiar en la India, que regala un transistor nuevo a cada varón que se deja practicar una vasectomía. En la famélica isla de Ceilán, el seminario de literatura norteamericana incluía tres opíparas comidas, abundancia de té, una habitación gratis en el New Orient Hotel de Galle y todo el whisky que uno pudiera beber. Nada tiene de extraño que las conferencias se vieses muy concurridas. Después de un colosal desayuno de cuatro platos, los atiborrados delegados se reunieron en un aposento alto y descabezaron un sueño durante mi inofensiva conferencia, despertando a mediodía para precipitarse escaleras abajo a tomar un espectacular almuerzo. La reunión de la tarde fue breve, truncada por el té, y el principal evento del día fue la cena, en la que todo el mundo se mostró de buen humor, y luego se proyectó una película que dio sueño a todos. Las comidas del primer día fueron unas sesiones frenéticas de glotonería, pero cuando la cosa se calmó un poco, los delegados iban y venían tranquilamente del comedor a la sala del seminario en busca de las comidas y de su justificación. Entretanto, se atiborraban de pasteles, de vez en cuando estimaban necesario ausentarse a causa de una indigestión y con frecuencia aparecían tan atontados por su atracón de comida que comenzaban a parecer víctimas de alguna dolencia hidrópica cuyo síntoma principal era una prolongada modorra interrumpida por ataques de violentos eructos. Algunos de los delegados me dieron libros que habían escrito. Las manchas de grasa en las cubiertas me recordarán siempre aquel fin de semana y nunca olvidaré el unánime clamor que se levantó al final del seminario cuando el organizador norteamericano dijo:

—¿Debemos partir a las diez o después del almuerzo?

Una noche dejé en el hotel a los eructantes delegados y me fui en busca de una partida de *snooker*. Encontré el Gymkhana Club, pero algunos socios se habían encerrado en el cuarto del *snooker*, donde estaban escuchando en secreto una radio de onda corta. El Servicio de Ultramar de la BBC daba las últimas noticias sobre carreras y los hombres, que eran apostadores de profesión, iban tomando notas en unas hojas de papel mientras la voz del locutor decía: «Hoy, en Doncaster, en una carrera de siete estadios en pista lenta, *Bertha's Pill* llegó a veintiuno a uno, y *Gallant Falcon*, *Safety Match* y *Sub Rosa*...».

Las carreras están prohibidas en Ceilán, de modo que los cingaleses apostaban sobre carreras de Epsom, Doncaster y Kempton Park. Los apostadores profesionales me dijeron que podría utilizar la mesa en cuanto terminase la emisión.

El Public Services Club se hallaba al otro lado de la carretera. La mesa de *snooker* estaba libre, y los socios dijeron que no había ningún inconveniente en que yo jugase, pero añadieron que quizá sería difícil, porque el mozo de los billares tenía que tomar el autobús. Me quedé un poco intrigado por esa explicación, pero al cabo de un rato el mozo me dio una pista sobre el misterio de la indescriptible ociosidad que reinaba en Ceilán.

Comencé a jugar con uno de aquellos cingaleses fanfarrones y, después de algunas jugadas, se produjo cierto murmullo.

—El mozo de los billares va a llegar tarde para tomar el autobús.

El mozo de los billares, un budista reluciente llamado Fernando, llevaba la burra del billar con la confiada autoridad de un obispo con su báculo. El juego dependía de él. Él anotaba los tantos, pasaba la burra cuando hacía falta, ponía en posición las bolas, ponía tiza a los tacos y recordaba las reglas a los jugadores. Una vez que yo dudaba acerca de una jugada, él me indicó la mejor y como fallé emitió un ligero silbido. Ninguna de sus tareas era especialmente agotadora, pero tenía la virtud de hacerme perder la concentración. La singularidad del *snooker* y del *pool* es que se juegan en completo silencio. Las atenciones de Fernando violaban este silencio. Me alegré al oír decir a mi oponente, al cabo de unos cuarenta minutos:

—El mozo de los billares tiene que irse.

—Bien —dije yo—, que se vaya.

Fernando guardó su burra de billar y salió presuroso de la habitación.

—Le he ganado por un punto —dijo mi contrincante.

—No es verdad —repliqué—. El juego aún no ha terminado.

—Claro que ha terminado.

Le mostré que aún había cuatro bolas sobre la mesa.

—Pero ya no está el mozo —repuso el cingalés—. Así, el juego ha terminado y yo gano.

¿No era extraño que en aquel país tan fértil, donde los palos de las vallas y los postes de teléfono echaban raíces y ramas (y era raro que no dieran también fruto), la gente desfalleciera de hambre? Habían expulsado a los tamiles que habían plantado todos los cultivos; luego habían olvidado cómo esparcir las semillas en el suelo, lo cual les habría reportado una cosecha. Galle era un bello lugar, con guirnaldas de rojos hibiscos y perfumado por el océano bordeado de palmeras, con frescos interiores de estilo holandés y circundado por selvas de bambú. Los luminosos ocasos doraban el cielo durante una hora y media todas las tardes, y durante la noche rompían las olas contra los muros del fuerte. Pero los rostros famélicos de los sonámbulos y las privaciones de aquel puerto idílico hacían casi insoportable su belleza.

El tren procedente de Galle serpentea a lo largo de la costa hacia el norte, en dirección a Colombo, tan cerca del agua que la espuma arrojada por las enormes olas que vienen de África llega hasta las ventanillas rotas de los maltrechos vagones de madera. Yo iba en tercera clase, y durante la primera parte del viaje estuve sentado en un compartimento oscuro superpoblado de pasajeros que me pidieron dinero en cuanto me mostré amable con ellos. No mendigaban de un modo apremiante; en realidad, parecía que no necesitaban dinero y más bien consideraban que cualquier cosa que lograran de mí podría resultar útil en el futuro. Me sucedió con bastante frecuencia. En medio de una conversación, un hombre solía preguntarme amablemente si tenía algún objeto útil que pudiera darle.

—¿Por ejemplo?

—Hojas de afeitar.

Yo le decía que no y la conversación continuaba. Al cabo de una hora aproximadamente de ese tipo de charlas, salí del compartimento y me quedé de pie cerca de la puerta mirando cómo junto a la costa caía la lluvia de una oscura capa de altos nubarrones, un aguacero distante parecido a unas majestuosas columnas de granito. A la derecha, el sol se estaba poniendo, y en primer término se veían unos niños que, iluminados por la luz purpúrea del sol, corrían por la arena. Eso era en el lado del tren que miraba al océano. En el lado de la selva seguía lloviendo copiosamente, y en cada estación el guardavía se cubría con las banderas, haciendo de la roja un pañuelo y de la verde una falda, agitando la verde cuando el tren se acercaba y empleándola enseguida para resguardarse de la lluvia apenas el tren había pasado.

Un chino y su mujer cingalesa habían subido al tren en Galle con su bebé gordinflón y de tez oscura. Eran los Wong, que iban a Colombo a pasar unas breves vacaciones. El señor Wong dijo que era dentista. Había aprendido el oficio de su padre, el cual había llegado a Ceilán, procedente de Shanghái, en 1937. Al señor Wong no le gustaba el tren y comentó que generalmente iba a Colombo en su motocicleta, excepto durante el monzón. También tenía un casco y unos anteojos. Si alguna vez yo volvía a Galle, me los enseñaría. Me dijo cuánto le habían costado.

—¿Habla usted chino?

—*Humbwa*, ir, *mingwa*, venir. Eso es todo. Hablo cingalés e inglés. El chino es muy difícil —dijo apretándose las sienes con los nudillos de los dedos.

En Simla había muchos dentistas chinos, con carteles en las puertas en los que se veían horribles secciones transversales de la boca humana, y con bandejas de blancas dentaduras en los escaparates. Le pregunté por qué había tantos dentistas chinos.

—¡Los chinos son muy buenos dentistas! —afirmó, y su aliento olía a coco—. ¡Yo soy bueno!

—¿Puede usted hacerme un empaste?

—No, empastes no.

—¿Limpia usted los dientes?

—No.

—¿Puede arrancarlos?

—¿Se refiere usted a una extracción? Puedo darle el nombre de un buen extraccionista.

—¿Qué clase de dentista es usted, señor Wong?

—Mecánica dental —dijo—. Los chinos son los mejores en mecánica dental.

Ser mecánico dentista es tener una tienda con un estante de masilla inglesa, una sustancia semilíquida de color rosado y unos cajones llenos de dientes de varios tamaños. Entra una persona a la que le rompieron dos dientes de delante en un motín de protesta por la falta de comida o en una disputa motivada por un coco, se le llena la boca de masilla rosada y se le saca un molde de las encías. Con ello se hace una placa de paladar y, cuando esta ha sido recortada, se le enganchan dos colmillos japoneses. Por desgracia, estas dentaduras de plástico no sirven para masticar los alimentos y deben quitarse para comer. El señor Wong dijo que el negocio era excelente y que ganaba entre mil y mil cuatrocientas rupias al mes, que es más de lo que gana un profesor de universidad en Colombo.

En el interior del tren, los viajeros cerraban ruidosamente las ventanillas para que no entrase la lluvia. El fulgor del sol poniente se había enmarañado en unas nubes plomizas, y los pilares de lluvia que sostenían la sede de los truenos se veían muy cerca. Los pescadores luchaban por alcanzar la playa en sus embarcaciones a través del alto oleaje. El tren había empezado a apestar y el señor Wong se disculpó por el hedor. La gente se apretujaba en los compartimentos y en los pasillos. Yo me hallaba junto a la puerta y observé que los más ágiles se agarraban a las escalas de hierro, balanceándose en las plataformas de enganche. Cuando la tormenta arreció (y ahora llovía realmente a cántaros), entraron en los vagones, cerraron de golpe las puertas y permanecieron en la oscuridad mientras la lluvia azotaba como granizo las puertas metálicas.

Mi puerta estaba aún abierta y yo me apoyaba en la pared al tiempo que borrosas rachas de lluvia caían delante de mí.

—Al menos puede uno respirar aquí.

El hombre que acababa de hablar se anudó un pañuelo en la cabeza y se colocó a mi lado. Llevaba un maletín. Dijo susurrando que era joyero y que venía de Calcuta para aprovechar el mercado. Anteriormente, los indios sacaban de Ceilán piedras preciosas de contrabando para venderlas en la India, pero el precio en Ceilán se había multiplicado por cinco en unos meses, y por eso los indios volvían a meter de contrabando las gemas en Ceilán para venderlas a precios de inflación.

—Es una situación divertida —dijo.

—Es un país bastante desesperado.

—¿Cuántos habitantes tiene Ceilán? ¿Lo sabe usted?

Le dije que creía que tenía unos doce millones.

—Eso es —aprobó—. Doce millones, o algo así. Y no pueden alimentarlos. ¿Sabe usted cuántas personas hay en Calcuta, solamente en Calcuta? ¡Ocho millones!

—¿Pueden alimentarlas ustedes?

—Claro que no. Pero no decimos las barbaridades que dicen ellos. ¿Ha oído usted cómo hablan? Hacen una campaña para que se cultiven más alimentos y se planten ñames. Basura revolucionaria, basura política.

—Las colas para el pan son las peores que he visto en mi vida.

—¿A eso le llama usted colas para el pan? En Calcuta las tenemos el doble de largas. Colas para el pan, colas para el arroz, hasta colas para la leche. Mencione usted algo, y le diré que tenemos cola para ello. Esto no es nada.

La lluvia cesó y en las aldeas de chozas de hierba con techumbres puntiagudas, los hornos de cal enviaban nubes de humo hacia los palmares. Era otro ejemplo de la falta de previsión de los cingaleses. Arrancan el coral de los arrecifes mediante cargas de dinamita y lo queman para obtener cal. Pero el arrecife roto deja entrar el mar, el cual erosiona la costa. El Gobierno había iniciado un programa para consolidar con cemento los arrecifes, pero la paradoja estriba en que el cemento se hace con cal y, como no puede importarse cemento, los arrecifes que son dinamitados para obtener cal, con el fin de remendar otros arrecifes, tienen que ser a su vez sustituidos. A esto lo llaman industria del cemento. Es una industria que se autoconsume por completo. No se logra nada.

Normalmente, en un tren así, en la India, la gente comería o leería para pasar el rato. Pero había poca comida y la escasez de papel había reducido drásticamente el número de periódicos. Así, los viajeros del tren de las 16.25 que iba de Galle a Colombo se limitaban a permanecer sentados; en la primera parte del viaje estuvieron sentados a la luz de la hermosa puesta de sol y después en la oscuridad de la tormenta. El tren avanzaba ruidosamente; las olas se estrellaban en la costa. Cerca de Colombo, los monjes del último vagón (FOR CLERGY, rezaba el rótulo que había sobre la puerta) contemplaban serenamente la puesta de sol; en segunda clase había un grupo de escolares que iban de excursión, mirando el paisaje con sus almidonados uniformes, y en tercera, donde viajaba yo, casi todo el mundo estaba sentado silenciosamente en los compartimentos a oscuras, con los postigos de las ventanillas cerrados. A las seis estaba mucho más claro fuera (la tormenta había cesado y el sol brillaba a través de la bruma), pero nadie se molestó en abrir los postigos. En Mount Lavinia, cuando al fin alguien abrió uno, el sol ya había desaparecido.

16. El correo de Howrah

Lo vi en la estación central de Madrás, cerca del correo de Howrah, y por la forma vacilante en que permanecía allí de pie, daba la impresión de estar reuniendo coraje para decidirse a subir al tren. Sus largos cabellos colgaban como harapos y su ropa había sido lavada tantas veces que estaba descolorida. Una maleta de lona que reventaba por las costuras reforzaba su apariencia andrajosa. Era un hombre, quizá inglés, de unos veinticinco años, para el cual, según mis conjeturas, el viajar se había convertido en una rutina agotadora. Viajar puede ser una adicción y, lo mismo que las drogas, puede cambiar el físico de una persona adelgazándola en extremo. Un mendigo encorvado estaba tosiendo junto a él. El joven, sin prestar atención a la mano tendida, seguía mirando fijamente el tren. Evité pasar junto a él. El viaje a Calcuta era demasiado largo para comenzar a hacer amigos tan pronto. Observé que cuando recogió del suelo su maleta para subir al tren, dio una moneda al mendigo. Lo hizo sin mirar al hombre que tosía, con cohibida obediencia, como si pagase un pequeño suplemento.

Mi taxista resultó ser muy servicial. Llevó mi maleta, me buscó ropa de cama, localizó mi litera y se las arregló para que en mis comidas pudiera disponer de una cuchara. Estaba a punto de irse. Le di cinco rupias, demasiado. Decidió quedarse, como un ansioso mozo de cuerda que no tiene nada que acarrear.

—¿Tiene usted dinero?

Le dije que sí.

—Tenga cuidado —me dijo—. Los indios no son buenos. Se lo sacarán de los bolsillos.

Me mostró la manera de cerrar el compartimento. Echó una mirada alrededor, mirando ceñudamente a los indios que andaban por el pasillo. Me repitió tantas veces que tuviese cuidado y continuó advirtiéndome de esta suerte tanto rato que comencé a creer que mi viaje a través de los estados de Andhra Pradesh y Orissa hasta Bengala estaba preñado de peligros. Quizá aquellos naturales de Madrás de piernas arqueadas, que escupían zumo de betel por las ventanillas, estaban esperando a que aquel hombre se marchara para hacer de las suyas. Y cuando el taxista se marchó, me sentí peculiarmente expuesto, vulnerable al ataque. La mayor parte del tiempo lo pasaba tranquilamente sentado a solas en mi rincón, y solo en momentos como aquel, cuando una persona que encontraba casualmente me ayudaba y luego se iba, lamentaba carecer de su atención. Cuando en la India me ayudaba un extraño, solo servía para mermar mi propia competencia. Su presencia me convertía en un *sahib* y su ausencia hacía de mí un niño.

A pesar de todo, estaba contento de que el tren se hubiera puesto en marcha. Era la sensación que había experimentado en el *Direct Orient Express*, en el correo de la frontera, en el *Grand Trunk Express*: el tamaño, la gran extensión del tren, eran un

consuelo. Cuanto mayor era el tren, cuanto más largo era el viaje, más feliz me sentía. En los viajes prolongados, apenas veía pasar las estaciones, pues el avance del tren no me interesaba mucho. Había aprendido a ser un residente del expreso y prefería viajar durante dos o tres días, leyendo, comiendo en el vagón restaurante, echando una siesta después del almuerzo y poniendo al día mi diario al atardecer antes de tomar mi primer trago y señalar dónde nos encontrábamos en el mapa. El viajar en tren excitaba mi imaginación y, por lo general, me proporcionaba la soledad necesaria para poner en orden y escribir mis ideas. Viajaba fácilmente en dos direcciones, a lo largo de los raíles, mientras Asia iba desfilando por la ventanilla, y en el interior de un mundo interior, el mundo de la memoria y del lenguaje. No puedo imaginar una combinación mejor.

Cuando me dirigía hacia el vagón restaurante vi al joven en el pasillo, asomado a la ventanilla, respirando el ardiente y oscuro aire.

—No va a encontrar gran cosa allá —me dijo cuando pasé por su lado.

Asentí con la cabeza e intercambiamos esa mirada de tolerante reconocimiento común a los viajeros solitarios que se encuentran en los trenes de largo recorrido. Cené (el plato vegetariano especial al que me había acostumbrado) y al volver a mi compartimento vi al individuo todavía en el mismo sitio. Esta vez parecía estar esperándome. No hizo ningún esfuerzo para moverse.

—¿Cómo ha ido?

—Normal. No me preocupa. Soy vegetariano.

—No es eso. Se trata de la forma que tienen de comer. Se manchan hasta los brazos. ¿No les ha visto preparar la comida? La pisotean, tosen encima de ella. Sin embargo, es posible que usted esté de suerte.

Hablamos de la comida. Él había traído la suya. Luego dijo:

—Le vi a usted en Madrás, con aquel faquín. Aquella ciudad es como un hoyo. Calcuta es peor aún. ¿Ha estado allí?

Le dije que no.

—Puede que a usted le gusten esas cosas. A mí me parece un sitio asqueroso.

Dio una última calada a su cigarrillo y lo tiró por la ventanilla. Las chispas se esparcieron en la oscuridad.

—Mire uno donde mire, es horrible.

Una muchacha india venía hacia nosotros. Pude haber aprovechado que ella se acercaba para seguir mi camino, pero esperé y los dos nos hicimos a un lado para dejar paso a la chica. Ella bajó los ojos y pasó deslizándose junto a nosotros. Tenía unos hombros delicados, la piel de sus mejillas estaba seca y cubierta de polvo y su pelo era reluciente. Al pasar dejó un olor suave como el de una flor estrujada.

—Bonita muchacha.

—A mí me repugnan —dijo el joven—. ¿No me cree?

—Si usted lo dice...

—Tuve una amiga india más linda que esa. Por eso voy a Calcuta.

—¿Ella está allí?

—Ella se encuentra en Bangalore. ¿Ha estado usted allí? No es un sitio muy malo, pero me alegro de estar lejos de allí. Quiero decir, lejos de la chica. ¿Igual le estoy entreteniendo a usted?

—Todavía es pronto.

De modo que aquel joven huía de una mujer. Yo me preguntaba por qué y esperaba una respuesta sencilla. Él me invitó a su compartimento para explicármelo. La mayoría de los hombres, cuando están solos, lamentan la ausencia de mujeres. Me ofreció un trago de ginebra. Me quemó los labios, pero no sabía a nada.

El joven habló:

—Era la hija de un hombre con quien yo tenía tratos. No sé si a usted le ocurrirá lo mismo, pero la primera vez que vine a la India hacía poco caso de las chicas. Desde luego, las encontraba bonitas, pero lo curioso que tiene la belleza de una mujer es que, cuando está uno absolutamente seguro de que no puede acostarse con ella, empieza a notar algo calculado en su belleza. Quiero decir que su belleza puede resultar totalmente ineficaz. Así, aparece más vulgar y va perdiendo interés hasta hacerse invisible. Si tiene buen tipo se ve más siniestra que vulgar, como si esperara que uno hiciese un movimiento para enviarlo a la cárcel. Uno puede llegar a odiar a estas mujeres indias por su lindo palmito y su virtud inútil. Por eso prefiero los países musulmanes. Cubren a sus mujeres y no dejan que se les vea nada. Nadie sería tan tonto como para meterse con una mujer cubierta de velos. Es inconcebible. Quiero decir que ni siquiera parecen mujeres. Parecen muebles cubiertos con una funda para resguardarlos del polvo. Se supone que los velos son incitantes, pero no lo son. ¿Cómo puede ser incitante algo que tiene un metro cincuenta de altura y está cubierto por una sábana?

»Esos eran mis sentimientos con respecto a las chicas indias. Eran tan inabordables que lo mismo habría dado que hubiesen llevado unas sábanas sobre la cabeza. Cuanto más bonitas, más me mantenía apartado de ellas. No sentía interés por ellas porque sabía que ellas no se interesaban por mí. ¿Comprende lo que quiero decir? Dejé de fijarme en ellas. Solo me fijé en la hija de aquel hombre a quien fui a ver. Ella iba y venía, trayendo comida, té, el álbum de familia, haciendo las cosas propias de una joven india. Se apellidaban Bapna y cuando el padre salió de la habitación, la chica habló por primera vez. Me preguntó dónde me alojaba y se lo dije.

»Serían las tres y media de la tarde. Volvió a entrar el viejo. Parecía un poco nervioso, pero finalmente me explicó lo que quería. Me preguntó si volvía al hotel y me dijo si sería tan amable de acompañar a Primila y a su amiga. Iban a ver una película, pero el viaje en autobús era muy largo y quizá no llegarían a tiempo.

»Yo respondí que con mucho gusto las acompañaría. El criado salió a buscar un taxi. Mientras nos dirigíamos a la ciudad, Primila y su amiga hablaban con el taxista

dándole instrucciones y discutiendo con él acerca de cuál era el mejor camino. Yo dije:

»—¿Van al mismo colegio?

»Esto las hizo reír y cubrirse la boca con el sari. Tenían veintidós años y las desconcertaba que se las tomara por colegialas.

»El taxi paró. La amiga se apeó y Primila y yo seguimos adelante.

»—¿Dónde está el cine? —le pregunté.

»Ella dijo que estaba cerca de mi hotel. Le pregunté a qué hora empezaban las sesiones.

»—Pasan películas todo el día —respondió.

»Yo hablaba solo por hablar y al cabo de unos minutos le estaba contando a la chica que el día anterior había comprado una pintura, un cuadro bastante bueno, que representaba a Lakshmi y Vishnú entrelazados sobre una flor de loto. Primila hablaba muy poco y me puse muy locuaz. Me sucede que cuando una persona habla poco, provoca en mí una gran verborrea como compensación.

»Cuando estuvimos junto al hotel, dije:

»—Espero que no tenga que andar demasiado.

»Ella aseguró que el cine se encontraba al doblar la esquina. Le pregunté si había estado alguna vez en el hotel y al decirme que no me dio un poco de lástima, como si se hubiera visto excluida de aquel lugar por falta de dinero. Le dije:

»—¿Quiere entrar a echar un vistazo?

»Respondió afirmativamente. Entramos. Le mostré los restaurantes y los bares, el quiosco de periódicos, la tienda de curiosidades donde compré la pintura. Se mostró muy interesada, caminando a mi lado, contemplándolo todo como una persona que está visitando un museo.

»Me parece que antes que nada tenía que haberle contado a usted que hará unos seis meses estuve en Madrás. Me sobraba algo de tiempo, de modo que una tarde visité a un quiromántico, Swami Sundram. Era un anciano de piel apergaminada y su casa de Mylapore no tenía los mapas y los cuadros religiosos usuales y ni siquiera muchos almohadones. Se hallaba sentado ante un pupitre con un lápiz y una hoja de papel, en una especie de biblioteca llena de libros enmohecidos. Examinó la palma de mi mano, línea por línea, luego hizo un diagrama en el papel y tomó unas notas, encerrándolas en un círculo y subrayándolas a medida que iba realizando su tarea. No dijo una palabra durante diez minutos o así, aunque a menudo, mientras escribía, hacía una pausa y se llevaba la mano a la frente como si intentara recordar algo.

»Finalmente dijo:

»—Usted ha estado muy enfermo, dolores en el estómago, dolores musculares y dificultades para andar.

»Casi me eché a reír porque no hace falta ser quiromántico para decirle a alguien en la India que padece de trastornos gástricos. Me dijo una o dos cosas más, pero yo le repliqué:

»—Mire, ya sé lo que me ha sucedido, lo que quiero saber es lo que me va a suceder.

»Él dijo entonces:

»—Veo una joven india. Rostro clásico, quizá una danzarina. Usted está a solas con ella.

»—¿Es eso todo? —le pregunté.

»—No es todo —repuso él—. Estoy viendo que ella baila para usted.

»Naturalmente, cuando estuve a solas con Primila en el hotel, me acordé de lo que me había dicho Swami Sundram. Le pregunté si era danzarina y dijo que no. Luego, en la galería, dijo:

»—Practiqué la danza clásica cuando era más joven, si es eso lo que quiere decir. Pero todas las muchachas indias lo hacen.

»Sugerí que tomásemos té.

»—Como quiera —dijo ella.

»Pedí un *gin- tonic*. Ella pidió ron. Yo no podía creerlo.

»—¿De veras quiere ron? —le pregunté.

»Ella se rio como en el taxi, pero no dio su brazo a torcer. Cuando nos trajeron las bebidas, brindamos y ella volvió a quedar en silencio.

»Sin darme cuenta, empecé a hablarle de mi cuadro, pero no había mucho que decir y vi que encontraba dificultad en describírselo. Varias veces dije: “Tendría usted que verlo”. Ella contestó que le gustaría, y esto me fastidió porque eso significaba que yo tendría que subir a mi cuarto, buscar el cuadro y bajarlo. Lamentaba haberlo mencionado, pero solo lo había hecho para tener un tema de conversación. Bien podía haber tomado un trago a solas, relajándome en mi habitación. Después de ver a gente, necesitaba estar solo para concentrarme. El almuerzo en compañía del viejo Bapna me había dejado agotado. No dije nada más.

»—¿Lo tiene usted consigo? —inquirió la joven.

»Le dije que lo tenía arriba y comprendí que estaba siendo acorralado, que no podía negarme a mostrárselo.

»—¿Le gustaría verlo?

»—Muchísimo —contestó.

»Le dije que muy bien, pero que todo sería mucho más fácil si subía ella a mi habitación. Dijo que le parecía muy bien.

»—Cuando haya terminado usted su bebida.

»Ya la había terminado. Yo me tomé la mía de un trago y subimos. Una vez en la habitación, ella dijo:

»—Detesto los aires acondicionados.

»Di un puntapié al aparato y dejó de funcionar.

»Estábamos mirando el cuadro sentados en la cama (era el único sitio donde podíamos sentarnos) y mientras ella indicaba los detalles que le gustaban, lo bien hechas que estaban las figuras, se inclinó y lo levantó de encima de mis rodillas. ¿Le

ha levantado una chica algo alguna vez de sus rodillas? Me hizo estremecer, sentí un sorprendente voltaje en la ingle por la leve presión de su mano.

»Me mostró un detalle de la pintura, y al mirar yo más de cerca, le tomé una mano y por la manera en que ella me permitió hacerlo, comprendí que podía besarla. En las películas indias no aparecen nunca besos. Yo sé por qué. En la India, una pequeña partícula de afecto es considerada una pasión, pero lo que me sorprendió fue que todo fue idea suya, no mía. Yo había subido con ella a mi habitación en contra de mi voluntad.

»La besé y me sorprendió su apasionamiento. Casi me desmayé de emoción. Me sentía realmente feliz y esa clase de júbilo va en contra del impulso sexual, pero el júbilo es más transitorio que el sexo, y al cabo de un minuto ya estaba yo encima de ella. Se quedó conmigo en la habitación unas dos horas.

»El efecto que esto me produjo fue increíble, como una conversión. Cada mujer que luego veía me resultaba atractiva, y cada una me parecía una posible compañera de cama. Las veía como dulces e inteligentes genios de sexualidad que se las habían arreglado para disimularlo con aquella diligente eficiencia que poseen las mujeres indias. Empecé a encontrar algún sentido a lo que me había dicho Swami Sundram: “Ella danzará para usted”. Evidentemente Primila era la mujer a la que él se había referido. La vi algunas veces más y me enamoré de ella. Incluso pienso que el viejo Bapna sospechó que había algo entre nosotros, porque me hizo un montón de preguntas acerca de mi familia y de la clase de trabajo que realizaba y sobre cuáles eran mis proyectos. Primila habló mucho de abandonar la India y un día apareció vistiendo falda y blusa. Tenía un aspecto insolente con aquella indumentaria occidental, pero, como digo, yo empezaba a quererla y ya imaginaba una de aquellas fantásticas bodas indias. Primila dijo que siempre había deseado ir a Inglaterra y que había leído mucho sobre aquel país. Comprendí lo que iba a suceder.

»Swami Sundram lo predijo, supongo, de modo que aproveché la primera oportunidad para ir a visitarlo a Madrás y, para estar seguro de que no me reconocería, me afeité la barba y me puse prendas de vestir completamente diferentes de las que llevaba en la anterior ocasión. Esta vez tuve que aguardar fuera de la casa hasta que él hubo terminado con otro cliente, y cuando entré, él realizó la misma operación con los diagramas y las notas. No le dije que ya había estado allí. Entonces él dijo:

»—Dolores de cabeza. Veo muchos dolores de cabeza.

»Le pedí que continuara.

»—Está usted esperando una carta importante —dijo apretándose las sienes con las manos—. Va a recibir esa carta pronto.

»Le pregunté si eso era todo.

»—No —dijo—, tiene un gran tumor en el pene.

»—No es verdad, no lo tengo —dije yo.

»Pero él insistía. Dijo:

»—Seguro que lo tiene.

»Me sorprendió que se empeñase en decir que yo tenía un tumor en el pene, cuando yo lo negaba e incluso podía demostrarle lo equivocado que estaba. Pareció irritado por el hecho de que le contradijese. Le pagué y me marché.

»Eso fue ayer. Ya no volví a Bangalore. Compré un billete para Calcuta. Me marchó, voy a tomar el avión a Bangkok. Si no hubiese ido a ver a aquel Swami, ahora podría estar casado, o al menos prometido, que viene a ser lo mismo. Ella era una muchacha muy linda, pero se ve que tengo mal *karma*, y no es verdad que tenga un tumor en el pene. Lo he mirado.

»—Páseme la botella —dijo luego. Tomó un trago y añadió—: No vaya nunca a ver a un quiromántico.

En el trayecto de Berhampur y Khordha hasta Cuttack, donde unos niños chapoteaban en el agua, vi unos búfalos que se zambullían sumergiéndose hasta los orificios de la nariz en el anchuroso río Mahanadi, al nordeste de Orissa, en la capital del mundo en cuanto a viruelas, Balasore, cuyo nombre mismo ya sugiere la idea de alguna enfermedad pruriginosa^[2]. Yo asociaba los rótulos de los nombres de las estaciones con las escenas que iba captando desde el tren. En Tuleswar, una mujer llevaba sobre la cabeza una jarra de arcilla roja con agua que iba a contagiar a los habitantes de una aldea distante; en Duntan, un bengalí estaba defecando en la misma posición que *El pensador* de Rodin; en Kharagpur, un hombre retorció el rabo de su búfalo para hacerle caminar más deprisa; en Panskura, una multitud de niños con uniformes escolares corría a lo largo de la vía en dirección a su barriada de chabolas donde almorzarían, y luego, en Baj Baj, la escena conmovedora de un anciano que conducía a un muchachito a través de unos montones de basura y que era en realidad un ciego de cara diabólica que apretaba el brazo de la asustada criatura que le hacía de lazarillo.

Los viajeros del correo de Howrah ofrecían un aspecto solemne y fatigado. No prestaban ninguna atención a los buhoneros y otros vendedores ambulantes cada vez más frecuentes a medida que íbamos acercándonos a Calcuta y que subían al tren en las estaciones suburbanas para recorrer los abiertos vagones. Un hombre sube con una tetera, con una serie de tazas de barro metidas una dentro de otra colgadas de un brazo. Va pregonando su té entre los viajeros, balanceando la tetera ante el rostro de cada persona y se marcha porque no hay venta. Va seguido de un hombre que lleva una jarra de melcocha y una cuchara. El hombre de la melcocha golpea la jarra con la cuchara y empieza una monótona actuación. Muestra la jarra y luego continúa avanzando, seguido por un sujeto que lleva una bandeja de plumas estilográficas. El vendedor de plumas da comienzo a su cháchara y entretanto va mostrando cómo se desenrosca el casquillo, lo bien colocada que está la plumilla, cómo funciona el clip. Hace girar la pluma y la sostiene en el aire para que todos la vean; hace toda clase de

cosas con la estilográfica, menos escribir con ella, y cuando ha terminado su actuación, se va, sin haber vendido nada. Suben más individuos con cosas para vender: bollos, garbanzos tostados, peines de plástico, tiras de cinta y folletos llenos de mugre. No venden nada.

En algunas estaciones, los indios se colaban por las ventanillas en busca de asientos, pero cuando los asientos estaban todos ocupados, se apretujaban junto a la puerta, manteniendo solo un contacto emocional con el vagón. Se suspendían del techo mediante correas, se apretaban contra la pared como una pila de leños, se amontonaban en los bancos con las rodillas juntas, y en la parte exterior se agarraban a los salientes con tal agilidad que parecían imantados.

Cerca de la estación de Howrah, multitudes de biharis se arrojaban a las aguas sucias del río Hugli desde unos *ghats* santificados. Su festival, el *Chhat*, animaba Calcuta, y ofrecía a los biharis la ocasión de hacer una exhibición de fuerza frente a los bengalíes, cuyo propio festival de Kali había sellado muchas calles con la cámara de horrores que supone un templo de esta diosa: la horrible diosa de enormes ojos saltones, con su collar de cabezas humanas, sacando una lengua de color de frambuesa y pisoteando el cuerpo mortalmente herido de su esposo. Detrás de Kali, unos cuadros mostraban cuatro hombres condenados, el primero empalado en una lanza ensangrentada, el segundo con el cuello retorcido por un esqueleto y el tercero aplastado por una bruja que al mismo tiempo estaba cercenando la cabeza al cuarto hombre. Todo ello constituía un reto a los biharis en cuyas procesiones figuraban unos altos temples móviles envueltos en un paño de color amarillo, unos carros cargados de mujeres de aspecto muy piadoso, sentadas entre montones de ofrendas de plátanos, y unos pequeños grupos de travestidos que bailaban al son de trompetas y tambores.

—Ahí van los biharis, a tirar sus bananas al río Hugli —dijo el señor Chatterjee desde el vagón lleno de carne humana.

El señor Chatterjee, bengalí, no estaba seguro de la finalidad del festival *Chhat*, pero creía que podía tratarse de algo relacionado con la recolección. Yo repuse que no creía que la recolección de Calcuta fuera muy abundante. Él dijo que tampoco lo creía, pero aseguró que los biharis disfrutaban con su ocasión anual de desbaratar el tráfico bengalí. Al frente de cada procesión, un muchacho negro, sonriente, vestido de mujer, hacía los bruscos movimientos de un danzarín y daba brincos en el aire mientras sus genitales se balanceaban bajo su transparente sari de color carmesí. De vez en cuando, las muchachas (que podrían haber sido muchachos) que iban detrás de él se dejaban caer al suelo y se postraban en las calles llenas de basura.

La sagrada multitud, el hedor de santidad, el ruido autorizado, todo en la vida india parecía sancionar el exceso e incluso la política tenía olor a *puja*. Mientras se desarrollaban estos festivales religiosos, el Centro de la Unidad Socialista estaba organizando un *bundh* (huelga general), y sus concentraciones preliminares en el *maidan*, con sus banderas y sus carteles, sus procesiones y sus discursos, se

confundían con los despliegues de piedad popular en las aceras de Chowringhee y en los *ghats* que salpicaban de barro. Este aspecto de Calcuta es el primero que captan los ojos del viajero, pero también el que más tiempo permanece en la mente. Es un ambiente de disturbio organizado, todo el mundo está ocupado en llevar a cabo un programa u otro, de modo que todos aquellos millares de personas que uno ve tumbadas o sentadas en la acera presentan el aspecto de contestatarios no violentos que tienen ante sí toda una tarde de *satyagraha* («adhesión a la verdad»). Cuando leí en un periódico de Calcuta: «Los dirigentes izquierdistas hacen una llamada a la ocupación masiva...», imaginé a una multitud en una postura poco elegante^[3].

Desde fuera, la estación de Howrah parece un ministerio, con sus torres no del todo cuadradas, sus numerosos relojes, cada uno indicando una hora diferente, y su impenetrable obra de ladrillo. Los edificios británicos de la India parecen haber sido diseñados para resistir un asedio; hay almenas y troneras y atalayas en las estructuras más inverosímiles. Así, la estación de Howrah parecía una versión fortificada de una colosal oficina, impresión que viene confirmada en el momento en que uno va a sacar un billete. Pero por dentro está llena del humo de las fogatas que encienden las personas que la ocupan. El techo está negro, el suelo es húmedo y sucio, y reina la oscuridad porque los rayos del sol que penetran desde las altas ventanas se ven engullidos por el polvo.

—Está mucho mejor que antes —dijo el señor Chatterjee, viendo que yo estiraba el cuello—. Habría tenido que verla antes de que la limpiasen.

Su observación no tenía respuesta. Sin embargo, los que estaban acucillados junto a cada una de las columnas se arracimaban en medio de la basura que ellos mismos habían creado: vidrios rotos, trozos de madera y de papel, paja y latas vacías. Algunos niños dormían arrimados a sus padres; otros yacían, como criaturas abandonadas, acurrucados en unos rincones llenos de polvo. Familias enteras se refugiaban junto a las columnas, debajo de los mostradores y de los carretones para equipajes. El vasto espacio de la estación los intimidaba y los inducía a arrimarse a las paredes. Los hijos rondaban por los espacios abiertos combinando los juegos con la recogida de desperdicios. Son hijos diminutos de unos padres diminutos, y resulta sorprendente observar cómo en la India coexisten dos clases de personas en proceso de evolución, la una al lado de la otra. Unos son bastante altos, ágiles y vivarachos y los otros, cuya evolución tiende hacia la reducción, son bajos, decrepitos, débiles. Constituyen dos razas cuyo terreno común es la estación del ferrocarril y aunque llegan a estar muy próximas (un rapazuelo está tendido boca arriba, junto a la taquilla de los billetes, mirando las piernas de las personas que hacen cola), no se encuentran.

Salí a la calle, en dirección al caos del mediodía existente en el extremo occidental del puente de Howrah. En Simla, la gente alquilaba los *rickshaws* por su exotismo, y se hacía retratar en ellos. En Calcuta, los *rickshaws*, tirados por unos hombres flacos que corren muy deprisa, vestidos con andrajos, constituyen un medio de transporte necesario, barato y fácil de conducir por las callejas angostas. Son

símbolos brutales de la sociedad india, pero en la India todos los símbolos son brutales: la gente sin hogar que duerme junto a la puerta de la señorial mansión, el viajero que corre hacia su tren y accidentalmente pisa a uno que está durmiendo en la estación, el flaco *wallah* de *rickshaw* que transporta a sus pesados clientes. Unas jacas enganchadas a unas diligencias se esforzaban por avanzar encima de los guijarros; unos hombres empujaban bicicletas cargadas con balas de heno y haces de leña. Yo nunca había visto tantas formas diferentes de transporte: carros, motocicletas, automóviles viejos, carretas y narrias, y unos vehículos muy anticuados tirados por caballos y que bien podían ser birlochos. Una carreta trasladaba unas tortugas de mar muertas con sus patas blancas y flácidas; en otra había un búfalo también muerto, y en una tercera carreta viajaba una familia entera con sus pertenencias, sus hijos, la jaula de un loro y unas marmitas y sartenes. En medio de ese batiburrillo de vehículos circulaban las personas. De pronto se produjo un movimiento de pánico y la gente se dispersó al bajar por el puente un tranvía que ostentaba el letrero de TOLLYGUNGE. El señor Chatterjee dijo:

—¡Demasiada gente!

El señor Chatterjee atravesó el puente conmigo. Era bengalí, y los bengalíes son la gente más activa y vigilante que he conocido en la India. Pero son también irritables, locuaces, dogmáticos, arrogantes y faltos de humor, y hablan con maliciosa habilidad de cualquier cosa, menos del futuro de Calcuta. Cualquier mención de este tema les hacía guardar silencio. Pero el señor Chatterjee tenía sus puntos de vista. Había leído un artículo sobre las perspectivas de Calcuta. Calcuta había tenido muy poca suerte. Chicago había sufrido un gran incendio, San Francisco un terremoto y Londres una peste y también un incendio. Pero a Calcuta no le había sucedido nada que diese a los planificadores una oportunidad para diseñarla de nuevo. Había que admitir que tenía vitalidad. El problema de los sin techo (mencionó la cifra de un cuarto de millón) había sido «dramatizado en exceso» y, si se tenía en cuenta que aquellos que dormían en la calle se entregaban casi exclusivamente a la tarea de recoger trapos, resultaba evidente que los desperdicios de Calcuta eran «aprovechados concienzudamente». Parecía una forma insólita de escoger las palabras: vitalidad en un lugar en el que la gente yacía muerta en medio del arroyo («Pero todo el mundo tiene que morirse un día u otro», decía el señor C.), el excesivamente dramatizado cuarto de millón, los recogedores de trapos. Pasamos por delante de un hombre que nos tendía la mano. Era un monstruo. Le faltaba la mitad de la cara. Parecía como si hubiera sido mal guillotinado. No tenía nariz, ni labios, ni barbilla, y pegada a sus dientes, que estaban perpetuamente visibles, aparecía el magullado bulto de su lengua. El señor Chatterjee se dio cuenta de la fuerte impresión que me causaba.

—¡Oh, ese! —dijo—. Siempre está aquí.

Antes de dejarme en el Barabazar, el señor Chatterjee me dijo:

—Amo esta ciudad.

Intercambiamos nuestras señas y nos separamos. Yo me dirigí a mi hotel y el señor Chatterjee hacia Strand Road, donde el Hugli iba obstruyéndose cada vez más con sedimentos y pronto todo lo que flotaría en su superficie serían las cenizas de bengalíes después de su cremación.

Permanecí en Calcuta cuatro días dando conferencias, visitando la ciudad y perdiendo el dinero ganado con mis conferencias en el Royal Calcutta Turf Club el sábado en que decidí partir. El primer día, la ciudad parecía un cadáver del que los indios se estaban alimentando como moscas; después vi sus rasgos con más claridad, los obeliscos y pirámides en el cementerio de la calle Park, las deterioradas mansiones con sus frisos y columnas y las fuentes en los patios; ninfas y trasgos que soplaban dentro de caracolas y a los que, como a las personas que dormían en el suelo junto a ellos en sacos de arpillera, les faltaban piernas y brazos; el ruido de los tranvías por la noche; los faroles que iluminaban a las vacas que hurgaban con el hocico en los montones de basura compitiendo con unos cuantos indios que también buscaban algo comestible. Los altos edificios de pisos de falso estilo mogol.

Uno podía recorrer durante una hora callejuelas, caminos, patios y callejones sin encontrar ni una sola vez algo que razonablemente pudiera llamarse una calle. Una especie de resignada confusión se adueñaba del forastero mientras caminaba por aquellos intrincados laberintos, y considerándose perdido entraba y salía y daba vueltas, y tranquilamente retrocedía cuando se encontraba frente a un muro sin salida, o veía detenidos sus pasos por una verja, y comprendía que el medio de escapar posiblemente se presentaría en el momento oportuno, pero que era inútil tratar de descubrirlo. [...]

En medio de las angostas callejas aparecía, de vez en cuando, una antigua puerta de roble tallada, de la que con frecuencia habían salido los alegres sonos de una fiesta; pero ahora, aquellas mansiones, solo utilizadas como almacenes, estaban oscuras y sombrías, llenas de lana y algodón y otras fibras textiles —densas mercancías que ahogan el sonido y suprimen el eco— y todo ello tenía un aspecto muerto. [...] En las gargantas y en los estómagos de oscuros callejones sin salida [...] los comerciantes al por mayor de comestibles tenían sus pequeñas ciudades propias, y en las entrañas de los cimientos de aquellos edificios el suelo estaba minado y horadado formando establos en los que podía oírse, en un tranquilo domingo, cómo los caballos de tiro, atormentados por las ratas, sacudían sus cabestros al igual que, en los cuentos de miedo, los espíritus agitan sus cadenas en las mansiones encantadas. [...]

Había espiras, torres, campanarios, relucientes veletas y mástiles de barcos, una verdadera selva. Gabletes, azoteas, ventanas de buhardillas, desolación

sobre desolación. Humo y ruido suficiente como para llenar el mundo entero.

Hay más, y todo ello bueno, pero pienso que ya he citado bastante para demostrar que la mejor descripción de Calcuta es el rincón londinense de Todger, en el capítulo ix de *Martin Chuzzlewit*. Pero una vez decidido que Calcuta era dickensiana (quizá más dickensiana de lo que Londres había sido nunca), y sabiendo que no podía compartir el entusiasmo de los bengalíes, que estaban de acuerdo con el enorme cartel puesto por el Banco Nacional de la India (CALCUTA ES ETERNA), ni tampoco compartir aquella curiosa y afectuosa consideración que los estadounidenses que conocí allí manifestaban por aquella extensa y, sin embargo, incompleta ciudad que, a mi juicio, algún día acabaría destruyéndoles, decidí abandonarla y así abandonar la India.

Fue entonces cuando vi al hombre que caminaba dando saltos entre la muchedumbre de Chowringhee. Era un ser extraño. En una ciudad de gente mutilada, solo llamaban la atención los que eran auténticos monstruos. Aquel hombre tenía una pierna (la otra le había sido amputada por el muslo), pero iba sin muletas. En una mano llevaba un bulto mugriento. Pasó saltando por mi lado con la boca abierta y contrayendo los hombros. Lo seguí y dobló hacia la calle Middleton brincando velozmente sobre su musculosa pierna. Su cabeza emergía entre la multitud y luego desaparecía dentro de ella. Yo no podía correr a causa de los que me rodeaban: presurosos empleados negros, *swamis* con paraguas, mendigos sin brazos que me empujaban con sus muñones, mujeres que exhibían sus drogados bebés, familias que paseaban, hombres que parecían bloquear la acera con sus anchos pantalones y excitados ademanes. El hombre saltarín ya estaba lejos. Lo divisé perfectamente otra vez y luego lo perdí de vista. Con una sola pierna me había ganado en la carrera, y nunca he sabido cómo logró hacerlo. Pero más tarde, cada vez que pensaba en la India, le veía, saltando como una langosta, moviéndose ágilmente entre aquellos millones de seres humanos.

17. El expreso de Mandalay

En Rangún, al ponerse el sol, los cuervos, que han estado ennegreciendo el cielo todo el día, se dirigen volando a las altas ramas donde van a dormir, mientras despiertan los chillones murciélagos y revolotean ansiosos alrededor de las torres de estilo pagoda de la estación de ferrocarril. Yo llegué a aquella hora. Los murciélagos se cruzaban con los cuervos y el cielo de color amarillo pálido parecía una seda birmana moteada por las pinceladas de aquellos seres negros. Llegué a Rangún por vía aérea un sábado por la noche —no hay comunicación por ferrocarril desde la India—, y la afición que los birmanos sentían por el cine, y que yo había observado en una visita anterior, seguía vigente. Sule Pagoda Road, con sus cinco teatros, estaba atestada de gente con idéntica indumentaria: camisas, *sarongs* y sandalias de goma; hombres y mujeres que fumaban gruesos cigarros verdes (mientras con sus finos dedos apartaban negligentemente el humo) y que parecían de una casta real, sorprendentemente bellos en aquella ciudad decadente, una raza de príncipes destronados.

Yo no tenía más que un objetivo en Birmania: tomar los trenes que se dirigían hacia el norte, desde Rangún, vía Mandalay y Maymyo, hacia el paso de Goteik en los estados de Shan, más allá de los cuales se extiende China. Por encima de este desfiladero se halla tendido el magnífico puente de acero, el viaducto Goteik, construido en 1899 por la Pennsylvania Steel Company para el Imperio británico de la India. Yo había leído algo acerca del puente, pero no en ningún libro reciente. A principios de este siglo, el entusiasmo por los viajes en ferrocarril produjo una gran cantidad de libros optimistas acerca del tema. Los franceses estaban construyendo la línea transindochina hacia Hanói, los rusos habían llevado el transiberiano casi hasta Vladivostok, los ingleses habían tendido la línea férrea hasta el extremo del paso de Jaybar, y se suponía que los ferrocarriles birmanos se extenderían por un lado hacia la línea de Assam-Bengala y por otro hacia los ferrocarriles de China. Los libros llevaban títulos apocalípticos como *The Railway Conquest of the World* (de Frederick Talbot, 1911) y describían, país por país, cómo el globo iba a ser cosido por las vías férreas. Los juicios eran a veces desagradables. Ernest Protheroe, en *The Railways of the World* (1914), dijo que «los chinos, inteligentes, tenaces y viriles, durante siglos mantuvieron alejado al “demonio extranjero” [...]. Pero por mucho que los chinos odiasen a los blancos, comenzaron a reconocer el valor de los ferrocarriles [...]». El viaducto Goteik, muy celebrado en aquellos libros, era un importante eslabón de una línea que se había proyectado más allá de la ciudad de Lashio, en la frontera septentrional, hacia China. Pero la línea se había interrumpido en Lashio (tampoco habrían de encontrarse nunca los ferrocarriles birmanos con los ferrocarriles indios) y yo había oído muchos rumores acerca de este puente de construcción estadounidense. Uno de ellos aseguraba que había sido volado durante la Segunda Guerra Mundial;

otro, que la línea había sido capturada por las fuerzas rebeldes birmanas al mando de U Nu, y otro afirmaba que estaba en una zona de acceso vedado a los extranjeros.

Para evitar que se sobresaltaran los birmanos que esperaban junto a la taquilla de la estación de Rangún, pregunté por el tren que iba a Mandalay. Dos empleados atendían la taquilla. El primero dijo que no se vendía ningún horario impreso. El segundo dijo: «Es verdad, no tenemos ningún horario». Parecía ser práctica corriente en Birmania el tener dos funcionarios para cada empleo, el segundo de ellos para confirmar cualquier cosa que dijese el primero. En vez de un horario, y como en Ceilán, en cada estación había una pizarra con las llegadas y salidas indicadas con tiza. Pero los dos hombres estaban seguros con respecto al tren de Mandalay.

—Salida, a las siete de la mañana.

Había una sola clase, según dijeron. Yo habría de comprobar que esta clase era el equivalente de la tercera clase india: asiento de madera, ventanillas rotas, sin literas, sin vagón restaurante, sin ninguna de las comodidades de los ferrocarriles indios, que incluían los cuartos de descanso, los cupones para las comidas, las muchachas que hacían las camas, las facturas para el equipaje de clase superior, los resguardos de los billetes y el té por la mañana.

—Quisiera un billete para Mandalay.

—Lo siento, la ventanilla está cerrada.

Pero la ventanilla estaba abierta. Y se lo dije.

—Sí, está abierta, por decirlo así, pero está cerrada para el despacho de billetes.

—Venga usted a las seis de la mañana —dijo el segundo hombre.

—¿Está usted seguro de que podré sacar mi billete?

—Quizá. Será mucho mejor que venga a las cinco y media.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Mandalay?

—Doce horas. Pero hay averías. Podría usted llegar a Mandalay a las ocho.

—¿O a las nueve?

Los dos se echaron a reír.

—O a las nueve, pero no más tarde.

Me dirigí a la ciudad cruzando el puente, y me encontraba entre una gran multitud de birmanos cuando una mano se extendió y me agarró la muñeca con tanta fuerza que no me fue posible desasirme. Era un monje budista, que me hablaba como si prohiriese ladridos. Bajito, con una cara simiesca y la cabeza rapada, tenía la mitad de mi estatura y parecía encolerizado al repetir la frase: «*Blum chyap... blum chyap*». Logré dominar mi sorpresa y dejé de pugnar por liberar mi muñeca suponiendo que me estaba pidiendo dinero. Finalmente me di cuenta de que efectivamente estaba mendigando y que lo que decía era: «Un kyat» (más o menos veinte centavos). Esa manera de agarrarme era más una extorsión que una petición, así es que le di medio kyat y cuando me soltó para recoger el dinero me escabullí entre la muchedumbre. Desde luego había otros monjes, de aspecto dulce y benigno, pidiendo dinero a los forasteros.

Más allá, un birmano con un telescopio se empeñó en que echase una ojeada a través del aparato. Pagué mis veinticinco pyas (cinco centavos), pero la estrella que vi a través de su instrumento parecía un poco más pequeña y menos impresionante de como yo la veía a simple vista. Anduve sin rumbo, acelerando el paso cuando un individuo se colocó a mi lado y me ofreció una muchacha china («¡Venga!»), y luego me detuve en unos templos en los que unos niños, todavía despiertos a las once de la noche, entretejían guirnaldas de flores y reían delante de unas imágenes de Buda. Había personas de más edad arrodilladas en actitud de veneración o colocando ofrendas de frutos. Una de ellas depositó un melón en un estante del templo y luego clavó en el melón una bandera roja de papel. Mujeres mayores se apoyaban en unos puestos de flores, y el humo de sus cigarros les confería un aspecto de altivez y dominio de sí mismas.

Aquella noche soñé que perdía el tren de Mandalay. Me desperté sin aliento a las cinco treinta, desayuné y luego corrí a la estación. Una vez, en una madrugada como esa, al partir para la estación de Rangún una mujer salió rápidamente de un arbusto bajo el cual había estado durmiendo y trató de tentarme abriendo su *sarong* y mostrándome sus muslos amarillos. Fue antes de que amaneciese, de modo que no le vi la cara, pero su voz, parecida a un graznido, levantó ecos en la carretera. Me estuvo persiguiendo hasta la estación y sus pies resonaban en el pavimento. Eso fue en 1970, y lo que yo recordaba de la estación eran las ratas, que saltaban por la vía del tren para husmear y roer el papel de desecho, los vendedores ambulantes que ofrecían fruta y periódicos ahuyentando a las ratas y pisando los excrementos, el calor y las moscas del amanecer y los muchachos birmanos que despedían riendo a sus amigos que partían. Pero la estación de Rangún había cambiado. No había ratas ni buhoneros y las vías estaban limpias. Dos vallas de alambre de espino cercaban el andén y el alambre se extendía también a lo largo de cada una de las cuatro vías. Los únicos alimentos que se vendían se ofrecían en cajas de cartón llenas de arroz frío y trozos de pollo correoso. La estación aparecía ordenada como una prisión de alta seguridad y las barreras separaban a los pasajeros de los que iban a despedir a sus parientes y a sus amistades.

Le pregunté al revisor el porqué de aquellas vallas.

—Son para poner coto al contrabando —dijo—. Y también para impedir que crucen la vía y evitar accidentes.

—¿Qué clase de accidentes?

—Bombas. El año pasado, unos sujetos arrojaron una granada desde ese puente. La arrojaron al tren. Hizo que el tren se detuviera y causó tres heridos. Por eso fueron colocadas las vallas. Pienso que fue una buena idea. Ahora ya no tenemos problemas.

Un monje budista pasó por allí, con una ancha sonrisa. Era un hombre obeso, llevaba su paraguas como si fuera un *fascas*, un senador romano con su toga de color anaranjado. Me alegré de que no fuese el mismo que la noche anterior me había retorcido el brazo. Compré una caja con comida y dos botellas de gaseosa y subí al

tren. Es agradable partir así de Rangún. El tren da una vuelta alrededor de la ciudad y a cinco minutos de distancia de la estación ya se está en el campo, una zona baja y pantanosa de arrozales, junto al Pazandaung Creek, donde, en los patios de los monasterios, los monjes están entregados a la oración. Procesiones de gente van cruzando los campos: escolares con sus bolsas de mano, oficinistas con sus blancas camisas, labradores con sus azadones, la marcha de primeras horas de la mañana en los trópicos al son de las campanas de los templos.

También había música en el tren. Eso constituía una novedad. Resonaba por unos altavoces y no se interrumpió ni una sola vez en el lapso de trece horas. Con un fondo de melodías de *music-hall* oriental (gongs y saxofones compitiendo con un jadeante armonio), una voz quejumbrosa dio una interpretación birmana de Deep Purple y luego de *Stars Fell on Alabama*. La música me impedía leer, el incómodo banco me impedía escribir y el resto de los viajeros dormía. Me encaminé a la puerta a mirar cómo unos birmanos pedaleaban en sus bicicletas por las carreteras, bajo unos árboles gigantescos. Las colinas distantes aparecían azules con sus bosques de teca. Recorriamos la llanura conocida como la zona seca, avanzando hacia el norte en línea recta en medio del calor que droga a los viajeros del tren haciéndoles creer que están desapareciendo dentro de las fauces de Birmania. Junto a una fuente, cerca del apeadero de Indian Fort, una joven birmana se estaba peinando. Inclined hacia delante, con su larga cabellera casi tocando el suelo, se pasaba el peine por los cabellos y los sacudía. Era una bella visión en la mañana soleada, aquella cascada de negros cabellos y la postura de la muchacha con los pies separados y los brazos acariciando la hermosa melena. Entonces apartó los cabellos de su rostro y levantó la cabeza para ver pasar el tren.

Un silbato en la estación de Toungoo es la señal para la cena. Toungoo se encuentra justo en la mitad del camino, y hasta entonces nadie en el tren ha probado bocado. Pero al sonar el silbato, se abren las cajas de la merienda, las latas de comida se extienden por encima de los asientos y se hace pasar por las ventanillas arroz envuelto en hojas de palmera con cangrejos de río y camarones enrojecidos con pimienta, manzanas, papayas, naranjas y plátanos asados. El vendedor de té y el repartidor de agua hacen su aparición y el comer y el beber se prolongan hasta que vuelve a sonar el silbato. Entonces vuelven a atarse los bultos, la basura se tira al suelo y las mondaduras son arrojadas por la ventanilla. Unos perros «parias» surgen de no se sabe dónde para echarse gruñendo sobre los desperdicios.

—¿Por qué no matan a esos perros? —le pregunté a un hombre en Toungoo.

—Los birmanos piensan que no está bien dar muerte a los animales.

—Entonces, ¿por qué no les dan de comer?

El hombre no dijo nada. Yo estaba cuestionando uno de los preceptos cardinales del budismo, el principio de la indiferencia. Debido a que no se mata ningún animal, todos los animales parecen estar muriéndose de hambre, y así las ratas, que abundan en Birmania, coexisten con los perros, que han eliminado a los gatos del país. Los

birmanos, que se quitan los zapatos y los calcetines al entrar en los templos sagrados, en cambio escupen y dejan caer la ceniza de sus cigarros, y no ven ninguna contradicción en ello. ¿Cómo podría ser de otro modo? Birmania es un país socialista con una notoria burocracia. Pero se trata de una burocracia budista por naturaleza, ya que no solo es necesario ser budista para tolerarla, sino que las demoras de la burocracia birmana constituyen un fomento continuo de cierta clase de piedad tradicional, ya que el comisario y el monje se encuentran en el terreno común de un desvalimiento indolente y risueño. No sucede nada en Birmania, pero tampoco se espera que suceda algo.

Ocho horas habían transcurrido desde que salimos de Rangún, y el revisor, que en cualquier otro tren habría estado comprobando los billetes o haciendo que alguien barriese el desordenado vagón, permanecía sentado en un taburete, cerca del maloliente retrete, poniendo cintas en el radiocasete. No había agua, las puertas no podían cerrarse y daban portazos, los ventiladores no funcionaban y el pasillo estaba lleno de huesos de pollo, caparazones de camarón y pegajosas hojas de palmera. Pero el sistema de altavoces funcionaba a la perfección emitiendo una música estrepitosa durante el viaje.

Al final de la tarde, la locomotora no hacía más que averiarse. El hombre que estaba a mi lado, un policía de una paciencia ejemplar, me dijo:

—El aceite está caliente. Están esperando que se enfríe.

Era evidente que mis preguntas le ponían en un aprieto, y me aseguró que el tren llegaría a las siete.

—Si no a las siete, seguro que llega a las ocho.

—Es un tren lento —dijo en Thazi, donde el tren se averió por cuarta vez—. Sucio y viejo, vagones viejos y locomotoras viejas. No tenemos divisas.

—Pero no se necesitan divisas para comprar una escoba.

—Quizá tenga usted razón.

Anduve por la estación escuchando sonos de flautas, gongs y el redoble de un tambor, y en la carretera que discurría cerca de la vía, apareció una pequeña procesión, siniestramente iluminada por un cielo enrojecido. Avanzó hacia la valla que se extendía a lo largo de la vía y formó un semicírculo alrededor de una niña que no tendría más de diez años de edad. Se había levantado el *sarong* de modo que permitiera sus movimientos y se cubría la cabeza con un gorro muy bonito. La música cesó, luego volvió a sonar, y la niña, torciendo las manos, se puso a bailar; dobló las rodillas levantando una y luego la otra, en un movimiento rítmico que la rapidez hacía gracioso.

Los viajeros se agruparon para mirar el espectáculo. La danza estaba dedicada a ellos. Nadie hablaba y solo había aquella música tintineante y la pequeña danzarina en aquel lugar vacío. Después de diez minutos el baile cesó de repente y la procesión se retiró mientras sonaban aún la flauta y el tambor. Formaba parte de la escena

birmana: la avería y la demora suavizadas por la agradable música, el hermoso cielo, una niña que bailaba, y luego la reanudación de la marcha del tren.

El resto del viaje hacia Mandalay lo hicimos en medio de la oscuridad y llegamos a las ocho y media a una estación animada por los celebrantes del festival de *Kathin*, unos frenéticos tamborileros y unas lindas danzarinas entre una multitud de parientes que se afanaban por abrazar a los viajeros. Procuré abrirme paso hasta la oficina del jefe de estación, donde fui amablemente saludado por un anciano que llevaba un gorro puntiagudo y que parecía estar esperándome. Me pidió el pasaporte y diligentemente copió mi nombre y me preguntó por mi destino.

—Hay un tren que va a Maymyo a las siete de la mañana —dijo.

En un país en el que todos los trenes parten a las siete, un horario impreso resulta superfluo.

—Quisiera comprar un billete.

—La taquilla está cerrada. Venga a las seis. ¿Cuál es su destino final?

—Después de Maymyo, quiero ir a Goteik. Para ver el viaducto.

—Está prohibido para los extranjeros ver el viaducto.

Era como si me estuviera previniendo contra la profanación de un templo sagrado.

—Entonces, iré a Lashio.

—Está prohibido. Lashio es una zona de seguridad. Hay rebeliones.

—Entonces, ¿quiere decir que tengo que quedarme en Maymyo?

—Maymyo es un bonito lugar. A todos los extranjeros les gusta Maymyo.

—Yo quería ir a Goteik.

—Demasiado malo. ¿Por qué no va a Pagan?

—Ya he estado en Pagan.

—O al lago Inle. Tienen un hotel.

—Yo quería un tren.

—¿Por qué no tomar el tren de regreso a Rangún? —dijo el jefe de estación.

Me estrechó la mano y me mostró la puerta. Fuera estaba Mandalay. Es una ciudad de edificios bajos y gran extensión, tan polvorienta durante la noche que las linternas de los carros tirados por jacas y los faros de los autobuses de madera brillan como a través de una espesa niebla. La ciudad es grande pero sin interés. El fuerte se encuentra fuera de sus límites, los monasterios fueron incendiados y el templo que se levanta en la cima de la colina de Mandalay es reciente y carece de atractivo. Mandalay es un nombre mágico, pero poco más que eso. ¿Qué hay, entonces, de la poesía de Kipling? Bueno, lo cierto es que Kipling nunca puso los pies en el lugar y su experiencia de Birmania se limitó a unos cuantos días en 1889, cuando su buque se detuvo en Rangún.

Mandalay tiene dos hoteles, uno barato y otro caro. Los dos carecen de comodidades, por lo cual elegí el barato. El gerente dijo que no tenía habitaciones. Se le veía derrengado y ansioso por que me marchase.

—Pero ¿dónde he de dormir?

Él consideró la pregunta y después me mostró una habitación y se lamentó de que en su hotel hubiera de celebrarse una conferencia sobre la lepra («Quieren esto, quieren aquello...»). Le pedí comida. Dijo que no tenía y me lo demostró enseñándome la cocina vacía. Comí un plátano que había comprado en Thazi y le di las gracias por la habitación. Era un buen birmano. No fue capaz de despedirme, aunque no quería que me quedase. Me permitió un poco de cobijo, pero sin comida, y me trató como habría tratado a un paria, con una especie de respeto manifestado de mala gana.

18. El tren de cercanías a Maymyo

Por la mañana, Asia se dedica a hacer la colada con un violento entusiasmo. El primer tren pasa por delante de gente que lava la ropa con gestos agresivos: paquistaníes que apalean sus empapadas prendas con bastones; indios que tratan de partir las rocas (esta es la definición que da Mark Twain de un hindú) golpeándolas con húmedos *dhotis*; cingaleses que con graciosas muecas se esfuerzan en retorcer sus *lungis*. En el norte de Birmania, las mujeres, como si fueran conspiradoras, se acucillan en círculos junto a los arroyos, aplanando su ropa mojada con anchas palas de madera, los niños chapotean en los remansos, y las niñas de pequeños senos, castamente cubiertas por *sarongs* hasta los sobacos, se vacían cubos de agua sobre la cabeza. Cuando salimos de Mandalay, el tiempo estaba gris y nuboso, comenzaba a disiparse la neblina, y el anciano que estaba sentado a mi lado, con un bulto de ropa encima de las rodillas, contemplaba a una de aquellas niñas que se estaba bañando.

Sumergiendo los cabellos en la alberca
negros, lustrosos, gruesos como crines.
¿Puedo ver destellar su brillante ojo muerto
como si fuera el de un pirata berberisco?
(Claro está, si no lo ocultara.)

Se me ocurrió la fugaz idea de saltar del tren, pedir en matrimonio a una de aquellas ninfas y cambiar por ella mi vida entera. Pero no me moví de mi asiento.

Habíamos abandonado el sofocante calor y las polvorientas palmeras de Mandalay y trepábamos por entre unos bosques de pinos, en los que las pagodas de doradas puntas, repitiendo la forma de las copas de los árboles, se elevaban por encima de su intenso verdor. Una nube blanca con forma de dirigible se había posado sobre una estación. Salimos de la nube para entrar en un mundo de gente más robusta, más sucia de barro, que transportaba cubos sobre perchas. Comenzó a caer una lluvia ligera, y el tren se movía tan despacio que yo podía oír el rumor de las gotas al caer sobre las hojas de las plantas que crecían junto a la vía férrea.

En las primeras estaciones de la ladera vimos a unas mujeres provistas de bandejas que vendían cosas para el desayuno de los viajeros: naranjas, papayas cortadas en rodajas, tortas, cacahuets y plátanos. Una de ellas tenía en su bandeja un surtido oscuro y reluciente de objetos dispuestos en hilera. Le hice una seña para que se acercara y eché un vistazo a la bandeja. Eran unos insectos gordos ensartados en unos palitos: langostas fritas. Le pregunté al anciano que estaba sentado a mi lado si quería alguna. Dijo cortésmente que ya había desayunado, pero que, de todos modos, nunca comía insectos.

—Sin embargo, a la gente de aquí le gustan muchísimo.

La vista de las langostas me quitó el apetito, pero una hora después, durante una tormenta de rayos y truenos, volví a sentir hambre. Me encontraba de pie junto a la puerta, conversando con un birmano que iba a Lashio a ver a su familia. Él también tenía hambre. Dijo que pronto llegaríamos a una estación en la que podríamos comprar algo de comer.

—Quisiera un poco de té —dije yo.

—Es una parada corta, unos cuantos minutos, no más.

—Mire, ¿por qué no va usted a buscar la comida, mientras yo busco algo para beber? Ahorraremos tiempo.

Estuvo de acuerdo y aceptó mis tres kyats. Cuando el tren se detuvo nos apeamos de un salto, el birmano se dirigió al puesto donde vendían comida y yo me encaminé hacia un sitio donde vi expuestas unas botellas. El vendedor me explicó con sonrisas de disculpa que no podía llevarme las tazas de té, de modo que tomé un té allí mismo y compré dos botellas de gaseosa. De nuevo en el tren, no pude encontrar al birmano, pero cuando el convoy hubo arrancado el hombre hizo su aparición, jadeando, con dos paquetes envueltos en hojas de palmera y atados con un sarmiento. Abrimos las botellas ayudándonos con el gozne de la puerta y, lado a lado en el extremo del vagón, deshicimos los envoltorios de hojas de palmera. En su interior había algo familiar, una brocheta de madera con tres cosas ennegrecidas, tres trozos de carne quemada. No es que fuesen de forma irregular, sino más bien que su irregularidad era idéntica. Las brochetas yacían medio sepultadas en lechos de arroz.

—En lengua birmana les damos el nombre de... —y dijo la palabra correspondiente.

Miré detenidamente los objetos.

—Eso son alas, ¿no?

—Sí, son pájaros.

Entonces vi las cabecitas, los picos y los quemados ojos, y unas uñas oscuras y chamuscadas en unas débiles patitas.

—Quizá ustedes los llaman gorriones —dijo.

Quizá sí, pensé yo, pero parecían tan chiquitines sin sus plumas... Sacó uno de la brocheta, se lo metió entero en la boca y lo trituró, cabeza, patas, alas, el pájaro entero; lo masticaba, sonriendo. Yo pellizqué un poco de carne del mío y la probé. No tenía mal sabor, pero en Birmania es difícil comer un gorrión sin sentirse reprochado por las bandadas de esos pájaros que pasan volando velozmente.

Regresé a mi asiento, para que el birmano no me viera tirar el resto de los pajaritos.

—¿Cuántos años cree usted que tengo? —dijo el anciano que estaba sentado a mi lado—. A ver si lo adivina.

Yo le dije sesenta pensando que tendría setenta.

Se irguió.

—No lo ha adivinado —dijo—. Tengo ochenta. Es decir, he cumplido mis setenta y nueve años, de modo que estoy en mi año ochenta.

El tren avanzaba por unas curvas tan pronunciadas como las del trayecto entre Simla y Landi Kotal. A veces, sin una razón aparente, se detenía y volvía a ponerse en marcha sin un silbido de aviso. Entonces los birmanos que habían bajado para orinar salían a la carrera en pos del tren, sujetándose los *sarongs* mientras corrían a lo largo de la vía y eran abucheados por sus amigos instalados en el tren. La neblina, la lluvia y las nubes frías y bajas producían una sensación de madrugada, y reinaban un frío y una penumbra que duraron hasta el mediodía. Me puse una camisa encima del jersey, luego otro jersey y un impermeable de plástico, pero todavía sentía frío, porque la humedad me calaba hasta los huesos. Fue la vez que sentí más frío desde que había abandonado Inglaterra.

—Nací en 1894, en Rangún —dijo el anciano de pronto—. Mi padre era indio, pero católico. Por eso me llamo Bernard. Era un soldado del ejército indio y fue soldado toda su vida. Supongo que se alistó en Madrás en los años setenta del siglo XIX. Estuvo en el 26 de Infantería de Madrás y llegó a Rangún con su regimiento en el año 1888. Yo tenía su retrato, pero cuando los japoneses ocuparon Birmania (estoy seguro de que ha oído usted hablar de la guerra japonesa), todos nuestros bienes fueron esparcidos y perdimos muchas cosas.

Él deseaba hablar, se mostraba satisfecho de tener quien le escuchara, y yo no tenía necesidad de hacerle preguntas. Hablaba despacio y pensando bien lo que decía, y yo estaba acurrucado en mi asiento, medio muerto de frío, agradecido de que lo único que se me pidiera fuese asentir con la cabeza de vez en cuando para indicar que me interesaba lo que se me contaba.

—No recuerdo mucho acerca de Rangún, y nos mudamos a Mandalay cuando yo era muy joven. Puedo recordarlo todo a partir del año 1900. El señor MacDowell, el señor Owen, el señor Stewart, el capitán Taylor, trabajé para todos ellos. Fui cocinero jefe de los oficiales de la Artillería Real, pero hacía más que cocinar, hacía de todo. Recorrí toda Birmania, en los campamentos, cuando ellos estaban en campaña. Creo que tengo buena memoria. Por ejemplo, me acuerdo del día en que murió la reina Victoria. Yo estaba en el segundo curso, en la escuela de San Javier de Mandalay. El maestro nos dijo: «La reina ha muerto, de modo que hoy no hay escuela». ¿Qué edad tendría yo entonces? Unos siete años. Era buen alumno. Aprendía mis lecciones, pero cuando se terminó la escuela, no había nada que hacer. En 1910 yo tenía dieciséis años y pensé que conseguiría un empleo en los ferrocarriles. Quería ser maquinista. Quería conducir una locomotora, viajando hasta el norte de Birmania. Pero tuve un desengaño. Nos hacían transportar carbón en cestas encima de la cabeza. Era un trabajo muy duro, como puede usted imaginar, con tanto calor, y el hombre encargado de nosotros, un tal señor Vander, era angloindio. Nos gritaba, naturalmente, a todas horas. Teníamos quince minutos para almorzar, y todavía nos gritaba. Era un hombre gordo, y nada amable para ninguno de nosotros. Había entonces muchísimos

angloindios en el ferrocarril. Me atrevería a decir que la mayoría eran angloindios. Yo me había imaginado que conduciría una locomotora y estaba allí transportando carbón. Aquel trabajo era excesivo para mí y me largué.

»El empleo que tuve a continuación me gustaba mucho. Fue en la cocina de los oficiales, en la Artillería Real. Todavía tengo algunos de los certificados, con las iniciales A. R. Al principio, ayudaba al cocinero, pero después ocupé ese puesto. El cocinero se llamaba Stewart y me enseñó a cortar las hortalizas de varias maneras y a preparar la ensalada, la macedonia, la crema aromatizada y toda clase de combinaciones. Era el año 1912, y fue la mejor época de Birmania. Nunca volverá a ser tan bello como entonces. Había comida en abundancia, las cosas eran baratas, e incluso después de la Primera Guerra Mundial, lo que se había puesto en marcha continuaba funcionando bien. Nunca nos enteramos de nada referente a la Primera Guerra Mundial en Birmania; no oíamos nada, no sentíamos nada. Me enteré de algo a causa de mi hermano, que estaba luchando en Basora, estoy seguro de que usted conoce Basora, en Mesopotamia.

»En aquel entonces yo ganaba veinte rupias al mes. No parece gran cosa, ¿verdad? Pero para vivir solo necesitaba diez rupias, el resto lo ahorraba y más tarde me compré una granja. Cuando iba por mi paga, cobraba una moneda de oro y un billete de diez rupias. Una moneda de oro valía quince rupias. Para demostrarle que las cosas estaban muy baratas, le diré que una camisa costaba cuatro annas, había comida en abundancia y la vida era muy buena. Me casé y tuve cuatro hijos. Estuve en la cocina de los oficiales desde 1912 hasta 1941, que fue cuando llegaron los japoneses. Me gustaba aquel trabajo. Todos los oficiales me conocían, y creo que me apreciaban. Solo se enfadaban cuando algo se retrasaba. Todo tenía que hacerse puntualmente y, como es lógico, si no se hacía, si se tardaba en hacer algo, se enfadaban mucho. Pero ni uno solo de ellos se mostró cruel conmigo. Después de todo, eran oficiales, oficiales británicos, ¿sabe usted?, y tenían una buena norma de conducta. En aquella época se sentaban a la mesa vestidos con su uniforme completo, y había a veces invitados con esmoquin y corbata negra, y las señoras con vestidos largos, bellas como mariposas. Yo también tenía un uniforme: chaqueta blanca, corbata negra y zapatos blandos, ya sabe qué clase de zapatos quiero decir. No hacen ruido. Podía entrar en una habitación sin que nadie me oyera. Ahora ya no hacen esos zapatos tan silenciosos.

»Las cosas siguieron así durante algunos años. Me acuerdo de una noche. El general Slim estaba allí. Usted ya le conoce. Y *lady* Slim. Entraron en la cocina el general y *lady* Slim y algunas otras personas, unos oficiales y sus esposas.

»Me puse en posición de “firmes”.

»—¿Es usted Bernard? —me preguntó *lady* Slim.

»—Sí, señora —le contesté.

»Ella dijo que la comida había sido excelente. Hubo pollo, verduras y crema aromatizada.

»Yo le dije:

»—Me alegro de que les haya gustado.

»—Ese es Bernard —dijo el general Slim, y luego se fueron.

»También vinieron Chiang Kai-shek y la señora Chiang. Él era muy alto y no hablaba. Les serví. Se quedaron dos días, una noche y dos días. Y también vino el virrey, lord Curzon. Vino mucha gente, el duque de Kent, gente de la India, y otro general, cuyo nombre ahora, de momento, no recuerdo.

»Luego vinieron los japoneses. Oh, me acuerdo muy bien. Ocurrió así. Yo me encontraba en el bosque cercano a mi casa, fuera de Maymyo, donde la carretera se bifurca. Llevaba una camiseta fina y un *lungi* como los birmanos. Llegó un coche enorme con una bandera, la bandera japonesa, con el sol naciente, roja y blanca. El coche paró en la bifurcación. No creía que pudiesen verme. Un hombre me llamó. Me dijo algo en lengua birmana.

»—Hablo inglés —le dije yo.

»—¿Es usted indio? —me preguntó aquel japonés.

»Le dije que sí. Juntó las manos y dijo:

»—India y Japón, amigos.

»Yo sonreí. No había estado en la India en mi vida.

»En el coche había un oficial muy importante. No dijo nada, pero el otro militar dijo:

»—¿Es esta la carretera que lleva a Maymyo?

»Le dije que sí. Entonces ellos se dirigieron hacia la colina. Así fue como entraron los japoneses en Maymyo.

»Mi mujer había muerto. En 1941 volví a casarme y tuve otros tres hijos, John Henry, Andrew Paul y, en 1945, Victor. Victor, ¿sabe usted?, porque la guerra había terminado. Intenté retirarme. Me estaba haciendo viejo, pero el Gobierno birmano me llamaba cada vez que había una cena en Mandalay. No he estado en Rangún desde 1924 o 1925, aunque he estado en Mandalay muchas veces. Ahora mismo vengo de allá. Hubo una cena hace dos noches, no tan espléndida como la de la victoria. En 1945 me encargué totalmente de la cena de la victoria para doscientas personas. Comenzamos con crema de legumbres, luego salmón con mayonesa y pollo asado, verduras, patatas asadas y hervidas, y salsa. Para finalizar hubo crema aromatizada y *savory*. Bueno, un *savory* puede ser cualquier cosa, pero en aquella ocasión fue “demonios a caballo”. Se envuelve una tostada con tocino y queso y se sujeta con un mondadientes. Todos estuvieron muy felices en la cena de la victoria. Yo trabajé mucho y todos disfrutaron. Ah, esto es Maymyo.

Vi unas casas edificadas sobre estacas y junto a ellas unos arbustos de unos dos metros de altura. Luego, más allá de un templo y un monasterio cuya madera había adquirido el tono de un bronce deslustrado aparecieron unos edificios, una hilera de tiendas, un teatro y una mezquita en una calle ancha y llena de barro. La estación

tenía un amplio andén sin pavimentar y, como aún estaba lloviznando, algunas partes estaban inundadas y las pisadas de la gente habían convertido el resto en un lodazal.

—¿Dónde se aloja usted? —me preguntó el señor Bernard.

Le dije que no tenía la menor idea.

—Entonces, debería usted venir al Candacraig —dijo—. Soy el gerente. ¿Quiere que le inscriba?

—Sí —le dije—. Iré más tarde, tengo que sacar un billete para Goteik.

Al buscar la expendeduría de billetes, fui a parar al cuarto del operador de radio, donde un barbudo euroasiático con una corbata amarilla y los cabellos repeinados muy lisos se hallaba sentado, escuchando las señales de morse y escribiendo en un bloc. Me miró y se levantó apresuradamente tendiéndome la mano.

—¿En qué puedo servirle?

Las señales de morse continuaban. Le dije que quizá fuera mejor que las escuchase.

—No es muy importante —dijo.

Me fijé en el bloc en el que había unos caracteres birmanos garabateados a lápiz.

—¿Le están enviando señales de morse en birmano?

—¿Y por qué no?

Me explicó que en birmano había treinta y seis letras, pero que ocasionalmente utilizaban el código morse en inglés.

—¿Cómo sabe usted si están emitiendo en birmano o en inglés?

—Supongamos que está recibiendo en birmano. Entonces recibe uno doce puntos. Eso significa que va a venir en inglés y a continuación se recibe en inglés. Doce puntos más significan que de nuevo van a emitir en birmano. Fíjese, en birmano no hay palabras para designar un vástago de émbolo ni el eje del cigüeñal. Es curioso.

Hablaba deprisa, con gestos nerviosos. Su piel era tan oscura como la de un birmano, pero tenía las facciones acusadas de un campesino italiano.

—Habla usted muy bien inglés.

—¡Es mi lengua materna! —dijo que se llamaba Tony—. Ahora me estoy volviendo loco en esta estación. Yo vivo en Hsipaw, pero vine aquí porque el telegrafista se largó. No tienen aún sustituto, y por eso me quedaré hasta el día diecinueve. Mi familia se encuentra en Hsipaw y ya hace semanas que tendría que haberme ido. Tengo seis hijos y se estarán preguntando por qué no vuelvo. ¿Adónde piensa usted ir?

Le dije que quería tomar el tren para Goteik, pero había oído decir que estaba prohibido.

—No hay problema. ¿Cuándo quiere ir? ¿Mañana? Hay un tren a las siete. Seguro que puedo lograr que lo tome. Supongo que quiere ver el puente. Es muy bonito. No es mucha la gente que viene aquí. Hará cosa de un año vino un chico inglés que se dirigía a Lashio. Los soldados lo detuvieron y le hicieron bajar en Hsipaw. El pobre muchacho estaba deshecho. Le dije que no se preocupase. Vino la policía y armó un

poco de jaleo, pero al día siguiente lo subí al tren para Lashio, y cuando vino la policía, a las nueve, les dije: «Está en Lashio», de modo que no podían hacer nada.

—¿Va contra la ley ir a Goteik?

—Tal vez sí, tal vez no. Nadie lo sabe. Pero yo haré que usted suba al tren. No se preocupe.

Me condujo al patio de la estación, donde, en medio de la lluvia, en aquel terreno cubierto de barro, había unas treinta diligencias de madera con la pintura descolorida y las portezuelas resquebrajadas, cuyos conductores con sombreros de ala ancha y esclavinas de plástico daban golpecitos con unos rígidos látigos a unos ponis provistos de anteojeras. Los ponis piafaban y muchos de ellos se esforzaban en sacar del barro unos coches excesivamente cargados, con cajas y baúles atados con cuerdas en el techo y con seis rostros asomados a las ventanillas. Con la máquina de vapor maniobrando inmediatamente detrás de ellas, la visión de aquellas *gharries*, la lluvia y el fango y los birmanos bien abrigados contra el frío, componía el cuadro de una ciudad fronteriza. Un conductor se me acercó con sus botas salpicadas de barro (otros llevaban sandalias de goma y algunos iban descalzos, pero todos llevaban gruesos abrigos) y Tony le dijo que me llevase a Candacraig.

El anciano subió mi maleta al techo de la diligencia y la cubrió con una lona tiesa antes de sujetarla con una cuerda. Subí a aquella caja de madera y nos alejamos, balanceándonos. Yo iba sentado muy tieso y contemplaba a través de la lluvia las anchas calles de Maymyo bordeadas de eucaliptos. Aquellas casas de ladrillo parecían viejas y frágiles bajo la lluvia. En una esquina de la calle principal, delante de una casa de madera de dos plantas con una galería cubierta, apareció una diligencia cuyo conductor fustigaba al poni que avanzaba trotando y relinchando por la maltrecha carretera (no se veía ningún coche) y se internaba en la ciudad oscurecida por la lluvia, sobre el pavimento que la tormenta había vuelto brillante, y pasaba ante las tiendas chinas Shanghái Pimen y Charlie Restaurant. Era como una foto en sepia del Klondike, parda y silenciosa, con un siglo de antigüedad y sin nada que se moviese excepto el negro caballo que avanzaba en primer término.

Candacraig se encontraba encima de la ciudad, en East Ridge, casi a cinco kilómetros de la estación. Allí las casas eran enormes, con los ladrillos enrojecidos por la lluvia, tejados de pizarra y torres, antiguos hogares de los funcionarios británicos que iban a Maymyo cuando la capital se trasladaba allá en los meses de verano. Pasamos por delante de *The Pines*, *Ridge House* y *Forest View*. Candacraig se hallaba en la cima de una colina, como una mansión de Newport o de Eastbourne, con porches y gabletes y encima de la puerta un arco de hiedra esmeradamente podada.

Pagué al conductor y entré en un vestíbulo central tan alto como la casa. Las habitaciones estaban alineadas en los lados superiores de este vestíbulo, en una galería a la que se subía por una doble escalera en forma de lira. Más allá de una chimenea revestida de madera de teca había un mostrador liso. Las paredes también

eran lisas y el suelo estaba encerado. En el vestíbulo no había ningún adorno. Estaba vacío y olía a cera. Di unos golpecitos sobre el mostrador.

Apareció un hombre. Yo había esperado ver al señor Bernard, pero el que salió era un hombre con gafas de cristales gruesos, ni birmano ni indio, con unos dientes prominentes y unas manos grandes que movía nerviosamente. (Más tarde supe que era cingalés, pero que hacía unos treinta años que vivía en el norte de Birmania.) Explicó que el señor Bernard le había dicho que yo iba a llegar, que había hecho muy bien en venir a Candacraig, pues los otros hoteles de Maymyo carecían de comodidades.

—¿De qué clase de comodidades carecen?

—Jabón, señor.

—¿No tienen jabón?

—No, señor. Ni mantas, ni sábanas, ni toallas, a veces ni comida. No tienen nada. Un lugar para acostarse, pero nada más. Señor —dijo al señor Bernard, que acababa de entrar en la estancia—, pongo a este caballero en la número diez.

El señor Bernard me condujo a la habitación y fue a buscar una palada de carbones encendidos. Encendió lumbre en mi chimenea hablando entretanto de Candacraig. El nombre era escocés y el lugar era en realidad una residencia para oficiales solteros de la Bombay-Burma Trading Company, para que aquellos muchachos pudieran pasar bien la estación calurosa después de unos meses en las remotas regiones madereras. En Candacraig podían darse duchas frías y jugar al rugby, críquet y polo. El Imperio británico actuaba de acuerdo con la teoría de que las alturas mejoran la moral. El señor Bernard seguía hablando. La lluvia repiqueteaba en las ventanas y se la oía resbalar por el tejado. Pero la chimenea despedía unas llamaradas claras y yo me hallaba sentado en una cómoda butaca, tostándome los pies, fumando mi pipa y abriendo mi ejemplar de Browning.

—¿No querría tomar un baño caliente? —inquirió el amable señor Bernard—. Muy bien, entonces le enviaré a mi hijo con algunos cubos. ¿A qué hora le gustaría cenar? A las ocho. Gracias. ¿Querría beber algo? Buscaré un poco de cerveza. Ya ve lo caliente que es esta habitación, ¿verdad? Es muy grande, pero el fuego es estupendo. ¡Qué lástima que fuera esté lloviendo tanto y haga frío! Pero mañana tomará usted el tren para Goteik. Los de la Artillería Real solíamos acampar allá. No encontrará nada de comer en Goteik, pero le prepararé un buen desayuno y el té estará a punto cuando usted regrese. Aquí se está bien, pero allá no hay más que la selva.

Aquella noche cené solo, a la luz de unas bujías, en una mesa enorme. El señor Bernard había colocado mi sitio junto a la chimenea. Se mantenía de pie a cierta distancia, sin decir nada, acercándose sigilosamente de vez en cuando para llenar mi vaso o traer otro plato. Pienso que soy tan intrépido como el que más, pero tengo la debilidad (y puede que sea la misma debilidad que hace que me atraigan los trenes) de disfrutar viajando solo y con las agradables demoras en ruta, como un perezoso y

vulgar sibarita que busca en Asia la comodidad y que justifica su placer por la distancia recorrida. Así, había recorrido tres mil kilómetros para encontrarme haraganeando en Maymyo, calentándome el trasero en la chimenea, perdiendo la página en «Bishop Blougram's Apology» cada vez que me servían: único huésped en una mansión birmana de veintidós habitaciones.

19. El correo de Lashio

Una mañana temprano en Maymyo, en un claro más allá de un pinar, treinta personas se hallaban de pie junto a los bancos de fragante madera de teca de la iglesia de la Inmaculada Concepción cantando el «Kyrie» de la *Missa di Angelis*. Yo había abandonado la carretera y, pasando por debajo de los árboles de cuyas hojas se desprendían unas gotas de lluvia, me había dirigido hacia el lugar de donde provenía el dulce e implorante canto, la misa solemne gregoriana que yo había aprendido a cantar veinte años atrás en un verano de ociosidad y devoción. Era mi propia voz infantil la que oía allí, pidiendo clemencia por algún tosco pecado. Por respeto a aquel niño, me quedé hasta la consagración, de pie detrás de un pobre birmano que suplicaba de rodillas. Cuando me marché, el trémulo «Pater Noster» del celebrante me acompañó todo el camino hasta la carretera por la que corrían unos monjes novicios —niños vestidos de amarillo, rapados y descalzos— hacia su monasterio estrechando contra su pecho unas escudillas negras de laca.

Los viajeros que se dirigían a Lashio iban acudiendo a la estación y una ruidosa procesión de *tongas* y diligencias descendía por la avenida de eucaliptos. Unas mujeres corrían con sus bolsas de la compra sujetando cigarros entre los dientes y unos hombres, vestidos con botas y sombreros negros, esquivaban a los bueyes que tiraban de unos carros cargados de leña (rajada y brillante, del color de la carne desgarrada) y en dirección opuesta. Había dejado mi cámara fotográfica y mi pasaporte porque comprendía que la legalidad del viaje a Goteik era discutible y quería aparecer como un viajero lo menos sospechoso posible.

Tony, el euroasiático, me estaba esperando. Tomó los tres kyats que le di y me sacó un billete para Naung-Peng, la estación siguiente a la de Goteik. Dijo que en Goteik no había nada más que un puente, pero que en Naung-Peng había una buena cantina. Bajamos por el fangoso andén en dirección al último coche. Tres soldados con unos uniformes desparejados que les venían pequeños (lo cual indicaba que quizá los habían adquirido como botín de unos enemigos de baja estatura) se hallaban de pie fuera del coche y ensartaban bayas de betel en el cañón del rifle que llevaban colgado al hombro. Tony hablaba en birmano con el más alto de ellos, el cual me hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Me sorprendió que sus cascos abollados y sus viejos uniformes les confirieran el aspecto curtido y valeroso de aguerridos legionarios.

—Aquí estará usted seguro —dijo Tony—. Suba a este vagón.

Diez años de guerra de guerrillas en los distantes estados del norte de Birmania, así como los constantes ataques de los *dacoits* que detienen los trenes con rifles de fabricación casera, han hecho que el último vagón del tren esté tradicionalmente reservado a un grupo de soldados armados. Se sientan en el vagón comiendo plátanos, partiendo nueces de betel y cubriendo el suelo de salivazos, y esperan el

momento de poder dispararle a un rebelde o a un ladrón. Me dijeron que pocas veces están de suerte. Los rebeldes están desmoralizados y no se dejan ver, pero los ladrones, que saben que en el último vagón va la escolta, han aprendido a asaltar los primeros coches rápidamente, amenazando sin hacer ruido a los viajeros con dagas, y pueden ponerse a salvo en la jungla antes de que los soldados tengan tiempo de perseguirles.

El silbido de la locomotora al ponerse en marcha hizo que unos cuervos levantaran el vuelo y el tren empezó a moverse a lo largo de la única vía. La niebla de primeras horas de la mañana se había convertido en una fina neblina y luego en llovizna, pero ni siquiera la considerable cantidad de lluvia que después penetró por las ventanillas consiguió persuadir a ninguno de los soldados (que comían, leían y se peleaban en broma) para cerrar los postigos. Las ventanillas que dejaban entrar la luz también dejaban entrar la lluvia y había que escoger entre esto último y una seca oscuridad. Yo estaba sentado en el borde de mi banqueta lamentando no haber traído algo para leer y preguntándome si realmente era ilegal que yo me dirigiese al viaducto Goteik. Sentía compasión por los niños que veía chapotear descalzos y con la ropa empapada en los fríos charcos.

El tren entró en un apartadero y se detuvo en una estación, un cobertizo de madera del tamaño de un garaje para dos automóviles. Las ventanas estaban adornadas con macetas de las flores anaranjadas y rojas que los birmanos llaman «flores de Maymyo». Algunos hombres de los coches delanteros bajaron a orinar. Dos niñas salieron de la selva que se extendía junto a la vía del ferrocarril para vender plátanos que llevaban en unos recipientes esmaltados sobre la cabeza. Transcurrieron diez minutos y un hombre apareció junto a la ventanilla agitando un trozo de papel, una hoja como las del bloc en el que Tony había garabateado sus mensajes de morse. Este papel fue entregado al alto soldado que tenía la metralleta, el cual lo leyó en voz alta en tono de advertencia. Los otros soldados escuchaban con atención; uno de ellos se volvió y me dirigió una rápida mirada que me pareció señal de perplejidad. Me levanté y me encaminé hacia el fondo del vagón, pero, antes de que pudiese llegar a la salida, el soldado que estaba estudiando el mensaje (un hombre que anteriormente, cuando al preguntarle si hablaba inglés, se había limitado a sonreír como disculpándose) me dijo:

—Tenga la bondad de sentarse.

Me senté. Un soldado murmuró algo entre dientes. La lluvia arreciaba produciendo en el techo del tren un ruido ensordecedor.

El soldado dejó la metralleta y se acercó a mí. Me mostró el telegrama. Estaba escrito a lápiz, hileras y más hileras de escritura birmana que parecían el código del relato de Sherlock Holmes titulado *La aventura de los hombres danzantes*. Pero en medio de aquellos hombres danzantes, de aquellas cabezas y de aquellos brazos, de aquellos pies que daban puntapiés, había dos palabras inglesas en letras mayúsculas: PASS BOOK.

—¿Tiene usted salvoconducto?

—No, no lo tengo —respondí.

—¿Adónde va usted?

—A Goteik, a Naung-Peng —le dije—. Solo para ir en tren. ¿A quién le interesa saberlo?

Quedó un instante pensativo. Luego desplegó el papel y con un lápiz escribió muy cuidadosamente en una torcida columna: NOMBRE, NÚMERO, PAÍS, PASAPORTE. Me entregó el papel. Yo le di la información, mientras el resto de los soldados (había seis en total) se agrupaban en derredor. Uno de ellos miraba por encima de mi hombro y con un ligero silbido dijo: «Americano». Los otros comprobaron este extremo, acercando sus cabezas y respirando sobre mi mano.

El mensaje fue llevado al cobertizo de madera. Yo me puse de pie.

—Siéntese —dijo uno de los soldados.

Pasaron dos horas. El coche chorreaba, en el techo resonaba la lluvia y los soldados, que habían estado hablando como en susurros, quizá temiendo que yo supiese birmano, se pusieron de nuevo a comer pelando cacahuets y plátanos y partiendo nueces de betel. No creo que el tiempo pueda transcurrir más despacio que en un vagón de ferrocarril bajo la lluvia entre dos muros bajos de selva en el norte de Birmania. No había siquiera la distracción que procuraban los vendedores ambulantes o los movimientos desesperados de los perros «parias». No había casas y la selva aparecía compacta, sin claros, sin paisaje. Yo estaba sentado, helado hasta los huesos, mirando cómo los círculos formados por las gotas de lluvia iban ensanchándose en una charca cercana a la vía y trataba de imaginarme qué era lo que había ido mal. No cabía la menor duda de que yo era la causa de la demora, de que alguien tenía algo que objetar a mi presencia en el tren. Me habían visto subir a él en Maymyo. Me obligarían a regresar o quizá me arrestarían por violar las normas de seguridad y me meterían en la cárcel. El esfuerzo por llegar hasta allí parecía haber sido en vano. ¿Realmente había recorrido toda aquella distancia para terminar en la cárcel, al igual que algunas personas viajan en medio de las mayores incomodidades hasta los últimos confines de la Tierra, a través de selvas y con un tiempo inclemente semanas y semanas, para tener un accidente de aviación o cruzarse en el camino de una bala? Resulta ignominioso que una persona salve una distancia tan grande solo para ir a morir.

No era la muerte lo que me preocupaba. No serían tan tontos como para matarme, pero podrían crearme muchas dificultades. Ya lo habían hecho. Eran más de las diez y yo estaba a punto de resignarme a mi suerte. Si hubiera hecho sol, habría pedido que me dejaran regresar a pie a Maymyo convirtiendo todo aquel desagradable incidente en una fatigosa marcha. Pero era tanto lo que llovía que lo único que podía hacer era permanecer sentado y esperar.

Por fin volvió el soldado de la metralleta. Venía con un sujeto bajito, joven, con la chaqueta y el sombrero chorreando, que se secó la cara con un pañuelo al entrar en el

vagón y me preguntó:

—¿Es usted míster Paul?

—Sí, soy yo. ¿Quién es usted?

—Oficial de seguridad U Sit Aye.

Después de interrogarme acerca de cuándo había entrado en Birmania y por qué y por cuánto tiempo, inquirió:

—¿Es usted turista?

—Sí.

Quedó un momento pensativo, movió la cabeza cerrando un poco los ojos y luego dijo:

—Entonces, ¿dónde está su cámara fotográfica?

—La he dejado —respondí—. Me había quedado sin carrete.

—Es verdad, no tenemos rollos de película en Birmania —dijo exhalando un suspiro—. No hay divisas.

Mientras hablaba, otro tren se acercó a aquel en que nos encontrábamos.

—Vamos a subir a ese tren.

En el último vagón de este segundo tren, sentados junto a un nuevo grupo de soldados, U Sit Aye explicó que estaba encargado de la seguridad del ferrocarril, que tenía tres hijos y que detestaba la estación de las lluvias. No dijo nada más. Yo supuse que él constituía mi escolta y, aunque no tenía idea de por qué habíamos cambiado de tren, estábamos en movimiento, viajando en dirección a Goteik.

Un macilento birmano tocado con un gorro de lana vino a sentarse frente a nosotros y comenzó a vaciar un cigarrillo con filtro en un trocito de papel. Era la actividad que ocupaba a los residentes extranjeros de los hoteles de Afganistán, un preparativo para llenar el tubo vacío con hachís y tabaco. Pero aquel no tenía hachís. Su droga, contenida en un frasquito, era un polvo blanco que iba introduciendo en el tubo de papel, alternándolo con capas de tabaco. Fue llenando el tubo con sumo cuidado, alisándolo de vez en cuando.

—¿Qué está haciendo?

—No lo sé —dijo U Sit Aye.

El hombre miró el interior de su cigarrillo. Estaba casi lleno. Hurgó en él con una cerilla.

—Está introduciendo algo.

—Ya lo veo —dijo U Sit Aye.

—Pero no es *ganja*.

—No.

El hombre había terminado. Vació lo que le quedaba de polvo y tiró el frasquito por la ventanilla.

—Me parece que es opio —comenté.

El fumador levantó los ojos y sonrió:

—Tiene usted razón.

Su inglés, claro como el agua, me sobresaltó. U Sit Aye no dijo nada. Como no vestía uniforme, aquel hombre no podía saber que estaba elaborando un cigarrillo de opio bajo las mismas narices de un oficial de seguridad.

—Dé una chupada —dijo el hombre retorciendo la punta y lamiendo el cigarrillo entero para que ardiese despacio. Luego me lo ofreció.

—No, gracias.

Me miró sorprendido.

—¿Por qué no?

—El opio me produce dolor de cabeza.

—¡No! ¡Es muy bueno! Me gusta. —Hizo una seña a U Sit Aye—. Me gusta para tener hermosos sueños de día.

Se fumó el cigarrillo hasta el filtro, enrolló su chaqueta y se la puso detrás de la cabeza. Se tendió en el asiento y se quedó dormido con una sonrisa. Era el hombre más feliz que viajaba en aquel tren frío y ruidoso.

U Sit Aye dijo:

—No los detenemos a menos que tengan una gran cantidad de droga. Es mucho trabajo. Metemos al sujeto en la cárcel y enviamos una muestra a Rangún para que hagan pruebas, pero el de ese es el número tres. Lo conozco por el color. Al cabo de dos o tres semanas, envían el informe. Hace falta una gran cantidad de opio para las pruebas.

Hacia el mediodía estábamos en los alrededores de Goteik. La neblina era densa y por entre los tallos de bambú verde caían ruidosas cascadas de lluvia. El tren iba trepando por las sinuosas colinas, silbando en cada curva pero por las ventanillas solo se veía la blancura de la neblina que el fuerte viento levantaba para revelar la blancura aún más intensa de las nubes. Era como viajar en un avión lento con las ventanillas abiertas. Tuve envidia del reposo de que estaba disfrutando el fumador de opio.

—No se ve nada a causa de las nubes —dijo U Sit Aye.

Subimos a casi mil trescientos metros y luego comenzamos a descender hacia el desfiladero. Abajo, unos jirones de nubes en forma de barca se desplazaban rápidamente de una ladera a otra, flotando como velos de seda. El viaducto, monstruo de plateada geometría en medio de las escarpadas peñas y de la selva, apareció de pronto, para volver a desaparecer enseguida tras una roca. Surgió de nuevo a intervalos, haciéndose mayor, menos plateado, más impresionante. Su presencia resultaba extraña, una construcción hecha por los hombres que competía con la grandiosidad del enorme desfiladero. Con todo, parecía más grandioso que cuanto lo rodeaba, que, sin embargo, era algo impresionante: el agua que se precipitaba sobre las copas de los árboles, los vuelos de las aves a través de las nubes y la negrura de los túneles más allá del viaducto. Íbamos acercándonos a él poco a poco y nos detuvimos brevemente en la estación de Goteik, donde los habitantes de las montañas, shanes tatuados y unos cuantos chinos dispersos, se habían instalado en

vagones de carga no utilizados y en unos cobertizos. Acudieron a las puertas para ver pasar el correo de Lashio.

En la entrada del viaducto había unos centinelas con rifles que parecían ateridos. El viento soplaba a través de sus refugios sin paredes y la llovizna continuaba. Le pregunté a U Sit Aye si podía asomarme a la ventanilla. Él dijo que no le importaba, «pero procure no caerse». Las ruedas del tren se deslizaban ruidosamente por el acero de los raíles y, cientos de metros más abajo, el agua que caía rugiendo hacía salir a las aves de sus nidos. La larga demora en medio del frío me había deprimido y el viaje me había resultado monótono, pero volví a animarme al cruzar el largo puente bajo la lluvia, desde una montaña escarpada a otra, por encima de un abismo selvático atravesado por un río al que el monzón había conferido una voz estentórea. La locomotora pitaba una y otra vez y su silbido levantaba ecos desfiladero abajo en dirección a China.

Comenzaron los túneles; eran cavernosos, olían a excremento de murciélago y a plantas podridas, y su tenue iluminación solo dejaba ver el agua que caía a raudales por las paredes y las extrañas flores que se abren de noche, entre las plantas trepadoras de las anfractuosidades de la roca. Cuando salimos del último túnel, nos encontrábamos lejos del viaducto Goteik, y Naung-Peng, a una hora más de viaje, era para mí el final de la línea. Naung-Peng era un conjunto de cabañas de madera y refugios de techumbre de hierba. La «cantina» de la que me había hablado Tony era una de aquellas chozas de techo de hierba. En su interior había una larga mesa con unos cuencos que contenían un estofado verde y amarillo. Varios birmanos, vestidos ligeramente para un lugar tan frío, se estaban calentando junto a unos calderos de arroz que hervía sobre unos braseros. Parecía la cocina de campaña de una tribu mogola que se hubiera retirado tras una terrible batalla. Las cocineras eran unas chinas ancianas de negros dientes, y los que comían eran de aquella raza mixta en la que se encuentran genes chinos y birmanos y cuya única pista racial se encontraba en su indumentaria: *sarong* o pantalones, sombrero parasol de culi o gorro de lana, húmedo e informe como un mitón. Las cocineras ponían cucharadas de estofado sobre unas grandes hojas de palmera y añadían un puñado de arroz. Esto lo comían los viajeros con té flojo caliente. La lluvia azotaba el tejado y repiqueteaba en el cenagoso suelo exterior, y los birmanos se apresuraron a dirigirse hacia el tren; llevaban unos pollos tan estrechamente atados que parecían haces de plumas; daba la impresión de que constituían una muestra de su artesanía popular. Compré un cigarro de dos centavos, hallé un taburete cerca de un brasero y me senté y estuve fumando hasta que llegó el tren siguiente.

El que yo había tomado para Naung-Peng no partió para Lashio hasta que llegó de «bajada» el tren procedente de Lashio. Entonces la escolta de Maymyo y la escolta más fuertemente armada de Lashio cambiaron de trenes para volver a los lugares de donde habían partido por la mañana. Me fijé en que cada convoy llevaba un furgón blindado inmediatamente detrás de la locomotora. Era una caja de acero con unas

aberturas para disparar, simplificada en extremo, como el dibujo de un tanque hecho por un niño, pero el furgón estaba vacío, porque todos los soldados se encontraban en el extremo del tren, nueve coches más allá. No sé cómo se las arreglarían para combatir en el caso de un ataque, ni tampoco U Sit Aye me dio ninguna explicación sobre ello. Saltaba a la vista por qué los soldados no viajaban en el furgón blindado. Era un chisme cruelmente incómodo y muy oscuro, porque las aberturas para disparar eran muy pequeñas.

El regreso a Maymyo, en descenso la mayor parte del trayecto, fue rápido y hubo continuas aportaciones de alimentos en las estaciones pequeñas. U Sit Aye me explicó que los soldados telegrafiaban de antemano encargando la comida, y era verdad, porque en la estación correspondiente, un muchacho corría hacia el tren en cuanto este llegaba, y con una reverencia y la cara mojada por la lluvia, presentaba un paquete con alimentos en la puerta del vagón de los soldados. Más cerca de Maymyo, estos telegrafiaron pidiendo flores, de modo que cuando llegamos cada uno bajó del tren con manchas de curry en la camisa, un trozo de nuez de betel en la boca y un ramillete de flores que agarraba con más cuidado que su rifle.

—¿Puedo irme ahora? —pregunté a U Sit Aye.

Aún no sabía si iban a detenerme por viajar en territorio prohibido.

—Puede irse —dijo, sonriendo—. Pero no debe tomar otra vez el tren para Goteik. Si lo hace, tendrá problemas.

20. El expreso nocturno procedente de Nong Khai

El tren rápido procedente de Bangkok me había llevado a Nong Khai, en el extremo norte de Tailandia. Nong Khai no tiene nada de excepcional, cinco calles de bonitas casas, pero un viaje en barca por el río Mekong le lleva a uno a Vientián, en Laos. Vientián es excepcional, aunque incómodo. Los burdeles son más limpios que los hoteles, la marihuana es más barata que el tabaco de pipa y el opio más fácil de encontrar que un vaso de cerveza fría. El opio es una droga tranquilizante, lo más conveniente para la geriatría, pero el ligero sueño cromático que produce corrige la fatiga; después de una noche de tomar opio, lo único que no le apetece a uno es volver a dormir. Cuando se encuentra cerveza a medianoche y uno está tranquilamente sentado preguntándose en qué clase de sitio se halla, la camarera se ofrece allí mismo a practicarle una felación y uno sigue sin saber dónde está. Los ojos se han acostumbrado a la oscuridad y entonces uno ve que la camarera está desnuda. Sin previo aviso, se sube a una silla, se mete un cigarrillo en la vagina y lo enciende, sacando humo al contraer sus pulmones uterinos. ¡Cuántos trucos sexuales! Esa gente podría aprender cualquier cosa. Hay muchos bares en Vientián. La decoración y la cerveza son iguales en todos ellos, pero las prácticas antinaturales varían.

La única película inglesa que encontré en Vientián era una pornográfica, y la siniestra reverencia con que la contemplaban los turistas japoneses, que parecían cirujanos en una sala de operaciones, me llenó de desesperación. Salí a comprar unos regalos pensando encontrar preciosas creaciones típicas del país, pero descubrí unos objetos tradicionales de artesanía entre los cuales figuraban delantales, blocs de notas y corbatas. ¡Corbatas! Intenté emprender un viaje de placer por el Mekong, pero me dijeron que el río solamente era utilizado por contrabandistas. La comida no era corriente. Un cuenco de sopa que tomé contenía pelos de bigote de gato, plumas, cartílagos y trozos de intestino cortados para que pareciesen macarrones. Se lo conté a un príncipe al que me habían aconsejado visitar. Él me llevó a un restaurante donde comimos (supongo que fue su manera de disculparse) una pierna de cordero con salsa de menta y patatas asadas. Le pregunté qué se sentía al ser príncipe en el país. Dijo que no podía responder a esta pregunta porque no pasaba mucho tiempo en el país, pues estaba principalmente interesado en pilotar aviones y en participar en carreras de motos. La descripción que me hizo de la vida política me convenció de que Laos era realmente Ruritania, un reino feliz de hermanastros belicosos, hipotecado por Estados Unidos. Pero me dijo que en Laos había enemigos. Le pregunté dónde estaban. Nos encontrábamos en su casa. Me señaló algo desde la ventana y al otro lado de la calle, en la ventana más alta de un edificio de tres plantas, vi la silueta de un hombre con una ametralladora. El príncipe dijo:

—Fíjese en ese. Es un miembro del Pathet Lao.

Luego, cuando le hablé de mi viaje, añadió:

—¿De modo que va a tomar usted el tren? ¿Ya sabe lo deprisa que va el tren de Bangkok?

Le dije que no tenía ni idea.

—¡Cincuenta kilómetros por hora! —repuso con una mueca.

Su esposa no nos escuchaba. Levantó los ojos de una revista y dijo:

—No olvides que tenemos que estar en París el día veintiséis...

Laos, un terraplén fluvial, había sido invadido y saqueado, era una de esas carísimas bromas que gasta Estados Unidos, un lugar sin motivo en el que no se hacía nada y todo se importaba, un reino con desconcertantes pretensiones de cultura francesa. Lo sorprendente era que existiese, y cuanto más pensaba en ello, más se me antojaba una especie de forma inferior de vida, como el gusano plano o como la blanda ameba, la clase de criatura que no puede morir incluso si se la corta a rodajas.

Partiendo de la estación de Nong Khai (los niños tailandeses estaban haciendo volar sus cometas a lo largo de la vía), me dirigí hacia el sur, hacia Singapur. Hay un sistema de ferrocarriles desde esta estación septentrional hasta Singapur, vía Bangkok y Kuala Lumpur, que atraviesa dos mil kilómetros de selva, arrozales y plantaciones de caucho. Los ferrocarriles de Tailandia son confortables y están dirigidos con mucha eficiencia. Yo ya sabía lo suficiente acerca de viajes en tren por el Sudeste Asiático para evitar los coches cama con aire acondicionado, que le dejan a uno congelado y no poseen ninguna de las ventajas de los coches cama de madera: literas amplias y cuartos de ducha. No hay otro tren en el mundo que tenga una alta tinaja de piedra en el compartimento del baño, donde, antes de cenar, puede uno ponerse de pie, desnudo, y ducharse con cuencos de agua. En todos los países los trenes contienen los elementos identificativos de la cultura: los trenes tailandeses tienen la tinaja de la ducha adornada en el costado con un dragón vidriado; los cingaleses, el coche reservado para los monjes budistas; los indios, una cocina vegetariana y seis clases; los iraníes, esteras de oración; los malayos, un puesto de fideos; los vietnamitas, cristal a prueba de balas en la locomotora, y en cada vagón de un tren ruso hay un samovar. El bazar del ferrocarril, con sus objetos curiosos y sus viajeros, representaba a la sociedad de una manera tan completa que subir a él equivalía a verse frente al carácter nacional. A veces el ambiente era el de un tranquilo seminario, pero en ocasiones me sentía como si me encerraran en una cárcel y luego me asaltara toda clase de monstruosidades folclóricas.

En el expreso nocturno procedente de Nong Khai, había muchos mecánicos chinos y filipinos, muy bronceados por su trabajo en los aeródromos norteamericanos y que llevaban gorras de béisbol bajadas sobre los ojos. Unos tailandeses jugaban a juegos de azar en el coche cama de segunda clase, donde varios militares estadounidenses se hallaban sentados con aire de nostalgia al lado de unas chicas tailandesas a quienes tomaban muy correctamente de las manos. Yo estaba en un

compartimento con un norteamericano que dijo ser vendedor. No tenía aspecto de vendedor. Llevaba el pelo tan corto que pude distinguir una blanca cicatriz que le recorría la cabeza, desde la nuca hasta la frente. Lucía alrededor del cuello un amuleto tailandés y tenía las uñas rotas. En el dorso de la diestra llevaba tatuada la palabra TIGER y hablaba continuamente de su «burra», una moto Harley Davidson. Había vivido en Tailandia cinco años. No pensaba regresar a Estados Unidos y dijo que su ambición era ganar treinta mil dólares al año.

—¿Y está muy cerca de esa suma?

—Muy cerca —respondió—. Pero creo que tendría que ir a Hong Kong.

Acababa de pasar unos días en Vientián. Le dije que no había encontrado aquel lugar exactamente de mi gusto.

—Tenía que haber ido a La Rosa Blanca —comentó.

—Ya fui a La Rosa Blanca —le dije.

—¿Vio a una chica alta?

—Estaba demasiado oscuro para poder decir si era alta o baja.

—Esa estaba vestida. La mayoría de ellas iban desnudas, ¿verdad? Pero esa tenía una larga cabellera y vestía pantalones largos. Las otras se meten cigarrillos en el conejo y sacan humo, pero esa se acercó y se sentó a mi lado. No llevaba sostén y tenía bonitos senos, como los de las modelos. Le ofrecí una cerveza, pero ella tomó una Pepsi y, cosa rara, no me cobraron extra por ello. Me gustó este detalle.

»Estábamos, pues, allí sentados y yo le metí la mano en la blusa y le di un pellizco. Ella se echó a reír.

»—¿Quieres un masaje? —me preguntó.

»Yo le dije que no. Pero es que no quieren decir masaje, en realidad. Entonces me dijo:

»—Sube conmigo, le das cuatro dólares a la señora y ella me dejará.

»—¿Qué sucederá si subimos? —le pregunté.

»Ella se inclinó sobre mí y contestó:

»—Cualquier cosa. Todo lo que quieras hacerme puedes hacerlo. Todo lo que quieras que te haga te lo haré. Conozco la manera. Haz conmigo lo que quieras.

»Me la puso dura. Eso era como tener una esclava. Yo pensé en dos o tres cosas, cosas de locura, que ni siquiera podría decírselas a usted. Ella me decía:

»—¿Qué?, ¿qué?

»Yo me sentía demasiado cohibido para decírselo, pero estaba pensando. Estábamos haciendo un trato y ella no podría desdecirse. Yo seguía pensando en aquellas locuras y le pregunté:

»—¿Cualquier cosa?

»Y ella dijo:

»—Seguro, ¿qué quieres?

»Pero yo no quería decírselo. Entonces ella volvió a insistir:

»—Vamos, dímelo.

»—Te lo diré cuando estemos arriba —le contesté, entonces fui a donde estaba la señora, una verdadera perra de facciones duras, y le di cuatro pavos. Luego subimos la chica y yo. Se llamaba Oy. Se quitó la blusa y vi sus fantásticos pechos y luego su hermoso y moreno trasero. Dice:

»—¿Qué quieres?

»Yo digo:

»—¿Cualquier cosa?

»Dice ella:

»—Por cinco dólares, todo lo que quieras.

»Le di el dinero y ella me quitó la ropa y se puso a lavarme el miembro y a preguntarme si tenía purgaciones. La manera que tenía de lavarme me excitó y le dije que se diera prisa. Entonces apagó la luz y me empujó hacia la cama. Le digo a usted que nunca me había visto manipulado de aquella forma. Su lengua se movía rápidamente por todo mi cuerpo, y por poco me desmayo. “Y ahora, ¿qué?”, pensé. Yo tenía aquellas absurdas ideas y le dije la primera que se me ocurrió:

»—Vuélvete, quiero mear encima de ti.

»—Vale —dijo ella.

»Vale. Se tendió en la cama y yo me arrodillé encima de ella. Pero no pude hacerlo, ni pienso que realmente quisiera hacerlo. Se la metí por detrás y la follé a gusto. Luego la puse boca arriba y, al meterle la mano entre los muslos, tropecé con el pene más voluminoso que pueda imaginarse. Bueno, no quisiera echarle a perder la cena...

—Me parece que ya he oído contar esa historia —le dije mientras nos dirigíamos al vagón restaurante.

—No; no —dijo Tiger—, no ha comprendido.

Tomamos una cerveza cada uno. Yo pedí arroz frito con camarones y una mezcla de legumbres. Fuera se veía la meseta de Khorat, completamente llana, sin arrugas. Tiger había estado bebiendo whisky en el compartimento y en el momento de la comida parecía un poco borracho. Tenía la cara colorada e incluso la cicatriz de la cabeza parecía ligeramente rosada.

—Ha oído la historia, ¿verdad? La chica que resulta ser un tío, ¿no? —dijo empezando a comer—. Bien, pero no es la misma historia. Desde luego me llevé un susto y ella, o él, se rio. Me dijo:

»—¿No te gustan las chicas? —Y me dedicó una sonrisa realmente horrible en la penumbra.

»Yo me vestí, pues me estaba muriendo de ganas de salir de allí. Pero una vez abajo, en el bar, decidí tomar otra cerveza. Me senté y he aquí que Oy se me acercó de nuevo.

»—Ya veo que no te gusto.

»Le invité a otra Pepsi y me sentí más tranquilo.

»—Me gustas —le dije.

—Tanto si usted lo cree como si no, le di un beso en la mejilla. Pero no quisiera que usted me interpretara mal. No era realmente un hombre, era una chica con un miembro viril. Era fantástico. Seguramente creerá que estoy chiflado, pero le aseguro que si vuelvo a Vientián, probablemente iré a La Rosa Blanca, y si Oy está allí, probablemente... sí, estoy seguro de que sí.

En algún momento, durante la noche, Tiger abandonó el tren. Me desperté en el compartimento vacío a las seis de la mañana y al descorrer la cortina de la ventanilla vi que estábamos pasando a gran velocidad por delante de unos negros canales en dirección a una ciudad de templos y edificios cuadrados que el sol naciente teñía de color rosa. Pero la luz duró poco rato, el cielo se volvió gris y poco después llegamos a la estación de Bangkok bajo una copiosa lluvia.

21. El expreso internacional de Butterworth

Cuando las tropas estadounidenses abandonaron Vietnam y todos los programas de descanso y recreo tocaron a su fin, muchos creyeron que Bangkok se hundiría en la miseria. Bangkok, una ciudad enormemente absurda de templos y burdeles, necesitaba visitantes. El calor, el tráfico, el ruido, el coste de la vida hacían que resultase insoportable vivir en aquel achaparrado hormiguero pero Bangkok, cuya incomodidad parece algo calculado para desanimar a los residentes, es una ciudad para gente de paso. Bangkok se las ha arreglado para conservar su economía de salones de masaje sin los soldados, anunciándose como el lugar donde incluso el más desconfiado extranjero puede fornicar a gusto. Así prospera. Después de la ruta de los mercados flotantes, por la mañana temprano, viene, por la tarde, la ruta de los templos y por la noche la ruta Casanova. Pacientes parejas, muchas de ellas de edad muy avanzada, ostentando insignias amarillas con la inscripción «Orient Escapade», son conducidas como en manada a ver espectáculos sexuales, películas porno o «espectáculos en vivo» para ponerles en forma. Luego, aquella misma noche si les apetece, se organiza una visita a un prostíbulo o a un salón de masajes. Así como Calcuta huele a muerte y Bombay a dinero, Bangkok huele a sexo, pero este aroma sexual va mezclado con las más fuertes vaharadas de muerte y de dinero.

Bangkok tiene un aspecto de violación. Puede observarse en los negros canales atestados de embarcaciones, en las calles intransitables abarrotadas de tráfico y en los templos. Cualquier tosco intento de reparar estos últimos parece haber sido iniciado más por turistas que por los fieles. Existe un activo comercio de esculturas y objetos robados de los templos, y esta rapacidad, nueva para los antaño serenos tailandeses, se ve alentada por la mayoría de los residentes extranjeros. Es como si estos expatriados *farangs* esperasen una indemnización por tener que vivir en un lugar tan insoportable. Los tailandeses van saliendo del paso con su actividad de masajistas o de merodeadores, pero, un mes antes de mi llegada, varios miles de estudiantes (que se definían a sí mismos curiosamente como «monárquicos revolucionarios») emprendieron una marcha hacia el cuartel general de la policía, derrocaron el Gobierno y en una tarde se las arreglaron para destruir siete edificios bastante grandes en el centro de la ciudad. Fue como un tosco sobredorado del Buda recostado, una violación popular, y ahora la calle de edificios destripados se incluye en las visitas de la ruta de los templos: «Aquí verán ustedes lo que nuestros estudiantes quemaron...».

La estación de ferrocarril no figura en ninguno de los circuitos del turismo, lo cual es una pena. Es uno de los edificios más cuidadosamente conservados de Bangkok. Pulcra y fresca estructura, con la forma y las columnas jónicas de un gimnasio de un rico colegio universitario, fue erigida en 1916 por el rey de mentalidad occidental Rama V. La estación es ordenada y limpia y, como el ferrocarril, está regentada eficientemente por unos hombres con uniforme caqui tan

meticulosos como jefes de un grupo de *scouts* compitiendo por distintivos de buena conducta.

Había oscurecido cuando el *Expreso Internacional* (llamado así porque penetra en Malasia hasta Butterworth) salió de la estación hacia el sur. En los canales, unos niños tailandeses hacían flotar unas barcas confeccionadas con hojas de plátano, con jarcias de jazmín y mástiles hechos con candelas encendidas para el festival de *Loy Krathong*. Viajábamos bajo una luna llena, que era la ocasión para el festival. La fluorescencia lunar suavizaba los suburbios de Bangkok y confería al río Chao Phraya una sedosa suavidad que persistió hasta que cambió el viento. Quince minutos después de haber dejado atrás Thonburi, que estaba en la orilla opuesta y en otro tiempo había sido la capital, el olor a campo y el chirrido de los grillos invadieron el tren y escuchamos el susurro de la hierba.

El señor Thanoo, el viajero de cierta edad que se hallaba en mi compartimento, estaba leyendo *El coronel Sun*, de Kingsley Amis. Dijo que lo había guardado para el viaje, y no quise interrumpir su lectura. Salí al pasillo. Un tailandés de unos cuarenta años y cabello ralo, con una amable sonrisa, se presentó a sí mismo diciendo:

—Llámeme Pensacola. No me llamo así, pero mi nombre le resultaría difícil de pronunciar. ¿Es usted profesor?

—Algo parecido —le dije—. Y usted, ¿qué es?

—Podría llamarme viajero —repuso.

Fuera, unos tailandeses tocados con sombreros semejantes a cestas invertidas remaban en canoas en las corrientes que discurrían cerca de la vía del tren. Las linternas que llevaban en sus estrechas embarcaciones iluminaban las rizadas aguas y las nubes de mosquitos.

—Voy viajando de aquí para allá —añadió.

—¿De dónde saca el dinero?

—De aquí y de allá. Del aire, del suelo —respondió jocoso ahogando una risa, con avispada vaguedad.

—¿Del suelo? Entonces, es usted labrador.

—No, los labradores son unos necios.

—Tal vez no tiene usted dinero —objeté.

—¡Muchísimo!

Se echó a reír y se volvió, y entonces vi que debajo del brazo tenía una bolsa. Era del tamaño de una caja de zapatos aplastada y la mantenía apretada contra su costado, casi como si la escondiese.

—¿De dónde procede su dinero, señor Pensacola?

—¡De algún sitio!

—¿Es un secreto?

—No lo sé, pero siempre lo obtengo. He estado en su país tres veces. ¿De qué estado es usted?

—De Massachusetts.

—Boston —dijo él—. Ya he estado allí. Lo encontré muy aburrido. Boston es un lugar muy triste. ¡Los clubes nocturnos! Estuve en todos. Eran horribles. Tuve que marcharme. Incluso fui a los clubes nocturnos negros. No me preocupaba, estaba dispuesto a pelear, pero ellos pensaron que yo era puertorriqueño o algo así. Se supone que los negros son felices y que se ríen con toda su dentadura, pero incluso los clubes nocturnos negros son horrorosos. Después fui a Nueva York, a Washington, a Chicago y, veamos, a Texas y...

—Veo que ha viajado usted mucho.

—Me llevaban a todas partes. Yo nunca pagué nada, solo me preocupo por disfrutar, mirar y todo eso.

—¿Quiénes le llevaban a usted?

—Algunas personas, porque conozco mucha gente. Tal vez sea famoso. El otro día, en Bangkok, me llamó por teléfono el jefe de USAID. Se ve que alguien le habló de mí. Me dijo: «Venga a almorzar, yo lo pago todo». Le dije: «Muy bien, no tengo inconveniente». De modo que fuimos. Debió de costarle un dineral. No me importaba. Estuve hablando de esto y de aquello y de lo de más allá. Al final del almuerzo, me dijo: «Pensacola, es usted fantástico».

—¿Por qué lo dijo?

—No lo sé, quizá yo le gustaba —dijo sonriendo.

Su cabello era tan ralo que la sonrisa y el movimiento de sus ojos maliciosos hizo que todo el cuero cabelludo le quedase surcado de arrugas. Cada vez que decía: «No lo sé», hacía chasquear los labios como invitando a que se le hiciese otra pregunta.

—El otro día tomé el tren para Bangkok —prosiguió—. Había una maleta sobre el asiento de mi compartimento. La agarré y la tiré al suelo.

—¿Por qué lo hizo?

—No lo sé. Tal vez porque estaba encima de mi asiento. No me importaba. Pero iba a decirle a usted que la maleta pertenecía a un capitán de la policía.

—¿Le vio tirar la maleta al suelo?

—¿Por qué no? Los tailandeses tenemos buena vista.

—Supongo que no le haría ninguna gracia.

—¡No sabe cómo se puso! «¿Quién es usted?», me preguntó. «Un viajero», le respondí. «¿Qué hace usted?». «Viajar». Se amoscó mucho y me pidió el carné de identidad. «No tengo carné de identidad», le dije yo. Después se fue a dormir, yo hice que tomase la litera de arriba. Pero no pudo dormir. Se pasó toda la noche moviéndose continuamente y sacando la cabeza de la litera.

—Supongo que usted lo dejó muy inquieto.

—No lo sé. Algo así. Él estaba tratando de adivinar quién era yo.

—Yo estoy tratando de saber lo mismo.

—Adelante —dijo el señor Pensacola—. No me importa. Me gustan los estadounidenses. Ellos me salvaron la vida. Yo me encontraba en el norte, allí donde cultivan adormidera para opio y heroína, en el llamado «triángulo de oro». Estaba en

un atolladero, con toda una serie de tíos disparando contra mí. Me enviaron un avión, pero como no podían aterrizar me enviaron un helicóptero, mejor dicho tres porque los vi revoloteando en el cielo cuando levanté los ojos. Yo disparaba contra aquellos tíos, desde detrás de un árbol, y como estaba completamente solo no resultaba fácil. Un helicóptero intentó posarse en el suelo, pero los tíos dispararon contra él. Salí de detrás del árbol y abatí de un disparo a uno de los tíos y entonces otro helicóptero aterrizó sobre el risco. El piloto me gritaba: «¡Pensacola, venga acá!». Pero yo no quería ir. No sé por qué. Quizá quería matar a algunos más. Guardé silencio, me acerqué y liquidé, a ¿cuántos?, quizá a otros dos chinos. Continué disparando mientras me arrastraba hacia el helicóptero.

Prosiguió su extraordinario relato en un tono burlesco monótono y acabó con toda la banda de contrabandistas de opio pues abatió aún a otros dos, y dentro del helicóptero volvió a cargar el fusil y desde el aire mató a los que quedaban. Cuando terminó, le dije:

—Es toda una historia.

—Quizá, si usted lo cree así.

—Me refiero a que usted debe de ser un excelente tirador.

—Soy un campeón —afirmó encogiéndose de hombros.

Pero la cosa había ido ya bastante lejos.

—Bueno —le dije—, no esperará que vaya a creerme todo eso, ¿verdad?

—No lo sé. Quizá.

—Me parece que lo ha leído en un libro, pero en un libro no muy bueno.

—Ay, los estadounidenses —dijo el señor Pensacola.

Hizo una seña para que lo siguiera a su compartimento y allí me mostró la abultada bolsa que llevaba bajo el brazo. Le dio una palmadita y dijo:

—Barato, ¿no?

—Quizá —le dije—. No lo sé.

—Plástico —dijo—. No tenga miedo. Eche una ojeada dentro.

Me incliné y vi dos pistolas, una grande y negra y otra más pequeña dentro de una pistolera, ambas junto a un revoltijo de balas de latón. Pensacola sonrió astutamente y, juntando los broches de la bolsa, dijo:

—Una treinta y ocho y una veintidós. Pero no se lo diga a nadie. ¿Verdad que no lo dirá?

—¿Qué va a hacer usted con dos pistolas? —susurré.

—No lo sé —contestó guiñando un ojo.

Se puso la bolsa debajo del brazo y se encaminó hacia el vagón restaurante, donde más tarde, al anochecer, le vi bebiendo whisky del Mekong enfrascado en un animado coloquio con dos chinos gordos y de caras coloradas.

Corrió por el tren el rumor de que nos quedaríamos parados en Hua Hin, a unos ciento noventa kilómetros al sur de Bangkok, en el golfo de Siam. Decían que las lluvias habían hecho crecer las aguas de un río hasta el punto de que amenazaban un

punto sobre la vía férrea, pero el tren no daba señales de disminuir su velocidad y todavía no llovía. La luna iluminaba los inundados arrozales, haciendo que pareciesen insondables, y el agua que se veía hasta el horizonte convertía aquella parte del viaje en una travesía por un mar tranquilo.

El señor Thanoo dijo:

—¿Por qué lee usted un libro triste?

Había leído la cubierta: *Las almas muertas*.

—No es triste en absoluto —repuse—. Es uno de los libros más divertidos que he leído en mi vida.

Me ofreció un cigarrillo y lo encendió.

—Lamento que este cigarrillo sea de calidad inferior. ¿Se dice «calidad inferior»? No hablo muy bien el inglés. Mi círculo se compone de tailandeses y siempre quieren que hable tailandés. Yo digo: «Me sucedió un incidente hoy que fue muy sorprendente», y ellos dicen: «¡Eso no es inglés!». Necesito práctica, hago demasiadas faltas, pero antes hablaba muy bien. Eso fue en Penang. Aunque no soy malayo. Soy tailandés puro de los pies a la cabeza.

Hizo una breve pausa y añadió:

—¿Qué edad cree usted que tengo? Sesenta y cinco años. Creo que soy mayor que usted. Procedo de una familia culta. Mi padre, por ejemplo, se educó en Inglaterra, en Londres. Fue lord lugarteniente de Penang y gobernador. Así que recibí allí mi educación. Le llamaban la Escuela Anglo-China, pero ahora es la Escuela Metodista. Sus normas son muy exigentes.

Una cosa que yo había lamentado en mi conversación con el señor Bernard en el tren de Maymyo era que no le había hecho ninguna pregunta específica acerca de lo que había estudiado en San Javier a principios de siglo en Mandalay. Ahora se lo pregunté al señor Thanoo.

—El inglés era mi asignatura preferida —dijo el señor Thanoo—. Estudié geografía: Brasil, Ecuador, Canadá. También historia. Historia de Inglaterra: Jacobo I, la batalla de Hastings. También química: el estaño es Sn, la plata es Ag, el cobre, Cu; también sabía el oro, pero lo he olvidado. Lo que más me gustaba era la literatura inglesa. Mis profesores fueron Henderson, B. L. Humphries, Beach, R. F. MacDonald y otros. ¿Qué libros me gustaban más? *La isla del tesoro* y *Micah Clarke*, de Conan Doyle, el autor de los relatos de Sherlock Holmes. *Historia de dos ciudades* era muy interesante, y *Poison Island*, de lord Tennyson, algo así como un sueño. Y Wordsworth. Wordsworth todavía me gusta. Y Shakespeare. La mejor obra de Shakespeare es *Como gustéis*. Espero que la haya leído usted. *David Copperfield*, un niño pobre al que la gente maltrata, era muy triste. Trabajó mucho y se enamoró. No puedo recordar el nombre de la chica. *Historia de dos ciudades* es sobre Francia e Inglaterra. Sidney Carton fue una especie de genio y sufrió mucho. ¿Quién más? Vamos a ver. Me gusta Edgar Wallace, pero el mejor de todos es Luke Short, escritor de novelas de vaqueros. Yo vivo en la isla de Phuket, un lugar muy pequeño. En mi

isla, la gente se ríe de mí cuando me ve leer libros ingleses. ¿Qué hace ese viejo? ¿Por qué pretende leer libros ingleses? Pero a mí me gusta. ¿Ve usted este libro, *El coronel Sun*? Creí que era bueno, pero no vale nada...

Mientras el señor Thanoo hablaba, el tren hizo un alto y por poco nos tira al suelo. Se había detenido con la brusquedad que presagia una larga demora, pero al mirar por la ventanilla vi que estábamos en Hua Hin, donde tenía que parar. El aire del mar penetró en el compartimento y lo llenó de humedad y de sol y olor a pescado. El edificio de la estación de Hua Hin era una alta estructura de madera con una techumbre curva y adornos de madera de estilo tailandés, obsoleto para Bangkok, pero completamente adecuado para aquella pequeña ciudad de veraneo, desierta en la época del monzón. La llegada del *Expreso Internacional* tuvo algo de acontecimiento. El jefe de estación y los guardavías se nos acercaron con aire sombrío, y los conductores de *rickshaws* dejaron sus vehículos estacionados en el patio bordeado de palmeras de la estación y se quedaron apoyándose sobre una pierna, como las grullas, para mirar cómo los viajeros recibían la noticia referente al puente amenazado. Los cálculos relativos a la demora, dados en cifras redondas, iban de dos a ocho horas. Si el puente era arrastrado por las aguas, quizá deberíamos quedarnos en Hua Hin uno o dos días. Entonces podríamos ir todos a nadar al golfo.

En el *Expreso Internacional* había un equipo de muchachas chinas, gimnastas y acróbatas, procedentes de Taiwán, que traían de cabeza a los demás viajeros al aparecer en el vagón restaurante vistiendo unos ligeros y amplios pijamas. En Hua Hin saltaron ágilmente al andén y brincaron riendo y tomadas de la mano. Llevaban la cara muy maquillada, lo cual, con los pijamas que vestían, resultaba una combinación muy llamativa. Las contemplaban pequeños grupos de viajeros, que dejaban de mascullar protestas al verlas danzar. Compré cien gramos de anacardos (por diez centavos) y me fijé en una señora anciana que estaba asando calamares en un brasero que había colocado cerca del tren. Mientras conversaba sobre la demora, la gente compraba los calamares y se los comía con aire sombrío, como si contemplara las posibilidades de supervivencia, y tiraba a la vía los tentáculos quemados.

Uno de los que comían calamares era el señor Lau, de Kuala Lumpur. No tenía hambre, pero explicó que comía aquellos moluscos porque en Kuala Lumpur estaban muy caros. Estaba muy disgustado a causa de la demora. No tenía litera. Me preguntó cuánto había pagado yo por la mía y pareció molestarle el que hubiera pagado tan poco por ella. Se comportaba como si yo, por alguna astuta estratagema, le hubiese arrebatado su cama; detestaba su asiento. La silla estaba demasiado fría, los viajeros eran vulgares y las gimnastas no querían hablar con él.

—En Malasia, soy ciudadano de segunda clase —dijo el señor Lau—, y en Tailandia soy un viajero de segunda clase. ¡Ja, ja!

El señor Lau era proveedor de tubos fluorescentes. Era también funcionario público («Tal vez podríamos decir que los tubos fluorescentes son mi ocupación

secundaria»). Le había introducido en el negocio su suegro, un hombre muy listo que había emigrado de Shanghái a Hong Kong, donde aprendió a hacer letreros de neón.

—En Hong Kong —dijo el señor Lau— uno se puede hacer rico vendiendo letreros de neón.

Yo le dije que estaba seguro de ello.

—Pero había mucha competencia. Por eso el viejo se fue a Kuala Lumpur.

Al principio no había competidores, pero luego los compañeros de Shanghái a los que él había enseñado a hacer letreros lo abandonaron y se establecieron por su cuenta. Entonces el suegro comenzó a adiestrar a malayos y no a indios o chinos, muy trabajadores, porque pensaba que los malayos eran demasiado perezosos para abandonarle y establecerse por su cuenta.

—¿Qué fue lo que le llevó a usted a Bangkok? —le pregunté.

—Los tubos fluorescentes.

—¿Para comprarlos o para venderlos?

—Para venderlos. Es más barato.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Tengo que estudiar el coste. Todo se encuentra en mi cartera.

—Deme una idea aproximada.

—Hay ciento cincuenta modelos diferentes. Aún no he estudiado el embalaje, el transporte, etcétera. Hay muchos factores que inciden en el coste.

Me agradaba el tema, pero el señor Lau lo cambió, y mascando a dos carrillos un calamar me contó lo terrible que era ser chino en Malasia. Había estado allí una docena de veces, y perdió promociones y aumentos de sueldo porque «el Gobierno quiere promocionar a los malayos. Es terrible. No me gusta el negocio del alumbrado, pero cada vez me siento más empujado hacia los tubos fluorescentes».

Me fui a dormir mientras el tren se encontraba aún parado en medio del resplandor de las luces de la estación, y a las 3.10 de la mañana siguiente (me despertó el silbido del tren) reanudamos el viaje. La lluvia entraba a raudales por la ventanilla. Me desperté otra vez una hora más tarde, y al bajar la contraventana el compartimento se hizo asfixiante, sin aire. Cruzamos el puente averiado en la oscuridad y cuando amaneció todavía estaba lloviendo. La vía estaba tan inundada que avanzábamos a paso de tortuga, deteniéndose a veces en medio de unos campos encharcados como una embarcación en un mar en calma. Yo me sentaba y escribía, leía y me acostaba, bebía y a veces me sentía incapaz de recordar dónde me encontraba, pues la concentración necesaria para leer y escribir me ponía en un estado parecido al trance de un médium. El viajar mucho produce una sensación de enclaustramiento y aunque al principio ensancha la mente, acaba por contraerla. Esto me había sucedido brevemente en otros trenes, pero en este, tal vez por la monotonía del paisaje y el continuo batir de la lluvia, me duró un día entero. No lograba recordar qué día era; había olvidado el país donde me hallaba. Tan larga estancia en el tren había dejado el tiempo en suspenso; el calor y la humedad habían afectado mi

memoria. ¿Qué día era? ¿Dónde nos encontrábamos? Fuera, solo había campos de arroz que ofrecían una vista alarmante, idéntica a la de Maharashtra, en la India. Los rótulos de las estaciones no me proporcionaban ninguna pista: Chumphon y Lang Suan pasaban por delante de la ventanilla dejándome desconcertado. Fue un largo día en medio del calor y la humedad del tren. Los tailandeses sudaban a mares y el calor los había vuelto sumamente locuaces. Pensacola se había esfumado y también el señor Thanoo. El revisor dijo que llevábamos diez horas de retraso, pero esto no me preocupaba tanto como el que me fallase la memoria y me embargase una especie de temor que se me antojó una amenaza de paranoia. La selva era tupida después de Hat Yai, perfecta para una emboscada (un mes más tarde, el 10 de diciembre, cinco bandidos armados con rifles M16 salieron de los retretes de segunda clase donde habían estado escondidos, robaron a setenta personas y desaparecieron). Pasado el control de los pasaportes en Padang Besar, cerré con el pestillo la puerta de mi compartimento y, aunque solo eran las nueve, me acosté.

Una sacudida en el pomo me despertó. El tren no se movía. En el compartimento hacía calor. Abrí la puerta y vi a un malayo con un estropajo húmedo.

—Esto es Butterworth —dijo.

—Pienso dormir hasta que llegue el tren de la mañana.

—No puede hacerlo —insistió el malayo—. Tengo que lavar el tren.

—Adelante, lávelo. Yo me vuelvo a la cama.

—Es que no lo lavamos aquí. Tenemos que llevarlo al cobertizo.

—¿Y qué suponen que voy a hacer yo mientras tanto?

—Míster —dijo el malayo, que era un hombre bajito—. Es preciso que se apee y que lo haga cuanto antes.

Yo había dormido durante las pocas horas que precedieron a la llegada. Eran las dos de la madrugada. El tren estaba vacío y la estación desierta. Encontré una sala de espera en la que dos hombres alemanes y un chico y una chica australianos dormían sentados en unas sillas. Yo me senté y abrí *Las almas muertas*. El australiano se despertó y cruzó y volvió a cruzar las piernas suspirando. Luego dijo: «¡Dios mío!», y se quitó la camisa. Hizo con ella una pelota y la puso en el suelo de cemento y, usándola a modo de almohada, se enroscó como un koala y comenzó a roncar. La muchacha australiana me miró y se encogió de hombros, como para decirme que su compañero hacía siempre lo mismo. Luego puso los puños sobre el regazo y se acurrucó en su silla como las personas que mueren en habitaciones escasamente amuebladas. Los alemanes se despertaron y enseguida se pusieron a discutir sobre un mapa en el que señalaban una ruta. Eran aproximadamente las cuatro de la mañana. Cuando ya no pude soportar más la espera, tomé un ferry que iba a Penang y volví a Butterworth al amanecer. Entonces todo aparecía pintado de colores simples: el ferry anaranjado, el agua de color rosa, la isla azul, el cielo verde. Unos minutos después, el sol quemó estos colores vaporosos y los hizo desaparecer. En un café tamil desayuné un té con leche y un huevo revuelto con un trozo de *paratha*. Al volver

andando a la estación vi a un hombre y una mujer que salían de un hotel de mala fama. El hombre, sin afeitar, era europeo y vestía una camiseta; la mujer, llena de arrugas, era china y mientras andaba iba empolvándose la nariz. Montaron presurosos en un viejo automóvil y se alejaron. El melancólico cliché de este adulterio tropical (aquella pareja que avanzaba deprisa en la mañana malaya) era un acierto algo cómico que me puso de buen humor.

22. El *Flecha de Oro* de Kuala Lumpur

Las dos clases en los ferrocarriles malayos incluyen ocho diferentes variedades de coche, desde el simple vagón en el que se transporta el ganado vacuno, con bancos de madera, hasta el coche cama con paneles de teca, amplias literas, butacas, escupideras de latón y verdes cortinas decoradas con el logotipo del ferrocarril (un vigoroso tigre rampante mordiendo una vara de zahorí). Pero el mejor lugar en el que puede uno efectuar este viaje de diez horas a Kuala Lumpur es la galería de madera que hay entre los vagones. Este espacio aireado, donde la galería de un vagón se junta con la del otro, tiene casi tres metros de longitud, techos en cada extremo, y balaustres y barandillas a cada lado. Una placa de latón advierte en tres idiomas de los peligros de este porche que se desplaza velozmente (en realidad, está expresamente prohibido viajar en él), pero es completamente seguro, y aquel día era ciertamente menos peligroso que viajar en el coche salón, donde cinco soldados malayos estaban emborrachándose con cerveza Anchor y molestando a los chinos que pasaban junto a ellos. Yo me había dedicado a leer en el coche salón, pero cuando los soldados hubieron vencido su innata timidez merced a la bebida y se pusieron a cantar *Ten Green Bottles* decidí trasladarme a la galería. En el interior del vagón, un chino con semblante huraño se hallaba sentado en un rincón, y debajo de mí, en la escalera de la galería, unos muchachos malayos estaban agarrados y hacían oscilar los pies.

Los elevados precios mundiales del caucho, el estaño y el aceite de palma han labrado la prosperidad de Malasia, y parecía un lugar tranquilo y nada agresivo cuando lo visité por vez primera en 1969. Pero la sonrisa malaya resulta desorientadora. Poco después de que yo decidiera que era uno de los países más tranquilos del mundo, unos malayos con harapos blancos enrollados alrededor de la cabeza salieron de las mezquitas dando alaridos. Dos mil chinos fueron asesinados y centenares de tiendas reducidas a cenizas. El señor Lau, que en Tailandia había estado paseando por el tren, quejándose en voz alta de la demora de diez horas, estaba ahora sentado, con aire inquieto, en el *Flecha de Oro*, abrazando su cartera, con su caja de frágiles muestras entre las rodillas. Y las chicas gimnastas de Taiwán ya no practicaban sus ejercicios por los pasillos. Los chinos se habían quedado silenciosos. Era un tren malayo, y resultaría inconcebible un grupo de chinos en el coche cama cantando (como lo hacían los soldados malayos) *Roll Me Over in the Clover*. Un malayo en tercera clase era un ser más privilegiado que un chino en primera.

Para almorzar comí mi antigua y predilecta sopa de *meehoon* con un huevo parcialmente escalfado y batido en medio de la col china, unos trocitos de carne y de camarón, judías tiernas, fideos de arroz y otros ingredientes atomizados que la hacen tan espesa que se puede comer con palillos. No había mesas en el vagón restaurante, que era un puesto de fideos. Había mostradores pegajosos y taburetes, y unos chinos sentados codo con codo, echando salsa de soja en los fideos y llamando a los

camareros, unos muchachitos con chinelas coloradas que transportaban botellas de cerveza en bandejas de estaño.

Ipoh, la primera parada importante en el recorrido de Kuala Lumpur, tiene un hotel de estación, un Gormenghast de estilo victoriano tardío, con largas ventanas cubiertas por oscuras cortinas. Estas cortinas de color castaño penden formando gruesos pliegues, impiden la entrada del aire y mantienen el calor, agitado y revuelto en el interior del comedor por diez ventiladores de lento movimiento. Todas las mesas están ocupadas, y el camarero, que parece estar muerto, se halla contra la pared en el extremo de la estancia. Es casi seguro que arriba hay un suicida que espera ser descubierto, y las moscas que vuelan por el bar de elevado techo se disponen a dar cuenta del cadáver de este plantador arruinado o *towkay* desprestigiado. Es la clase de hotel que tiene un esqueleto en cada habitación y un registro abultado con los seudónimos de adúlteros. Una vez entré con mi hijito en el hotel de la estación de Ipoh y tan pronto como traspasamos el umbral el niño se echó a llorar. Su nariz inocente olió lo que yo no pude oler, y salí con él precipitadamente, con un suspiro de alivio, saboreando la agradable sensación de vernos liberados.

Permanecí en una galería del *Flecha de Oro* escuchando la animada charla de los viajeros. El inglés se habla en Malasia con una especie de ladrido nasal y una continua elisión de palabras que salen escupidas y faltas de terminación. Es una versión cercenada del inglés y a todo el mundo le suena como si fuese chino, hasta que el oído se acostumbra a él, y también se habitúa a la barahúnda de sonidos de la selva a lo largo de la vía, los chirridos y chillidos de las cigarras y los guacamayos, y de los monos que se limpian los dientes con astillas de bambú que emiten un sonido vibrante. Esta variedad de inglés está totalmente desprovista de cualquier emoción que no sea la historia expresada en un susurro. Su zumbido forma un contraste excelente con la lengua malaya, que con solo ser oída (con su suave reduplicación para el plural y el constante gong de palabras como *pisang*, *kachang*, *sarong*) es casi comprendida. El inglés malayanizado, empleado en la conversación y visto en carteles de anuncios de estación, resulta fácil de entender: *feri-bot*, *jadual*, *setesyen*, *tiket*, *tetafik* y *nombor*.

Dos indios salieron a la galería. Su estatura (muy baja) y su actitud (temerosa) indicaban inmediatamente que no eran de Malasia. Poseían los rasgos de reptil de la gente más famélica que yo había visto en Calcuta. Los otros viajeros que estaban en la galería, en su mayoría malayos, les abrieron paso y ellos se quedaron allí de pie, hablando en voz baja en su idioma. Las estaciones por las que pasamos eran Bidor, Trolak, Tapah y Klang, nombres como de planetas de ciencia ficción, y más frecuentemente plantaciones de caucho que penetraban en la selva; una simetría de troncos marcados y caminos trillados, obstaculizados por la clásica jungla, lianas colgantes, palmeras como surtidores y una verde maleza mojada por la lluvia.

—Nosotros explotamos minas de estaño en Tailandia y Malasia, como hacen en Cornualles, en Gran Bretaña —había dicho el señor Thanoo en el *Expreso*

Internacional.

Y enseguida vi las chozas desvencijadas, las tambaleantes cintas transportadoras parecidas a trampolines de esquí abandonados y las pequeñas colinas de escoria.

—Industria —dijo uno de los indios.

—Pero sin trabajar —repuso el otro.

—Pero sin trabajar —repitió un muchacho malayo imitando a los indios ante sus amigos.

Todos rieron. Los indios permanecieron silenciosos.

Hacia el final de la tarde, la galería quedó vacía. La pálida luz atravesaba a duras penas la neblina y el aire había adquirido un olor acre. Hacía un calor húmedo. Cuando el tren se detuvo, el aire cubrió como una manta mis hombros. Los malayos habían entrado para ir a acostarse, o quizá para rondar en busca de chicas. Era la temporada de los durianes, y este fruto, al que los malayos atribuyen propiedades afrodisíacas, ha inspirado el dicho malayo: «Cuando caen los durianes, los *sarongs* se levantan».

Entonces solo quedábamos en la galería los dos indios y yo. Estaban de vacaciones (este era el final de las mismas) y habían pasado la semana anterior en una conferencia sobre planificación familiar en Singapur. Se llamaban Ghosh y Rahman, y venían de Bangladesh.

—¿Son ustedes especialistas en la planificación familiar?

—Somos funcionarios —dijo el señor Rahman.

—Naturalmente, tenemos otros empleos —añadió el señor Ghosh—, pero fuimos a la conferencia en calidad de funcionarios de planificación familiar.

—¿Leyeron ustedes alguna ponencia?

—Nosotros éramos observadores —dijo el señor Ghosh—. Hubo otros que leyeron ponencias.

—¿Interesantes?

Movieron ligeramente la cabeza; esto quería decir que sí.

—Muchas ponencias —dijo el señor Rahman—. «La familia con dos hijos como norma social», «Métodos de contracepción» y también esterilización, vasectomía, DIU, etcétera.

—Una discusión muy interesante —añadió el señor Ghosh—. Fue un seminario que cubría todos los aspectos de la planificación familiar. Práctica y con mucha información, naturalmente. Pero hay muchos problemas.

—¿Cuál consideran ustedes que es el mayor problema en la planificación familiar?

—Sin duda alguna, la comunicación —respondió el señor Ghosh.

—¿En qué forma?

—Las zonas rurales —afirmó el señor Rahman.

Pensé que iba a añadir algo a esta observación, pero se acarició la barba a lo Van Dyke y miró fuera de la galería diciendo:

—Hay muchas chicas en velomotores en este país.

—Bueno —dije—, ahora que ya han asistido a la conferencia, supongo que regresarán a Bangladesh...

—Volvemos a Singapur, después a Bangkok, en avión, luego a Dacca —dijo el señor Ghosh.

—Bien, pero cuando vuelvan ustedes allá, quiero decir, después de haber oído esas ponencias sobre la planificación familiar, ¿qué van a hacer ustedes?

—¿Ghosh? —dijo Rahman invitando a su colega a que respondiera.

El señor Ghosh tosió ligeramente.

—Hay muchos problemas. En primer lugar, debería decir que enseguida vamos a ocuparnos del currículum. El currículum es sumamente importante. Tenemos que construir un modelo, redactar un modelo de aspiraciones y objetivos. ¿Qué intentamos hacer? ¿Qué aspiraciones queremos realizar? ¿Y por qué? También hay que considerar los costos. Para todas estas preguntas es preciso encontrar respuestas. ¿Me sigue usted? —Volvió a carraspear—. Luego, lo siguiente en importancia, son las zonas de información —extendió las manos como para sugerir el tamaño de las áreas—, es decir, debemos crear áreas de información, para que la gente corriente pueda comprender la importancia de nuestra labor.

—¿Dónde van a hacerlo ustedes?

—En universidades —dijo el señor Ghosh.

—¿Universidades?

—Tenemos muchas universidades en Bangladesh —dijo el señor Rahman.

—¿Quiere decir que van a hacer que las universidades practiquen la planificación familiar?

—No, que estudien el problema —dijo el señor Ghosh.

—¿Es que no se ha estudiado antes?

—No desde esta perspectiva —contestó el señor Rahman—. No tenemos áreas de información, como ha dicho Ghosh. Y tampoco tenemos gente preparada. Ghosh y yo fuimos los únicos delegados de Bangladesh en la conferencia. Ahora debemos llevar a casa todos estos conocimientos.

—Pero ¿por qué a las universidades?

—Explícaselo —dijo el señor Rahman al señor Ghosh.

—¿Es que no lo entiende? —dijo el señor Ghosh—. Primero a las universidades, después, cuando haya gente preparada, a las zonas rurales.

—¿Cuál es la población de Bangladesh?

—Es una pregunta difícil —dijo el señor Ghosh—. Hay muchas maneras de responder a ella.

—Indíqueme una cifra aproximada.

—Unos setenta y cinco millones —dijo el señor Ghosh.

—¿Cuál es el índice de crecimiento?

—Unos dicen el tres por ciento, otros dicen el cuatro —dijo el señor Ghosh—. Como ve, no puede iniciarse ninguna labor positiva hasta que se haya efectuado un censo como es debido. ¿Sabe usted cuándo se hizo el último censo en nuestro país? A ver si lo adivina.

—No puedo.

—Fue hace años.

—¿Cuándo?

—Hace muchos años, ni yo mismo lo sé. Años y más años. En época británica. Desde entonces hemos tenido ciclones, guerras, inundaciones, muchas cosas para sumar y restar. No podemos hacer nada hasta que tengamos un censo.

—Pero podría llevar años, ¿verdad?

—Bien, ese es el problema —dijo el señor Rahman.

—Entretanto, la población continuará creciendo. Será increíble.

—¿Comprende lo que yo quería decir? —dijo el señor Ghosh—. Nuestro pueblo no lo sabe. Puedo asegurar que por el momento carece de entusiasmo y también de un propósito definido.

—¿Me permite que le haga otra pregunta, señor Ghosh?

—Adelante. ¿Pregunta usted muchas cosas!

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Cuatro.

—¿Y usted, señor Rahman?

—Yo tengo cinco.

—¿Es esa una buena cifra para Bangladesh?

—Quizá no. Es difícil decirlo —dijo el señor Rahman—. No tenemos estadísticas.

—¿Hay otros planificadores familiares como ustedes en Bangladesh?

—¡Muchos! Hemos iniciado un programa para ¿cuántos años, señor Ghosh? ¿Tres años? ¿Cuatro años?

—Y esos otros expertos en planificación familiar, ¿tienen familias pequeñas o numerosas? —pregunté yo.

—Algunos tienen familias reducidas y otros las tienen numerosas.

—¿A qué llama usted numerosas?

—A las que son más de cinco —respondió el señor Rahman.

—Bueno, es difícil de decir —dijo el señor Ghosh.

—¿Quiere usted decir más de cinco personas en la familia?

—Más de cinco hijos —precisó el señor Rahman.

—Bien, pero si un planificador va a una aldea y la gente se entera de que él tiene cinco hijos, no sé cómo diablos va a convencerles de que...

—Hace mucho calor —interrumpió el señor Rahman—. Me parece que voy a entrar.

—Es muy interesante conversar con usted —me dijo el señor Ghosh—. Creo que es usted profesor. ¿Cómo se llama?

Había anochecido cuando llegamos a la estación de Kuala Lumpur, que es la mayor del Sudeste Asiático, con sus cúpulas en forma de cebolla, sus alminares y con el aspecto general del Brighton Pavilion, pero veinte veces más grande. Como monumento de la influencia islámica es mucho más persuasivo que la mezquita nacional que costó un millón de dólares y que atrae a todos los turistas. Bajé rápidamente del vagón y corrí a sacar el billete para el próximo tren a Singapur. Partía a las once de la noche, de modo que tuve tiempo de tomar tranquilamente una cerveza con un viejo amigo y un plato de *satay* de pollo en una de aquellas callejas que hicieron que Gide llamase a la ciudad «*Kuala l'impure*».

23. La *Estrella del Norte*, el expreso nocturno de Singapur

—Yo no iría a Singapur aunque usted me pagara el viaje —dijo el hombre que se hallaba en el extremo de la barra en el coche salón.

Era un inspector de la policía malaya, un tamil cristiano llamado Cedric. Se estaba emborrachando con ese talante perezosamente confiado que adoptan las personas que se encuentran en un tren y tienen ante sí un largo viaje. Las personas que estaban en el coche salón (unos chinos jugando al *mahjong*, unos indios a los naipes y unos hacendados ingleses contando anécdotas) ofrecían el aspecto relajado de unos socios en el bar de un club malayo. Cedric afirmó que Singapur había perdido su encanto. Era caro, la gente no te hacía allí el menor caso.

—Es debido a la rapidez con que se vive. Le compadezco a usted.

—Y usted, ¿adónde va? —le pregunté.

—A Kluang —respondió—, para hacer trasbordo.

—¡Brindemos por Kluang! —dijo uno de los plantadores.

Los otros, sus amigos, no le hicieron caso. Un individuo que se encontraba allí plantado, con los pies muy separados, como un piloto en el castillo de popa (es la posición del bebedor de ferrocarril), dijo:

—A Hugh le quemaron los dedos en Port Swettenham...

Me acerqué a Cedric y le pregunté:

—¿Cuál es el atractivo de Kluang?

Kluang, una pequeña ciudad del estado de Johore, es la típica estación malaya, con su club, su casa de reposo, sus haciendas de caucho y sus plantadores que viven en bungalós.

—¡Los conflictos! —dijo Cedric—. Pero por eso es por lo que me gusta. Sé imponerme a lo bruto.

Había allí problemas laborales con los obreros tameses del caucho, y colegí que a Cedric le habían escogido tanto por su color como por su elevada estatura y su voz recia e intimidatoria.

—¿Cómo procede usted contra los alborotadores?

—Utilizo esto —dijo mostrándome un puño peludo—. O bien, si conseguimos que lo juzguen y condenen, el culpable recibe su ración de *rotan*.

El *rotan* es un bastón, una vara de un metro veinte de largo y medio dedo de grueso. Cedric dijo que la mayoría de sentencias de cárcel incluía azotes con el *rotan*. El número usual eran seis golpes. Un hombre, recientemente, había recibido veinte azotes en Singapur.

—¿No dejan marca?

—No —dijo un indio que estaba cerca de Cedric.

—Sí, dejan —repuso Cedric. Permaneció un instante pensativo y tomó un sorbo de whisky—. Bueno, depende del color de la piel que tenga el castigado. Algunos de

los alborotadores son de tez bastante oscura y las cicatrices del *rotan* no se notan. Pero en usted, por ejemplo, dejaría una enorme cicatriz.

—De modo que usted azota a la gente —dije yo.

—Yo no —dijo él—. De todas formas, es mucho peor en Singapur, y se supone que allí son civilizados. Desengañese, esto ocurre en todos los países.

—En Estados Unidos no ocurre —dije yo.

—Y tampoco ocurre en el Reino Unido —intervino uno de los plantadores que estaban escuchando la conversación—. Ya hace años que se acabaron las azotainas.

—Quizá deberían existir todavía —repuso Cedric, retador.

El plantador se mostró un poco contrariado, como si creyese en el castigo corporal pero no quisiera reconocer que estaba de acuerdo con los puntos de vista de un hombre al que despreciaba.

—Va contra la ley en el Reino Unido —repuso.

Le pregunté a Cedric por qué, si aquello era una solución tan estupenda, le enviaban a Kluang, donde sin duda habían estado azotando a los hombres durante muchos años.

—Usted no puede imaginárselo —dijo—, pero los azotes les dan una buena lección. ¡Zas! ¡Zas! Entonces se vuelven sumisos y modositos.

Al avanzar la noche, algunos de los bebedores abandonaron el coche salón, y Cedric indicó al barman tamil que abriera las ventanillas. El muchacho obedeció y, en la oscuridad, por encima del estruendo de las ruedas del tren, se oyó un continuo gorgoteo, como unas burbujas enormes que fueran estallando, y un chirrido, un vibrante crepitar que era casi como el zumbido de fondo de las conferencias telefónicas desde Malasia. Era el canto de las cigarras, las ranas y los grillos escondidos en una humedad que lo impregnaba todo y que ponía sordina a su alboroto.

Cedric terminó su bebida y dijo:

—Si va alguna vez a Kluang, avíseme. Veré lo que pueda hacer por usted.

Se fue con paso vacilante.

—Peeraswamy —dijo uno de los plantadores al barman—, dale una cerveza Anchor grande a cada uno de estos caballeros y mira si puedes encontrar un whisky para mí.

—Aquí falta alguien —apuntó uno de los hombres mirando a su alrededor—. ¿Quién es?

—¡Hench! —dijo otro—. Solía estar de pie junto a esa columna. ¡Demonio, cuánto bebía!

—Sin Hench, esto ya no parece lo mismo.

—¿Qué se sabe de él?

—Rafe estuvo en contacto con él.

—No, yo no —repuso Rafe—. Solo oí contar algunas anécdotas. Ya las conocéis.

—Alguien dijo que se había quedado ciego —aclaró uno de los hombres mientras se servía cerveza en un vaso—. Salud, Boyce.

—Salud —respondió el llamado Boyce.

—Yo nunca creí esa historia —dijo Rafe.

—Después oímos decir que estaba muerto —manifestó el tercero.

—¿No dijiste que se había ido a Australia, Frank?

—Eso es peor que estar muerto —opinó Boyce.

—Salud, Boyce —dijo Frank—. No, yo nunca dije eso. En realidad, creía que se encontraba en alguna parte de la federación.

—Ahora recuerdo —dijo Rafe— que en la hacienda había uno que creía que se estaba volviendo ciego. Era un irlandés, totalmente hipocondríaco. No paraba de estirarse hacia abajo la piel de su mejilla para mostrar el horrible globo ocular. Lo tenía inyectado en sangre, pero todos se burlaban de sus aprensiones. De todas formas, fue a un especialista en Singapur. Y volvió hecho una furia. «¿Qué te sucede, Paddy?», le preguntamos. Y él contestó: «¡Ese charlatán no sabe lo que es un glaucoma!».

—Me recuerda a Frogget —dijo Boyce.

—Muchísimas gracias —murmuró Frank.

—Háblale a Rafe de tu diabetes —prosiguió Boyce.

—Jamás he afirmado que la tuviese —se lamentó Frank—. Yo solo dije que era posible. Un síntoma de diabetes (lo leí en alguna parte) es que si te meas sobre tu zapato, la mancha se vuelve blanca, y entonces tienes motivos para preocuparte.

—Creo que tengo motivos para preocuparme —bromeó Boyce, levantando el pie hacia la barra.

—¡Muy gracioso! —dijo Frank.

—¿Dónde estamos? —inquirió Rafe inclinándose hacia la ventanilla—. No veo nada. Peeraswamy, ¿cuál es la próxima estación? Y entretanto, trae otras dos cervezas y un whisky para mi padre.

—Esta es la última cerveza que tomo —anunció Boyce—. He pagado por una litera y voy a utilizarla.

—Nos acercamos a Seremban —dijo Peeraswamy abriendo dos botellas de cerveza y deslizando por la barra un vaso de whisky.

—De veras que echo de menos a Hench —insistió Rafe—. Estaba ansioso por ir allá. Espero que no haya muerto.

—Bueno, me voy —dijo Frank, cogiendo su botella de cerveza—. Me la llevo. Me gustaría tener una mujer.

Cuando se hubo marchado, dijo Boyce:

—Estoy preocupado por Frogget.

—¿Por lo de la diabetes?

—Solo en parte por ello. Está empezando a comportarse como lo hacía Hench poco antes de desaparecer. Muy taciturno. Probad a mencionar Australia, y fijaos en

lo que dice. Se está volviendo muy raro.

En Seremban sonó el silbido del tren, que ahuyentó a los insectos. Rafe se volvió hacia mí.

—Le he visto hablando con ese sujeto indio. No se lo tome en serio. En realidad, si yo estuviese en su lugar, dividiría por diez todo cuanto él me dijese. Buenas noches.

Entonces me quedé solo en el bar del expreso nocturno *Estrella del Norte*. En el extremo del coche, seguían jugando al *mahjong*, y las cortinas oscilaron cuando abandonamos Seremban. Algunos insectos habían penetrado por las ventanillas empujados por el viento. Se agolpaban alrededor de las luces y se perseguían unos a otros en vertiginosas espirales.

—¿Singapur? —preguntó Peeraswamy.

Le dije que sí, que era allí adonde me dirigía.

—El año pasado, yo también estuve en Singapur —declaró.

Había ido para el *Thaipusam*. Había llevado un *kavadi*. El *Thaipusam*, festival tamil, ha sido prohibido en la India. En Singapur se fomenta su celebración para los turistas, que fotografían a los tamiles que se exhiben en Tank Road con las mejillas y los brazos atravesados por agujas, de metal. Las tamiles se reúnen en un templo por la mañana, y después de haberse atravesado largas agujas, y de engancharse por todo el cuerpo anzuelos de pesca de los que cuelgan limas, transportan a otro templo enormes relicarios de madera encima de la cabeza a lo largo de un kilómetro y medio. Encontré interesante que Peeraswamy lo hubiese hecho; le pedí pormenores de su asistencia a la fiesta.

—Tengo en el cuerpo dieciséis, ¿cómo les llaman ustedes?, ¿cuchillos?, en el cuerpo. Aquí, aquí y aquí. Uno me atraviesa la lengua. También anzuelos en las rodillas y aquí arriba, en los hombros. Hago esto porque esposa no preñada y estaba preocupado. Yo rezo para este asunto, y niño ya viene, de modo que doy gracias a mi dios Murugan, hermano de Subramanian. Digo más oraciones. No podemos dormir en la cama, no podemos dormir en un almohadón. Solo podemos dormir en el suelo, hasta que pasen dos semanas. Entonces, una semana antes, no podemos comer carne, solo leche, plátanos y fruta. Voy al templo. Otra gente está allí. Quizá cien personas, o doscientas. Yo me pongo a rezar y tomo un baño. Llega el padre y cantamos himnos —me mostró la manera en que cantaba, juntando las manos debajo de su barbilla, abriendo mucho los ojos y moviendo la cabeza hacia delante y hacia atrás—, y después de cantar, otra vez a rezar. Entonces entra el dios. Nos adelantamos todos impacientes. El padre coge la lengua y empieza a clavar los cuchillos y los anzuelos, y no sale sangre ni duele, incluso podría matarme. Yo no me preocupo. Viene la canción y viene el dios y nosotros no sabemos nada. Queremos salir, no queremos pararnos. Ellos ponen cuchillos, ganchos y lo que sea, y nosotros comenzamos a caminar.

»Nos sigue la multitud, un número enorme de personas. El tráfico se interrumpe, todos los coches nos dejan pasar, y mi mujer y mi hermana rezan-rezan y el dios entra en ellas y se desmayan. Yo no veo nada. Voy deprisa, casi corriendo, bajando por Serangoon Road, Orchard Road, Tank Road y doy tres veces la vuelta al templo. El padre está allí. Reza y pone el polvo en la cara y quita los garfios. Nosotros no sabemos nada, lo único que hacemos es desmayarnos en el interior del templo.

Peeraswamy estaba sin aliento. Sonreía. Le invité a tomar una botella de Green Spot y luego me fui a mi compartimento, golpeándome los hombros contra las paredes del pasillo del tren que avanzaba a gran velocidad.

Me levanté temprano para estar en la galería cuando cruzásemos la calzada elevada de Johor Bahru. Pero en el pasillo me tropecé con dos hombres que me cerraron el paso y me pidieron que les mostrase el pasaporte.

—Inmigración de Singapur —dijo uno de ellos.

—Lleva el pelo algo largo —dijo el otro.

—Y ustedes lo llevan algo corto —dije yo pensando que una impertinencia merecía otra.

Pero, según la ley de Singapur, los oficiales de inmigración estaban en su derecho al negarme la entrada si consideraban que mi pelo era desaliñado. La policía de Singapur, que carece prácticamente de efecto sobre los opresores y asesinos de las sociedades secretas chinas, suele llevar por la fuerza a la comisaría de Orchard Road a jóvenes melenudos para raparles allí mismo la cabeza.

—¿Cuánto dinero tiene usted?

—Bastante —respondí.

En ese momento, el tren pasaba por una vía elevada y yo estaba ansioso por echar un vistazo al estrecho de Johor.

—La cantidad exacta.

—Seiscientos dólares.

—¿Moneda de Singapur?

—Estadounidense.

—A ver.

Cuando hubieron contado hasta el último dólar, me dieron un visado de entrada. Pero entonces ya habíamos dejado atrás el paso elevado. El *Estrella del Norte* estaba pasando velozmente por los terrenos pantanosos y cubiertos de vegetación de la parte septentrional de la isla en dirección a Jurong Road. Yo asociaba esta carretera con una deuda. Cinco años antes, una mañana yo conducía por ella mi automóvil para llevar a mi mujer al trabajo. Siempre hacía un poco de frío cuando salíamos de casa, pero el sol naciente calentaba tan rápidamente la isla que la temperatura era de veintisiete grados en el momento en que mi hijo (mareado en su asiento de mimbre) y yo regresábamos, él al lado de su niñera, yo a mi novela sobre África que aún no

había terminado. Resultaba curioso viajar a través de la isla mientras mi memoria se veía asaltada por los intensos olores del mercado próximo a la plaza de Bukit Timah y la visión de las plantas tropicales que yo tanto amaba, las palmeras llamadas *pinang rajah*, que crecían junto a la vía del tren y que tienen hojas como plumas reunidas en la copa y parecen parasoles y las plantas que extienden verdes penachos desde las grietas y el tronco de cada viejo árbol de Singapur, el lozano adorno denominado «hoja espectral» que confiere vida al más muerto de los árboles. Sentía cariño hacia Singapur. ¿Cómo no iba a sentirlo si en ese lugar había nacido uno de mis hijos, si en él había escrito tres libros y me liberé de la monótona rutina de la enseñanza? Mi vida había comenzado allí. Pasamos por delante de Queenstown, donde Anne había dado clases en una escuela nocturna, el Hospital General de Outram Road, en el que yo recibí un tratamiento a causa del dengue, y la isla del puerto (entre los árboles) donde, en varias excursiones domingueras, nos habíamos visto atrapados por una terrible tormenta, vimos una gruesa serpiente marina venenosa y pasamos junto a un cadáver humano («¡que los niños no lo vean!») que la fuerza del viento hacía rodar como un juguete en la playa.

La estación de Singapur va a ser demolida porque al parecer su friso de granito de musculosos anglosajones que pretenden simbolizar la agricultura, el comercio, la industria y el transporte está tan pasado de moda como el rótulo de piedra que adorna el muro: FERROCARRIL DE LOS ESTADOS FEDERADOS MALAYOS. Singapur se considera a sí mismo una isla moderna en medio de una parte atrasada de Asia, y las personas que lo visitan confirman esta opinión al fotografiar sus nuevos hoteles y sus edificios de apartamentos. Desde el punto de vista político, Singapur es tan primitivo como Burundi, con unas leyes represivas, unos informadores a sueldo, un Gobierno dictatorial y unas cárceles repletas de presos políticos. Desde el punto de vista social, es como la India rural, con hogares que dependen de lavanderas, amas, jardineros, cocineros y lacayos. En las fábricas, los obreros, a los que como a cualquier otra persona en Singapur les están prohibidas las huelgas, cobran bajos salarios. Los medios de comunicación resultan sumamente insípidos a causa de la rígida censura. Singapur es una pequeña isla, cincuenta y seis kilómetros cuadrados durante la marea baja, y aunque el Gobierno se refiere a ella denominándola «la República», en términos asiáticos es poco más que un banco de arena, pero un banco de arena que ha sido enriquecido por las inversiones extranjeras y por la guerra del Vietnam. Su pequeña extensión lo hace fácil de manejar. La inmigración está estrictamente controlada, la planificación familiar es rigurosa, a nadie se le permite asistir a la universidad hasta que acredita poseer suficientes bienes como para responder de su conducta, a los chinos (de América, de Hong Kong y de Taiwán) se les anima para que se establezcan allí y a todos los demás se les anima para que se vayan. A la policía de Singapur se le asignan las más extrañas tareas y por los tribunales pasan los

delincuentes más inverosímiles. ¿En qué otro país de la Tierra encontraríamos estas noticias en un periódico?:

Once contratistas, tres padres de familia y un dueño de un puesto de petróleo fueron sancionados ayer con una multa de 6.035 dólares en total por criar mosquitos.

Tan Teck Sen, desempleado de 20 años, fue multado ayer con 20 dólares por gritar en el pasillo del Cockpit Hotel.

Cuatro personas fueron multadas ayer con 750 dólares en virtud de la ley de eliminación de insectos portadores de enfermedades por permitir la cría de insectos.

Sulaiman Mohammed fue multado ayer con 30 dólares por arrojar un trozo de papel en un desagüe, en el kilómetro 35 de Woodlands Road.

Siete u ocho años de prisión no es una sentencia infrecuente por un delito político y los azotes a menudo forman parte de la condena. Un forastero puede ser deportado por llevar los cabellos largos y cualquiera puede ser multado hasta con quinientos dólares por escupir o arrojar papeles al suelo. Esencialmente, estas leyes se aprueban para que los turistas extranjeros vayan a Singapur, pues, si circula la noticia de que Singapur es un lugar limpio y bien disciplinado, los estadounidenses querrán establecer allí factorías y emplear a ciudadanos nativos que no hacen huelgas. El Gobierno lo controla todo, pero tener vigilado un lugar tan pequeño no es difícil. Esta es una sociedad en la que se censuran los periódicos y no se tolera ninguna clase de crítica contra el Gobierno; la televisión se compone de inocuos espectáculos humorísticos, comedias de situación estadounidenses e inglesas y programas patrióticos; el correo es intervenido y los bancos se ven obligados a revelar las cuentas privadas de sus clientes. Es una sociedad en la que literalmente no existe vida privada y en la que el Gobierno ejerce un control absoluto. Esta es la idea que los habitantes de Singapur tienen del progreso tecnológico:

¿Le gustaría vivir en un Singapur futuro en el que la correspondencia y los periódicos llegasen a su casa electrónicamente?

Esto parece ciencia ficción, pero, según el director general de la Compañía de Teléfonos de Singapur, señor Frank Loh, «pronto podría llegar a ser una realidad», pues dijo que los adelantos realizados en las telecomunicaciones ya han introducido un gran cambio en nuestras vidas. Conceptos como el de «ciudad telegráfica», en la que un solo cable conectado a cada hogar o a cada oficina satisfaría todas las necesidades de comunicación pronto podrían convertirse en realidad.

El señor Loh, que estuvo hablando sobre comunicación telefónica en la convención de los Colegios de Ingenieros de Singapur y Malasia, dio más

pormenores de adelantos muy emocionantes que el futuro nos tiene reservados.

«Imagínense ustedes —dijo—, su hogar convertido en un centro de comunicación, en el cual tanto el correo como los periódicos podrían llegar suministrados electrónicamente».

The Straits Times, 20 de noviembre de 1973

Esto me pareció una tecnología que reducía la libertad, de modo que en una sociedad que básicamente era una planta de montaje para los intereses comerciales de Occidente, que dependía de la buena voluntad de las lavanderas y de la cobardía de los estudiantes, esta tecnología era útil para toda clase de programas y campañas. En una «ciudad telegráfica», no haría falta disponer de espacio en las paredes para anunciar: «Singapur necesita familias reducidas, haga deporte y comunique todo cuanto le resulte sospechoso». Bastaría con poner el anuncio en el cable telegráfico y enviarlo a todas las casas.

Pero esto no es todo lo que hay en Singapur. Existe una zona, últimamente más reducida que antes, donde la vida continúa a su aire, sin estar controlada por la policía o por el Ministerio de Tecnología. En esta zona, que está llena de bares, la gente celebra el sábado con un almuerzo a base de curry y bebe cerveza toda la tarde, diciendo: «Singapur es un desastre, yo me marché a Australia», o: «Tuvo usted suerte al marcharse cuando lo hizo». Es un lugar donde casi todo el mundo habla de irse pero nadie se va, como si al marcharse tuviera que dar cuenta de todos aquellos años de ocio dedicados a jugar con las máquinas tragaperras en el club de natación y a esperar la llegada del correo. En la zona hay todavía unos cuantos burdeles, salones de masaje y cafés, hay ventiladores en vez de aire acondicionado y algunos bares tienen terrazas en las que por la noche un grupo de bebedores podría disfrutar de media hora de diversión contemplando a un lagarto engullir ruidosamente una mosca.

Fue un dragón posado en la pared lo que provocó la reflexión que me indujo a marcharme. Me encontraba en The Mess, una casa alta y espaciosa en la cima de una colina cubierta de arbolado, y me di cuenta de que llevaba quince minutos o más mirando fijamente uno de esos lagartos; era una antigua costumbre, iniciada en momentos de aburrimiento. Tuve la impresión de haber estado en Singapur mucho tiempo antes, cuando era joven y no sabía nada, y al encontrarme allí por segunda vez, tras una ausencia de dos años, me pareció vislumbrar esta otra persona. Es posible, pasado cierto tiempo, conservar la ilusión de una felicidad anterior (infancia o días de la escuela), pero al volver al antiguo escenario desaparecen los años y se da uno cuenta de lo desgraciado que se sentía en aquella época. Me había sentido atrapado en Singapur; notaba que todo aquel ruido me estaba destrozando (los martillazos, el tráfico, las radios, los gritos) y había descubierto que la mayoría de los ciudadanos de Singapur eran maleducados, agresivos, cobardes y poco hospitalarios, llenos de vagos temores raciales y solo sensibles a cualquier autoridad despótica.

Creía que era un lugar asqueroso y muchos de mis estudiantes opinaban lo mismo y no podían imaginar por qué había gente que permanecía allí voluntariamente. Finalmente me marché, y en este retorno me era imposible comprender, al contemplar aquel dragón, por qué había residido allí tres años. Tal vez fuese la engañosa vacilación que yo llamaba paciencia o tal vez fuese mi falta de dinero. Estaba seguro de que no volvería a cometer la misma equivocación, de modo que, después de visitar a algunos amigos (y todos ellos me dijeron que proyectaban irse pronto), me marché. El día anterior lo había pasado en un club del que en otro tiempo había sido socio. El secretario del club era un hombre de aspecto altivo y risa maníaca, pero había estado en Singapur desde la década de los años treinta del siglo xx. Era realmente un antiguo residente, según decían. Pregunté por él.

—¿Es usted amigo de ese sujeto? —me preguntó el encargado del bar.

Dije que lo conocía.

—Si yo fuese usted no diría nada. El mes pasado se largó llevándose ciento ochenta mil dólares del dinero del club.

Igual que yo y que todos mis conocidos residentes en Singapur, aquel hombre había estado esperando la ocasión de poder largarse.

24. El tren de pasajeros de Saigón-Biên Hòa

Me fui a Vietnam para tomar el tren. La gente ha hecho cosas muy extrañas en ese país. El ferrocarril transvietnamita, que los franceses llamaban el *Transindochino*, tardó treinta y tres años en ser construido, pero en 1942, seis años después de haber sido terminado, fue destruido por una explosión y no lo han reparado. Es una confección colonial, como uno de esos platos franceses que tardan mucho en ser preparados y son devorados con rapidez, una breve suculencia que consiste en su mayor parte en trabajo y recuerdo. La línea discurría, a lo largo de la bella costa que muy pocos de nuestros reacios jenízaros han alabado, de Saigón a Hanói, pero ahora está hecha pedazos, como un gusano cortado para servir de cebo, con una sección aquí y otra allá retorciéndose con señales de vida. El Vietcong la destruye mediante minas, incluso con más furor desde el alto el fuego (que, quiérase o no, resulta un doloroso eufemismo); también la vuelan algunos camioneros, terroristas ávidos de dinero que creen que la continuación de estos fragmentos de ferrocarril (hasta Dalat, hasta Hué, hasta Tuy Hòa) les impediría ganarse la vida en la forma en que mis compatriotas les enseñaron. Como muchas otras cosas en Vietnam, el ferrocarril se encuentra en ruinas (en la provincia norteña de Binh Dinh, la vía férrea ha sido convertida en arrozales), pero lo sorprendente es que parte de él funciona todavía. El director delegado de los ferrocarriles vietnamitas, Tran Mong Chau, un caballero bajito, que usa unas gafas de cristales muy gruesos, me dijo:

—No podemos parar el ferrocarril. Lo mantenemos funcionando y perdemos dinero. Quizá hagamos algunas reparaciones. Si lo detenemos, todo el mundo sabrá que hemos perdido la guerra.

Tran Mong Chau me advirtió que no fuese de Nha Trang a Tuy Hoa, pero dijo que me gustaría el trayecto de Saigón a Biên Hòa; se efectuaban catorce viajes al día. Me advirtió que no era como los trenes estadounidenses. Este particular aviso (aunque ¿cómo iba él a saberlo?) lo tomé como una recomendación.

Fuera de la oficina, le pregunté a Dial, mi intérprete estadounidense:

—¿Cree usted que es seguro tomar el tren para Biên Hòa?

—Hará cosa de un mes, el Vietcong lo atacó —me respondió Dial—. Mataron a seis o siete de los viajeros en una emboscada. Pararon el tren con un montón de sal y empezaron a disparar.

—Tal vez deberíamos abandonar ese proyecto.

—No, ahora no ofrece ningún peligro. De todos modos, llevo una pistola.

Durante el desayuno, la mañana siguiente, Cobra Uno (este era el nombre clave de mi anfitrión estadounidense en Saigón) me dijo que el Departamento de Turismo de Vietnam quería verme antes de que tomase el tren para Biên Hòa. Contesté que con mucho gusto les haría una visita. Nos hallábamos comiendo en la azotea de la espaciosa vivienda de Cobra Uno, disfrutando de la frescura y la fragancia de los

árboles en flor. De vez en cuando, un helicóptero que volaba bajo pasaba evolucionando por entre los tejados de los edificios. Cobra Uno dijo que se estaba preparando una gran campaña para atraer turistas hacia Vietnam. Yo apunté que quizá la idea fuese algo prematura ya que, después de todo, la guerra aún continuaba.

—Aquí no nos enteramos de que hay guerra —dijo la mujer de Cobra Uno, Cobra Dos.

Levantó los ojos del periódico que estaba leyendo. Debajo de nosotros, en el centro de la propiedad, había una piscina, situada entre unos macizos de flores y unas hileras de palmeras. Una pared lejana estaba rematada por una espiral de alambre de espino, pero esto solo hacía que el lugar se pareciese más a Singapur. A lo largo del camino había un seto de hibisco rojo y grupos de helechos gigantes, y un hombre con una camisa amarilla pasaba el rastrillo por los senderos de grava bajo los laburnos. Cobra Dos, preciosa con su hermoso vestido de seda, moviendo coquetamente un pie enfundado en una preciosa zapatilla de piel y agitando la revista *Stars and Stripes*, dijo:

—Algunos de los mejores negocios de... ¿qué hemisferio es este?

—El oriental —dijo Cobra Uno.

—Bien. Algunos de los mejores negocios del hemisferio oriental se hacen precisamente aquí.

Las paredes del despacho del director de planificación de la comisión para el turismo en Vietnam estaban tapizadas de terciopelo rojo desde el suelo hasta el techo y ribeteadas con trencillas. Parecía que estuviéramos sentados en el interior de una caja de bombones de chocolate caros. Dije que no disponía de mucho tiempo, porque iba a tomar el tren para Biên Hòa. El director de planificación y el delegado de la comisión intercambiaron unas miradas inquietas. Vo Doan Chau, el director, comentó que el tren se encontraba en mal estado y que lo mejor que podía hacer era tomar un automóvil para Vung Tau e irme a nadar.

—Vietnam es famoso por sus playas —dijo.

¡Famoso por sus playas! «Y por muchas más cosas», iba a decir yo, pero Tran Luong Ngoc, el delegado de la comisión, formado en Estados Unidos, se lanzó a explicarme la campaña. Procederían a captar turistas y habían ideado una publicidad que no podía fallar, basada en el esquema del «¡Sígueme!». Se estaban imprimiendo unos carteles que mostraban lindas muchachas vietnamitas en lugares como Da Nang, Hué y la isla de Phu Quoc, y el eslogan de los carteles sería «¡SÍGUEME!». Estos carteles (PLEIKU —¡SÍGUEME!, DALAT— ¡SÍGUEME!) se enviarían a todos los países, pero la mayor parte del dinero de la campaña se emplearía en animar a los turistas de Estados Unidos y Japón. El señor Ngoc me dio un montón de folletos con títulos como *Lovely Hué* y *Visit Viet-Nam*, y me preguntó si tenía algunas preguntas que hacerle.

—Sí, acerca de esas playas —dije.

—Unas playas muy bonitas —dijo el señor Ngoc—. También bosques y mucho verdor.

—Vietnam lo tiene todo —dijo el señor Chau.

—Pero quizá a los turistas les fastidiaría que disparasen contra ellos —objeté.

—Se trata de lugares en los que no se combate —dijo el señor Ngoc—. ¿Por qué preocuparse? Usted mismo está viajando por el país, ¿no?

—Sí, y estoy preocupado.

—El consejo que voy a darle —dijo el señor Ngoc— es que no se preocupe. Esperamos muchos turistas. Creemos que serán estadounidenses y quizá algunos japoneses. A los japoneses les gusta muchísimo viajar.

—Ellos preferirían ir a Tailandia o a Malasia —dije yo—. También allá hay bonitas playas.

—Pero están muy explotadas —dijo el señor Chau—. Tienen grandes hoteles y carreteras y montones de gente. No son muy interesantes, yo las he visto. En Vietnam los turistas pueden disfrutar de la naturaleza.

—Y tenemos hoteles —dijo el señor Ngoc—. No de cinco estrellas, pero a veces con aire acondicionado o ventiladores eléctricos. El mínimo de confort, dirá usted quizá. Y tenemos el bungaló construido para el presidente Johnson cuando nos visitó. Podría convertirse en algo. Por el momento, no disponemos de mucho, pero tenemos muchos objetivos.

—Muchísimos —recalcó el señor Chau—. Apelaremos a la curiosidad de ustedes, los habitantes de América. Hay muchos que tienen amigos o parientes en Vietnam. Han oído hablar mucho de este país.

Y con palabras que sonaban claramente como un presagio, agregó:

—Ahora pueden descubrir cómo es realmente este país.

—Lugares como Bangkok y Singapur —dijo el señor Ngoc— son muy comerciales. Eso no es interesante. Nosotros podemos ofrecer espontaneidad y hospitalidad, y aunque nuestros hoteles no son muy buenos, podemos apelar también al deseo de aventura. Hay muchas personas a las que les agrada explorar lo desconocido. Entonces estas personas podrán volver a Estados Unidos y decirles a sus amigos que vieron el lugar donde se libró tal o cual batalla...

—Podrán decir: «¡Dormí en el refugio antiaéreo de Pleiku!» —dijo el señor Chau.

Había dos argumentos de venta, las playas y la guerra. Pero la guerra continuaba, a pesar del hecho de que en ningún párrafo del librito de cuarenta y cuatro páginas titulado *Visit Viet-Nam* se mencionasen los combates, salvo el comentario indirecto de que «el idioma inglés está progresando rápidamente bajo la presión de acontecimientos contemporáneos», que podía haber sido una sutil referencia a la ocupación y quizá a la guerra. En aquellos momentos (diciembre de 1973), setenta mil personas habían muerto desde el alto el fuego, pero la comisión para el turismo en Vietnam estaba anunciando Hué (una ciudad devastada de calles cenagosas,

ocasionalmente bombardeada) como «un lugar de belleza artística... donde los monumentos históricos, los patios y los pórticos ostentan el sello de su glorioso pasado», y apremiando a los visitantes de Da Nang a viajar nueve kilómetros al sur de la ciudad para ver «brillantes estalactitas y estalagmitas», sin mencionar el hecho de que todavía se estaba luchando encarnizadamente en aquella misma región, donde unos combatientes se habían escondido en las grutas próximas a Marble Mountain.

Antes de que yo abandonara el despacho, el señor Chau me llevó aparte.

—No vaya a Biền Hòa en tren —me dijo.

Le pregunté por qué.

—Es el peor tren del mundo —afirmó.

Le preocupaba que yo me empeñase en tomarlo.

Pero yo insistí, y deseándole mucha suerte en su campaña para atraer turistas a los campos de batalla, partí para la estación. No hay ninguna señal en la estación de Saigón, y aunque quizá me encontraba a veinte metros de distancia de ella, nadie por allí sabía dónde estaba. La encontré por pura casualidad, al atravesar una oficina de despacho de billetes de Air Vietnam, pero incluso cuando estuve en el andén no estaba seguro de que fuese la estación del ferrocarril. En el andén no había viajeros ni trenes en las vías. Resultó que el tren estaba muy cerca, pero no debía partir hasta después de veinte minutos. Los vagones eran unas maltrechas cajas verdes, algunas de madera (con astillas salientes) y algunas de metal (con abolladuras). La disposición de los asientos, un banco estrecho que corría a lo largo de las paredes del vagón, no resultaba ni cómoda ni conveniente, y la mayoría de los pasajeros permanecía de pie. Sonreían, agarrando con fuerza unos patos y unos pollos de aspecto abatido y a sus hijos semiestadounidenses cruelmente quemados por el sol.

Había otro tren aún más viejo en el extremo de la estación. Atraído por las barandillas de hierro forjado de las puertas de los vagones (un rasgo francés), me encaminé hacia allá con paso indolente. Al subir a aquel tren medio abandonado oí unos gemidos. Una muchacha saltó dos vagones más allá (vi su cuerpo enmarcado por las destartaladas puertas) y se abrochó los pantalones tejanos. Luego vi a un muchacho que se vestía a toda prisa. Tomé la dirección opuesta y me tropecé con dos heroinómanas que dormían, dos muchachas con tatuajes y cicatrices de agujas en los brazos. Una de ellas se despertó y me gritó algo. Yo me apresuré a alejarme, pues había otras parejas de amantes, y niños, y adolescentes de miradas amenazadoras que fisgaban por los vagones. Aquel tren no tenía locomotora. No iba a ninguna parte.

El jefe de estación, con una gorra de visera de plástico, cruzó la vía y me hizo señas. Yo salté del tren abandonado y me dirigí hacia él para estrecharle la mano. El hombre me explicó riendo tímidamente que ese no era el tren que iba a Biền Hòa, sino aquel otro, y señaló hacia la fila de los atestados furgones. Me encaminé hacia uno de los coches y cuando estaba a punto de montar en él, el jefe de estación me gritó:

—¡No! ¡No!

Me hizo una seña indicándome que lo siguiera y, riendo todavía, me condujo hasta la parte posterior del tren, donde había un vagón completamente diferente. Ese coche de madera, con una cocina, tres compartimentos para dormir y un amplio salón, era evidentemente una reliquia del *Transindochino*, y, aun cuando no fuese lujoso ni siquiera con los criterios indios, resultaba cómodo y espacioso. Era, según me dijo el jefe de estación, el del director y el director había exigido que yo viajara en él. Monté, pues, en el vagón; el jefe de estación hizo una seña al guardavía y el tren se puso en marcha.

Un viaje gratuito en el vagón particular del director para aumentar todavía más la sensación de irrealidad del lugar. Aquello no era lo que yo esperaba, al menos en Vietnam. Pero la vigencia de los privilegios venía a ser una versión del derroche estadounidense. Era una función de la guerra, que produjo un sistema obsequioso para procurarse la simpatía de los visitantes, todos los cuales (¿por los peligros que creían correr?) necesitaban ser tratados como vips. Cada visitante era un propagandista en potencia y lo más irónico era que incluso el más manso, al verse rodeado de honores y comodidades, se volvía proclive a ofenderse por cualquier nimiedad. Esta hospitalidad, aumentada por la natural generosidad de los vietnamitas, continúa. Resultaba casi bochornoso aceptarla, porque tenía su origen en el mismo plan que desarrolla una compañía cuando monta cínicamente una campaña para popularizar un producto que carece de éxito. Deformaba la realidad. Pero me reservé mi desdén. Los vietnamitas habían heredado unos hábitos engorrosos y caros de despilfarro. Nos hallábamos sentados alrededor de una mesa, en el salón que ocupaba una tercera parte del vagón del director. El jefe de estación se quitó la gorra y se alisó el pelo. Dijo que después de la Segunda Guerra Mundial le habían ofrecido algunos empleos bien retribuidos, pero que él había preferido volver a su antiguo puesto del ferrocarril. Le gustaban los trenes y creía que los ferrocarriles vietnamitas tenían un gran futuro.

—Cuando hayamos reinaugurado la línea hasta Loe Ninh —me dijo—, seguiremos hasta Turquía.

Le pregunté cómo era posible.

—Subiremos hasta Loc Ninh y luego construiremos una línea hasta Phnom Penh. Eso nos lleva a Bangkok, ¿no? Entonces, seguimos hasta allí, hasta allá, hasta más allá... ¿quizá la India...? Después Turquía. Hay un ferrocarril en Turquía.

Él estaba seguro de que Turquía se encontraba al otro lado de la montaña y la única dificultad con que tropezaba (ciertamente, ello parecía una característica del modo en que los survietnamitas entienden la geografía política), estribaba en arrebatarse Loc Ninh al Vietcong y en extender la vía férrea a través de los pantanos de Camboya. Su visión del ferrocarril transcontinental, que abarcaba ocho vastos países, encontraba un solo obstáculo: el de vencer al enemigo y obligarle a salir de aquella pequeña localidad fronteriza. Para el ciudadano vietnamita el resto del mundo es

sencillo y apacible. Tiene el egoísmo de un enfermo que cree que es el único infeliz que sufre en un mundo de gente sana.

—Aquí a veces padecemos emboscadas —dijo el jefe de estación—. Hace unas semanas, cuatro personas murieron por disparos de rifle.

—Entonces, tal vez fuera conveniente que cerrásemos las ventanillas —repuse.

—¡Oh, muy bueno! —exclamó, y tradujo el chiste a su delegado que estaba preparando unos vasos de Coca-Cola.

Era una vía de una sola línea, pero unos intrusos habían trasladado sus chozas tan cerca de ella que a través de las ventanas vi el interior de unas habitaciones en las que unos niños jugaban, sentados en el suelo. Otras personas se acababan de levantar y procedían a vestirse. Por el olor discerní lo que estaban cocinando: pescado y carne pasada. Tras el cristal de una ventana vi a un hombre que se estaba meciendo en una hamaca a escasos palmos de mi nariz. En los alféizares de las ventanas había unas cuantas frutas, y comenzaron a rodar al pasar el tren.

Nunca había tenido una sensación tan intensa de hallarme dentro de las casas por delante de las cuales estaba pasando, y tenía la impresión de interrumpir algunos quehaceres domésticos rutinarios. Pero la gente que vivía en aquellas míseras viviendas no parecía advertir la presencia de ningún extraño frente a sus ventanas.

Desde la parte posterior del tren divisé a las mujeres del mercado y los niños que volvían a ocupar la vía y, una vez, tuve una visión fugaz de un hombre que avanzaba dando saltos. Creí que era un estadounidense con barba y con un holgado pijama, alto, delgado, cargado de espaldas, con grandes pies y que caminaba a zancadas. Desapareció entre dos casas de madera y quedó rodeado de cuerdas de las que pendían viejas prendas de ropa puestas a secar. Esto sucedió en uno de los barrios más poblados de las afueras de Saigón, y la visión rápida de aquel hombre, cuya estatura resultaba desmesurada en aquel lugar (la torpeza de sus movimientos hacía resaltar aún más su altura con respecto a las otras personas), me indujo más tarde a intentar informarme acerca de él. Dial me dijo que probablemente era un desertor, uno de los alrededor de doscientos que permanecen en el país, sobre todo en el área de Saigón. Algunos son adictos a la heroína, otros tienen empleos legítimos y están casados con vietnamitas, y otros se han convertido en ladrones. Gran parte de los robos que se cometen en Saigón pueden atribuirse a los desertores duchos en toda clase de delitos: saben qué artículos pueden hurtar del economato militar y tienen más habilidad que los vietnamitas en robar automóviles. Ninguno de esos hombres tiene documentos de identidad y Vietnam es un país del que resulta difícil salir. Su única esperanza es subir con una embarcación por el Mekong y pasar a Tailandia. O bien podrían rendirse. Era una extraña comunidad de fugitivos prácticamente sin nombre, y al pensar en ellos (en aquel hombre barbudo, en pijama, que había cruzado a toda prisa la vía del tren en pleno día) me sentí lleno a partes iguales de curiosidad y de lástima. Vi en ellos un argumento para una obra de ficción, una situación que contenía a la vez un enigma y algunas pistas para resolverlo. Si uno tuviese que

escribir sobre Vietnam de una forma coherente, tendría que empezar por esos marginados.

Salí del vagón particular y empecé a recorrer el tren. Estaba atestado de personas horriblemente mutiladas, con redondeados muñones, de soldados con uniformes arrugados y ancianos de barba hirsuta que se apoyaban en bastones. Un ciego que llevaba un Stetson de paja tocaba una guitarra y cantaba desafinadamente para un grupo de soldados. Pero no todos los viajeros eran gente decrepita y abandonada. La impresión que tuve en el tren de Biên Hòa, y que conservé en mi mente todo el tiempo que estuve en Vietnam, fue que los vietnamitas eran personas de muchos recursos. Parecía increíble, pero había colegialas con carteras llenas de libros y mujeres con grandes bolsas de hortalizas, y hombres, de pie junto a las puertas de lo que en realidad eran vagones de carga, que iban a trabajar a Biên Hòa. Al cabo de tantos años, uno esperaba verlos derrotados. Sorprendía comprobar que eran mucho más que supervivientes. Pese a las crueles interrupciones causadas por la guerra, habían mantenido obstinadamente la rutina de la escuela, del mercado, de la fábrica. Al menos una vez al mes, el tren sufría una emboscada, y la gente hablaba de «la ofensiva» como si se tratara de algo inevitable, con el mismo tono con que se refería a los monzones. Estos viajeros efectuaban su trayecto diario: un viaje peligroso. Se habían resignado al peligro. Para ellos la vida no cambiaría nunca y la amenaza del enemigo era tan imprevisible como el estado del tiempo.

Una señora con un bebé medio estadounidense me seguía a través de los vagones, y cuando me detuve en un enganche para dar un prudente salto, ella me agarró por el brazo y trató de darme el niño. Era una criatura de unos dos años, de tez clara, regordeta y ojos redondos. Yo sonreí y me encogí de hombros. La mujer me mostró la cara del bebé, pellizcándole las mejillas y siguió ofreciéndomelo. El niño se echó a llorar y entonces la señora se puso a hablar en voz alta, y un grupito de personas se acercó a escucharla. La mujer me señalaba mostrando al mismo tiempo al niño como si me acusara.

—Será mejor que no nos detengamos —dijo Dial.

Me explicó que el niño había sido abandonado. La mujer lo había encontrado y cuidaba de él. Pero no era de ella, era un chiquillo estadounidense. Quería dármelo a mí y no podía comprender por qué yo no lo quería. Continué oyendo sus gritos mientras atravesaba el siguiente coche también lleno de gente.

Caminamos hasta llegar a la locomotora, una diésel nueva, y después avanzamos por la galería hasta la plataforma anterior. Pero la vista no era muy interesante desde allí, y señalando hacia una colina de la derecha, Dial comentó:

—Allí es donde los vietcongs desencadenaron un ataque con cohetes hace unas semanas. Pero no se preocupe, ahora ya no están. Se presentan de improviso, disparan unos cuantos cohetes y se van.

Agarrado a la barandilla de la parte delantera del tren, contemplé cómo la vía iba extendiéndose ante nosotros, y más allá, el paisaje amarillo, arrasado, sin árboles, en

cuyo horizonte se extendía Biên Hòa, mezcla de tejados grises y de chimeneas. El viento olía a excremento, y a lo largo de la vía férrea corría una riada de porquería, peor que todo cuanto había visto en la India, que amenazaba con anegar los raíles a medida que fluía de las casuchas cercanas. Estas no eran efímeros cobijos levantados de cualquier modo, sino casitas construidas por contratistas con autorización oficial. Pero carecían de desagües. Eran adecuadas en un país cuyas grandes carreteras no llevaban a ninguna parte, donde los aviones volaban sin rumbo y el Gobierno era una tiranía solo atenta a sus propios intereses. La opinión generalizada era que los estadounidenses habían actuado como imperialistas, pero la acusación no era exacta. La misión de Estados Unidos fue puramente militar. En ninguna parte había rastro alguno de los acostumbrados quehaceres municipales de una potencia colonizadora: arreglo de carreteras, alcantarillado o edificios permanentes. En Saigón, la embajada y la biblioteca Abraham Lincoln habían agotado el tiempo del único arquitecto que se envió en nueve años. Estos dos edificios resistirán una ofensiva porque el arquitecto supo incorporar una pantalla contra cohetes a la decoración del muro exterior. Pero eso no constituye un logro muy importante comparado con la oficina de Correos, de construcción francesa, la catedral, las diversas escuelas, los sólidos clubes tales como el Cercle Sportif Saigonnais, y todas las grandes residencias, de las que la de Cobra Uno representaba un ejemplo bastante modesto. Y en los suburbios de Biên Hòa, creados por la presión de la ocupación estadounidense, las carreteras iban quedando destruidas y el cólera penetraba en los patios interiores. La planificación y la conservación caracterizan incluso a los imperios más efímeros y brutales; aparte de la institución de un sistema legal, no hay muchas más virtudes imperiales. Pero los norteamericanos no se comprometieron a conservar nada. Ahí está la estación de Biên Hòa, construida hace cincuenta años. Se está cayendo, pero no se trata de eso. No hay muestra alguna de que haya sido reparada nunca por los estadounidenses. Incluso desplomándose bajo su guirnalda de alambre de espino, aparece mucho más fuerte que los hangares de la base aérea de Biên Hòa.

—Si los del Vietcong hubiesen atacado este tren —dijo Dial, saltando fuera de la locomotora al llegar a la estación de Biên Hòa—, nosotros habríamos sido las primeras víctimas.

Aquella tarde di una conferencia (mis acostumbradas divagaciones sobre la novelística) en la Universidad Van Hanh de Saigón. Suscitó una serie de preguntas antagónicas acerca de la situación de los negros en Estados Unidos, a las que respondí lo más honradamente que pude. Después, el rector, el venerable Thich Huyen-Vi, un monje budista, me regaló un ejemplar dedicado de su tesis doctoral, *Estudio crítico de la vida y obras de Sariputta Thera*, y me marché al Cercle Sportif.

—Aquí nos encontramos en la Saigón sitiada —dijo Cobra Uno.

Me condujo a un espacio de cuatro hectáreas donde chinos, vietnamitas y quizá una docena de lánguidos franceses estaban jugando (al bádminton, al tenis, al ping-pong y a los bolos, y practicando esgrima y judo) entre los árboles iluminados. Jugamos una partida de billar y luego nos fuimos a un restaurante. Había algunas parejas de enamorados muy amartelados y un grupo de hombres que charlaban.

—Aquí nos encontramos en la Saigón sitiada —repitió Cobra Uno.

Después fuimos a un club nocturno de Tu Do, la calle más importante de Saigón. El interior estaba muy oscuro. Nos pusieron cubitos de hielo en los vasos de cerveza. Luego se encendió una luz roja y una muchacha vietnamita con minifalda cantó en versión rápida *Where Have All the Flowers Gone?* Las cabezas que se veían en la penumbra eran las de los animados bailarines que se agitaban al compás de la canción. Vi a Cobra Uno gesticulando en el extremo de la mesa y alcancé a oír, por encima de la voz gangosa de la cantante: «... Saigón sitiada».

El día siguiente (como no había tren) viajé a la ciudad de Can Tho, en el delta, en un avión que tenía un fuselaje plateado tan arrugado como el papel de estaño de un viejo paquete de cigarrillos. Can Tho había sido en otro tiempo el hogar de millares de soldados estadounidenses. Con los burdeles y los bares cerrados, tenía el aspecto abandonado de un recinto ferial desierto después de un verano de ajetreo. Pero toda aquella desolación revelaba una especie de obstinación: no pensábamos quedarnos en Vietnam, de modo que nadie se formó una idea del país, salvo unas nociones abstractas de orden político y militar. El aeropuerto de Can Tho estaba casi destruido y la calle principal se veía acribillada de hoyos. Todos los edificios recientes tenían un aspecto provisional, casas prefabricadas, chozas, refugios de madera contrachapada. Pronto se caerán (algunas de estas construcciones ya han sido saqueadas y derribadas para aprovechar la madera) y dentro de algún tiempo, de muy pocos años, habrá pocas pruebas de que los estadounidenses estuvieron allí alguna vez. Hay campos de arroz envenenados entre las ramificaciones del río que se extienden como dedos en el delta del Mekong y hay centenares de niños rubios, pero dentro de una generación incluso estos rasgos insólitos desaparecerán.

25. El tren de viajeros Hué-Da Nang

Desde el aire, el agua gris y opaca del mar de la China meridional aparecía como una masa glacial. Se veían redondas tumbas budistas en medio de los pantanos y la real ciudad de Hué yacía medio sepultada por la nieve. Pero, en realidad, se trataba de arena mojada, no de nieve, y lo que parecían tumbas circulares eran cráteres causados por las bombas. Hué presentaba un aspecto extraño. En Saigón habíamos advertido abundancia de alambre de espino en las barricadas, pero escasos estragos ocasionados por la guerra; en Biền Hòa había casas bombardeadas, y en Can Tho se hablaba de emboscadas y tenían un hospital lleno de heridos. Pero en Hué pude ver y oler la guerra. Fangosas carreteras destrozadas por los camiones del ejército, gente que corría bajo la lluvia llevando paquetes, soldados vendados que trastabillaban por el cieno arrastrado por el monzón en la ciudad destruida, o que miraban por entre los cañones de sus rifles desde la parte trasera de unos camiones sobrecargados. La gente corría de un lado a otro con una desesperada simultaneidad. Rollos simétricos de alambre de espino obstruían la mayoría de las calles, y las casas aparecían protegidas con sacos de arena. El día siguiente, en el tren, Cobra Uno (que con Cobra Dos y Dial me acompañaba en el viaje) dijo:

—¡Fíjese! ¡Cada casa tiene su propio agujero de bala!

Era cierto. Casi todas las casas estaban resquebrajadas y muchas mostraban agujeros irregulares en la pared. La ciudad entera ofrecía el aspecto de haber sido violada, y detritus de los ataques aéreos yacían en las hinchidas charcas. Poseía algunos vestigios de la época imperial (vietnamita, francesa), pero esta exquisitez apenas era algo más que una promesa quebrantada.

El frío era muy intenso, a causa de las nubes bajas y la llovizna que empapaba las húmedas viviendas. Yo estuve caminando de un lado para otro y cruzándome de brazos para conservar el calor durante la conferencia que di en la Universidad de Hué. Era un edificio colonial, en realidad nada académico, que había sido una tienda elegante llamada Morin Brothers, que los plantadores que vivían lejos utilizaban como casa de huéspedes y de aprovisionamiento. Di la conferencia en uno de los antiguos dormitorios. Desde la galería abierta veía el descuidado patio, el estanque en mal estado y los postigos despintados de las ventanas de las otras habitaciones.

Más tarde fuimos en automóvil a un risco que se yergue encima de las tumbas reales, a orillas del río Perfume.

—Es territorio del Vietcong —me dijo el señor McTaggart, el oficial del Servicio de Información de Estados Unidos.

Era un hombre afable de cabello blanco que guisaba sus propias comidas y a veces paseaba en bicicleta y practicaba sus nociones de lengua vietnamita con los centinelas del risco. Al otro lado del río, el territorio del Vietcong constituía una serie de montañas peladas, pues su vegetación había sido arrasada. Todavía sonaban

disparos de vez en cuando. Una patrullera solía acercarse a la orilla enemiga y pasarse una tarde abriendo fuego en dirección a las montañas, no contra un blanco particular, sino más bien como el soldado francés de *El corazón de las tinieblas* que sin un objetivo (demencialmente, dice Conrad) dispara contra la selva africana.

—Ha de venir usted durante la estación cálida —dijo uno de los vietnamitas—. Podrá alquilar una barca y una muchacha y traer algo de comida, y pasar la noche en la orilla del río haciendo el amor y comiendo en un sitio fresco.

Yo prometí que lo haría. A continuación fuimos a visitar las tumbas. Cuanto más antiguos eran los edificios de Hué, mejor era su estado de conservación. Las chozas de Quonset del año pasado se estaban cayendo a pedazos; la casa de cuarenta años de antigüedad del señor McTaggart era fea pero confortable, y las tumbas reales, que tenían cuatro siglos, permanecían intactas, aunque se habían construido con materiales de segunda mano, de acuerdo con la costumbre vietnamita (para demostrar humildad): maderas y piedras viejas, vasijas de barro rotas y ladrillos resquebrajados. Había enmarañados jardines y puertas esculpidas con resollantes dragones agazapados encima de los arcos, y en los aposentos interiores, en los polvorientos mausoleos, unas ancianas andaban cojeando de un objeto a otro, encendiendo bujías para mostrarnos el reloj francés (faltaban las manecillas), los candelabros de cristal, los dorados altares, los gabinetes con incrustaciones de nácar y los abanicos de plumas de pavo real («Ella dice que provienen del rey francés»). Las manos de las viejas señoras temblaban mientras acercaban las llamas de las bujías a aquellos tesoros secos como yesca y yo temía que les prendiesen fuego. Cuando nos marchamos, ellas apagaron todas las velas y se quedaron en las oscuras tumbas. Era una ciudad de la que la gente huía constantemente, pero las ancianas (sirvientas de reyes de las décadas tercera y cuarta del siglo xx) no se marchaban nunca. Comían y dormían en el recinto del mausoleo real.

Aquella noche hacía frío. Unos perros ladraban en la cenagosa calleja y, a pesar de la baja temperatura, mi dormitorio estaba lleno de mosquitos que me atormentaban sin cesar.

La mañana siguiente, en la estación de Hué, un vietnamita de exigua estatura, con un traje de gabardina gris, se precipitó a mi encuentro y me agarró por el brazo.

—Bienvenido a Hué —me dijo—. Su vagón está a punto.

Era el jefe de estación. Le habían comunicado mi llegada y se había apresurado a enganchar al tren de pasajeros de Da Nang uno de los vagones particulares del director. Como los ferrocarriles vietnamitas habían sido destrozados, cada sección separada tenía un vagón para el director. Cualquier otro ferrocarril tendría uno de aquellos vagones, pero los ferrocarriles vietnamitas constituyen seis líneas separadas que operan con una absoluta independencia. Igual que en Saigón, subí al vagón particular con cierto recelo, sabiendo que me resultaría difícil escribir algo poco

generoso para con esas gentes. Me sentía incómodo en mi compartimento vacío, en mi vagón, viendo a unos vietnamitas que hacían cola para poder viajar en unos vagones abarrotados. El jefe de estación me apartó rápidamente de la taquilla («¡No es necesario!»), pero tuve tiempo de echar una mirada a los precios: ciento cuarenta y tres piastras (veinticinco centavos de dólar) para ir hasta Da Nang, quizá el trayecto de ciento quince kilómetros más barato del mundo.

Dial, el intérprete, y Cobra Uno y Dos subieron y se reunieron conmigo en el compartimento. Permanecíamos sentados en silencio mirando por la ventanilla. El edificio macizo y encalado de la estación, una versión de El Álamo, estaba surcado de agujeros de bala que habían roto parte del estuco y dejado al descubierto los ladrillos rojos. Pero la estación, de la misma época que la casa de ventanas saledizas de McTaggart y que la tienda de Morin Brothers, había sido construida para que durase y no tenía nada que ver con los solares baldíos y los cimientos de hormigón de las afueras de Hué, donde los derruidos barracones de la Primera División de Marines se hundían en el barro. Era como si todo el aparato de la guerra hubiera sido cronometrado para autodestruirse el día en que los estadounidenses se fueran, para no dejar ningún vestigio de la brutal aventura. En la vía muerta, varios furgones blindados exhibían grandes brechas en los costados de acero, donde las minas los habían reventado. Aquellos furgones eran el hogar de unos niños de mirada triste. En la mayoría de los países tropicales, los adultos, como los que presenta William Blake, se mantienen de pie a cierta distancia, vigilando a los niños mientras estos juegan. En Vietnam, los niños juegan solos y los adultos parecen haber sido eliminados. Uno busca a los padres en medio de grandes grupos de niños, la figura de un adulto que sirva de fondo a la escena, pero (y esto deforma el paisaje) los padres no están. La viejecita, con la larga falda cubierta de barro y los cabellos empapados por la lluvia, lleva una criatura a la espalda, es otra criatura.

—¿Ha visto usted el lavabo? —preguntó Dial.

—No.

—Abra el grifo y verá lo que sale.

—Herrumbre.

—Nada —dijo Cobra Dos.

—¡Agua! —dijo Dial.

—Correcto —aprobo Cobra Uno—. Paul, apúntese eso. Los grifos funcionan. Hay agua corriente. ¿Qué le parece?

Pero ese era el único lavabo del tren.

El jefe de estación había dicho que la vía férrea hasta Da Nang llevaba expedita cuatro meses después de haber estado inutilizada durante cinco años. Hasta entonces no se había interrumpido el servicio. La razón de que la reinauguración coincidiera con la retirada estadounidense era algo que nadie podía explicarse. Mi propia teoría era que ya no había camiones estadounidenses que recorrieran en ambos sentidos la única carretera que hay entre Hué y Da Nang, la carretera Uno, la denominada «calle

sin alegría». Esta reducción del tráfico de carretera había inducido a los vietnamitas a poner en marcha el ferrocarril. La guerra no se había reducido, sino que se había hecho menos mecanizada, menos artificiosa. El dinero y las tropas extranjeras la habían complicado, pero los vietnamitas habían vuelto, desde las hostilidades industrialmente organizadas de los estadounidenses, a la superestructura colonial, a las comunicaciones más lentas, un regreso a la agricultura, al alojamiento en los viejos edificios y a un sistema de transportes basado en el ferrocarril. La manera estadounidense de hacer la guerra había sido dejada de lado. Los puestos de artillería abandonados, los esqueletos de los cuarteles y las carreteras destruidas demostraban que esto era un hecho, visible desde el tren de pasajeros que se dirigía hacia Da Nang con su carga de hortalizas cultivadas en Hué.

Los puentes que se encuentran en esa vía dan testimonio de la guerra. Son recientes y presentan una herrumbre nueva en sus soportes. Otros, los que fueron destrozados por cargas explosivas, yacen en el fondo de los barrancos, y con sus formas retorcidas parecen seres vivos sin movimiento. Algunos ríos contienen masas de puentes rotos, negros nudos de acero grotescamente arracimados al nivel del agua. No todos ellos eran recientes. En los barrancos donde había dos o tres, consideré que los más antiguos eran restos de los bombardeos japoneses, y otros eran producto de la demolición practicada por el terrorismo posterior de los años cincuenta y sesenta del siglo xx porque cada guerra había dejado sus propios vestigios de destrucción. Formaban intrincadas figuras, como extrañas esculturas metálicas. Las mujeres vietnamitas ponían a secar en ellos la ropa que lavaban.

Era en los ríos —en estos puentes— donde más se notaba la presencia de los soldados. Constituían puntos estratégicos. Un puente bombardeado podía dejar fuera de funcionamiento la línea férrea por espacio de un año. Así, a cada lado del puente, en montículos algo elevados, había refugios de sacos terreros, fortines y blocaos desde donde los centinelas, en su mayoría muy jóvenes, saludaban el paso del tren agitando sus fusiles. En sus refugios se veían inscripciones con banderas rojas y amarillas. Dial me las tradujo. Una de las más típicas era: «Saluda con alegría la paz pero no te duermas ni te olvides de la guerra». Los soldados andaban en camiseta y algunos se mecían en hamacas. Otros nadaban en los ríos o se lavaban la ropa. Unos cuantos contemplaban el tren, con sus rifles al hombro y con sus uniformes excesivamente grandes, metáfora de desparejamiento que nunca dejaba de recordarme que aquellos hombres, aquellos muchachos, habían sido vestidos y armados por unos soldados mucho más altos que ellos. Cuando se marcharon los estadounidenses, la guerra les venía demasiado grande, como aquellas camisas cuyos puños les llegaban hasta los nudillos de los dedos y aquellos cascos que se les caían sobre los ojos.

—Aquello es territorio del Vietcong —dijo Cobra Uno señalando una serie de lomas que iban creciendo hasta convertirse, en la lejanía, en montañas—. Podría

decirse que el ochenta por ciento del país está controlado por el Vietcong, pero esto no significa nada porque solo tienen el diez por ciento de la población.

—Yo estuve allá arriba —dijo Dial recordándose que había sido marine—. Estuvimos patrullando unas tres semanas. ¡Qué frío hacía! Pero de vez en cuando íbamos a una aldea. Cuando la gente nos veía, salía corriendo y nosotros utilizábamos sus chozas, dormíamos en sus camas. Recuerdo que un par de veces (esto realmente me hizo polvo) tuvimos que quemar todos sus muebles para mantenernos calientes. No pudimos encontrar nada de leña.

Las montañas se iban haciendo más altas adquiriendo el aspecto de anfiteatros con vistas al mar de la China. Imponentes, peladas y azules, sus cimas se suavizaban con la neblina y con el humo de unas fogatas. Bajábamos hacia el sur por la desigual franja costera que todavía pertenecía al Gobierno de Saigón, entre las montañas y el mar. El tiempo había cambiado. Tal vez habíamos dejado atrás la llovizna que era constante en Hué. Hacía sol y calor. Los vietnamitas treparon a los techos de los vagones y se sentaron con las piernas colgando. Nos encontrábamos lo suficientemente cerca de la playa para oír el rumor de las rompientes, y más allá, en las ensenadas, barcas de pesca y canoas cabalgaban las espumosas olas en dirección a la playa, donde unos hombres con sombreros en forma de parasol lanzaban al agua unas redes circulares.

—Dios mío, este es realmente un país muy bello —dijo Cobra Dos.

Estaba tomando fotos desde la ventanilla, pero ninguna fotografía podía reproducir la complejidad de aquella belleza. En la distancia, el sol iluminaba la cicatriz dejada por una bomba en el bosque y el humo llenaba el fondo de un valle. Una columna de lluvia caía sesgada de una nube fugitiva sobre una ladera, y el azul dejaba paso al verde oscuro, al verde claro de los campos llanos cubiertos de brotes, que, después de una franja roja de arena, se convertía en una inmensidad de océano azul. Las distancias eran tan enormes y el paisaje era tan vasto que tenía que estudiarse por partes, como un mural contemplado por un niño.

—No tenía idea de esto —dije yo.

De todos los lugares a los que me había llevado el ferrocarril desde Londres, ese era el más bello.

—Nadie lo conoce —dijo Cobra Dos—. Nadie en Estados Unidos tiene la más ligera idea de lo hermoso que es esto. ¡Fíjese en eso, Dios mío, fíjese en eso!

Nos hallábamos al borde de una bahía de color verde que centelleaba a la clara luz del sol. Más allá de la reverberante superficie color de jade del mar, se veían unos acantilados y un valle tan grande que contenía sol, humo, lluvia y nubes, todo a la vez, en cantidades independientes de color. Yo no estaba preparado para tanta belleza y me sorprendió y me humilló en la misma medida que lo había hecho la vaciedad en la India rural. ¿Alguien ha mencionado el hecho de que las alturas del Vietnam son unos lugares de grandeza inimaginable? Aunque no cabe reprochar a un asustado recluta que no se haya fijado en tal magnificencia, deberíamos haber sabido que los

franceses no la habrían colonizado ni los estadounidenses habrían luchado tanto tiempo si aquella exuberancia no invitase a adueñarse de ella.

—Esto es el valle del A Shau —dijo Cobra Uno que hasta entonces había estado haciendo una divertida imitación de Walter Brennan.

Las cumbres se alzaban, rodeadas de neblina. Debajo de ellas, en el humo y en el sol, aparecían profundos barrancos negros y grandes cascadas. Cobra Uno movió la cabeza diciendo:

—Un gran número de hombres buenos murió allí.

Deslumbrado por el panorama, me puse a recorrer el tren y vi a un ciego que avanzaba a tientas hacia la puerta y oí sus pulmones resoplando como fuelles; unas ancianas de dientes negros vestidas con negros pijamas apretaban en sus brazos cestas de mimbre con cebollas tiernas; también vi a varios soldados, uno de cara cenicienta sentado en una silla de ruedas, otro apoyado en muletas, otros con vendajes recientes en manos y cabeza, y todos ellos con los uniformes estadounidenses que evocaban la verdadera esencia del travestismo. Un oficial atravesaba los vagones comprobando los documentos de identidad de los varones civiles, en busca de posibles desertores. Este oficial se quedó enredado en el cordel sostenido por un ciego y atado a la cintura de su infantil lazarillo. En el tren había muchos soldados armados, pero no parecían constituir ninguna escolta. El convoy era defendido por concentraciones de soldados en los puentes, y por eso quizá resultaba más fácil volar la línea férrea con minas detonadas a distancia. Colocan estas minas debajo de los raíles durante la noche y, cuando el tren pasa por encima de ellas, un hombre escondido (que podría ser un vietcong o un terrorista contratado por un camionero de Da Nang) hace estallar la carga.

Dos veces durante aquel viaje, en pequeños apartaderos, unas ancianas me ofrecieron niños de piel blanca y cabello rubio como los que había visto en Can Tho y en Biên Hòa. Pero estos eran mayores, quizá de cuatro o cinco años, y era extraño oír a aquellos chiquillos de aspecto estadounidense hablar en lengua vietnamita. Pero todavía resultaba más extraño ver a los pequeños granjeros vietnamitas en la inmensidad de un paisaje cuyos árboles frondosos y cuyos barrancos y despeñaderos ocultaban a sus enemigos. Desde el tren, yo podía contemplar las montañas y olvidarme casi del nombre del país, pero la verdad se hallaba más cerca y era cruel. Los vietnamitas habían sido perjudicados y luego abandonados, como si, vestidos con nuestra ropa, los hubieran confundido con nosotros y hubiesen disparado sobre ellos; como si, precisamente cuando habían llegado a creer que estábamos identificados con ellos, nos hubiésemos largado.

Lo sucedido no era tan sencillo, pero se aproximaba más a la triste verdad que las opiniones de unos angustiados estadounidenses que, mientras se afeitaban, describieron la guerra como una sarta de atrocidades, una serie de errores políticos o un heroísmo interrumpido. La tragedia era que nosotros habíamos venido y, desde el

principio, no habíamos proyectado quedarnos. Da Nang iba a constituir la prueba de esto.

El tren se encontraba en el gigantesco paso de Hai Van («el paso de las nubes»), una división natural en el lado norte de Da Nang, parecida a una muralla romana. Si el Vietcong conseguía franquearla, el camino quedaría expedito hacia Da Nang, y sus soldados estaban ya vivaqueando en las lejanas laderas, a la espera.

Al igual que otros trayectos comprendidos entre Hué y Da Nang, las montañas y los valles más espectacularmente bellos eran (y son todavía) los más terribles campos de batalla. Más allá del paso de Hai Van, entramos en un largo túnel. Entretanto yo había recorrido el tren en toda su longitud y estaba de pie en la galería delantera, bajo la brillante luz de los faros de la locomotora. Un gran murciélago se desprendió del techo del túnel y comenzó a revolotear con vuelo torpe, golpeando las paredes con las alas y procurando mantenerse delante de la rugiente máquina. El murciélago descendió rápidamente, rozando la vía, luego, al aparecer el final del túnel, se remontó más despacio volando más cerca de la máquina a cada segundo que transcurría. Era como un juguete de madera y papel, y, como iba perdiendo velocidad, al final se encontraba a tres metros de distancia de mi cara, como una criatura aterrada que agitaba sus alas huesudas. Exhausto, descendió unos palmos más, y luego, en la luz de la salida del túnel —una luz que el murciélago no percibía—, sus alas se plegaron, se inclinó hacia delante y cayó debajo de las ruedas de la locomotora.

La «calle sin alegría» discurría a más altura que el ferrocarril cuando atravesamos velozmente un promontorio sin árboles en dirección al puente de Nam Ho, con sus cinco ojos oscuros defendidos contra los zapadores subacuáticos por grandes coronas herrumbrosas de alambre de espino. Estas eran las tierras yermas de las afueras de Da Nang, un horrendo barrio de bases de aprovisionamiento que ha sido ocupado por las fuerzas del ARVN, el Ejército de la República de Vietnam, y sus refugios, chozas y cobertizos están exclusivamente con material de guerra, sacos terreros, planchas de plástico, chapas de uralita con la marca U.S. ARMY, y envoltorios de alimentos con las iniciales de varios organismos benéficos. Da Nang fue obligada a retirarse hacia el mar y a su alrededor todos los árboles fueron talados. Si algún lugar ha parecido alguna vez envenenado, ha sido Da Nang.

Las incursiones y los saqueos eran habilidades que los vietnamitas habían aprendido a causa de la guerra. Bajamos en la estación de Da Nang y después de almorzar nos trasladamos en automóvil con un oficial estadounidense a la parte meridional de la ciudad donde había estado acuartelado el ejército estadounidense. Una vez hubo allí millares de soldados estadounidenses y ya no había ninguno, pero los cuarteles estaban llenos a reventar de refugiados. Debido a la falta de mantenimiento, los alojamientos se encontraban en un estado deplorable y parecían haber sido ametrallados. De las astas de las banderas colgaban prendas de ropa lavada puestas a secar; algunas ventanas estaban rotas y otras habían sido tapadas con tablas

de madera, y en las carreteras habían encendido hogueras para cocinar. Los refugiados menos afortunados se habían instalado en camiones sin ruedas. El hedor de las aguas fecales era terrible y podía percibirse a doscientos metros de distancia.

—La gente estaba esperando junto a las puertas y las vallas cuando los estadounidenses comenzaron a empaquetar sus cosas —dijo el oficial estadounidense—. Lo mismo que langostas o algo así. Tan pronto como se hubo marchado el último soldado, ellos entraron precipitadamente, saquearon los almacenes y se apoderaron de todo.

Los funcionarios, valiéndose de su inventiva, saquearon los cuarteles, y los funcionarios del Gobierno vietnamita, valiéndose de su influencia, saquearon los hospitales. Continuamente oía contar historias en Da Nang (y de nuevo en el puerto meridional de Nha Trang) de cómo, el día en que se marcharon los estadounidenses, los hospitales fueron saqueados: medicinas, bombonas de oxígeno, mantas, camas, instrumentos médicos, todo lo que era posible transportar. Unos barcos chinos anclados frente a la costa aguardaban el botín para llevarlo a Hong Kong para ser vendido. Pero hay un Dios justo en el cielo. Un hombre de negocios suizo me dijo que algunos de los suministros médicos robados llegaron, vía Hong Kong, a Hanói. Nadie supo lo que les había sucedido a los funcionarios del Gobierno enriquecidos. Algunas historias de saqueos parecían exageradas. Yo di crédito a las que se referían a hospitales asaltados porque ningún oficial estadounidense fue capaz de decirme dónde había un hospital que aceptara pacientes y eso es lo que un estadounidense sin duda sabría.

Durante muchos kilómetros, a lo largo de la carretera meridional, se veían campamentos asolados llenos de vietnamitas cuyos apresurados arreglos eran evidentes en las puertas practicadas en los muros de los cuarteles y en los barracones derribados para construir endebles chozas. Los campamentos habían de ser solo provisionales, de modo que todo había sido construido con paneles de madera delgada que se resquebrajaban por efecto de la humedad, planchas de metal que se oxidaban y postes de valla que se caían, de modo que ninguno de aquellos toscos refugios podía durar. Si uno se compadecía de los desmoralizados soldados estadounidenses que habían vivido en aquellos horribles campamentos, se sentía aún más preocupado por los herederos de aquella chatarra. Los bares, con rótulos que anunciaban cerveza fría, música y chicas, estaban vacíos y la mayor parte de ellos parecía haber quebrado, pero fue a última hora de la tarde cuando vi el verdadero abandono de Da Nang. Fuimos en automóvil hasta la playa donde, a veinte metros de distancia de las olas, había un bungaló bastante nuevo. Era una bonita casa de playa, construida para un general estadounidense que se había marchado hacía poco tiempo. ¿Quién era este general? Nadie sabía su nombre. ¿De quién era entonces la casa de la playa? Nadie lo sabía tampoco, pero Cobra Uno sugirió:

—Probablemente de alguien del ARVN.

En el porche, un soldado vietnamita haraganeaba con un fusil y, detrás de él, en una mesa había una colección de botellas: vodka, whisky, ginebra, sifón, una jarra de zumo de naranja y un cubo con hielo. Unas risas, como de unos borrachos sin alegría, llegaban del interior de la casa.

—Me parece que alguien se ha instalado ahí —sugirió Cobra Uno—. Entremos a echar un vistazo.

Pasamos ante el centinela y subimos la escalera. La puerta delantera estaba abierta y en el cuarto de estar vimos dos estadounidenses sentados en unos sofás y acariciando a dos chicas vietnamitas de busto impresionante. Era lo absurdo hecho simétrico: ambos hombres eran gordos, las dos chicas reían y los sofás estaban puestos uno al lado del otro. Si el siniestro retrato del colonialismo por parte de Conrad, *Una avanzada del progreso*, se convirtiese en una comedia, parecería algo así.

—¡Hola, tenemos compañía! —exclamó uno de los hombres.

Golpeó con el puño la pared detrás de su cabeza, luego se levantó y volvió a encender el puro.

Mientras nos presentábamos, se abrió una puerta lateral en la pared que el fumador de puros había golpeado, y un negro musculoso apareció presuroso, abrochándose el pantalón.

Luego salió también una chica vietnamita muy pequeña, que parecía un murciélago. El negro saludó y se encaminó hacia la puerta delantera.

—No teníamos intención de interrumpir su merienda —dijo Cobra Uno sin manifestar deseos de marcharse.

Se cruzó de brazos y miró; era un hombre alto, de mirada severa.

—No están interrumpiendo nada —dijo el hombre del cigarro levantándose del sofá.

—Este es el jefe de seguridad —dijo el oficial estadounidense que nos había llevado allí en automóvil refiriéndose al fumador.

Como en señal de asentimiento, el gordo volvió a encender su cigarro. Luego dijo:

—Sí, yo soy el jefe de los espías. ¿Y ustedes acaban de llegar?

Se encontraba en aquel punto de la embriaguez en que, perfectamente consciente de ella, hacía un esfuerzo por disimularla. Salió al exterior, alejándose de los cojines esparcidos por el suelo, de los ceniceros llenos y de las chicas de aire indolente.

—¿Qué tomarán ustedes? —preguntó el hombre de la CIA cuando le dijimos que habíamos ido a Da Nang desde Hué en tren—. ¡Han estado ustedes de suerte! Hace dos semanas, los del Vietcong lo volaron.

—Eso no es lo que nos dijo el jefe de estación de Hué —repuso Cobra Uno.

—El jefe de estación de Hué no sabe si herrar su reloj o dar cuerda a su caballo —dijo el hombre de la CIA—. Les digo que lo volaron. Doce muertos y no sé cuántos heridos.

—¿Con una mina?

—Exacto. Detonada a distancia. Fue horrible.

El hombre de la CIA, que era jefe de seguridad para toda la provincia, mentía, pero en aquellos momentos, yo no tenía hechos concretos con los que rebatir sus argumentos. El jefe de estación de Hué había dicho que hacía tiempo que no habían hecho estallar ninguna mina, y esto fue confirmado por los oficiales del ferrocarril en Da Nang. Pero el hombre de la CIA quería persuadirnos de que estaba al tanto de lo que sucedía en el país, tanto más cuanto que su amiga había venido a reunirse con nosotros y lo tenía abrazado por el cuello. El otro hombre gordo se hallaba en el bungaló, hablando nerviosamente en voz baja con una de las muchachas, y el negro estaba cerca del porche haciendo gimnasia con una barra sujeta entre dos palmeras.

—Hay una cosa que deben tener presente —dijo el hombre de la CIA—. El Vietcong no tiene ningún apoyo en las aldeas, ni tampoco lo tienen las tropas del Gobierno. Esta es la razón de que todo esté tan tranquilo.

La chica vietnamita le pellizcó la mejilla y gritó unas palabras a su amiga, que se encontraba en la playa mirando cómo el negro balanceaba una pesada cadena alrededor de la cabeza. El hombre que estaba en el bungaló salió y se sirvió un vaso de whisky. Lo bebió con aire preocupado mientras contemplaba al agente de la CIA.

—Es una situación rara —decía este último—. Pero hay algo que ustedes deberían comprender. Este pueblo está a favor del Vietcong aunque la mayor parte de la gente no lucha. No importa lo que lean en los periódicos. Esos periodistas están más llenos de mierda que un pavo de Navidad. Les digo que hay tranquilidad.

—¿Y qué me dice de la mina?

—¡Ah, sí, la mina! Deberían mantenerse apartados del tren. Esto es todo cuanto puedo decirles.

—De noche es diferente —repuso el hombre del whisky.

—Bueno, el país cambia un poco cuando ha oscurecido —afirmó el hombre de la CIA.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Cobra Uno.

—¿Por qué tanta prisa? Quédense —replicó el agente de la CIA—. Usted es escritor —añadió dirigiéndose a mí—. Yo también soy escritor, quiero decir que escribo un poquito. Publico algún artículo de vez en cuando en *Boy's Life*... Hago muchas cosas para *Boy's Life*, y...

Las chicas, gritando en vietnamita y riendo como locas, empezaban a distraerle.

—... de todos modos, ¿adónde dicen que van ustedes? ¿A Marble Mountain? A esta hora, no deberían ustedes estar allá.

Consultó el reloj. Eran las cinco y media.

—El enemigo tal vez se encuentra allí. No lo sé. No quisiera ser responsable.

Nos marchamos y cuando llegamos al automóvil me volví para mirar el bungaló. El hombre de la CIA nos saludó levantando el puro. Parecía no darse cuenta de que una chica vietnamita aún estaba agarrada a él. En el porche, su amigo sostenía un

vaso de plástico lleno de whisky con ginger ale. El negro había vuelto a la barra y las chicas contaban sus movimientos gimnásticos. El centinela estaba sentado abrazado a su rifle. Más allá de ellos, el mar. El hombre de la CIA gritó algo, pero el rumor de las olas ahogó sus palabras. Los refugiados de Da Nang se habían apoderado de los cuarteles y aquellos tres se habían quedado con la casa del general en la playa. En cierto sentido, ellos eran todo cuanto quedaba de la participación estadounidense en la guerra: sentimientos degenerados, temores de borracho y simplificaciones. Para ellos la guerra había terminado y se divertían.

A seis kilómetros al sur de allí, cerca de Marble Mountain, nuestro automóvil quedó atascado tras un carro tirado por bueyes que avanzaba muy despacio. Mientras esperábamos, un muchacho vietnamita de unos diez años que iba en el carro nos gritó unas palabras.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Cobra Uno.

—Hijos de puta —tradujo Dial.

—Salgamos de aquí cuanto antes.

Aquella noche conocí al coronel Tuan, que escribe novelas bajo el seudónimo de Duy Lam. Fue uno de los diez escritores de Vietnam que dijeron lo severa que era la censura bajo el régimen de Thieu, una censura que no era solo política, ya que *Un tranvía llamado deseo* estaba prohibida. Temerosos de que se les censuren sus libros, los novelistas vietnamitas han decidido, por su propia seguridad, traducir novelas inofensivas. Las librerías de Saigón están llenas de versiones vietnamitas de *Jane Eyre*, *Juan Salvador Gaviota*, y de las obras de Washington Irving y de Dorothy Parker. El coronel Tuan dijo que le agradaba escribir en vietnamita, aunque podía escribir con igual soltura en francés o en inglés.

—El vietnamita es una lengua muy bella —dijo—. Pero resulta difícil de traducir. Por ejemplo, si un hombre se dirige a su mujer, hay muchas maneras de hacerlo. Podría decir: «Tú», pero esto se considera vulgar. O la podría llamar «hermanita» y entonces ella le llamará «hermano». Lo más bonito es cuando un hombre llama a su esposa «mi propia vida». «¿Cómo estás, mi propia vida?», le dirá a ella. Y todavía hay otras maneras. Podría llamarla «madre», y entonces ella le llama «padre».

Antes de que se marchara, le pregunté al coronel Tuan cuáles eran en general los sentimientos de los vietnamitas con respecto a los estadounidenses, después de tanta guerra, destrucción y muerte, después de todos los años de ocupación.

El coronel Tuan permaneció un buen rato pensativo antes de responder, y cuando lo hizo escogió con cuidado sus palabras.

—Pensamos que los estadounidenses son muy disciplinados... y que en la guerra cometieron muchas equivocaciones. Y, naturalmente, pensamos que son generosos. Pero también creemos que son un pueblo sin cultura, al menos, no les hemos visto ninguna. No estoy hablando por mí. Yo he leído a Faulkner y a muchos otros escritores de su país. Me refiero a las personas de término medio, a la mayoría del pueblo de Vietnam. Eso es lo que ellos piensan.

Fui de Da Nang a Nha Trang para tomar un tren que me llevase a Thap Cham, pero el día que llegué una patrulla de zapadores atacó el depósito de petróleo de las afueras de Saigón, en Nha Be, y el cincuenta por ciento del combustible de Vietnam desapareció en una sola mañana. Se inició el racionamiento del combustible y cancelé mi viaje. Era un derroche innecesario, ya que tendría que volver en un coche a lo largo de ciento cincuenta kilómetros. Conseguí una bicicleta y pedaleé alrededor de la ciudad llena de quintas abandonadas y luego comí anguilas en un restaurante de la playa. El día siguiente, estuve horas esperando en el aeropuerto de Nha Trang un avión para Saigón; finalmente llegó uno, un C-123 cargado de Kleenex, Kotex, alubias, papel higiénico, zumo de pomelo y arroz (algo absurdo, puesto que Nha Trang es una zona arrocería) y un Dodge de 1967 perteneciente a uno de los estadounidenses que se encontraban allí.

El vuelo de regreso a Saigón en medio de una tormenta me mantuvo aterrado. Me sentía atrapado en el estómago de aquella ballena voladora, y los tres pilotos chinos no lograban tranquilizarme. Me recuperé lo suficiente como para dar otras dos conferencias, de las cuales poco es lo que recuerdo, salvo aquello que Auden, en *On the Circuit*, describió como

Un comentario realmente estúpido,
una cara hechicera.

Después estuve esperando en el aeropuerto de Tan Son Nhat la llegada de un avión para trasladarme a Japón. En mejores tiempos habría tomado el tren a Hanói, de allí a Pekín y más tarde por Shenyang y Seúl habría ido a Pusan para tomar una embarcación que enlazase con uno de los expresos de Kyushu, en Japón. O habría podido ir directamente de Pekín a Moscú, vía Ulán Bator, en Mongolia, y luego a casa. El camino está expedito, por ferrocarril, desde el empalme de Hanói hasta la estación de la calle Liverpool, en Londres. Tal vez en una fecha futura...

26. El *Hatsukari* («pájaro madrugador»), expreso de Aomori

En Japón proyecté equiparme para Siberia. Debía pensar en los trenes, por supuesto, y en las conferencias para pagarlos, pero mi principal interés se centraba en la ropa que me pondría para mi viaje ulterior. Llegué a Tokio con las prendas de vestir que me habían servido durante tres meses en el trópico. Estas prendas, manchadas de curry, algo deshilachadas, con el fondillo del pantalón brillante de tanto ir sentado, eran inadecuadas para la fría temperatura japonesa y aún serían más inadecuadas para los quince grados bajo cero que me habían pronosticado que haría en Jabárovsk (los horarios de trenes soviéticos indican las temperaturas medias). Estábamos en diciembre. El invierno de Tokio se veía agravado por la arena transportada por el viento y por los humos y emanaciones asfixiantes que surgen del suelo entre los edificios y que caracterizan los inviernos en las grandes ciudades. Pasé dos días buscando ropa de abrigo. Pero la ropa japonesa no está concebida para el invierno siberiano y solo se confecciona en medidas pequeñas y cuestan un ojo de la cara.

Los japoneses comentan con una especie de orgullo perverso lo caro que se ha vuelto su país. Pero eso es tanto una medida de riqueza como de inflación y empecé a preguntarme si era tan agobiante como algunas personas pretendían. Cuando el extranjero pregunta con timidez acerca de los precios, el residente enterado está dispuesto a escandalizarle con su respuesta. ¿Cuánto cuesta un kimono? «Puede encontrar uno bueno por mil dólares». ¿Una comida? «En la mayoría de los restaurantes, una comida decente cuesta unos veinte dólares... por persona». ¿Una botella de ginebra? «Si es importada, podría tener que pagar veinte dólares o más». Y al ver que me echaba a reír con incredulidad, un estadounidense se volvió furioso hacia mí y me dijo:

—¡Oiga, aquí no se puede tomar una taza de café por menos de un dólar!

Había, según supe más tarde, un lugar en las afueras de Tokio donde una taza de café (con leche y azúcar incluidos) costaba cuarenta dólares. Esta información era proporcionada a la ligera como la respuesta que en las escuelas los alumnos experimentados dan al novato para presumir y asustarlo. En Tailandia, los estadounidenses te inician en el asunto diciendo: «Nunca des palmaditas a un tailandés en la cabeza. La cabeza aquí es sagrada. Te podrían matar por ello». Se supone que estas advertencias sobre la mística religiosa tailandesa, lo mismo que las advertencias sobre la mística crematística japonesa, están destinadas a hacer que uno lo piense dos veces antes de quedarse. Nadie dice que vivir en Japón puede resultar barato, pero ello es posible si uno se aloja en posadas japonesas y se acostumbra a los grandes cuencos de sopa de fideos llamada *ra-men* (el té no se cobra) y a viajar en tren. La fruta tampoco es cara, ya que Japón compra a buen precio naranjas, manzanas y mandarinas a los surafricanos, que están tan agradecidos al hecho de

recibir a cambio aparatos de radio que han declarado oficialmente que los japoneses son de raza blanca. Y hay un McDonald's en el céntrico barrio de Ginza. La ropa de invierno ya era otro cantar. La mayoría de las chaquetas que vi costaban más de cien dólares y la que me quedé, una prenda muy ajustada, con cuello de piel de conejo, me costó ciento cincuenta. Unos guantes, una corbata y un sombrero de lana agotaron el dinero que cobré por mi primera conferencia, pero ya estaba equipado no solo para Siberia, sino también para mis compromisos de conferencias en las nieves decembrinas de Hokkaido, dos viajes en tren hacia el norte.

Después del anochecer, las calles de Tokio se llenaban de alegres grupos de japoneses vocingleros. Los menos entusiastas yacían borrachos perdidos en los umbrales de la Casa de los Fideos de Mori o del pub Glasgow, o se hallaban acurrucados en las aceras de tortuosas callejuelas al quedar vencidos por la fatiga alcohólica. Estas eran las consecuencias de las pagas de beneficios. Los empleados japoneses reciben dos al año. Una de ellas se abona en diciembre y la casualidad hizo que yo llegara el día en que se había repartido ese dinero. Hacia la medianoche pude observar todas las fases de la embriaguez japonesa, desde la primera en la que los beodos levantan la voz, hasta la última en la que simplemente se desploman dando con sus huesos en el suelo de un restaurante o en el de una calle congelada. Entre la fase del griterío y la de la parálisis, vomitan y cantan. Comprendí que eran víctimas de las pagas y contemplé cómo aquellos borrachos eran arrastrados por sus amigos, muchos de los cuales, en la fase primera, todavía tenían suficientes ánimos para proferir alaridos hacia mí. Pasadas las doce, ya quedaban pocos. Las calles estaban lo suficientemente tranquilas como para que las señoras, con quimono, chal y gruesas zapatillas, salieran a pasear sus perros, que invariablemente eran unos canes bien educados y aseados. Dos señoras, que charlaban en voz baja, avanzaban hacia mí. El perro se detuvo, se inclinó hacia atrás y defecó. Una de las señoras extendió un papel que llevaba preparado y, sin dejar de charlar con su amiga, recogió delicadamente la caca del perro y la depositó en el interior de un barril que había allí cerca.

Yo no había visto el barril hasta que ella lo utilizó. El orden de Tokio solo se hace evidente cuando se lo mira de cerca. Visto a distancia es una confusión, pero la confusión debe ser estudiada para que aparezca el orden. Entonces es cuando se ven las puertas correderas, las luces elegantemente escondidas en la pared y debajo de la mesa, conectadas a unos conmutadores apenas visibles marcados con las palabras CLARO Y OSCURO; los tableros, los camareros, las espitas que surgen silenciosamente de la pared, las máquinas en el metro que expenden un billete y luego lo taladran, las sillas que desaparecen y los trenes silenciosos a los que se sube con la ayuda del brazo de un hombre al que contratan para que empuje a los pasajeros a bordo. A las siete de la tarde, cuando se cierran los almacenes, dos chicas de uniforme aparecen en la puerta, hacen una reverencia y dicen «Gracias» y «Vuelva otra vez» a cada cliente, y por la mañana vuelven a estar allí. En el enorme Isetan Department Store de Shinjuku, los grupos de empleados que esperan junto a los mostradores saludan con

un «Buenos días» a los primeros clientes haciendo que se sientan como accionistas. Todo funciona a la perfección.

En los anaqueles de unos almacenes hay cuarenta y ocho televisores en color, un impresionante despliegue de electrónica, y aunque cuarenta y ocho imágenes de un político japonés bajito que pronuncia un discurso no hagan de él un Winston Churchill, toda esta exhibición revela el gusto de los japoneses por los artilugios electrónicos. Debe de haber algo en el carácter japonés que los salva de la desesperación que los estadounidenses experimentan al entregarse al consumismo. El estadounidense, que se atiborra de mercancías, desarrolla un sentimiento de culpabilidad. Si los japoneses experimentan estas dudas, no las muestran. Quizá la vacilación no forma parte del carácter nacional, o quizá aquellos que vacilan se ven pisoteados por las turbas que recorren las tiendas, una selección natural que la sociedad capitalista practica contra los que reflexionan. La vívida impresión que recibí fue que era un pueblo que actuaba unido, de acuerdo con un plan preconcebido: una gente programada. Al verlos haciendo cola automáticamente en el metro, formando filas con naturalidad ante las taquillas y las máquinas expendedoras de billetes, es difícil no llegar a la conclusión de que toda esa gente lleva circuitos impresos. Pero mi valoración cambió con el tiempo y empecé a ver que muchos se rebelaban contra el orden establecido en las líneas de ferrocarril subterráneo: tan pronto como llegaba un tren y se abrían las puertas automáticas, muchas personas que llevaban tiempo esperando silenciosamente en una cola ordenada, rompían filas y empezaban a darse empujones y a blandir sus chaquetas en su afán por entrar en el vagón.

Hasta entonces, en aquel viaje (gracias al coche cama), yo me las había ingeniado para evitar aquellas llamadas veladas culturales durante las cuales uno se encontraba cautivo en una habitación caldeada para aplaudir el espectáculo infame de unos danzarines y cantantes adornados con plumas y abalorios que ejecutaban unos números cuya mala calidad te pedían que disculparas aduciendo que eran tradicionales. Pero la noche antes de tomar el tren *Hatsukari* a Aomori disponía de algún tiempo y, por ninguna razón particular que pueda recordar, decidí ir al salón de conciertos Nichigeki a ver el espectáculo de dos horas llamado *Flores rojas caen sobre tersa piel*. Se anunciaba como conmemoración del doscientos cincuenta aniversario del nacimiento del dramaturgo japonés Chikamatsu Monzaemon. En Japón, incluso los más sádicos, como yo iba a descubrir, tienen un sentido de la historia. En el auditorio solo había dos o tres *gaijins*. En otras partes, una velada cultural habría constituido un asunto turístico. Yo tenía la impresión de que eso me permitiría comprender en parte de qué manera emplean los japoneses sus horas de ocio.

En el momento en que las luces disminuyeron su intensidad, dos mujeres de edad madura bajaron por el pasillo y, entre risitas, fueron a sentarse en la primera fila. El primer número consistía en diez muchachas japonesas con unos tocados de oro de estilo tailandés y ataviadas con poca cosa más, salvo unas braguitas de lentejuelas doradas. La danzarina principal ascendió desde el suelo en un pedestal giratorio exhibiendo unas serpientes doradas ante sus compañeras que levantaban ágilmente las piernas. Yo proferí un gemido. La música se hizo estridente. Sentía deseos de marcharme y estuve a punto de hacerlo después del número siguiente, una canción japonesa cantada por un empolvado fantasmón andrógino que me dejó la sensación de haber sido obligado a presenciar la rotura de todas las cuerdas de un piano. Me quedé un poco más, levemente atraído por la desnudez de las danzarinas y hallando un raro placer en los números de baile *¡Cheerio!* *¡Charleston!* y *Black Cry-Out* (un animado episodio referente a la muerte de Billie Holiday, y otro con los japoneses con la cara tiznada, que más parecía un espectáculo callejero que una reflexión sobre la cuestión racial). Hasta este punto, la mayoría de los números imitaban los del Radio City Music Hall, pero lo que siguió no le debía absolutamente nada al Oeste.

Aburagoroshi, que mi vecino japonés tradujo alegremente como «muerte en el petróleo», comenzó con una película de dos mujeres que irrumpían en una habitación en la que había un gran charco de petróleo en el suelo. Esta cinta habría podido exhibirse en una de esas sociedades cinematográficas universitarias que cada año proyectan *L'avventura*, *Pather Panchali* y aburridos dibujos animados de la Europa oriental. Tenía un desarrollo pretencioso, unos ángulos extraños de cámara y la especie de histeria formal que yo siempre había asociado con lo que ofrecen los clubes cinematográficos de vanguardia. Entonces una mujer resbaló en el petróleo y la otra la agarró y comenzaron a luchar. Chillaban, se agarraban mutuamente por los cabellos y hacían rechinar los dientes, y cada vez que la víctima intentaba escapar resbalaba en el petróleo y su perseguidora se le echaba encima. En ciertos momentos se veían uñas chorreantes, cabellos pringosos, traseros, pechos y rodillas, así como desagradables efectos cinematográficos, como el de una boca a punto de engullir la pantalla.

Mientras se proyectaba esta película al fondo del escenario, dos muchachas japonesas desnudas surgieron del foso y realizaron una vivida versión estilizada de lo que se estaba desarrollando en la pantalla, es decir, recrearon el sadismo pretendiendo despedazarse mutuamente. Las mujeres de la pantalla estaban ahora relucientes de petróleo y se hizo evidente que la cosa iba a acabar mal cuando una de ellas clavó los dientes en el trasero de la otra haciendo que la víctima se agitase violentamente. La mujer que mordía se sentó entonces a horcajadas sobre la otra. La presentación simultánea continuó: dos mujeres desnudas luchando en el escenario, dos mujeres desnudas vapuleándose en la pantalla. La cámara se desplazó para mostrar las heridas, sangre mezclada con petróleo y sangre y petróleo resbalando por los senos de una mujer que andaba a gatas. Este espectáculo terminó mostrando a las dos asesinas

triunfantes encima de los cuerpos de sus víctimas, tendidas en el suelo, y hubo muchos aplausos.

El número siguiente, *Ten No Amijima*, comenzó bastante inocentemente con una película de un hombre acariciando a una mujer. Le pregunté a mi sonriente vecino qué significaba el título. Dijo que era simplemente el nombre de una isla del mar de Japón donde estaba teniendo lugar aquel rápido manoseo, y yo confié, al ver cómo se desarrollaban las cosas, en que ese lugar no estuviese en mi itinerario. El hombre se había colocado detrás de la mujer y no hacía falta una gran imaginación para deducir que la estaba sodomizando mientras manoseaba sus pechos como si estuviera exprimiendo limones (más bien limones que pomelos). Dos muchachas subieron al escenario como antes y mostraron de una manera que propiamente podría llamarse simbólica lo que el hombre y la mujer estaban haciendo en la película, y transcurrieron diez minutos completos de un juego sexual lúbrico antes de que se produjese la escena final. Esta consistió en un abrazo, y mientras las chicas del escenario formaban la «bestia de dos espaldas», el hombre de la película saltó a la posición llamada del misionero y en el momento del orgasmo (indicado solo por medio de una mueca), sacó de debajo de la estera una reluciente espada y degolló a su compañera. Hubo un primer plano de la fatal laceración, de sangre corriendo por entre los senos de la mujer muerta (parecía ser un punto culminante muy apreciado) y yo salí al pasillo para respirar un poco de aire fresco.

No me sentía muy tentado de volver a la sala para ver *El blanco cuerpo teñido de sangre*, pero vi *El hundimiento de Japón*, una exposición cómica, realizada por diez chicas desnudas y tres bailarines afeminados, de cómo será finalmente el hundimiento de Japón. El último número, titulado *El harakiri de Onna*, resulta bastante explícito cuando uno sabe que Onna es el nombre de la muchacha que se despoja de su quimono y desenvaina una espada y la suspende sobre su estómago. Un hombre fuera de escena recitaba algo que sonaba como una poesía japonesa burlesca con el ritmo y la métrica de «El cuervo». La atormentada Onna, completamente desnuda, se clavó la espada en un costado y volvió a sacarla. De su cuerpo brotó la sangre rociando el escenario y ella cayó desplomada. Pero aún estaba viva. Volvió a arrodillarse, y a medida que iba avanzando la poesía, ella se clavaba la espada en el muslo izquierdo, en el derecho y debajo de cada brazo, haciendo brotar la sangre. Los japoneses son tan listos que hasta el sexto intento de la muchacha yo no me di cuenta de que estaba pinchando cada vez un pequeño envoltorio de celofán que contenía sangre. La chica estaba cubierta de cuajarones, la estera estaba pegajosa a causa de ellos y las personas que se hallaban sentadas en la primera fila se limpiaban de la cara las gotas de sangre con sus pañuelos. Finalmente, llegó el momento culminante: la muchacha exhibió ante el devoto público su cuerpo teñido de sangre y se hundió la espada en la garganta empalándose la cabeza como una aceituna pinchada con un mondadientes. La sangre cubrió las mandíbulas de la joven, que se desmayó y cayó al suelo cuan larga era. El suelo giró ofreciendo a todo el mundo una vista de la

carnicería antes de que la plataforma descendiese al pozo del escenario, deteniéndose brevemente para que Onna levantase una mano ensangrentada. Fue esta mano a lo que el público aplaudía cuando se apagaron las luces.

Fuera del Nichigeki Music Hall, los japoneses que con tanto entusiasmo habían contemplado y aplaudido aquellas escenas de salvaje erotismo que no admitían ningún bis se inclinaban profundamente unos ante otros, murmuraban corteses frases de despedida a sus amigos, daban el brazo a sus esposas con la delicadeza de los enamorados de antaño y, bajo las intensas luces de la calle, sonreían con aspecto de querubines.

El aerodinámico expreso *Hatsukari* (su nombre, que significa «Pájaro madrugador», se refiere a su llegada a Aomori, no a su salida de Tokio) parte de la estación de Ueno cada tarde a las cuatro en punto. Ueno está abarrotada de gente que se cubre con sombreros de piel y lleva esquís y pesadas chaquetas, todo muy apropiado para la nieve del final de la línea: estos son los que se van de vacaciones. Pero también están los habitantes de Hokkaido que regresan al hogar, unas personas más bajitas, de piel más oscura y cara de esquimal. La expresión japonesa *nobori-san* («rústicos») los describe; significa literalmente «los que descienden». Una vez tomado el «tren de descenso» *nobori*, estos campesinos que pasan unas vacaciones en Tokio son considerados unos palurdos. En el tren no se mueven de sus asientos, se quitan sus pesados zapatos y duermen. Parecen aliviados de poder regresar a su casa llevando recuerdos de Tokio: golosinas envueltas en celofán, flores en bolsas de papel, frutos secos atados con cinta, muñecas de trapo y cajas con juguetes. Los japoneses son unos maravillosos empaquetadores de mercancías. Estos recuerdos llenan las bolsas de plástico que constituyen la base del equipaje del viajero japonés. Y hay otros paquetes porque los *nobori-san*, que no confían en la comida que se ofrece en los ferrocarriles nacionales japoneses, llevan su envoltorio con viandas para el almuerzo. Cuando despiertan, revuelven lo que tienen a sus pies y descubren una fiambra de arroz y pescado que, sin levantarse de su mullido asiento, comienzan a comer soplando y produciendo chasquidos con la lengua. El tren generalmente es silencioso. El sonido que recuerdo de los trenes japoneses es este ruido producido al comer, como el de un hombre que está inflando un globo.

Una tonadilla amplificadora de caja de música, diez notas agudas y un mensaje grabado precedía nuestras paradas. Este aviso es necesario, porque las paradas son muy breves: quince segundos en Minami-Urawa, un minuto en Utsunomiya y, dos horas más tarde, otra parada de un minuto en Fukushima. Un viajero desprevenido podría quedar magullado por la puerta o no alcanzar a bajarse en su parada. Mucho antes de que suenen la música y el mensaje, los viajeros experimentados llevan hacia la salida sus bolsas de plástico y tan pronto como el tren se detiene y aparece una rendija en la puerta, se apresuran a avanzar a empujones para saltar al andén. El

andén, ideado para personas cargadas y que se abren paso a empujones, se halla al mismo nivel que el umbral de la puerta del tren. Las luces de los coches nunca se apagan, haciendo que sea imposible dormir, pero permiten al viajero recoger sus pertenencias a las dos de la madrugada cuando el tren se detiene quince segundos en su estación.

¡Qué eficiencia y qué rapidez! Sin embargo, yo echaba de menos lo desahogado de los ferrocarriles indios, las amplias literas en los compartimentos de madera que olían a curry y a cigarros; sobre la letrina había una jarra con agua y fuera, en el pasillo, un hombre con una botella de cerveza en una bandeja. Esos trenes se movían al ritmo de *Alabammy Bound* o de *Chattanooga Choo-Choo* y representaban todo lo mejor que tiene el bazar del ferrocarril. En semejantes trenes lentos era casi imposible quedarse *duffilleado*.

Los asépticos trenes japoneses me enervaban y me producían una sudorosa tensión que siempre había asociado con los viajes en avión. Volvían a producir en mí los síntomas de terror al encierro que había experimentado en el *Expreso Internacional* de Tailandia, una especie de asfixiante angustia que me había sobrevenido después de unos meses de viaje. Viajar, incluso en unas condiciones ideales, había empezado a producirme ansiedad y vi que en varios lugares el constante movimiento me había apartado tan por completo de lo que me rodeaba que me sentía un extraño, atormentado por la sutil culpabilidad del desocupado que nota que va de fracaso en fracaso. Este estado de frustración me sobrevino en el trayecto hacia Aomori y pienso que tenía mucho que ver con el hecho de que viajaba en un tren bala, en medio de personas silenciosas que aunque hablasen resultarían incomprensibles. Me sentía atrapado por los dobles cristales. Ni siquiera podía abrir la ventanilla. De noche el tren pasaba velozmente ante los andenes vacíos de las estaciones rurales y yo me sumía en largos y esporádicos estados de enajenación todavía más intensos que los que había experimentado anteriormente durante breves intervalos, y era incapaz de imaginar dónde me encontraba o por qué había acudido allí.

El libro que estaba leyendo en aquel tren acabó de trastornarme. Era *Relatos japoneses de misterio e imaginación*, de Edogawa Ranpo. El nombre real de Ranpo es Hirai Taro, y al igual que su homónimo (su seudónimo es una versión japonesa de Edgar Allan Poe), se especializa en cuentos de terror. Sus invenciones novelescas eran desmañadas y su estilo chirriante me irritaba. A pesar de ello, yo seguía leyendo, fascinado por la misma ineptitud de los relatos, porque era imposible zafarse de aquellos horrores, como lo había sido también librarse del horripilante espectáculo que el público del Nichigeki había considerado tan entretenido. Aquí podía vislumbrarse otro rasgo del espíritu atormentado de los japoneses. Pero ¿cómo conciliar esto con los silenciosos viajeros del tren sumamente iluminado, que se movían como a impulsos del mando de un transistor? Algo no cuadraba. Lo que yo leía contradecía el aspecto de aquellos viajeros. Por un lado estaba el muchacho

protagonista de «El infierno de los espejos», con su «siniestra afición a la óptica», encerrándose en un espejo globular, masturbándose ante su monstruosa imagen y enloqueciendo con su propia visión, y en el asiento opuesto al mío, un muchacho de la misma edad contemplaba tranquilamente sentado la cabeza de la persona sentada frente a él. En otra narración, «La butaca humana», un lascivo carpintero, de «una fealdad indescriptible», se esconde en el interior de una de sus propias construcciones, proveyéndose de alimentos y de agua y «para otra de las necesidades naturales introdujo también una gran bolsa de goma». La silla en la que él se encuentra sepultado es vendida a una mujer hermosa que le procura estremecimientos cada vez que se sienta encima de él ignorando que está en el regazo de un hombre que se describe a sí mismo como «un gusano..., una criatura asquerosa». La butaca humana se masturba y luego escribe (no sabemos cómo) una carta a la hermosa mujer. Unos asientos más allá del mío había un hombre feo y rechoncho, con los puños cerrados sobre las rodillas, pero que sonreía. Los relatos de Ranpo me estaban volviendo loco, de modo que decidí abandonar su lectura. Lamentaba saber tan poco de los japoneses, pero aún lamentaba más que no hubiese ningún refugio en aquel tren tan veloz.

A mi lado iba sentada una muchacha. Nada más empezar el viaje había llegado a la conclusión de que no hablaba inglés, y desde que salimos de la estación de Ueno la joven se había pasado casi todo el tiempo leyendo un grueso libro de historietas. Cuando llegamos al extremo norte de Honshu, en la estación de Noheji (quince segundos), la bahía de Mutsu, miré por la ventanilla y vi nieve entre las vías y en los campos iluminados por la luna. La muchacha se levantó, dejó su libro y se dirigió hacia el lavabo recorriendo todo el vagón. Se encendió una luz verde con las palabras LAVABO OCUPADO y mientras estuvo encendida aquella luz yo hojeé el libro. Quedé enterado y advertido. Las historietas mostraban decapitaciones, actos de canibalismo, personas erizadas de flechas como san Sebastián y otras envueltas en llamas, ejércitos de merodeadores que vociferaban mientras destruían aldeas, mancos y cojos de cuyos muñones goteaba sangre, y, en general, mutilaciones de todas clases. Los dibujos no eran buenos, pero sí expresivos. Entre las historias sanguinarias había historietas cortas y cómicas, y en tres de ellas la gracia se basaba en el tema de las ventosidades: un hombre o una mujer atrapados se inclinaban exhibiendo la gran luna de su trasero y emitiendo un cuesco hediondo (representado por líneas divergentes y una nube) contra el rostro de sus captores. La luz verde se apagó y yo dejé el libro. La muchacha volvió a su asiento y, ¡oh, sorpresa!, volvió a enfrascarse tranquilamente en la lectura de sus historietas.

Los altavoces sonaron estridentes en Aomori, el embarcadero del transbordador, dando instrucciones, y cuando el tren entró en la estación, los pasajeros, que abarrotaron el pasillo nada más oír la primera sílaba del mensaje, se apresuraron a salir al andén. Los campesinos con sus *souvenirs*, las ancianas cojeando con sus zuecos de madera, los jóvenes con sus esquís y la muchacha con su libro, todos

atravesaron veloces el vestíbulo de la estación, subieron escaleras, bajaron rampas, cada vez con más prisas y empujones, trastabillando con esas sandalias tan raras que parecen dividirles en dos los pies. Luego, pasadas las hileras de torniquetes donde se taladraban los billetes, seis empleados distribuyeron a los viajeros en sus secciones respectivas: sala de primera clase de billete verde, sala ordinaria, literas, segunda clase sin alfombrar y segunda clase alfombrada. (Aquí, los viajeros estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas.) Al cabo de diez minutos los mil doscientos pasajeros se habían trasladado del tren al transbordador, y quince minutos después de la llegada del *Hatsukari* a Aomori, el *Towada Maru* partió del muelle para cruzar el estrecho de Tsugaru. En el puerto indio de Rameswaram, una operación semejante había durado casi siete horas.

Yo me encontraba en la sala de los billetes verdes con otras ciento cincuenta personas, aproximadamente, las cuales, igual que yo, estaban intentando ajustar las sillas de barbero que les habían sido asignadas. En aquellas sillas movibles, inclinadas hacia atrás, antes de que se apagasen las luces muchas personas estaban ya roncando. La travesía de cuatro horas fue muy desagradable. La nieve en Aomori había sido copiosa y navegamos en medio de una ventisca. El barco se agitaba violentamente, sus juntas emitían ruidos poco tranquilizadores, la cubierta se cubría de espuma y la nevisca azotaba las portillas. Salí a la cubierta, barrida por el viento, pero no pude resistir el frío y la visión de tanta agua negra y de tanta nieve. Me acomodé en mi silla y traté de dormir. Debido a la tempestad de nieve, cada cuarenta y cinco segundos la sirena del barco soltaba un gemido en medio del estrecho.

A las cuatro se oyó por el altavoz el canto de unos pájaros, trinos y gorjeos, todo ello grabado en cinta magnetofónica. Pero aún estaba muy oscuro. Unas cuantas palabras emitidas por el altavoz hicieron que todo el mundo se levantara y se precipitara hacia las puertas del camarote. El transbordador se deslizó lateralmente, colocaron la plancha de desembarque, las puertas se abrieron y la gente se encaminó corriendo hacia el tren a través de la nieve seca y por las rampas de la estación de Hakodate. Yo también corrí, pues me había adaptado a la velocidad japonesa. En Aomori me había enterado de que tenía menos de quince minutos para subir al tren que iba a Sapporo, hacia el norte, y no tenía deseo alguno de verme *duffilleado* en un lugar tan desolado.

27. El expreso *Ozora* («cielo grande») a Sapporo

«El tren salió del largo túnel y penetró en la campiña cubierta por la nieve. La tierra yacía blanca bajo el cielo nocturno». Las primeras líneas de *País de nieve*, de Kawabata (cuya acción transcurre en Honshu occidental), describen el *Ozora* una hora después de salir de Hakodate. Todavía no eran más que las cinco y media en aquella mañana de diciembre. Yo nunca había visto unas extensiones tan grandes de nieve, y después de las seis, cuando salió el sol, dando a la nieve el intenso brillo de un desierto de arena, era imposible dormir. Me puse a andar por el tren haciendo fotos de todo lo que veía. Era algo ante lo que ningún japonés podía objetar nada.

En el vagón restaurante, un japonés me dijo:

—A este tren lo llaman «cielo grande» porque Hokkaido es la tierra de un cielo grande.

Intenté trabar conversación con él, pero exclamó: «¡Por favor!», y se alejó rápidamente. Parecía no haber en el tren ninguna otra persona que hablara inglés, pero mientras estaba tomando el desayuno, un estadounidense que se presentó a sí mismo como Chester me preguntó si podía acompañarme. Le dije que sí. Me alegré de verle, de cerciorarme de que todavía era capaz de evaluar a los desconocidos y de disfrutar viajando. La angustia ante los desplazamientos que había experimentado el día anterior me había trastornado. Había comprendido que era miedo y ese constituía un estado de ánimo poco conveniente en Japón. Chester era de Los Ángeles. Llevaba bigote y usaba prendas de leñador: camisa de lana a cuadros, pantalón de tela asargada y botas.

Enseñaba inglés en Hakodate, en cuya estación había subido al tren. La gente de Hakodate era simpática, pero el clima era muy malo, el alquiler que pagaba era alto y la vida era muy cara. Se dirigía a Sapporo para pasar el fin de semana con una chica que conocía. ¿Que qué hacía yo?

Pensé que me traería mala suerte mentir: aquel atisbo de paranoia me había vuelto supersticioso. Le expliqué exactamente dónde había estado, mencionando los países. Dije que me había dedicado a tomar notas y que cuando volviera a Inglaterra escribiría un libro sobre el viaje y le pondría por título *El gran bazar del ferrocarril*, y aún dije más. Le dije que tan pronto como le hubiese perdido de vista, escribiría lo que él había dicho, que la gente era simpática y que el tiempo era muy malo y describiría su bigote.

Mi sinceridad tuvo un efecto curioso. Chester creyó que yo mentía, y cuando lo convencí de que decía la verdad empezó a hablar en un tono bromista y conciliador, como si yo estuviera chiflado y pudiera ponerme violento. Resultó que no le gustaban los libros de viajes. Dijo que no quería herir mis sentimientos, pero que pensaba que los libros de viajes no servían para nada. Le pregunté por qué.

—Porque todo el mundo viaja —respondió—. Así, ¿quién necesita leer acerca de ello?

—Todo el mundo come también, pero esto no impide que haya libros de cocina, que haya personas que escriban sobre gastronomía.

—Seguro, pero usted habla de los viajes —dijo—. A las personas de tipo medio en Estados Unidos no les asusta viajar. Conozco a muchísima gente, gente corriente de clase media, que va a lugares realmente distantes como Estambul, Anchor, Taheedy, etcétera. Personas de mi familia ya están de vuelta de todo. Han estado en todas partes. ¿A quién puede interesarle leer relatos de viajes?

—No lo sé, pero el hecho de que viajen podría significar que están más interesados en leer esos relatos.

—Pero es que ya han estado allí —repuso obstinadamente.

—En avión, que es como ir en un submarino —dije yo—. Un tren es diferente. Fíjese en nosotros. No estaríamos sosteniendo esta conversación si viajásemos en un avión. De todas formas, la gente no ve siempre las mismas cosas en países extranjeros. Tengo la teoría de que lo que uno oye influye (quizá incluso determina) en lo que uno ve. Una calle corriente puede ser transformada por un grito. O un olor puede hacer atractivo un lugar horrible. O podría uno estar viendo una tumba mogola y si mientras la estuviese contemplando alguien dijese que era una ratonera, por ejemplo, la tumba le parecería hecha de madera.

¿Qué clase de ridícula teoría estaba yo inventando para Chester? No podía librarme de la idea de que tenía que demostrarle que estaba en mis cabales. Mi afán de demostrar mi cordura me hacía desbarrar y de este modo no conseguía lo que me proponía. Chester me miraba de soslayo, de una manera compasiva que me hacía sentir estúpido.

—Tal vez tenga usted razón —dijo—. Mire, me agradecería mucho charlar con usted, pero tengo un montón de cosas que hacer.

Se alejó apresuradamente y me estuvo evitando durante el resto del viaje.

El tren había cruzado una península redondeada, de Hakodate a Mori. Hicimos un circuito completo de la bahía de Uchiura, donde el sol, que acababa de salir, aparecía magnificado por el agua y la nieve de la orilla. Continuamos a lo largo de la costa, permaneciendo en la vía principal, que discurría recta y plana. En el interior había montañas y rocas escarpadas y algún volcán ocasional. El monte Tarumae se irguió a la izquierda cuando el tren comenzó a virar bruscamente hacia el interior, en dirección a Sapporo, en la línea de Chitose.

Unos hombres que llevaban gorras con orejeras y chaquetas gruesas trabajaban al lado de la vía, atando unos palos con otros para formar el esqueleto de una valla para la nieve. Abandonamos la costa del territorio que era el límite occidental del Pacífico y al cabo de una hora estuvimos cerca de Sapporo, en las colinas desde las que se divisa el azul mar de Japón. Este mar llena de nieve los fríos vientos siberianos. Los vientos son constantes y en Hokkaido la nieve es muy abundante en diciembre.

En el tren no había más que tres esquiadores. Pregunté por qué eran tan pocos. Me dijeron que no era la temporada de esquí. Los esquiadores vendrían más tarde, todos juntos, abarrotando las laderas. Los japoneses actúan al unísono, confirmando una regularidad estacional a sus pasatiempos. Esquían en la temporada de esquí, hacen volar cometas en la temporada de hacer volar cometas, practican la vela y pasean por los parques en otras épocas que la costumbre específica. En Sapporo la nieve era perfecta para esquiar, pero nunca vi más de dos personas en una ladera, y el trampolín de noventa metros, aunque estaba cubierto por una capa gruesa de polvo de nieve, continuaría vacío y permanecería cerrado hasta que se inaugurase la temporada.

El señor Watanabe, el chófer del consulado, fue a recibirme a la estación y se ofreció a servirme de guía en una visita a Sapporo. Sapporo tiene el aspecto de una ciudad de Wisconsin en invierno. Ha sido trazada con escuadra y en su parrilla de calles cubiertas de nieve sucia hay solares repletos de coches usados, almacenes, señales de neón, quioscos de plástico para la venta de hamburguesas, clubes nocturnos y bares. Transcurridos diez minutos, renuncié a continuar la visita de la ciudad, pero de nada sirvió mi decisión porque nos quedamos atascados en el tráfico sin poder movernos.

Comenzó a nevar, unos cuantos copos grandes como para servir de advertencia y luego ráfagas de otros más pequeños.

—¡Nieve! —exclamó el señor Watanabe.

—¿Le gusta esquiar? —pregunté.

—Me gusta el whisky.

—¿El whisky?

—Sí.

Tenía un semblante adusto. El coche que teníamos delante avanzó un poco. El señor Watanabe lo siguió y se detuvo.

—¿Es eso un chiste, señor Watanabe? —inquirí.

—Sí.

—A usted no le gusta esquiar. Le gusta el whisky.

—Sí —repitió con el entrecejo fruncido—. ¿Le gusta a usted el esquí?

—A veces.

—Vamos, pues, al trampolín de noventa metros.

—Hoy no —le dije.

Estaba oscureciendo. La tempestad de nieve de media mañana había traído el crepúsculo a la ciudad.

—Eso es residencial —dijo el señor Watanabe señalando una hilera de casas en forma de cubo, cada una con su parcela atestada y empequeñecidas por edificios de apartamentos, hoteles y más bares con sus letreros de neón. Hokkaido fue la última zona de Japón en desarrollarse: el centro comercial de Sapporo era nuevo y, con

aquellas proporciones americanas y aquel frío americano, no era un lugar que invitase a un extranjero a quedarse. El señor Watanabe notó que me aburría.

El tráfico había avanzado otros dos metros y se había parado. La nieve caía más espesa y entre las personas que iban de compras por la acera vi tres mujeres con quimono y chal y el pelo recogido en un moño mediante anchas peinetas. Llevaban sombrillas y las sostenían contra las ráfagas de nieve mientras caminaban a pequeños pasos con sus zuecos. El señor Watanabe dijo que eran *geishas*.

—¿Y adónde irían unas *geishas* a esta hora?

—Tal vez a un cangrejo.

Yo me quedé un momento pensativo.

El señor Watanabe preguntó:

—¿Le gusta el cangrejo?

—Muchísimo —contesté.

—¿Vamos?

Tuve que decir que no. Lo que yo quería ver era el balneario de Jozankei, a treinta kilómetros de Sapporo, en las montañas, donde hay una fuente de agua termal. Era la influencia de Kawabata, aquella novela que cada vez me parecía más una versión de *La dama del perrito*, de Chéjov. Shimamura, durante unas vacaciones, tiene un encuentro con una *geisha* en unas fuentes termales, luego es poseído por ella y vuelve allí, herido de amor contra su voluntad. «¿Por qué otro motivo querría alguien ir a ese sitio en diciembre?», comenta el protagonista.

El señor Watanabe estuvo de acuerdo en llevarme.

—¿Para bañar?

—Quizá para bañar, quizá para mirar —repuse.

Comprendió, y al día siguiente fuimos a Jozankei.

El baño japonés no consiste en lavarse, sino en permanecer desnudo en una piscina comunal llena de vapor y sumirse en una sensación de bienestar. Pero como un baño costaba cinco mil yenes, casi veinte dólares, me di cuenta de que no tenía dinero suficiente para tal remojo. De todas formas, la nevada en Jozankei había alcanzado proporciones de ventisca: colchones de nubes cargadas de nieve pendían sobre el pequeño y feo villorrio, que, cubierto de una espesa capa blanca, parecía haberse desprendido de las paredes del bello desfiladero. Todo el invierno nieva en Jozankei, y la costra de nieve se hace tan dura y gruesa que la gente excava túneles por debajo de ella. Los tejados tienen aleros tan amplios como los de Suiza, y los postes que indican las bocas de riego tienen casi cinco metros de altura.

La nevada amortiguaba todos los sonidos; paraba los coches y mantenía a la gente en sus casas. Los copos de nieve se arremolinaban en las calles, se amontonaban en el suelo del barranco reduciendo la visibilidad y convirtiendo las casas bajas en unas porciones oscuras que contrastaban con aquella blancura, un alero que sobresalía, parte de una pared, una chimenea humeante. Aquí se veía la mitad superior de un rótulo, y allá, en medio de los remolinos de nieve, un bosquecillo de pinos aparecía

borroso y fragmentado. Espanté una bandada de cuervos y solo cuando echaron a volar aparecieron los árboles que estas aves estaban ocultando. Más cuervos comían sobras de comida en la parte trasera de una pequeña posada. Cuando se elevaron y se posaron en el blanco aire, solo sus negras e inquietas alas indicaron dónde se encontraban las ramas. Yo quería hacer una fotografía de los cuervos alzando el vuelo en la nieve. Di unas palmadas y corrí hacia ellos.

No se movieron. Lo intenté de nuevo y me caí en un montón de nieve. Al ponerme de pie, pasó por mi lado una japonesa que llevaba una cesta. Dijo algo en voz alta, en japonés, y se alejó. El señor Watanabe se echó a reír y se cubrió la cara con las manos.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Vaciló.

—Dígamelo.

—Dice que es usted un excéntrico.

Me volví hacia la mujer:

—¡Croac, croac, croac!

Ella se volvió y gritó (según el señor Watanabe):

—¿No lo decía yo?

Fuimos andando hasta el borde del villorrio, una ladera en la que varios esquiadores atascados en la nieve, tres puntos en la ventisca, agitaban los brazos como aves atrapadas, pero todo transcurría en silencio, solo veíamos borrosamente sus movimientos. Entonces volvimos sobre nuestros pasos y encontramos un restaurante.

Comimos mientras se nos secaban los zapatos encima del *kotatsu*. Este brasero de carbón, principal fuente de calor en la mayoría de los hogares japoneses, es solo un número de una larga lista que demuestra que los japoneses trabajan en este siglo, pero viven en un siglo más primitivo. Nos marchamos a media tarde. A menos de un kilómetro de distancia de Jozankei ya no nevaba. Salió el sol y las montañas se inundaron de luz. Me volví para mirar Jozankei, oscuro, gris, sobre el cual se cernía una tormenta como una maldición.

El señor Watanabe dijo:

—¿Quiere ver al doctor Clark?

Una de las figuras más respetadas de la historia de Sapporo es la de William S. Clark, un hombre de Massachusetts. Nunca había oído hablar de él, pero supe que había sido presidente del Colegio de Agricultura de Massachusetts en Amherst. Un sujeto de semblante adusto, con una frente inteligente y bigote de tabernero, el doctor Clark fue uno de los fundadores del Colegio de Agricultura de Sapporo en 1876. Su estatua de bronce es uno de los objetos sagrados de la ciudad. Cuentan que, después de ocho meses como decano de Sapporo, montó en su caballo y emprendió el camino de regreso a Massachusetts. Sus estudiantes lo siguieron hasta las afueras de Sapporo, donde, en Shimamatsu, les dio una conferencia. Sus palabras de despedida fueron:

«Muchachos, sed ambiciosos. Sed ambiciosos, no por dinero, ni por encumbramiento egoísta, ni por esa cosa tan vaga y efímera que los hombres llaman la fama. Sed ambiciosos para llegar a ser todo lo que un hombre debería ser».

Estas palabras ambiguas de despedida entusiasmaron a los japoneses («La frase “Muchachos, sed ambiciosos” ha encarnado desde entonces el objetivo de la vida de nuestros jóvenes», *Sapporo Handbuch*), pero la idea de que un hombre de Massachusetts era famoso por haberles dicho a los japoneses que fuesen ambiciosos me sorprendió y me hizo reír. ¡Doctor Clark!

Di mi conferencia. Tres meses antes, en Estambul, yo había hablado de la tradición de la novela estadounidense afirmando que era especial y local. En la India contradije la mayor parte de esta afirmación, y cuando llegué a Japón había dado la vuelta completa pretendiendo que no había en la literatura estadounidense ninguna tradición que no fuese también europea. La novela era un género de Occidente, e incluso escritores que consideramos más americanos, como Twain y Faulkner, estaban tan influidos por la novela británica como por su inspiración nativa. Era tan fácil definir la tradición estadounidense como lo fue para Borges definir la tradición argentina: toda la cultura occidental. Esta tesis, que podría ser cierta, desconcertó a los japoneses, que permanecieron de pie y se inclinaron al final de la conferencia diciendo:

—No hemos leído al señor Borges, pero hemos leído al señor Leslie Fiedler. Ha escrito lo siguiente...

—¿Por qué no se queda usted y tomamos una copa? —pregunté después a la linda japonesa que se encontraba en la puerta de la sala.

Shimamura le tradujo mis palabras. La joven escondió la cara en el cuello de piel de su abrigo y echó hacia atrás su negra cabellera.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no?

—Porque... —dijo haciendo ademán de marcharse—, porque soy muy tímida.

Mi ofrecimiento había sido hecho de improviso y por eso tenía que ser rechazado. No era el momento adecuado. Los japoneses tienen un sentido de la ocasión que quizá la siguiente anécdota pueda ilustrar. Aquella misma noche en Sapporo, una estadounidense cuya hija iba a un jardín de infancia japonés fue invitada a cenar por otra madre cuya hija iba a la misma clase que la suya. La cena tenía dos objetivos: dar a conocer a la americana la cultura japonesa y adular a la maestra, que también había sido invitada. Esta costumbre de cebar a los maestros (obsequiándoles en restaurantes caros) es un rasgo común de la cortesía japonesa y seguramente garantiza que el hijo del anfitrión reciba la atención que merece. La cena fue servida por dos *geishas*; otras tres *geishas* tocaban música, y la comida era tan abundante que al cabo de una hora las tres comensales dejaron de comer y se pusieron a hablar de cosas de común interés para ellas. Las japonesas se interesaron considerablemente por saber a qué edad comienzan las americanas a tener la menstruación.

Dejaron de traerles comida. Se sirvió más té y la madre japonesa sacó un paquete envuelto en un trozo de tela. Dijo que era una sorpresa, y con aire recatado deshizo las cintas y el envoltorio y sacó un rollo. Explicó que era muy antiguo, pintado tal vez hacía ciento cincuenta años, y lo depositó en el suelo. Las *geishas* dejaron sus instrumentos y las ocho mujeres se sentaron en cuclillas en el tatami de aquella salita particular del restaurante mientras la dueña del rollo lo desenrollaba unos centímetros descubriendo un panel que mostraba a un monje calvo que miraba con concupiscencia a una *geisha*. Junto a la pintura había una poesía, que fue leída y traducida antes de mostrar el panel siguiente. Aquí el monje estaba manoseando a la asustada *geisha* y rasgándole la parte inferior del quimono. La poesía que acompañaba a este cuadro fue recitada tan ceremoniosamente como la anterior y la señora continuó desenrollando. El rollo, una vez extendido completamente mostraba una secuencia pornográfica del lascivo monje en varias fases de la violación. Más tarde tuve ocasión de examinarlo y puedo atestiguar que la llagada vulva y el pene tumescente, en forma de pistola, estaban representados con vívidos detalles, aunque estoy de acuerdo con el crítico inglés William Empson, que (escribiendo sobre Beardsley) dijo «... los maestros impresores japoneses, asimismo, pierden su línea distintiva cuando crean escenas pornográficas». En el cuadro octavo, el monje manifestaba señales de fatiga, en contraste con la *geisha*, que parecía muy excitada; tenía más colorados los ojos y aparecía en posturas más atrevidas. El cuadro noveno la presentaba agarrando el flácido pene del monje; el décimo mostraba al angustiado monje tendido boca arriba y a la *geisha* sentada encima de él y tratando en vano de introducir el pene en su cuerpo, y el cuadro undécimo representaba a un monje muy envejecido que se veía obligado a acariciarla. La *geisha*, con una sonrisa extática, tenía fuertemente asida la mano del monje y la dirigía hacia la brillante gema de su clítoris. La madre japonesa aplaudió y todas las mujeres se rieron, las *geishas* más que las otras.

El sentido de la ocasión, la formalidad de la cena, el coste de la comida, la presencia de las *geishas*, la ausencia de hombres (todas las reglas observadas) hicieron posible contemplar aquella antigua pieza de pornografía. El rollo, enrollado y envuelto, fue ofrecido gentilmente a la estadounidense. Se le dijo que podía enseñárselo a su marido, pero no debía permitir que lo viese su niña. Después de una semana, el rollo debía volver a su dueña. La estadounidense estaba desconcertada y un poco avergonzada de que la maestra del jardín de infancia hubiera sido testigo de todo aquello. Pero (ella misma me contó la anécdota) se sentía halagada de que le hubieran ofrecido la ocasión de penetrar en la camaradería de las japonesas, que indudablemente era todo cuanto habían pretendido.

«Seres pequeños con una prisa grande», dijo un hombre en el tren rápido del sur, creyendo que con ello los definía bien. Pero cuanto más pensaba yo en la ceremonia de la casa de té de Sapporo menos se parecía Hokkaido a Wisconsin.

28. El *Hikari* («Rayo de sol»), superexpreso de Kioto

De regreso a Tokio central, en el andén 18, un centenar de japoneses con trajes grises estaba plantado observando mi tren. Sus semblantes reflejaban un respeto lleno de melancolía. No llevaban equipaje, no eran viajeros. Agrupados alrededor de un vagón en respetuoso semicírculo, miraban fijamente una ventanilla. En el interior del tren un hombre y una mujer se hallaban de pie cerca de sus asientos y sus barbillas aparecían justo por debajo del marco de la ventanilla. Sonó el silbato; el tren se puso en marcha, pero antes de que hubiese avanzado un palmo, el hombre y la mujer comenzaron a hacer inclinaciones ante la ventanilla, una y otra vez, y fuera, en el andén, el centenar de hombres hacía lo mismo, rápidamente, porque el tren iba adquiriendo velocidad. Las reverencias cesaron y los cien hombres aplaudieron frenéticamente. La pareja permaneció de pie hasta que estuvimos fuera de la estación, y entonces ambos se sentaron y cada uno de ellos desplegó un periódico.

Pregunté al japonés que estaba a mi lado quiénes podían ser aquellas personas.

Movió la cabeza. Por un instante, pensé que iba a decir «*No English*», pero estaba reflexionando. Dijo:

—Así, de pronto, yo diría que es el director de una compañía. O podría ser también un político. No lo conozco.

—Ha sido una despedida muy afectuosa.

—Esto es frecuente en Japón. El hombre es importante. Sus empleados deben mostrarle algún respeto, incluso si no lo sienten en su corazón.

Yo quería seguir hablando del tema, pero estaba pensando la pregunta que iba a formular cuando el hombre sentado a mi lado sacó de la cartera un ejemplar muy manoseado de la edición de Penguin de *La copa dorada*. Lo abrió por el medio, dobló el flexible tomo y se puso a leer. Yo hice lo mismo con *Silencio*, de Shusaku Endo, alegrándome de tener a Endo y no a Henry James para pasar el rato. El hombre sacó un bolígrafo, garabateó tres caracteres en un margen ya emborronado, y volvió la página. Mirar a alguien leyendo al James tardío puede resultar muy fatigoso. Leí hasta que pasó el revisor, que cuando hubo terminado de taladrar todos los billetes, retrocedió por el pasillo, inclinándose y diciendo: «¡Gracias!», hasta que llegó a la puerta.

Miré por la ventanilla para ver si de una vez se acababan los suburbios de Tokio, pero continuaban apareciendo, extendiéndose hasta donde alcanzaba mi vista a lo largo de la parda llanura. El superexpreso *Hikari*, el tren de viajeros más rápido del mundo, que recorre más de cuatrocientos ochenta kilómetros desde Tokio hasta Kioto en menos de tres horas, nunca llega a abandonar el horror de megalópolis que une estas dos ciudades. Bajo un cielo al que humos pardos han dado la textura de la lana, hay pilones asegurados con cables, edificios con forma de reóstatos gigantes y conjuntos desordenados de casas, ninguna de las cuales consta de más de dos plantas

y cuyas ventanas dan a unas fábricas. En el interior (lo sabía por una visita que una noche había efectuado en Tokio), las viviendas son sólidas, austeras, impecables, imposibles de fechar con exactitud, y en el exterior, la madera conserva el color del hollín que se ha ido depositando desde la chimenea de la fábrica vecina y ninguna casa se encuentra a más de medio metro de distancia de la otra. Observar esta densidad de población equivale a llegar a la conclusión de que la superpoblación requiere buenas maneras. Cualquier perturbación, cualquier cosa que no fuese un orden perfecto, lo echaría todo a rodar.

La vista de una hectárea de tierra de labor me hizo concebir esperanzas de que aparecerían más campos, pero se trataba de una novedad, nada más que eso: el diminuto arado, los estrechos surcos, los cultivos de invierno sembrados en filas apretadas, el heno no hacinado, sino recogido en pequeñas muestras, una granja en miniatura. A lo lejos, el modelo se repetía en varias colinas, pero allá los surcos estaban llenos de nieve. El tren avanzaba a más velocidad que mi pensamiento, con tanta rapidez que todo el mundo permanecía en sus asientos. Resultaba difícil caminar por un tren que corría tanto —un solo vaivén te habría hecho caer al suelo—, y las únicas personas que se arriesgaban por los pasillos eran las muchachas que empujaban unos carritos con té y pastas. Desprovisto de los rasgos tradicionales del bazar del ferrocarril, el tren japonés confía en las comodidades propias de la aviación: silencio, espacio para estirar las piernas, luz para leer, cargando un precio extra de diez dólares para ir sentadas dos personas (en vez de tres) una al lado de otra, y disuadiendo a los viajeros de que charlen de pie junto a las salidas. La velocidad infunde sueño a algunas personas; a otras les impide respirar. No anima a conversar. Yo echaba de menos los trenes más lentos con el coche salón y las ruedas ruidosas. Los viajes en trenes japoneses eran transiciones prácticas, antipáticas, de ciudad a ciudad: lo único que importaba era la llegada puntual. Los trenes frsiiiiiiiifronnnnnng de Asia quedaban atrás.

—Veo que está leyendo a Henry James —dije a mi compañero.

El hombre se echó a reír.

—El James tardío es un poco ambiguo —proseguí.

—¿Difícil de entender?

—No, no difícil de entender, solo ambiguo.

—Podría usted seguir mi curso.

—¿Da usted un curso sobre James?

—Bueno, yo llamo al curso simplemente *La copa dorada*.

—Suen a algo ambicioso —dije—. ¿Cuánto tarda un alumno suyo medio en leer *La copa dorada*?

—El curso dura dos años.

—¿Qué otros libros leen sus alumnos?

—Únicamente ese.

—¡Santo Dios! ¿Cuántas conferencias da usted?

Hizo cuentas utilizando las puntas de los dedos y dijo:

—Unas veinte conferencias al año. Esto haría cuarenta conferencias en total.

—Yo estoy leyendo a Shusaku Endo.

—Ya me he dado cuenta. Es uno de nuestros cristianos.

—¿Enseña usted literatura japonesa?

—Sí. Pero los estudiantes no cesan de decir que no somos bastante modernos.

Ellos quieren leer libros escritos después de la guerra.

—¿Qué guerra?

—La Primera Guerra Mundial, los libros escritos después de la restauración Meiji.

—¿De modo que se concentra usted en los clásicos?

—Sí. Siglo VIII, siglo IX y también el siglo XI.

Enumeró las obras y dejó el tomo de James a un lado. Era, según dijo, profesor universitario. Su nombre era Toyama y enseñaba en una de las universidades de Kioto. Me dijo que Kioto me gustaría. A Faulkner le había gustado mucho, y a Saul Bellow, bueno, también le había gustado.

—El señor Saul Bellow no se divertía. Entonces le llevamos a un espectáculo de estriptis. ¡Le gustó una barbaridad!

—Lo supongo.

—¿Está usted interesado en espectáculos de estriptis?

—Hasta cierto punto —dije yo—. Pero el que vi no era un espectáculo de estriptis. Sádicos haciendo el amor con masoquistas, suicidas desnudos... ¡Nunca había visto tanta sangre! ¿Ha estado usted alguna vez en el Nichigeki Music Hall?

—Sí —contestó el profesor Toyama—. Eso no es nada.

—Bueno, no encuentro eróticas las transfusiones de sangre, lo siento. Me gustaría ver a los japoneses sacar el sexo de la sala de urgencias.

—En Kioto —dijo él— tenemos un espectáculo de estriptis muy especial; dura tres horas. Es famoso. Saul Bellow lo encontró interesantísimo. En gran parte es un espectáculo lésbico. Por ejemplo, una chica lleva una máscara, la máscara especial usada en el teatro *kabuki*. Es una cara feroz, con una nariz larguísima. Es evidente que simboliza un falo. La chica no la lleva en la cara, sino más abajo de la cintura. Su compañera se echa hacia atrás y se mete esta nariz y pretende hacer el coito con ella. El punto culminante de la velada es, dispense usted, la exhibición del coño. Entonces todo el mundo aplaude. Es un espectáculo maravilloso. Creo que debería usted verlo alguna vez.

—¿Va usted con frecuencia?

—Cuando era más joven, solía ir siempre, pero ahora solo voy para acompañar a los visitantes. ¡Pero es que tenemos muchos visitantes!

Hablaba pausadamente, con las manos juntas. Era desconfiado, pero se dio cuenta de que me interesaba lo que decía. Le dije que también yo había sido profesor de universidad. Él conocía a mis anfitriones en Kioto y dijo que quizá asistiría a mi

conferencia allí. Me preguntó acerca de mis viajes y quiso informarse detalladamente de los que había hecho en tren a través de Turquía y de Irán.

—Es un largo viaje de Londres a Japón en tren.

—Tiene sus momentos —repuse.

Le hablé del libro de Mark Twain *Viaje alrededor del mundo, siguiendo el Ecuador* y del incansable viajero Harry de Windt que a fines del pasado siglo había escrito *From Paris to New York by Land* y *From Pekin to Calais by Land*. El profesor Toyama se rio cuando le cité lo que pude del consejo que De Windt da a sus lectores en este último libro:

Solo puedo confiar en que este libro disuada a otros de seguir mi ejemplo y entonces me sentiré satisfecho al saber que sus páginas no se escribieron en vano. El señor Victor Meignan concluye su divertida obra *De Paris à Pekin par terre* así: «*N'allez pas là! C'est la morale de ce livre!*». Que el lector se aproveche de nuestra experiencia.

—Una vez —dijo el profesor Toyama— fui en barco de Londres a Yokohama. Tardé cuarenta días. Era un buque de carga, de modo que no había muchos pasajeros a bordo. En el barco solo viajaba una mujer. Era la amiga de un compañero mío, un arquitecto. Pero vivían como marido y mujer. Es la temporada más larga que he pasado privado del contacto con mujeres. Naturalmente, cuando llegamos a Hong Kong, desembarcamos y fuimos a ver algunas películas pornográficas, pero no valían nada. Era una sala en la que uno se asfixiaba y el proyector se estropeaba cada dos por tres. Me parece que eran filmes alemanes. La fotografía era muy mala. Luego fuimos a Japón.

—¿Fue Hong Kong la única parada que hicieron?

—Penang fue otra escala.

El tren llegaba a una parada, la única del *Sunbeam*. Cuarenta y cinco segundos en Nagoya y luego partimos.

—Hay montones de chicas en Penang —dije yo.

—Es cierto. Entramos en un bar y encontramos un chulo. Tomamos cerveza y el chulo dijo: «Arriba tenemos chicas». Éramos cinco, todos estudiantes japoneses que veníamos de Inglaterra. Le preguntamos si podíamos subir, pero antes de permitirnoslo se empeñó en decirnos los precios. También estaba la dificultad del idioma. Tenía un lápiz y papel. Escribió: «Una relación sexual», tanto; «dos veces», otro tanto. Otras cosas, bueno, ya sabe usted qué clase de cosas. Nos dijo que escogiéramos. Aquello resultaba muy humillante. Teníamos que decir cuántas veces lo haríamos incluso antes de subir. Nosotros, naturalmente, nos negamos. Yo le pregunté al chulo si tenía un espectáculo de lesbianas. Pero era un chulo inteligente. Hizo ver que no comprendía. Luego comprendió, nosotros se lo explicamos. Dijo: «Los chinos de Penang no tenemos esas cosas. No tenemos ningún espectáculo de

lesbianas». Decidimos regresar al barco. Él estaba muy interesado en que nos quedásemos. Dijo: «Podemos organizar un espectáculo. Yo puedo encontrar una chica y uno de ustedes hará el papel del varón y el resto puede mirar». Pero, naturalmente, no se trataba de eso.

En respuesta le hablé del burdel de niñas en Madrás, de los chulos de Lahore y de la vida sexual de Vientián y Bangkok. Al llegar a este punto de mi viaje, mi repertorio de anécdotas era muy amplio y el profesor Toyama quedó tan encantado que me dio su tarjeta. En el resto del viaje, él leyó a James y yo leí a Endo. El director de una compañía comercial trabajaba en lo que podía ser un discurso o un informe cubriendo de columnas simétricas de caracteres un folio de papel que sostenía encima de su cartera. Entonces sonó la caja de música y se nos advirtió en japonés y en inglés de la brevedad de la parada en Kioto.

—No tenemos necesidad de apresurarnos —dijo el profesor Toyama—. El tren estará aquí un minuto entero.

Viajar durante un largo recorrido se convierte, al cabo de tres meses, en algo parecido a catar vinos o probar manjares. Uno llega a un lugar, lo analiza brevemente y le adjudica una calificación. La rápida visita antes de que el tren vuelva a partir le impide saborear con glotonería el lugar, pero siempre es posible volver otra vez. Así, de todo itinerario algo largo surge otro más sencillo, en el que Irán se tacha, Afganistán se borra, Peshawar obtiene un sí, Simla un quizá, etcétera. Y sucede que al cabo de algún tiempo el olor o la vista de un lugar desde un asiento de rincón en el coche verde basta para que el viajero se decida a rechazarlo y siga adelante. En Singapur comprendí que nunca volvería allá; a Nagoya la rechacé en la estación en menos de cuarenta y cinco segundos y a Kioto lo apunté para un viaje de retorno. Kioto es como una botella cuya etiqueta uno se aprende de memoria para asegurarse una satisfacción futura.

Uno de los atractivos de Kioto es el santuario de Heian, un templo rojo en cuyo jardín un tranvía antiguo circula en medio de los árboles enanos sobre unas vías elevadas, como si fuera un objeto sagrado. Otros atractivos son el clima agradable, las casas de té hechas de madera, la atmósfera de compañerismo de beber entre hombres doctos en bares diminutos en las callejuelas de la ciudad. En aquellos bares ninguna moneda cambia de mano ni se firman recibos. Allí los parroquianos son más que clientes habituales, son socios. Las camareras anotan lo que comen y es fácil llevar la cuenta de lo que beben, cada hombre tiene en el armario del bar su propia botella de Very Rare Old Suntory Whisky, con su nombre o su número escrito en tinta blanca sobre la botella.

A las dos de la madrugada, en uno de los bares de Kioto, habíamos charlado de todo, desde las variedades del humor japonés hasta el sutil erotismo de *Women Beware Women* de Middleton. Yo saqué a relucir el tema de Yukio Mishima, cuyo suicidio había desconcertado a sus lectores occidentales, pero que, al parecer, había producido un alivio a muchos japoneses que veían en él peligrosas tendencias

imperialistas. Parecían considerarlo con el mismo recelo con que un estadounidense consideraría, pongamos por caso, a Mary McCarthy, si esta fuese una seguidora vociferante de la revolución americana que precedió a la guerra de Independencia.

Yo dije que creía que Mishima parecía basar sus novelas en los principios budistas.

—Su budismo es falso, muy superficial —afirmó el profesor Kishi—. No hizo más que estudiarlo por encima.

—No importa —dijo el señor Shigahara—. Los japoneses no saben nada acerca del budismo, y Mishima no lo sentía. Nosotros no lo sentimos tan profundamente como los católicos sienten el catolicismo. Es nuestra manera de vivir, pero no es devoción ni es oración. Los católicos tienen un sentido espiritual.

—Es la primera noticia para mí —repuse.

Pero comprendí cómo podría un japonés llegar a esta conclusión cuando hube leído *Silencio*, de Endo, que trata de la persecución religiosa y de los grados de la fe. Dije que había leído las novelas de Mishima que llevan el título genérico de *El mar de la fertilidad*. Me había gustado muchísimo *Nieve de primavera*. *Caballos desbocados* ya era un poco más difícil y *El Templo del Alba* lo encontraba completamente desconcertante acerca del tema de la reencarnación.

—Bueno, es que precisamente trata de este tema —convino el profesor Kishi.

—Me pareció muy pillado por los pelos —dije yo.

—También me lo pareció a mí —repuso el señor Iwayama.

—Sí —dijo el señor Shigahara—. Pero cuando se leen esas últimas novelas se comprende por qué se suicidó.

—Yo tuve esa impresión —concedí—. Él cree en la reencarnación, de modo que es de suponer que espere volver pronto.

—Confío en que no sea así —se apresuró a decir el profesor Kishi.

—¿De veras?

—Sí, de veras que no lo espero. Espero que se quede donde está.

—¡Un ejemplo del humor japonés! —exclamó el señor Iwayama.

—¡Humor negro! —añadió el profesor Miyake.

Un objeto blanco del que emanaba vapor, con la forma de una barra de jabón, fue depositado delante de mí, encima del mostrador.

—Es un nabo. Kioto es célebre por sus nabos. Cómalos, lo encontrará muy sabroso —dijo el profesor Kishi, que había asumido el papel de anfitrión.

Tomé un bocado: era fibroso pero fragante. La camarera dijo algo en japonés al profesor Kishi.

—Dice que se parece usted a Engelbert Humperdinck.

—Dígale usted —pedí— que admiro sus bonitas rodillas.

Se lo dijo. La camarera rio y habló de nuevo.

—Dice que le gusta la nariz de usted.

Al día siguiente subí a la cima del monte Hiei. Me sirvió de guía el profesor Varley, un antiguo maestro mío que vio en Kioto un refugio provisional contra la necesidad cada vez mayor que había encontrado en Amherst. Poco antes de alcanzar la edad de la jubilación se retiró hastiado y huyó a Kioto. Ocupábamos los asientos de terciopelo del ferrocarril eléctrico de Keifuku al parque de Yase, donde los arces tenían aún algunas hojas, trémulas estrellitas de color anaranjado. Luego tomamos el funicular hasta la segunda cima; a medida que íbamos ascendiendo, iban apareciendo en el suelo manchas de nieve. Por último embarcamos en el teleférico, una cápsula oscilante que pasa por encima de las copas de los cedros cubiertos de nieve hasta la cumbre de la montaña. Aquí estaba nevando. Caminamos a través de los bosques hasta varios templos y en un lugar lejano encontramos un grupo de veinte campesinos curtidos por la intemperie, principalmente ancianos y ancianas, y unas cuantas muchachas gordas, que se tomaban sus primeras vacaciones después de la recolección y que volvían sus caras coloradas y endurecidas hacia aquellos templos. El individuo que los conducía llevaba una bandera que se había puesto sobre la cabeza como el guardavía de Ceilán en medio del monzón, para no mojarse. El grupo pasó por delante de nosotros y poco después oímos que sonaba la campana del templo. El badajo de madera golpeaba el bronce colosal, llamando y advirtiendo, y aquellas fuertes campanadas atravesaban el bosque nevado y silencioso y nos acompañaron en todo el camino de descenso.

29. El *Kodama* («eco») de Osaka

El *Kodama* es breve: un zumbido de catorce minutos, un suspiro, y ya hemos llegado. Encontré mi asiento, saqué mi libreta y me la puse encima de las rodillas; pero nada más poner la fecha en la página el *Eco* ya estaba en Osaka y los viajeros se apresuraban a salir. Otro eco me llegó cuando estaba en el andén de la estación de Osaka, un pensamiento que el tren había dejado tras de sí: «Los suburbios de Kioto son también los suburbios de Osaka». Apenas merecería la pena tomar nota de ello, si no fuese porque los suburbios de Osaka me produjeron tal sensación de desolación que, nada más llegar, me metí en la cama. Había proyectado sacar billetes para el teatro de marionetas, Bunraku, porque me parecía que era lo más adecuado que en esa ciudad extraña podía hacer un escritor de libros de viajes. Si no se ve nada no se escribe nada, así es que uno ha de obligarse a ver cosas. Pero me sentía demasiado triste para aventurarme a la tristeza aún mayor de las calles. No solo me coartaban aquellos edificios grises y aquella muchedumbre de personas con mascarillas quirúrgicas que esperaban, en una acera, que cambiase la luz del semáforo (algo en sí mismo preocupante porque una sociedad sin peatones imprudentes podría significar una sociedad sin artistas); sino también el aire nocivo de Osaka, del que se decía que contenía dos quintas partes de gas venenoso.

Ved, entonces, al aspirante a escritor de un libro de viajes, con una almohada sobre la cabeza en un hotel de Osaka, sin otro recuerdo de su estancia en esta ciudad que la visión de una página en blanco con excepción de la fecha, y la horrenda impresión de una ciudad semejante a una trampa de acero desprovista de cebo. Comencé a beber, suponiendo que ya se había puesto el sol, momento en que ya no es delito beber o cortejar a la mujer del prójimo, pero la escasa luz me había confundido. Era media tarde. Bebí, de todos modos, terminé mi media botella de ginebra y empecé a dar cuenta de las cervezas que los dueños del hotel habían puesto muy atinadamente en el refrigerador de la habitación. Me sentía como un viajante de comercio refugiado en Baltimore con una maleta llena de muestras: ¿por qué razón iba a abandonar la cama? Como el vendedor atemorizado, comencé a inventar razones para no abandonar el hotel, excusas que llevaría de retorno a mi país en vez de pedidos. Veintinueve viajes en tren convierten al escritor más intrépido en un Willy Loman. Pero todos los viajes eran viajes de regreso. Cuanto más lejos va uno, más desnudo se encuentra, hasta que, hacia el final, cuando ya no le anima ninguna escena, uno se siente sobre todo uno mismo, un hombre en una cama rodeado de botellas vacías. El hombre que dice «tengo mujer e hijos» está lejos de su casa; en su casa habla de Japón. Pero no sabe (¿cómo podría saberlo?) que las escenas que se suceden a través de la ventanilla del tren, desde la Victoria Station hasta Tokio Central, no es nada comparado con el cambio que se opera en sí mismo, y que escribir sobre viajes, que al comienzo resulta sin duda divertido, pasa de ser

periodismo a ser ficción y llega, casi con la misma rapidez que el *Kodama*, a convertirse en autobiografía. Desde ahí cualquier viaje ulterior va en línea recta hacia la confesión, hacia un desconcertante monólogo en un bazar desierto. La habitación impersonal de un hotel en una ciudad extraña, pensaba yo (todavía con la almohada sobre la cabeza), lo empuja a uno hacia la confesión. Pero en el momento en que comenzaba a enumerar mis pecados, sonó el teléfono.

—Estoy en el pasillo de abajo. Es acerca de su conferencia...

Esto supuso un alivio.

En el centro cultural, envié mi aliento lleno de alcohol hacia el micrófono, y al hablar de Nathanael West dije con tono de suficiencia:

—Un autor con el que quizá no están ustedes familiarizados...

—El profesor Sato... —comenzó diciendo una muchacha japonesa.

Un hombre se levantó rápidamente de su asiento y salió corriendo de la sala.

—... ha traducido todos sus libros.

El hombre que corría era el profesor Sato. Al oír su nombre, se sintió presa del pánico, y después, cuando pregunté por él, los demás se disculparon en su nombre y dijeron que se había ido a su casa. Quisieron saber si yo había leído novelas japonesas. Les dije que sí, pero que quería hacer una pregunta.

—Pregúntele usted al señor Gotoh —dijo uno dando un golpecito al señor Gotoh en el hombro.

El señor Gotoh parecía estar a punto de llorar. Dije que los novelistas japoneses que había leído trataban, como pocos escritores lo habían hecho, el tema de la vejez, con compasión y comprensión, pero que en cuatro casos, por lo menos, el punto culminante de la novela era cuando el anciano se convertía en un mirón. Acordándome del *music hall* de Nichigeki, del espectáculo de las lesbianas del profesor Toyama y del libro de historietas de la muchacha del tren *Hatsukari*, añadí que esta actividad de mirón siempre era orquestada inteligentemente por el protagonista. ¿Qué había en el hecho de presenciar travesuras sexuales que tanto atraía a los japoneses?

—Tal vez —apuntó el señor Gotoh—, tal vez es porque somos budistas.

—Yo creía que el budismo enseñaba a vencer el deseo —repuse.

—Quizá el mirar sea vencer —dijo el señor Gotoh.

—Me extraña.

La cuestión quedó sin resolver, pero yo seguí pensando que los japoneses, que eran incansables como obreros de fábrica, habían llegado a un punto de agotamiento sexual cuyo estadio más refinado consistía en el hecho de observar un acto que ellos no tenían ningún interés en realizar. En esto, como en muchas otras cosas, se observaba la combinación de tecnología avanzada y decadencia cultural.

Al regresar, solo, al hotel, entré en una librería para comprar una guía de la URSS, y al no encontrar ninguna me quedé con un ejemplar de la obra de Gissing *La nueva Grub Street*. Caminé hasta que encontré un bar. A través de la ventana,

decorada con botellas de cerveza Asahi y Kirin, el bar tenía un aspecto animado, pero hasta que hube entrado no vi a los cinco japoneses borrachos, el suelo mojado, las sillas rotas. Los hombres tenían la cara colorada, los párpados estaban hinchados por efecto del alcohol y habían perdido su habitual cortesía. Se acercaron a mí tambaleándose y me abrazaron. Uno de ellos me dio un golpe en la espalda y dijo:

—Eres muy buen chico.

Otro acercó su cara a la mía y añadió:

—Tu nariz es muy grande.

Querían que yo hablase japonés, pero les dije que no sabía. El que me había llamado «buen chico» me pellizcó la nariz y me la retorció. Pedí una cerveza. La camarera japonesa que estaba detrás de la barra me la sirvió y tomó mi dinero. Un tipo mofletudo se echó a reír con una expresión lasciva. Dijo que debía llevarme a la chica a casa. Yo sonreí a la chica y esta hizo una mueca.

Un hombre cantó:

Mitsubishi, mitsui, sanyo

Honda yamasaki, ishikawa!

O algo así. Se interrumpió, me pellizcó el brazo y dijo:

—Canta una canción.

—No sé ninguna.

—Eres muy malo.

—¿Por qué no me quieres? —preguntó el hombre mofletudo.

Era un sujeto bajo y regordete. Comenzó a increparme en japonés y cuando uno de sus amigos intentaba llevárselo, él me agarró por la nuca, acercó su cara a la mía y me besó. Hubo chillidos de alegría y gritos de placer. Yo me las arreglé para sonreír, pero me dirigí a la puerta y salí corriendo.

Un estadounidense me dijo que esto no solía suceder:

—Lo que quiero decir es que nunca ningún japonés trató de besarme a mí.

Algo igualmente poco típico sucedió en el viaje de regreso a Tokio en el tren *Hikari*, una demora de veinte minutos: en las afueras de Nagoya, el *Hikari* se detuvo y los viajeros japoneses empezaron a impacientarse y algunos se pusieron a murmurar. Fue una avería de un momento y cuando llegamos a Tokio decidí ir a las oficinas de los ferrocarriles nacionales japoneses para averiguar por qué se había parado el tren. Me dirigí al edificio Kotetsue y formulé mi pregunta a un empleado de la sección de publicidad. El hombre se inclinó, me llevó a su escritorio e hizo una llamada telefónica.

—Dicen que hubo un incendio en la línea —dijo—. El ordenador obtiene información. El ordenador corrige el error. Esperemos que no vuelva a suceder.

Me dio un folleto que explicaba cómo era el ordenador que regula los trenes de gran velocidad.

—Todo está ahí —explicó.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Desde luego.

Cerró los ojos y sonrió.

—A veces, los trenes japoneses se detienen durante treinta segundos en una estación —dije—. No es mucho tiempo, que digamos. ¿No ocurre nunca un accidente?

—No llevamos registro de tales accidentes —respondió—. Puedo asegurarle que no son muchos. ¿Quiere café?

—Gracias.

Una taza de café fue colocada junto a mi codo por una señora que empujaba un carrito. Hizo una ligera inclinación y se dirigió hacia la mesa escritorio siguiente. Nos hallábamos en una oficina espaciosa que contenía quizá cincuenta mesas y en la que hombres y mujeres estaban trabajando.

—Pero, y los viajeros, ¿qué? —objeté yo—. Se ven obligados a moverse con rapidez.

—Los japoneses son rápidos —dijo.

—Sí, y también cooperan.

—Los viajeros cooperan para que los trenes vayan bien. Es propio de los japoneses cooperar.

—En otros países, los viajeros quizá querrían permanecer más de cuarenta segundos en una estación importante.

—¡Ah! Pero allá los trenes son lentos.

—Desde luego, desde luego, pero ¿a qué se debe que...?

Mientras yo hablaba, una música de orquesta llenó la espaciosa oficina. Por mi experiencia en los ferrocarriles japoneses, sabía que se estaba preparando un anuncio. Pero no hubo ningún anuncio. La música seguía sonando, fuerte y un poco desafinada.

—¿Qué estaba usted diciendo?

—He olvidado la pregunta —dije.

La música continuaba. Me pregunto cómo se podía trabajar en un lugar donde el ruido era tan intenso. Miré a mi alrededor. Nadie estaba trabajando. Cada empleado había dejado su lápiz y se había puesto en pie. Por el altavoz sonó una voz. Primero pareció explicar algo y luego entonó la cantinela habitual de quien conduce unos ejercicios gimnásticos. Los oficinistas comenzaron a mover acompasadamente los brazos, después doblaron la cintura y luego dieron unos saltitos de ballet.

La voz femenina que hablaba por el altavoz decía:

—Ahora, un ejercicio muy bueno para que la sangre fluya por un cuello dolorido. Girad la cabeza dos... tres... cuatro. Otra vez, dos... tres... cuatro...

Eran las tres y unos minutos. ¡Y cada día hacían lo mismo! Y nadie intentaba escabullirse. El efecto era el de una escena de película musical en la que toda una

oficina se pone de pronto a bailar.

—Se está perdiendo sus ejercicios.

—No importa.

Sonó el teléfono en la mesa de al lado. Me pregunté cómo se las arreglarían. Una mujer respondió la llamada. Dejó de mover la cabeza, mientras escuchaba, murmuró algo y colgó. A continuación reanudó sus movimientos de cabeza.

—¿Alguna pregunta más?

Dije que no. Le di las gracias y me marché. Y entonces él se unió a sus compañeros de oficina. Extendió los brazos y se inclinó hacia la derecha, dos-tres-cuatro; luego hacia la izquierda, dos-tres-cuatro. En todo el país, unos aparatos estaban ordenando a los japoneses que actuaran. Los japoneses habían hecho estos aparatos, les habían dado voz y los habían puesto al mando. Ahora, obedeciendo a las luces y al sonido, los japoneses doblaban sus pequeños músculos, daban puntapiés con sus piecitos y movían sus cabecitas como juguetes mecánicos que actuaran impulsados por una máquina poderosa e implacable que un día acabaría con ellos.

30. El expreso transiberiano

1. EL M. V. JABÁROVSK

En su límite oriental, el expreso transiberiano es un barco ruso que huele a rancio. Zarpa dos o tres veces al mes de la neblinosa y polvorienta Yokohama, y atraviesa el ventoso estrecho de Tsugaru y el mar de Japón (en cuyas corrientes desaparecen ventiscas enteras) hacia Najodka, en el helado Primorsk, a un tiro de piedra de Vladivostok. Es el único camino por el oeste hacia Najodka, la ruta de la pulmonía a través de fuertes borrascas. Lo mismo que el tren, también el barco sigue la costumbre soviética. Contiene distinciones de clase tan sutiles que hay que ser un marxista bien entrenado para poder apreciarlas. Yo estaba en un camarote de cuatro literas en la línea de flotación, una de las subclasificaciones de «clase dura» (descripción más verdadera que la de la otra clase que el Intourist anuncia como «blanda»). Bruce y Jeff, dos australianos que ocupaban las literas superiores, estaban nerviosos al pensar que iban a Siberia. Anders, un joven sueco con una de esas caras escandinavas que reflejan petulancia sexual y una imaginación hambrienta, estaba en la litera opuesta a mí, escuchando lo que decían los australianos, y cuando declaró: «He oído decir que hace frío en Siberia», supe que tendríamos una travesía difícil.

A última hora de la tarde del primer día, la costa de Honshu estaba nevada y entrábamos en el estrecho. La proa del *Jabárovsk* aparecía ya cubierta de hielo azulado. Aparte de algún que otro faro y de unos cuantos herrumbrosos pesqueros que navegaban por la impetuosa corriente, no había ninguna señal de vida. La costa y las montañas que se alzaban detrás de ella aparecían desoladas.

—Eso es Osorayama —dijo uno de los estudiantes japoneses señalando una montaña—. Hay demonios que viven en la cumbre. Por eso la gente nunca se acerca por aquí.

Los japoneses se hallaban de pie junto a la borda tomando fotos de aquel lugar embrujado. Se turnaban para fotografiarse unos a otros sosteniendo una pequeña pizarra con la fecha, la hora y el lugar escritos con tiza. Las poses eran siempre las mismas, pero la información escrita en la pizarra variaba constantemente. En su mayoría eran estudiantes, algunos eran turistas. Había una veintena de ellos e iban a todas partes, pero solo uno hablaba inglés. El sociólogo que se dirigía a la Sorbona no hablaba francés ni tampoco hablaba alemán el hombre que se dirigía al Instituto Max Planck. Llevaban manuales con frases coloquiales que consultaban continuamente. Pero esos manuales no eran de gran ayuda para la conversación. Habían sido compilados por meticulosos japoneses y contenían frases en japonés tales como: «Esta habitación no me conviene», traducidas al alemán, inglés, italiano, francés y ruso.

Me llevé el libro *La nueva Grub Street* al bar, pero todo eran interrupciones. Unos estudiantes japoneses fueron a buscar unas sillas, se sentaron en círculo, sosteniendo

sus manuales como cantores de coro con sus libros de himnos, y recitaron una pregunta acerca del precio de una habitación en Londres. Una pareja de estadounidenses quiso saber lo que yo estaba leyendo. También andaba por allí Jeff, el australiano de más edad, que iba a Alemania. Lucía una barba de tres días y generalmente llevaba una boina para cubrir su calvicie. Detestaba el barco, pero se mostraba esperanzado.

—¿Había estado usted alguna vez en un barco como este? —me preguntó.

Le dije que no.

—Yo tenía un amigo que estuvo en un barco como este. Iba de Sídney a Hong Kong, me parece. Dijo que cuando subieron a bordo todos los viajeros eran muy simpáticos, pero que tan pronto como estuvieron en alta mar comenzaron a volverse locos. ¿Sabe a qué me refiero? A hacer cosas que normalmente no hacían.

Aquella noche proyectaron en el salón una película sobre Minsk. Presentaba Minsk como una ciudad soleada con espectáculos de moda y partidos de fútbol y terminó con una vista detallada de unas fábricas de acero. Después, los camareros rusos tomaron sus instrumentos y organizaron un baile, pero no tuvieron mucho éxito. Dos oficiales de marina mercante yugoslavos bailaron con las bibliotecarias de Adelaida y el estadounidense bailó con su mujer. Los japoneses miraban sin soltar sus manuales de conversación.

—¿Le parece que alguno de esos se ha vuelto loco? —pregunté.

—Este viaje no es nada —dijo Jeff—. Es como la excursión dominical de una escuela. Si me lo pregunta, le diré que creo que es debido a que los que mandan son rusos.

La camarera, una musculosa señora rubia que llevaba calcetines de color rosa, oyó la queja formulada por Jeff y preguntó:

—¿No le gusta?

—Sí me gusta —dijo Jeff—, pero es que no estoy acostumbrado a ello.

Nikola, el yugoslavo, vino a reunirse con nosotros. Dijo que lo había pasado estupendo con el baile. Quería saber cómo se llamaba la más bajita de las dos bibliotecarias.

—Es que estoy divorciado, ¿saben?

—Otra cerveza, por favor, Galina Petrovna —le dije a la mujer del mostrador.

La rubia dejó la labor de punto que estaba haciendo y murmuró unas palabras en ruso a Nikola mientras llenaba mi vaso.

—Quiere que la llame usted Galia —sugirió Nikola—. Es más amistoso.

—No creo que gane nada si la llamo Galia.

—Tiene usted razón —dijo guiñándome un ojo—, no ganará nada.

Hablamos de Yugoslavia.

—En Yugoslavia —comentó Nikola— tenemos tres cosas: libertad, mujeres y bebida.

—Pero seguramente no las tres al mismo tiempo —repliqué yo.

La mención de la libertad hizo que la conversación girase en torno a Djilas, el escritor yugoslavo perseguido.

—Djilas —empezó Nikola—. Voy a contarle la historia. Yo estoy en la escuela y me hacen leer a Djilas. Tengo que leer todo cuanto ha escrito acerca de Stalin. Dice que Stalin es igual que Zayush, el griego. No dice que *piense* como Zayush, sino que *se parece* a Zayush, cara grande y cabeza grande. Yo digo que Djilas es un traidor. Vea usted por qué. Escribió un libro muy grueso, *Conversaciones con Stalin*. Pues bien, ahora dice que Stalin es un monstruo. ¡Un monstruo! Primero Zayush y después monstruo. ¿Y sabe por qué? Porque Djilas es un traidor...

Nikola había sido capitán de un barco yugoslavo. A la sazón era oficial de una compañía naviera y se dirigía a Najodka a inspeccionar un buque de carga averiado. Habría deseado continuar siendo capitán y recordaba que una vez su barco estuvo a punto de hundirse en una tormenta en aquel estrecho de Tsugaru. Comentó que navegábamos por unas corrientes peligrosas y añadió:

—A veces tiene uno que ponerse a rezar, pero procurando que los hombres no lo vean.

Avanzada la noche, en el bar del *Jabárovsk* solo estábamos la pareja estadounidense, Nikola, un japonés de aspecto melancólico, cuyo nombre no llegué a saber, y yo. La pareja dijo que ellos se interesaban por «lo oculto». Les pedí una prueba de ello y me contaron unas historias de fantasmas. Una de ellas trataba de una muñeca japonesa que les habían regalado y que tenía la nariz cortada por la punta. «¡Desembarácese de ella! ¡Está viva!», les dijo un japonés. Tenía alma. Fueron a un templo, esparcieron sal formando un círculo y realizaron una ceremonia de purificación.

—De lo contrario —explicaron—, algo les habría sucedido a nuestras caras.

Les dije que aquello era pura especulación y me contaron otra historia. Esta sucedió en Nueva Orleans. Les dieron un libro extraño. Los anfitriones comentaron lo deprimente que se había vuelto su casa. El libro exhalaba emanaciones y lo quemaron, y una semana más tarde su casa ardió hasta los cimientos sin que se supiera la causa del incendio.

—Conozco un tratante de libros antiguos —les dije.

Y me puse a contarles el relato más espeluznante que he leído, *El grabado*, de M. R. James.

—¡Bravo! —dijo la mujer cuando hube terminado.

—Bueno, a usted también le gusta lo oculto, ¿no? —concluyó el marido.

A la mañana siguiente salimos del estrecho. Yo pensaba que el mar de Japón sería más tranquilo, pero aún era peor. Nikola me explicó que había dos corrientes en el mar de Japón, la corriente cálida de Kyushu procedente del sur y la corriente fría que venía del mar de Ojotsk. Las dos se juntaban y producían una gran turbulencia. Todo

el día estuvo el barco capeando una tormenta de nieve en aquel mar alborotado, y cada vez que remontaba una enorme ola sacudía las ventanas. Cuando el buque descendía yo tenía una sensación de ingravidez que luego se convertía en náusea a causa de las fuertes sacudidas. El mareo provenía en parte del miedo a que el barco zozobrara en aquel mar glacial yuviésemos que hacer frente a la nieve y a las olas en frágiles botes salvavidas.

El polaco me dijo que tenía mala cara.

—Es que me siento mal.

—Emborráchese.

Lo intenté con vino georgiano, pero aún me sentí peor, como si hubiese bebido trementina. El barco daba unos bandazos terribles y avanzaba en medio de un gran estrépito: las olas restallaban al chocar contra el casco, las puertas daban portazos y los armarios y las paredes vibraban tanto que daban la impresión de que fueran a romperse. Me fui a mi camarote. Anders se hallaba ya en su litera, con el semblante lívido. Jeff y Bruce gemían. El barco parecía saltar fuera del mar, permanecer suspendido en el aire por espacio de cinco ruidosos segundos y luego caer de costado con un crujido terrible del maderamen. No me quité la ropa. El bote salvavidas número 7 era el mío. En medio de su sueño, Anders chillaba: «¡No!».

Antes de que amaneciera, la agitación del mar alcanzó su punto máximo. Una y otra vez yo era arrojado hacia arriba desde mi litera, y una de las veces di con la cabeza contra el armazón de hierro. Al clarear, el mar estaba más calmado. Dormí una hora, antes de ser despertado por otra sacudida para oír el siguiente diálogo:

—¡Eh, Bruce!

—¿Qué?

—¿Cómo está tu pequeño Ned Kelly?

—Muy bien.

—¿Ya habla?

—No.

—¡Vaya con el oleaje! Esos camastros hacen un ruido terrible.

Jeff guardó silencio unos instantes. Anders se quejaba. Yo intenté escuchar la radio que había comprado en Yokohama.

—Me pregunto qué van a darnos para desayunar —dijo finalmente Jeff.

El desayuno (salchichón, aceitunas, huevos revueltos, pan) fue servido a ocho pasajeros. Los demás, incluidos los japoneses, estaban mareados. Yo tomé asiento en compañía del polaco y de Nikola. El polaco y yo estábamos hablando de Joseph Conrad. El polaco le llamaba por su apellido de origen, Korzeniowski. A Nikola le extrañaba que yo me interesara tanto por aquel autor y me preguntó:

—¿También escribe sobre Stalin ese Korzeniowski?

Aquel fue nuestro último día a bordo del *Jabárovsk*. Hacía sol, pero la temperatura debía de estar bajo cero, hacía demasiado frío para pasar más de unos minutos sobre cubierta. Me quedé en el bar leyendo a Gissing. Hacia mediodía hizo

su aparición Nikola remolcando a un anciano ruso. Bebían vodka y luego el ruso se puso a contar historias de la guerra. El ruso (según iba traduciendo Nikola) había sido piloto en un buque llamado *Vanzetti* (su buque gemelo era el *Sacco*), decrepita nave de carga capitaneada por un notorio borracho. En una escuadra de cincuenta barcos que cruzaban el Atlántico, el *Vanzetti* iba tan despacio que quedó muy rezagado, y un día, cuando la escuadra ya casi se había perdido de vista, se acercó un submarino alemán. El capitán pidió ayuda por radio, pero la escuadra se alejó librando a su suerte al *Vanzetti*. Sin saber cómo, el *Vanzetti* logró eludir dos torpedos alemanes. El submarino salió un momento a la superficie y el capitán beodo, que había hecho girar su herrumbroso cañón, disparó una vez, hizo blanco y lo hundió. Los alemanes llegaron a creer que aquel armatoste, tripulado por gente incompetente, era un arma secreta y ya no molestaron más a la escuadra. Cuando el *Vanzetti* llegó a Reikiavik, los ingleses organizaron una fiesta especial para los rusos, los cuales hicieron su aparición dos horas más tarde cantando canciones obscenas, y el capitán, tan borracho que era incapaz de andar, fue recompensado con una medalla.

Aquella tarde vi gaviotas. Eran las cinco cuando apareció la costa soviética. Sorprendentemente, no había nieve. Era parda, llana y sin árboles, el paisaje más desolador que yo había visto, como una inmensa playa de barro congelado, bañada por un mar negro y oleoso. Los pasajeros rusos, que hasta entonces habían andado por el buque con ropas viejas y zapatillas de fieltro, se pusieron unos trajes arrugados y unos sombreros de piel para la llegada, y vi cómo, de pie en la cubierta de estribor, sujetaban con alfileres sobre sus bolsillos del pecho diversas medallas («Trabajador Ejemplar», «Sociedad Cooperativa de Yakutsk», «Liga Juvenil Blagoveshchensk»). El buque estuvo anclado mucho tiempo en Najodka. Encontré un sitio resguardado en cubierta y estuve escuchando la radio, música cingara, con violines que chirriaban como un conjunto de sierras. Un estibador, con un sarnoso sombrero de piel y una chaqueta raída, se hallaba acurrucado en un bote. Me pidió, en inglés (había estado en Seattle), que pusiera más fuerte la música. Era la media hora de Moldavia que daban en Radio Moscú. Sonrió con tristeza mostrando sus dientes de metal. Era de Moldavia y se encontraba lejos de su hogar.

2. EL VOSTOK

En diciembre, el puerto siberiano de Najodka da la impresión de encontrarse en el extremo del mundo, en una atmósfera que no favorece mucho la vida. Los delgados árboles no tienen hojas, el suelo está endurecido por el hielo y no crece en él hierba alguna y en las calles no hay tráfico ni gente en las aceras. Hay luces encendidas, pero son como faros colocados para advertir a la gente que se acerca a Najodka, que es un lugar peligroso y que más allá solo existe el vacío. La temperatura bajo cero hace que sea un lugar inodoro y ningún ruido rasga su silencio. Es la clase de lugar que da origen a la idea de que la Tierra es plana.

En la estación («Su nombre es Tijookeanskaya», según el folleto de la agencia Intourist), un edificio estucado tan grande como el manicomio de Kabul, pagué seis

rublos para cambiar de la clase dura a la clase blanda. El empleado dijo que se trataba de algo sumamente irregular, pero yo insistí. Había dos literas en los compartimentos de la clase blanda, cuatro en la dura, y en el camarote del *Jabárovsk* yo había aprendido una saludable lección con respecto a los espacios abarrotados. Viajar en la URSS me había hecho ya adquirir conciencia de las clases y pedí la de lujo. Y la petición, que en Japón no me habría llevado a ninguna parte, pues ni siquiera el primer ministro tiene su propio compartimento de ferrocarril (aunque el emperador tiene once vagones), hizo que me dieran una litera afelpada en el coche cinco del *Vostok*.

—¿Quiere usted preguntar algo? —dijo una mujer con un gorro de piel.

El andén estaba congelado, cruzado por huellas de pisadas en el hielo, y la mujer emitía al respirar nubes de vapor.

—Estoy buscando el coche número cinco.

—El coche número cinco es ahora el coche número cuatro. Tenga la bondad de ir al coche número cuatro y mostrar el comprobante. Gracias —dijo, y se alejó a grandes zancadas.

Un grupo de personas que temblaban de frío expresaba sus quejas de pie junto a la entrada del vagón que la señora me había indicado. Pregunté si era el coche número cuatro.

—Sí —dijo el estadounidense aficionado al ocultismo.

—Pero no nos dejan subir —dijo su mujer—. Nos han dicho que esperemos.

Llegó un empleado que parecía un oso pardo. Colocó una escalerilla con el cuidado mecánico y carente de sentido de un actor en una obra experimental cuyo fin es desconcertar a un público aburrido. Yo tenía los pies helados, mis guantes japoneses no me protegían del viento, mi nariz ardía a causa del frío e incluso tenía congeladas las rodillas. El hombre manipuló unas gruesas planchas de metal.

—¡Dios mío, qué frío! —dijo la mujer casi sollozando.

—No llores, cariño —le dijo su marido. Y volviéndose hacia mí, me preguntó—: ¿Ha visto nunca algo parecido?

El empleado de la escalerilla había quitado el 4 del costado del vagón. Puso el 5, bajó de la escalera y nos indicó que ya podíamos subir.

Encontré mi compartimento y pensé: «¡Qué raro!». Pero me sentí aliviado y experimenté la mayor alegría que puede sentir un viajero. Me encontraba en la salita más mullida y más confortable que había visto en treinta trenes. En el *Vostok*, estacionado en lo que parecía la ciudad más abandonada del Extremo Oriente soviético, había un compartimento que solo podría describirse como un salón victoriano. Era ciertamente de estilo prerrevolucionario. El coche tenía el aspecto de un salón angosto de pub londinense. El suelo del pasillo estaba alfombrado, había espejos por todas partes; los bruñidos accesorios de latón se reflejaban en la madera barnizada, y había unas amapolas grabadas en los globos de vidrio de las lámparas que flanqueaban los espejos y que iluminaban las cortinas de terciopelo adornadas

con borlas y las cifras romanas en las puertas de los compartimentos. El mío era el VII. Tenía una cómoda butaca con una cubierta de labor de ganchillo, en el suelo había una gruesa alfombra y otra en el lavabo, donde una reluciente manguera para la ducha yacía enroscada junto a la pila. Pellizqué mi almohadón lleno de plumas de ganso. Nadie más ocupaba el compartimento; me paseé por él frotándome las manos. Luego saqué las pipas, el tabaco, las zapatillas, el libro de Gissing, mi nuevo albornoz japonés y me serví un largo trago de vodka. Me eché sobre la cama congratulándome de que hubiese nueve mil kilómetros entre Najodka y Moscú, el viaje en tren más largo del mundo.

Para ir al vagón restaurante aquella noche tuve que pasar por cuatro vagones. Entre ellos, en la cabina de caucho de la plataforma de enganche, había un metro cuadrado de Ártico. Un viento helado soplaba a través de los intersticios del caucho, había nieve en el suelo, las paredes y los pomos de las puertas estaban recubiertos de una capa de escarcha. La piel de las yemas de los dedos se me pegó en los pomos al abrir las puertas, y a partir de ahí, cada vez que me desplazaba por entre los vagones del transiberiano, llevaba puestos los guantes. Dos *babushkas* me saludaron. Con sus blusas y sus turbantes blancos permanecían de pie limpiando el lavabo. Otras ancianas barrián el pasillo, una legión de abuelitas encorvadas que trabajaban sin cesar. La cena consistió en sardinas y en un estofado que el vodka hizo comestible. A mitad de la cena, se reunieron conmigo los ocultistas. Pidieron vino.

—Estamos celebrando que Bernie ha terminado su período de médico interno —comentó la mujer.

—Soy doctor en medicina —dijo Bernie.

—Vaya, ocultista y médico a la vez —intervine yo.

—Lo estamos celebrando con un viaje alrededor del mundo —dijo la mujer—. Después de Irkutsk vamos a Polonia.

—De modo que lo están pasando bien.

—Más o menos.

—Bernie —dije yo—, ¿no volverá usted a su casa para convertirse en uno de esos charlatanes que cobran un dineral por curar la halitosis?

—Cuesta mucho dinero asistir a la Facultad de Medicina —murmuró, lo cual era una manera de responder afirmativamente a mi pregunta.

Explicó que debía veinte mil dólares. Había pasado años aprendiendo su profesión. Los libros de texto eran caros. Su esposa había tenido que ponerse a trabajar. Repliqué que no me parecía una tragedia. Yo debía una cantidad de dinero superior a la suya. Él dijo:

—Incluso tuve que vender mi sangre.

—¿Por qué será —pregunté yo— que los médicos siempre cuentan que vendieron su sangre siendo estudiantes? ¿No ve usted que vender sangre es precisamente otro ejemplo de la avaricia de ustedes?

—No tengo por qué escuchar sus sermones —gritó Bernie.

Y tomando a su mujer del brazo, la condujo fuera del vagón restaurante.

—¡Vaya con el gran ocultista! —exclamé y, al darme cuenta de que estaba borracho, volví a mi compartimento. Antes de apagar la lámpara de la mesa, eché un vistazo por la ventanilla. El suelo estaba cubierto de nieve, y a lo lejos, bajo una fría luna, aquellos árboles sin hojas parecían bastones erguidos.

Estaba completamente oscuro cuando me desperté, pero según mi reloj eran más de las ocho. En el desierto horizonte asomaba un pálido destello de luz formando un angosto semicírculo. Una hora más tarde, esa claridad se convirtió en una fluorescencia invernal que iluminó la glacial llanura de Primorsk mostrando unas casitas de madera, como gallineros con humeantes chimeneas, rodeadas de campos de rastrojos y montones de nieve. Algunas personas ya estaban levantadas, vestidas contra el frío con gruesas chaquetas negras y pesadas botas de fieltro. Caminaban como muñecos tiesos y sus mangas acolchadas les obligaban a llevar los brazos estirados junto a los costados. A la tenue luz de la aurora invernal vi a un hombre que se deslizaba ágilmente por una ladera moviendo los pies como si fuesen esquís y llevaba un yugo y dos cubos. Después de desayunar, presencié varias escenas como estas: individuos que acarreaban cubos, un trineo tirado por un caballo cuyo conductor parecía demasiado helado para hacer restallar el látigo, y otro hombre que arrastraba a sus hijos en un pequeño trineo. Pero no había mucha gente a aquella hora, ni había muchas casas y tampoco había carreteras. Las bajas chozas humeantes se hallaban distribuidas al azar en unos campos sin huellas.

El sol irrumpió a través del velo de la neblina y luego brilló en un cielo sin nubes calentando las cortinas y las alfombras del coche cama. El tren se paró en varias estaciones de madera con tejadillos en punta, pero lo hizo solo el tiempo suficiente para ver los carteles: retratos de Lenin, dibujos de obreros y murales en los que se veían personas de razas distintas y con aspecto valeroso enlazadas del brazo. Busqué una reacción en las caras de los japoneses del *Vostok*; permanecían impasibles. ¿Quizá los murales representaban a chinos y rusos? Era posible. Aquella era una zona en litigio. Todo el trayecto hasta Jabárovsk lo hicimos a lo largo de la frontera china, que en aquella región era el río Ussuri, pero los mapas son desorientadores. Ese rincón de China no se diferencia en nada de la Unión Soviética: yacía congelado bajo una profunda capa de nieve y a la clara luz del sol se veían bosques de abedules plateados.

La ciudad de Jabárovsk apareció en la nieve al mediodía. Durante la semana siguiente fui acostumbrándome a esta visión de una ciudad soviética junto a la vía del transiberiano, sepultada al fondo de un cielo pesado. Primero, en las afueras aparecían las isbas de madera; luego, donde las vías se dividían, las brigadas de mujeres que rompían el hielo de las agujas del tren; las resonantes locomotoras de vapor y la nieve que poco a poco iba ennegreciéndose por efecto del hollín que caía

sobre ella, y los edificios que iban acumulándose hasta que la ciudad rodeaba al tren con sus viviendas, cabañas y bloques de apartamentos. Pero en la historia del ferrocarril transiberiano, Jabárovsk era un lugar importante. El gran ferrocarril, propuesto en 1857 por el americano Perry McDonough Collins y comenzado finalmente en 1891 bajo el zarévich Nicolás, fue terminado aquí en 1916. El último eslabón fue el puente de Jabárovsk sobre el río Amur. Entonces quedó expedito el camino por ferrocarril desde Calais hasta Vladivostok (ahora fuera de límites para los viajeros por razones militares).

Todo el mundo se apeó del expreso *Vostok*, la mayoría para tomar el avión del vuelo de nueve horas a Moscú, algunos, incluido yo mismo, para pasar la noche en Jabárovsk antes de tomar el expreso *Rossiya*. Salté al andén, recibí el azote del frío y volví corriendo al *Vostok* a ponerme otro suéter.

—No —dijo la dama de la agencia Intourist—. Usted debe quedarse aquí en el andén, por favor.

Le dije que hacía mucho frío.

—Treinta y cinco bajo cero —me dijo ella—. ¡Ja, ja! ¡Pero no Celsius!

En el autobús, ella me preguntó si había algo especial que me gustase hacer en Jabárovsk. Reflexioné un instante y luego dije:

—¿Qué le parece un concierto o una ópera?

Ella sonrió como habría sonreído cualquiera en Bangor, Maine, si se le hubiese hecho la misma pregunta.

—Hay una comedia musical. ¿Le gusta la comedia musical?

Le dije que no.

—Bien. No se la recomiendo.

Después del almuerzo fui a comprar tabaco de pipa. Andaba escaso de tabaco y me esperaban seis días sin fumar hasta llegar a Moscú si no conseguía encontrar un poco. Crucé la plaza de Lenin, donde una estatua del gran hombre (que nunca visitó la ciudad) lo mostraba con el brazo extendido en el gesto de alguien que quiere tomar un taxi. En la calle de Karl Marx, los vendedores de periódicos en sus quioscos dijeron que no tenían *tabak*, pero me ofrecieron el diario *Pravda* con unos titulares que decían: «Los trabajadores de la industria pesada de Jabárovsk felicitan a los trabajadores de la remolacha azucarera de Smolensko por una cosecha récord». Luego fui a almorzar, a una casa de comidas. A través de mis gafas empañadas, vi personas enfundadas en sus abrigo, de pie junto a una pared y comiendo bollos. No hay *tabak*. Cuando salí el vapor que cubría mis gafas se convirtió en escarcha y me cegó. Corregí esta deficiencia en un colmado, lleno de mantequilla y grandes quesos y estantes de pepinillos y pan. Entré en varios establecimientos al azar, en el Banco Estatal de la URSS donde un enorme retrato de Marx miraba ceñudo a los clientes; en el cuartel general de la Liga Juvenil y en una joyería llena de feos relojes de pared y de pulsera y de gente que miraba embobada como en un museo. Al final de la calle

compré una bolsita de tabaco búlgaro para pipa. Al salir del establecimiento, vi una cara que me era familiar.

—¿Se ha enterado de lo que le ha sucedido a Bruce? —Era Jeff quien hacía la pregunta—. Esta mañana tenía muy mala cara; los labios agrietados y los ojos vidriosos, y tenía mucha fiebre. Los de la Intourist lo han llevado a un hospital. Me parece que pilló una pulmonía en aquel maldito barco.

Regresamos andando al hotel.

—No es mal sitio —dijo Jeff—. Parece que está progresando.

—A mí no me lo parece.

Pasamos por delante de una tienda ante la cual había unas ciento cincuenta personas haciendo cola. Los que se hallaban al final de la misma nos miraban fijamente, pero en la cabeza de la cola, junto a la puerta entreabierta, se estaban peleando y si se miraba con atención se les veía abrirse paso a codazos y entrar uno a uno por la angosta abertura. Yo quería averiguar para qué artículo estaban haciendo cola (evidentemente, algo que era muy escaso) pero Jeff dijo: «A su derecha», y me volví para ver cómo un policía me hacía gestos para que siguiera mi camino.

En la multitud había algunas personas de aspecto oriental. Jabárovsk parecía estar lleno de chinos regordetes de cara oscura y cuadrada. Son los aborígenes de la región, primos lejanos de los esquimales americanos, y se les llama goldis. «Una tribu hábil en el arte de la sastrería», escribe Harmon Tupper en su historia del transiberiano, observando que en verano vestían pieles de pescado y en invierno pieles de perro. Pero en Jabárovsk, aquel día de diciembre, iban vestidos como cualquier otra persona, con botas de fieltro, mitones, abrigos y gorros de piel. Jeff se preguntaba quiénes eran. Yo se lo dije.

—Es curioso, no parecen indígenas —comentó.

En el restaurante del hotel, Jeff se encaminó directamente hacia una mesa a la que se hallaban sentadas comiendo dos lindas muchachas rusas. Eran hermanas, según dijeron. Zenia estaba estudiando inglés y Nastasia literatura rusa («Digo literatura rusa, no literatura soviética, pues esta no me gusta»). Hablamos de libros. El autor favorito de Nastasia era Chéjov y el de Zenia era J. D. Salinger («Holden Caulfield es el mejor personaje de cualquier literatura»). Yo dije que era un admirador de Zamiatin, pero ellas no habían oído hablar del autor de *Nosotros* (novela que inspiró a Orwell para escribir *1984*, con la que guarda un gran parecido), que murió en París en los años veinte intentando escribir una biografía de Atila el huno. Les pregunté si había novelistas en Jabárovsk.

—Chéjov estuvo aquí —dijo Nastasia.

En 1890, Antón Chéjov visitó Sajalín, una isla de convictos, a ochocientos kilómetros de Jabárovsk. Pero en Siberia todas las distancias son relativas: Sajalín se encontraba al doblar la esquina.

—¿Qué otro autor les gusta a ustedes? —pregunté.

Nastasia dijo:

—Ahora quiere seguramente preguntarme acerca de Solzhenitsyn.

—No iba a hacerlo —le aseguré—. Pero ya que lo ha mencionado, ¿qué opina usted de él?

—No me gusta.

—¿Lo ha leído?

—No.

—¿Cree usted que hay algo de verdad en la afirmación de que el realismo socialista es antimarxista? —pregunté.

—Hágale esa pregunta a mi hermana —contestó Nastasia.

Pero Jeff estaba hablando a Zenia y la hacía sonrojarse. Luego se dirigió a las dos muchachas.

—Supongan que pudieran ir a cualquier país que quisieran. ¿Adónde irían ustedes?

Zenia pensó un instante. Finalmente dijo: *Ispain*.

—Sí, yo también —afirmó Nastasia—. Para mí, *Ispain*.

—¡*Ispain*! —exclamó Jeff.

—Porque creo que allí hace siempre calor —dijo Zenia.

Las hermanas se pusieron de pie y pagaron su cuenta. Se endosaron los abrigos, los pañuelos de cuello y los mitones, se bajaron hasta los ojos los gorros de lana y salieron a enfrentarse con el viento y la nieve.

Más tarde, la empleada de Intourist me llevó a dar una vuelta por la ciudad. Le dije que quería ver el río, pero ella dijo: «¡Primero, la fábrica!». Había cinco fábricas. Frente a cada una de ellas, unos retratos de dos metros de altura mostraban a unos hombres de facciones duras, eran los «trabajadores del mes», pero fácilmente podrían haber sido fotografías de un equipo de jugadores de bolos de Chicago. Dije que parecían muy recios y la empleada del Intourist me explicó que tenían una compañía de ópera. Eso está pensado para asombrar al visitante. ¡Estos mocetones tienen una compañía de ópera! Pero la ópera es políticamente neutral y el teatro de la ópera de Jabárovsk estaba disponible la mayor parte del tiempo. De haber existido una bolera habrían formado un equipo de bolos. No había mucho que hacer en Jabárovsk, incluso la empleada de Intourist tuvo que admitirlo. Después de ver varios obeliscos y monumentos y de dar una vuelta por el museo, que estaba lleno de polvorientos tigres y focas, especies en peligro de extinción, fuimos a la ribera oriental del río Amur. La empleada de Intourist dijo que esperaría en el coche. No le gustaba el frío (quería ir a Italia y trabajar en Aeroflot).

El río en este punto tiene casi un kilómetro de anchura. Desde donde yo estaba de pie divisé a docenas de hombres acurrucados sobre el hielo, cada uno de ellos junto a un gran número de agujeros. Eran pescadores del hielo, principalmente hombres mayores que se pasaban los días de invierno como aquel esperando que se produjese un tirón en sus cañas. Bajé por la orilla y, caminando contra el fuerte viento, me dirigí a través del hielo hacia un anciano que me miraba mientras iba acercándome a él. Lo

saludé y conté sus cañas de pescar. Había hecho catorce agujeros en el hielo de sesenta centímetros de espesor con un hacha embotada y había pescado seis peces: el mayor de unos veinte centímetros y el más pequeño de unos diez, y todos ellos completamente congelados. Me dio a entender que había estado pescando desde las ocho de aquella mañana y entonces eran las cuatro y media. Le pregunté si podía hacerle una foto.

—*Niet* —contestó, y me mostró su abrigo raído, su gorro hecho trizas y las grietas de sus botas. Insistió para que fotografiase uno de sus peces, pero cuando estaba a punto de hacer la instantánea, algo me llamó la atención. Era una espina de pescado, manchada de sangre, con la cabeza y la cola aún adheridas a la misma.

—¿Qué le sucedió? —pregunté recogiendo la espina.

El anciano se echó a reír y con los mitones hizo un gesto indicando que se había comido el pez. De modo que había pescado siete peces y el séptimo había constituido su almuerzo.

Al cabo de diez minutos, yo estaba aterido de frío y quise marcharme. Hurgué en mis bolsillos y saqué una caja de cerillas japonesas. ¿Las quería? ¡Sí, ya lo creo! Las aceptó, me dio las gracias y se volvió para enseñárselas a un hombre que estaba pescando cincuenta metros más allá.

Los pescadores del hielo, las ancianas que barrían las calles con escobas hechas de ramitas, las personas que hacían cola y se peleaban en la tienda de la calle de Karl Marx... Pero Jabárovsk tenía otro lado. Aquella noche el restaurante del hotel se llenó de oficiales del ejército y de varias mujeres de baja ralea. Las mesas estaban llenas de botellas de vodka vacías y muchos estaban comiendo pudines siberianos (*pelmenye*) con champán. Me entretuve un rato hablando con un capitán de aspecto adusto acerca de la disminución de la tasa de nacimientos en la Unión Soviética.

—¿Qué me dice de la planificación familiar? —le pregunté.

—Estamos intentando ponerle freno.

—¿Tienen éxito?

—Todavía no, pero espero que podamos aumentar la producción.

La banda, un saxofón, un piano y tambores, comenzó a tocar *Blue Moon*. Los oficiales empezaron a bailar. Las mujeres, que llevaban jerséis bajo los vestidos muy cortos, se tambaleaban agarradas a sus parejas. Algunos hombres cantaban. Se oían gritos. Una pareja que bailaba golpeó el brazo de un hombre que estaba a punto de zamparse un bollo. Una botella fue a estrellarse en el suelo y se inició una refriega.

—Será mejor que se marche —me dijo el capitán.

3. EL ROSSIYA

Más tarde, cada vez que pensaba en el transiberiano veía unos cuencos de acero limpiísimos llenos hasta el borde de *borsch* en el vagón restaurante del *Rossiya*. Cuando el tren tomaba una curva, el *borsch* se derramaba y desde la ventanilla se veía nuestra locomotora de vapor, verde y negra. A partir de Skovorodinó sus penachos de humo oscurecían la luz del sol y penetraban en el bosque haciendo que

humeasen los abedules y que las urracas remontaran el vuelo hacia el cielo. Veía los pinos de doradas copas a la puesta del sol y la nieve rodeando suavemente extensiones de hierba de color pardo, como nata esparcida por el suelo; las máquinas quitanieves con forma de yate en Zima; el humo ocre que salía de las chimeneas de las fábricas en Irkutsk; el panorama de Marinsk al amanecer, grúas negras y negros edificios y figuras fugitivas que proyectaban largas sombras sobre el camino mientras corrían hacia la estación iluminada, algo terrible en aquella combinación de frío, oscuridad y gente que tropezaba por las sendas siberianas; el arcón de hielo entre los vagones; la aparición brusca de la blanca frente de Lenin a cada parada; los viajeros aprisionados en la clase dura con sus gorros y sus polainas de piel, sus chándales azules y sus niños que lloraban, y un olor tan intenso a sardinas, a transpiración, a coles y a tabaco rancio que incluso en las paradas de cinco minutos los rusos saltaban al andén cubierto de nieve arriesgándose a pillar una pulmonía para poder aspirar una bocanada de aire fresco; la mala comida; las estúpidas economías, y los hombres y las mujeres («No se hace ninguna distinción en cuanto al sexo al asignar los compartimentos», dice el folleto de la Intourist), desconocidos entre sí, que compartían el mismo compartimento sentados en literas opuestas, los varones con mostacho semejantes en todo a mujeres bigotudas, con gorros de dormir y mantas dispuestas como si fuesen chales y los pies enfundados en raídas zapatillas. Pero durante ese viaje experimenté sobre todo la sensación de que el tiempo era tan engañoso como en los sueños: el tren se regía por la hora de Moscú, y tras un almuerzo de patatas amarillas frías, una sopa con trozos de una grasa llamada *solyanka* y una botella de oporto que sabía a jarabe para la tos, pregunté qué hora era y me dijeron que eran las cuatro de la madrugada.

El *Rossiya* no era como el *Vostok*; era nuevo. Los coches cama, fabricados en Alemania oriental, eran como jeringas de acero recubiertas de plástico gris. Se calentaban mediante unas calderas de carbón conectadas a la estufa y al samovar y que, colocadas en la parte delantera de cada vagón, les daban la apariencia de desintegradores de átomos de un cómic. El *provodnik* solía olvidarse de atizar el fuego de la estufa y entonces el vagón quedaba sumido en un frío glacial que en cierto modo me producía pesadillas y al mismo tiempo me quitaba el sueño. Los otros pasajeros de la clase blanda eran desconfiados, o borrachos, o antipáticos: un goldi que viajaba con su mujer rusa blanca y un niño pequeño de piel cobriza, y que se había hecho una especie de nido con botas y mantas; dos canadienses enojados que comentaban con las dos bibliotecarias australianas la insolencia del *provodnik*; una señora rusa entrada en años que hizo todo el viaje llevando el mismo camisón; un georgiano que parecía padecer de estreñimiento, y unos sujetos alcohólicos vestidos con pijamas que jugaban, armando mucho ruido, al dominó. De la conversación no cabía esperar nada, dormir resultaba alarmante, y las travesuras de los relojes confundían mi apetito. El primer día escribí en mi diario: «La desesperación me vuelve hambriento».

El vagón restaurante estaba atestado. Todo el mundo tomaba sopa vegetal y una tortilla que envolvía un *schnitzel* vienés, servidos por dos camareras, una mujer muy gorda que no cesaba de mangonear a los comensales y una linda muchacha de pelo negro que también hacía de fregona y que parecía a punto de saltar del tren a la primera ocasión. Tomé mi almuerzo y los tres rusos sentados a mi mesa intentaron fumar a mis expensas. Como yo no tenía cigarrillos, trabamos conversación. Ellos iban a Omsk; yo era estadounidense. Cuando se marcharon me maldije a mí mismo por no haber comprado en Tokio un manual de conversación ruso.

Un hombre vino a sentarse a mi lado. Le temblaban las manos. Pidió la consumición. Veinte minutos después, la camarera gorda le sirvió una botella de vino blanco. El hombre llenó su vaso y bebió el contenido en dos tragos. Tenía una herida en el pulgar, y la iba mordisqueando mientras con aire preocupado miraba a su alrededor. La camarera gorda le dio una palmada en el hombro y él se marchó con paso vacilante en dirección a la clase dura. En cambio, a mí la camarera me dejó en paz. Me quedé en el vagón restaurante sorbiendo poco a poco el vino pegajoso, contemplando el cambiante panorama: los llanos campos nevados daban paso a las colinas, las primeras que aparecían desde Najodka. El sol, que ya iba a su ocaso, las doraba bellamente y yo esperaba ver personas en los bosques poco tupidos. Estuve mirando fijamente durante una hora, pero no vi a nadie.

Tampoco era capaz de establecer dónde nos encontrábamos. Mi mapa japonés de la Unión Soviética no me servía de gran ayuda, y solo al atardecer me enteré de que habíamos pasado por Poshkovo, en la frontera china. Eso contribuyó a mi desorientación. Pocas veces sabía dónde nos encontrábamos, nunca sabía la hora exacta y cada vez odiaba más los tres congeladores que tenía que atravesar para llegar al vagón restaurante.

La camarera gorda se llamaba Anna Fiodórovna y aunque no hacía más que chillar cuando se dirigía a sus compatriotas, se mostraba amable conmigo, y se empeñó en que la llamase Annushka. Así lo hice, y ella me recompensó con un plato especial, patatas frías y pollo, una carne fibrosa y de color oscuro que parecía un trozo de tejido grueso. Me estuvo mirando mientras comía y me hizo un guiño por encima de su vaso de té (mojaba pan en el té y lo chupaba), y luego maldijo a un lisiado que vino a sentarse a mi mesa. Al cabo de un rato puso delante de él una bandeja de acero que contenía patatas y carne grasienta.

El lisiado comía despacio y prolongaba su horrible cena cortando con cuidado cada trozo de carne. Pasó un camarero y causó un estropicio, pues dejó caer una botella vacía en nuestra mesa rompiendo el vaso del lisiado. El tullido siguió comiendo con una sangre fría admirable, sin mirar al camarero, que murmuraba disculpas mientras iba recogiendo de la mesa los trozos de vidrio. Luego el camarero sacó una enorme astilla de vaso de entre las patatas del lisiado. Este se atragantó y apartó el plato. El camarero le trajo otra ración.

—*Sprechen Sie Deutsch?* —preguntó el lisiado.

—Sí, pero muy mal.

—Yo lo hablo un poco —dijo en alemán—. Lo aprendí en Berlín. ¿De dónde es usted?

Se lo dije y él me preguntó:

—¿Qué opina usted de la comida de aquí?

—No es mala, pero tampoco es muy buena.

—Yo creo que es muy mala —dijo él—. ¿Qué tal es la comida en América?

—¡Estupenda! —respondí.

—¡Capitalista! —exclamó—. ¡Es usted un capitalista!

—Quizá.

—Capitalismo malo, comunismo bueno.

—Una mierda —dije yo en inglés, luego en alemán—. ¿Lo cree usted así?

—En Estados Unidos, se matan unos a otros con pistolas, ¡pam, pam, pam!, así.

—Yo no tengo pistola.

—Y de los negros, ¿qué me dice?

—¿Qué quiere que le diga?

—Ustedes los matan.

—¿Quién le cuenta a usted esas cosas?

—Los periódicos. Yo los leo. También lo dicen por la radio continuamente.

—La radio soviética —dije yo.

—La radio soviética es una buena radio —replicó.

La radio del vagón restaurante estaba emitiendo música de jazz interpretada al órgano. Funcionaba todo el día e incluso en los compartimentos (cada uno de ellos tenía un altavoz) continuaba murmurando, porque no se podía apagar por completo. Señalé el altavoz y dije:

—La radio soviética suena demasiado fuerte.

Soltó una carcajada y repuso:

—Soy un inválido. Mire, no tengo pie, solo pierna. ¡No tengo pie, no tengo pie!

Levantó su bota de fieltro y aplastó la punta con la contera de su bastón.

—Estuve en Kiev durante la guerra, luchando contra los alemanes. Ellos disparaban, ¡pam, pam, pam!, así. Yo me arrojé al agua y me puse a nadar. Era invierno... agua fría... agua muy fría. Me dispararon en un pie, pero no dejé de nadar. Luego, otra vez, mi capitán me dijo: «Mira, más alemanes...», y en la nieve, en una nieve muy espesa...

Aquella noche dormí mal en mi litera del tamaño de un banco, soñando con alemanes que caminaban marcando el paso de la oca, provistos de horcas y llevando unos cascos que parecían los cuencos de sopa del *Rossiya*. Me obligaron a entrar en las aguas heladas de un río. Me desperté. Tenía los pies expuestos al aire frío que entraba por la ventanilla. La manta se había deslizado dejándome destapado y la azulada luz nocturna del compartimento me hacía pensar en un teatro de operaciones. Tomé una aspirina y dormí hasta que hubo suficiente luz en el pasillo para encontrar

el retrete. Aquel día, hacia el mediodía, nos detuvimos en Skovorodinó. El *provodnik*, mi carcelero, hizo entrar a un joven barbudo en mi compartimento. Se llamaba Vladímir. Iba a Irkutsk, que se encontraba a dos días de viaje. Durante el resto de la tarde, Vladímir no dijo nada más. Leía libros rusos encuadernados en rústica con grabados patrióticos en sus portadas y yo miraba por la ventanilla. Yo siempre había creído que una ventanilla de tren era algo que me permitía contemplar el mundo; en ese momento me parecía una pared que me aprisionaba y que a veces adoptaba la opacidad del muro de una celda.

En un recodo, en las afueras de Skovorodinó, vi que estábamos siendo arrastrados por una gigantesca locomotora de vapor. Me distraje intentando (aunque Vladímir hizo un gesto de desaprobación) fotografiarla cuando tomaba una curva emitiendo penachos de humo. El humo iba rodando al lado del tren y subía lentamente a través de los bosques de abedules y de cedros siberianos, donde había huellas de pisadas en el suelo y restos de fogatas apagadas, pero no se veía un alma. El paisaje era tan monótono que podría haber sido una fotografía adherida a la ventanilla. Me indujo a dormir. Soñé con determinada bodega de Medford High School, entonces desperté y al ver que estaba en Siberia casi me eché a llorar. Vladímir había dejado de leer. Estaba sentado, apoyado contra la pared, dibujando con lápices de colores un cuadro con postes de teléfono. Salí al pasillo.

Uno de los canadienses viajaba con la cara vuelta hacia los kilómetros de nieve.

—Gracias a Dios que pronto perderemos eso de vista —me dijo—. ¿Va usted muy lejos?

—A Moscú. Luego tomaré el tren para Londres.

—Duro y sucio.

—Eso dicen.

—Ni siquiera sé qué día es hoy —afirmó—. Pronto será Navidad. ¿Ha visto usted aquella casa que ardía?

—No.

El día anterior había dicho: «¿Ha visto usted el camión que cruzaba el río y quedó destrozado en el hielo? Bueno, las ruedas traseras, por lo menos».

Yo me preguntaba si no inventaba aquellas cosas. Continuamente veía desastres y sucesos aciagos. Miré por la ventanilla y vi reflejada en el cristal mi propia imagen.

Volví al compartimento y me puse a leer *La nueva Grub Street*, pero la combinación de mala luz, nieve y frío, y el deterioro del pobre Edwin Reardon me deprimieron hasta el punto de producirme fatiga. Dormí y soñé. Me encontraba en una cabaña de la montaña con mi mujer y mis hijos. Había nieve y un espejo negro en la ventana. Yo estaba angustiado. Debía comunicarles una mala noticia a unos conocidos que vivían muy lejos. Tenía los pies helados, pero me había avenido a llevarles la noticia. Entré en un cuarto para buscar un par de botas y dije:

—¿Qué haces, Anne? ¿No vienes conmigo?

—Fuera hace mucho frío —dijo Anne—. Además, estoy leyendo. Me parece que me quedaré aquí.

Entonces me dirigí a Annushka, la gorgona del vagón restaurante del tren, que estaba tomando té en un rincón de aquella cabaña.

—¿Lo ve? ¿Lo ve usted? Siempre dice que quiere venir conmigo, pero cuando llega el momento no viene.

Anne, mi mujer, dijo:

—¡No te entretengas! Ve, si tienes que ir; de lo contrario, cierra la puerta y deja de hablar.

Mantuve abierta la puerta de la cabaña. Fuera, todo estaba desierto. El viento frío entraba en la habitación levantando el mantel de la mesa y moviendo las lámparas. La nieve se derretía en el suelo de madera.

—Está bien, iré yo, si no quiere ir nadie más —declaré.

—¿Puedo ir yo también, papá?

Miré el blanco semblante de mi hijo pequeño. Suplicaba, moviendo los hombros de una manera patética.

—No —dije—. Debo ir yo solo.

—¡Cierra la puerta!

Me desperté. Me noté los pies helados. La ventanilla del compartimento estaba negra y el vagón daba saltos (solo el transiberiano da saltos debido a que las juntas de los raíles son cuadradas). Mi sueño había sido una mezcla de pánico, de culpabilidad y de una soledad que me hizo sentir aún más solo cuando lo escribí y lo examiné.

Vladimir había dejado de dibujar. Levantó los ojos y dijo:

—*Chai*?

Comprendí. La palabra swahili para designar el té es también *chai*. Vladimir llamó a gritos al *provodnik*. Mientras tomábamos el té y las pastas recibí mi primera lección de ruso, copiando la transcripción fonética de las palabras en una página de la libreta, ocupación aburrida, pero que me servía de pasatiempo y era preferible a dormir con pesadillas.

Aquella noche el vagón restaurante estaba vacío y muy frío. Había escarcha en las ventanillas y el aire estaba tan helado que el aliento de los empleados cuando hablaban se hacía visible en forma de nubecillas de vapor. Vasili Prokófievich, el gerente, estaba haciendo sus cuentas, utilizando su ábaco. Yo ya había estado en el vagón restaurante un número suficiente de veces como para saber que a última hora de la tarde Vasili, un hombre bajito y con una cicatriz en la cara, estaba borracho. Se levantó de su asiento y me lanzó su aliento (vapor con olor a vodka), luego sacó una caja de cerveza y me mostró que el líquido se había helado en las botellas. Frotó una entre las manos para deshelarla para mí y dijo unas palabras a Nina, la camarera de cabellos negros. Nina me trajo un plato de salmón ahumado y unas rebanadas de pan. Vasili señaló el salmón y dijo:

—*Kitá!*

Yo dije:

—*Eto jorashó kitá.*

Vasili se mostró complacido. Le dijo a Nina que me trajese más salmón.

Di un golpecito en la ventanilla escarchada y dije:

—*Eto oknó.*

—*Da, da.*

Vasili se sirvió más vodka. Se lo bebió de un trago. Me puso un poquito en un vaso. Lo bebí y vi que Annushka se hallaba en su sitio de costumbre mojando pan en té negro y chupando los trozos.

Señalé su vaso de té y dije:

—*Eto chudki chai.*

—*Da, da.*

Vasili se rio y volvió a llenar mi vaso.

Le mostré un ejemplar de Gissing.

—*Eto kniga.*

—*Da, da* —volvió a decir Vasili cuando Nina venía hacia mí con el plato de salmón.

—*Eto Nina* —dijo Vasili, agarrando a la linda muchacha— y esto...

Yo traduje su gesto:

—¡Esto son las tetas de Nina!

Las mañanas se tornaron más oscuras, otro ardid del tiempo en la vía férrea que parecía lanzarme a mayor velocidad hacia la paranoia. Después de dormir ocho horas, me desperté en medio de una oscuridad negra como la pez. Fuera, en la tenue luz de la luna de diciembre, una hoz plateada, el paisaje aparecía monótono, sin árboles, sin nieve. Y no hacía viento. Al acercarse la aurora (a las nueve y media según mi reloj), resultaba impresionante ver las aldeas en las orillas del Shilka y en las del Ingodá, los pequeños grupos de chozas de madera con el humo que salía en forma de bocanadas verticales de cada una de sus chimeneas, lo cual me hacía pensar en un rudimentario vehículo quemador de madera que hubiese estacionado en aquellas desiertas estepas. Después de unas horas de contemplar aquella desolación, llegamos a Chitá, una ciudad diabólica de eructantes chimeneas y grandes montones de cenizas humeantes al lado de la vía. En las afueras de Chitá había un lago helado en el que unos pescadores se hallaban agachados como los cuervos gordos y negros que se habían posado en los alerces de la orilla del lago.

—*Vorona* —dije.

—*Niet* —me contradijo Vladímir—. Son pescadores.

—*Vorona* —insistí refiriéndome a los cuervos.

Él comprendió entonces a qué me refería. No tuve que insistir demasiado, porque el fanatismo sentimental que yo había descubierto en los rusos era un recurso para contrarrestar su falta de imaginación. Vladímir tenía la costumbre de recitar (recitar, en vez de decir) largas frases, y luego murmuraba: «Pushkin» o «Maiakovski». Este comportamiento compulsivo se considera normal en la Unión Soviética, pero creo que si en los viejos ferrocarriles de la Boston & Maine comenzase un hombre a recitar: «Esta es la selva primigenia...», yo cambiaría de asiento.

Vladímir trajo una botella de vino húngaro y jugamos al ajedrez. Él jugaba de una manera agresiva, revoloteando encima del tablero y desplazando las piezas con rapidez. Entre un movimiento y el siguiente hacía sonar los nudillos. Yo no pretendía ganar (sabía que no estaba a mi alcance), sino que jugaba con calma para frenarle a él. Fuera, la nieve había vuelto a aparecer y me di cuenta de que teníamos dos paisajes en un día. Las montañas bajas de Mongolia en el lindero del desierto de Gobi estaban cubiertas de cedros tan exquisitamente perfilados como helechos tropicales, y hacia las cuatro, cuando nos aproximábamos lentamente a la meseta central siberiana, unos copos diminutos pasaban volando ante las ventanillas y se mezclaban con el humo de la locomotora.

Vista desde lejos, la nevisca parecía niebla y su blancura difuminaba los troncos de los abedules y convertía los cedros en figuras muy frágiles. Siberia era madera y nieve, incluso los edificios del ferrocarril hacían juego con el bosque. A través de toda Chitinskaya, las estaciones eran estructuras de madera hechas de un gran número de planchas cubiertas de escarcha.

Mi ajedrez iba empeorando, pero mientras duró el vino seguimos jugando. Dos partidas más y se acabó el vodka y luego, sin bebida, no parecía haber motivo para seguir con el juego. Pero teníamos toda la noche por delante. Mis siestas habían dividido el día en muchas partes, cada una de las cuales parecía un día entero, en esa prolongada deformación del tiempo que conoce todo enfermo con fiebre alta en una habitación raramente visitada. A veces, esta impresión de pasar una convalecencia en el transiberiano se convertía en una simple ocasión de aburrimiento. Al igual que en mi pesadilla, creía encontrarme aislado por la nieve en la cabaña de una montaña. Hacía frío, la luz era escasa y resultaba difícil moverse por el tren, ya que la mayoría de los viajeros, a los que se habían asignado compartimentos abarrotados, prefería estar de pie en los pasillos. Y realmente, no había ningún sitio adonde ir.

Saqué una hoja de papel y le enseñé a Vladímir el juego del tres en raya. Lo encontró, según dijo, muy interesante y pronto descubrió la manera de ganarme también. Me inició en un juego ruso enormemente complicado para matar el tiempo. Consistía en dibujar en una hoja de papel cuadriculado diez figuras geométricas de distinto tamaño, formadas por cuadrados. Cuanto más irregular era la figura, más alta la puntuación, ¿o quizá lo que se pretendía era una puntuación baja? Nunca logré entender del todo ese juego. Finalmente, renunció a seguir enseñándome y volvió a sus dibujos. Le persuadí para que me dejase ver su libreta y me sorprendió ver que,

página tras página, todas estaban cubiertas de postes de teléfono, torres y cables de alta tensión y aparatos que parecían esqueletos. Su afición consistía en dibujar monstruosidades verticales, aunque también podía haber sido un espía. Me enseñó la manera de dibujar un poste de teléfono. Yo fingí sentir interés por algo tan poco atrayente y entonces él llamó al *provodnik* para que trajese vino. Llegaron otras dos botellas de vino húngaro (el *provodnik* no quiso retirarse hasta haber bebido un vaso) y Vladímir dibujó una cabaña negra en un paisaje negro y marrón, un sol bajo y de color anaranjado y un cielo lleno de arañas. Le puso por título *Siberia*. Luego hizo un dibujo de varios chapiteles, grandes edificios, un cielo azul, un día de sol.

—¿Leningrado?

—*Niet* —dijo él—. Londres.

Escribió «Londres» en el dibujo. Hizo otro dibujo de Londres: una escena portuaria, una goleta, unos barcos anclados y un día de sol. Hizo otro de Nueva York: edificios altos, un día de sol. Pero eran producto de su fantasía. Vladímir no había salido nunca de la Unión Soviética.

Ya que él se había empeñado en pagar el vino, yo abrí mi caja de cigarros puros. Vladímir se fumó cinco, chupándolos como cigarrillos, y el vino y los puros y la certeza de que viajábamos bordeando las costas del lago Baikal, hizo que él volviese a hablar su idioma. Paseaba por el compartimento apartando el humo con la mano y diciéndome qué *ozero* tan profundo era el Baikal. Finalmente metió una mano en el interior de la chaqueta y, exhalando una nube de humo, recitó con el tono titubeante y trascendental que los rusos reservan para las citas literarias, pero tosiendo mientras tanto:

I dym otechestva nam sladok i pryaten!

Y diciendo esto levantó los ojos.

—¡Caramba! —exclamé—. ¡Caramba!

—Pushkin —dijo él—. *Evgeni Onegin!*

(Unos meses más tarde, en Londres, recité mi transcripción fonética de este verso a un amigo que hablaba ruso y me aseguró que realmente era de Pushkin y que podría traducirse así: «¡Hasta el humo de nuestra patria nos resulta dulce y agradable!».)

En el oscuro pasillo, a la mañana siguiente, temprano, las bibliotecarias australianas y la pareja canadiense estaban sentados encima de sus maletas. Irkutsk se encontraba a dos horas de allí, pero dijeron que tenían miedo de quedarse dormidos y pasar de largo la estación. Yo pensé entonces, y lo pienso ahora, que pasar de largo de Irkutsk no puede ser una tragedia para nadie. Todavía estaba oscuro cuando las llameantes chimeneas de Irkutsk aparecieron por encima de una llanura de barracas en mal estado con tejados de cartón alquitranado.

No son las vallas de hierro ni los altos bloques de celdas donde viven los obreros lo que confiere a las ciudades rusas el aspecto de campos de concentración. Es la luz intensa (focos y lámparas fijados en postes) lo que les da esta apariencia disminuyendo el tamaño de las figuras con mitones y haciendo que parezcan

prisioneros en un campo de ejercicios. Vladímir me estrechó la mano y se despidió de mí con una frase sentimental. Yo me sentí conmovido y pensé con compasión en aquel pobre muchacho condenado de por vida a residir en Irkutsk, hasta que al volver al compartimento descubrí que me había robado mi caja de cigarros puros.

El *provodnik* entró en el compartimento, recogió las mantas de Vladímir y echó un nuevo juego de mantas encima de la litera. Venía seguido de un hombre alto y pálido que, aunque ya era media mañana, llevaba puesto un pijama y un albornoz y se sentó para resolver complicadas ecuaciones en un bloc; guardó silencio hasta que, al llegar a una pequeña estación, dijo:

—Aquí... ¡sal!

Esta fue toda su conversación, la noticia de que allí había una mina de sal. Pero una cosa dejó bien clara: nos hallábamos realmente en Siberia. Hasta entonces habíamos estado viajando por el Extremo Oriente soviético, tres mil quinientos kilómetros de un territorio sin nombre en las fronteras de China y Mongolia. A partir de ese punto, la selva siberiana, la taiga, se hizo más densa, emborronando las montañas con tizaduras de árboles y ocultando los poblados en cuyo interior habían desaparecido tantos rusos desterrados. En algunos lugares, en lugar del espeso bosque aparecían treinta kilómetros de tundra, una llanura de nieve impoluta sobre la cual se extendían a lo lejos hileras de postes eléctricos que iban disminuyendo de tamaño — como los diagramas para ilustrar la perspectiva— hasta que el último era solo un punto. La enorme extensión de Rusia me dejó abrumado. Había estado viajando durante cinco días a través de estos paisajes y todavía quedaba por cruzar más de la mitad del país. Yo miraba ansioso por la ventanilla en busca de algún nuevo detalle que me hiciera presumir que ya nos estábamos acercando a Moscú. Pero las diferencias de un día a otro eran insignificantes; la nieve no se acababa nunca, las paradas eran breves y el sol, que tan claro brillaba en la taiga, siempre quedaba eclipsado en las ciudades que atravesábamos. Una nube impenetrable de humo se cernía encima de cada ciudad impidiendo el paso de la luz del sol. Las pequeñas aldeas eran diferentes. Estaban bañadas por la luz del sol, precariamente, entre la taiga y la vía del tren, y era tan grande su silencio que casi se hacía visible.

Yo era el único occidental en el tren. Me sentía como el último mohicano. Privado de conversación amistosa, sin poder descansar a causa de mis pesadillas, irritado por la muda presencia del hombre del pijama y de las páginas de ecuaciones, padecía unos retortijones producidos por los estofados grasientos del vagón restaurante, y al recordar con un sentimiento de culpabilidad mis cuatro meses de ausencia echaba de menos a mi familia, de modo que soborné a Vasili para que me diese una botella de vodka (dijo que se habían terminado, pero por dos rublos descubrió algunas) y me pasé un día entero vaciándola. El día que la compré conocí a un joven que en un alemán chapurreado me contó que llevaba a su padre enfermo a un hospital de Sverdlovsk.

—¿Algo grave? —le pregunté.

—*Sehr schlimm!* —respondió.

Compró una botella de champán y la llevó a su compartimento, que estaba en mi coche cama. Me ofreció un trago. Nos sentamos. En la litera opuesta dormía el anciano con las mantas subidas hasta la barbilla. Su cara era gris, como la cera, debido a la enfermedad, y tenía los músculos contraídos. Parecía estar tragándose dolorosamente el sapo de la muerte, y desde luego el compartimento tenía ese desagradable olor. El joven se sirvió sollozando más champán y siguió bebiendo. Trató de ofrecerme más, pero a mí me parecía horrible todo aquello: el hombre muriéndose en la angosta litera, su hijo a su lado bebiendo champán y fuera los bosques nevados de la Rusia central.

Me fui a mi compartimento a beberme mi vodka y en mi solitaria actividad vi algo del sentido de desolación de los rusos. En realidad, ellos no hacían sino beber. Bebían continuamente y lo bebían todo: un coñac que sabía a loción para el cabello, una cerveza agria, un vino tinto que no se distinguía del jarabe para la tos, unas botellas de champán de nueve dólares y el fuerte vodka. Cada día tomaban algo diferente: primero se acabó el vodka, luego la cerveza, luego el coñac y, después de Irkutsk, vi a unos patanes que juntaban su dinero para comprar champán y se pasaban la botella unos a otros, como vagabundos en un portal. Bebiendo se quedaban dormidos y llegué a reconocer a los alcohólicos inveterados por el modo de vestir, pues llevaban gorros y polainas de piel porque su circulación era mala; y sus manos y sus labios estaban siempre azules. La mayor parte de las discusiones y peleas que presencié eran resultado de la embriaguez. Generalmente se producían luchas a puñetazos en clase dura después del almuerzo, y Vasili provocaba riñas en cada comida. Si el hombre con el cual discutía resultaba estar sereno, pedía el libro de reclamaciones y garabateaba, lleno de cólera, algunas frases en él.

—*Továrich!* —gritaba el cliente exigiendo el libro de reclamaciones.

Solo oí pronunciar esta palabra en tono de sarcasmo.

En Zima se produjo una pelea desagradable. Dos muchachos (uno de ellos con uniforme militar) se burlaban de un revisor en el andén. Este era un hombre de aspecto rústico que vestía de negro. No reaccionó inmediatamente, pero cuando los muchachos subieron al tren, él subió corriendo detrás de ellos y empezó a pegarles puñetazos a los dos. Una muchedumbre se reunió para mirar. Uno de los muchachos chilló: «¡Soy un soldado! ¡Soy un soldado!», y entre los mirones corrió un murmullo: «¡Valiente soldado!». El revisor continuó pegándoles hasta el vestíbulo del vagón de clase dura. Lo interesante no era que los muchachos estuviesen borrachos y el conductor sereno, sino que los tres estaban borrachos.

Otro día y otra noche, mil quinientos kilómetros. El espesor de la nieve iba aumentando, y llegamos a Novosibirsk. En general, los extranjeros se apean para pernoctar en Novosibirsk, pero yo me quedé en el tren. No estaría en casa por Navidad, como había prometido. Era ya el veintitrés de diciembre y todavía faltaban más de dos días para llegar a Moscú, pero si lograba hacer los transbordos apropiados

podría estar en Nueva York antes de Año Nuevo. El hombre alto y pálido cambió su pijama por un abrigo de piel, dejó a un lado sus ecuaciones y bajó del tren. Yo despejé su litera y decidí que lo que necesitaba era planificar una rutina. Empezaría por afeitarme con regularidad, tomaría sal de frutas por la mañana y haría gimnasia antes de desayunar, no haría siestas, acabaría de leer *La nueva Grub Street*, empezaría una selección de cuentos y otros escritos de Borges y comenzaría una novela corta escribiendo por la tarde y sin beber nada hasta las seis o las siete, como muy pronto, o a las cinco si la luz era demasiado escasa para escribir. Me alegraba de estar solo. Mi mente necesitaba serenarse.

Aquella mañana me la pasé poniendo en orden mis ideas, desembarazándome de mis ansiedades y decidiendo dar comienzo a mi novela corta inmediatamente. Una mujer de cuarenta otoños se enamora de un muchacho de diecinueve. El muchacho quiere casarse con ella. La mujer accede a conocer a la madre del muchacho. Las dos mujeres se encuentran (son de la misma edad) y se ponen a hablar de sus divorcios, de sus líos amorosos, haciendo caso omiso del muchacho que, totalmente inexperto, no hace sino ponerlas en un aprieto al insistir impertinentemente en casarse. Así:

El matrimonio de los Strang fue una de esas uniones que se desenvuelven felizmente unos años ante la generosa envidia de sus amigos y que se desmoronan en una tarde por culpa de un sorprendente altercado que resulta una amenaza para todos los matrimonios a varios kilómetros a la redonda. Los amigos se sintieron aliviados cuando Milly, en vez de quedarse en Nueva York y persuadirles para que le prestaran su apoyo en su amarga querella con Ralph, decidió marcharse a...

La puerta se abrió de pronto y entró un hombre que llevaba un paquete de ropa y unos envoltorios de papel. Sonrió. Aparentaba unos cincuenta años y tenía una calva que revelaba los contornos irregulares de su cabeza, así como unas manos grandes y coloradas. Y ojos de roedor, como los que poseen algunas personas muy cortas de vista. Arrojó el hatillo sobre su litera y colocó un pan moreno y un tarro de compota de castaña sobre la novela que yo había empezado a escribir.

Dejé la pluma y salí del compartimento. Cuando volví, el hombre se había puesto un chándal azul de ferroviario (en el pecho lucía una medalla de héroe del trabajo) y con la mirada fija a través de los gruesos cristales de unas gafas que cabalgaban oblicuamente sobre su nariz, estaba extendiendo mermelada sobre una rebanada de pan con la ayuda de una navaja. Dejé a un lado mi novela. El hombre se puso a comer y, entre mordisco y mordisco, eructaba. Terminó su bocadillo, deshizo un paquete de papel y sacó un trozo de carne gris. Cortó un pedazo, se lo puso en la boca, envolvió el resto de la carne y se quitó las gafas. Olisqueó la mesa, levantó mi bolsita de limpiapiipas, se caló las gafas y examinó lo que yo había escrito. Luego miró su reloj y suspiró. Toqueteó mi pipa, mis cerillas, el tabaco, la pluma, la radio, el horario de

trenes y los cuentos de Borges, consultando su reloj entre un objeto y otro y olisqueando como si su nariz hubiera de descubrir lo que no podían sus ojos.

Esto continuó durante el resto del día echando por tierra todos mis proyectos de establecer una rutina y eliminando toda posibilidad de que yo escribiera una novela. Su fisgoneo hizo que lo odiara casi inmediatamente. Cuando miraba su reloj, después de haber husmeado alguna de mis pertenencias, me imaginaba que estaría pensando: «Bueno, ya han pasado treinta segundos». Tenía un pequeño libro de mapas de ferrocarril ruso. En cada estación, se ponía las gafas y buscaba el nombre en el mapa. Había unas quince estaciones en cada mapa, de modo que ensuciaba las páginas con los pulgares antes de que el tren pasara a una nueva página. Por las manchas de mermelada y las huellas de pulgares en sus mapas, llegué a reconocer cuál era el trayecto que el *Rossiya* había recorrido. No leyó otra cosa durante el resto del viaje. No hablaba ni dormía. ¿De qué manera pasaba el tiempo? Bostezaba. Era capaz de sostener un bostezo durante cinco segundos, midiéndolo con la lengua, paseándolo por las mandíbulas y mordiéndolo finalmente con un fuerte gruñido. Suspiraba, gruñía, se succionaba los dientes y convertía cada uno de estos actos en una actividad aparte que cronometraba consultando siempre su reloj cuando concluía un bostezo o un suspiro. También tosía y se atragantaba de la misma manera deliberada, estudiaba sus eructos expeliendo el aire con tres tonos distintos. De vez en cuando miraba por la ventanilla o fijaba en mí la vista sonriendo cuando nuestras miradas se cruzaban. Sus dientes eran de acero inoxidable.

Me es muy difícil leer e imposible escribir con otra persona cerca de mí. Si la persona me mira fijamente por encima de un tarro de mermelada y un pan que se desmigaja, me pongo frenético. Así pues, me limité a observarlo porque no había otra cosa que hacer. Aquel hombre era también extraño en otro aspecto: si yo miraba por la ventanilla, él también lo hacía; si yo salía al pasillo, él me seguía; si yo hablaba con el muchacho de la puerta de al lado, cuyo padre se estaba muriendo en medio de botellas de champán vacías, él venía pisándome los talones y luego curioseaba por encima de mi hombro. No podía desembarazarme de él, y eso que lo intenté.

Temiendo quedarme en tierra, no había bajado del tren en ninguna de las breves paradas. Pero cuando aquel hombre obsesivo se instaló en mi compartimento y se convirtió en mi sombra, concebí un plan para dejarlo plantado en Omsk. Sería un simple «duffilleamiento». Yo me apearía y lo conduciría a cierta distancia del tren, y en el preciso instante en que este se pusiera en marcha subiría de un salto y me detendría en la escalerilla para impedirle poner el pie en ella. Lo intenté en Barabinsk. Él me siguió hasta la puerta, pero no más allá. Omsk, tres horas después, era una oportunidad mejor. Lo animé a que me siguiera, lo llevé hasta un quiosco en el que vendían buñuelos, y entonces lo perdí. Subí al tren en el último instante creyendo que se habría quedado, pero lo encontré en el compartimento olisqueando sus mapas. Después de eso, ya no volvió a salir del compartimento. Quizá sospechaba que me proponía desembarazarme de él. Aquel papanatas llevaba provisiones, de

modo que no tenía necesidad del vagón restaurante. Sus comidas eran extraordinarias. Se rodeaba de los alimentos que había traído: un trozo de mantequilla envuelta en papel grasiento, pan, un buen pedazo de carne, otro envoltorio de papel con pepinillos y un tarro de mermelada. Partía un trozo de pan y lo untaba de mantequilla extendiéndola con la navaja. Después disponía ante sí un pepinillo y un trozo de carne e iba dando mordiscos a cada cosa por turnos: pepinillo, pan, carne, luego una cucharada de mermelada y así sucesivamente, llenándose la boca antes de comenzar a masticar. Llegó un momento en que ya no pude seguir contemplándolo y cada vez pasé más tiempo en el vagón restaurante.

Cuando los dos soldados borrachos habían sido expulsados del vagón restaurante y los otros viajeros, muy delgados o muy gordos, levantaban la cara del cuenco de metal y también se marchaban arrastrando las botas, las puertas del vagón restaurante se cerraban con llave y los empleados de la cocina se dedicaban a limpiarlo. A mí me permitían quedarme, porque, según las condiciones de nuestro acuerdo, Vasili seguiría proporcionándome botellas de vino húngaro mientras yo le diera dinero y compartiese el vino con él. Vasili acostumbraba a entregarle las cuentas a su ayudante, Volodia, el cual tenía su propio ábaco; Serguéi, el cocinero, se comía con los ojos a Nina desde la puerta de la cocina; Annushka fregaba las mesas, y Víktor, un camarero, que luego me dijo que pagaba a Anna para que esta le hiciera su trabajo (afirmaba que ella haría cualquier cosa por cinco rublos), se sentaba con Vasili y conmigo y me sonsacaba información referente a los equipos de *hockey*:

—Bostabroons, Doront Mupplekhleef, Mondroolkanadeens y Cheegago Blekaks.

Víktor solía colocarse de pie detrás de Vasili y se rascaba la mejilla para indicar que Vasili era un borrachín.

Había un joven de cabellos negros que barría el suelo y apenas hablaba con nadie. Un día Víktor lo señaló y me dijo:

—¡Gitler! ¡Gitler!

El joven no le hizo caso, pero Víktor pateó el suelo con su bota como si aplastara una cucaracha. Vasili se puso el dedo índice debajo de la nariz como para imitar un bigote y dijo:

—*Heil, Gitler!*

El joven podría haber sido un antisemita o, ya que las burlas rusas no son muy sutiles, judío.

Una tarde, el joven se acercó a mí y me dijo:

—¡Angela Davis!

—¡Gitler! —dijo Víktor con sonrisa burlona.

—Angela Davis *jarashó* —dijo Gitler.

Y se puso a despotricar en ruso acerca de cómo Angela Davis había sido perseguida en Estados Unidos. Sacudió la escoba en mi dirección y los cabellos le cayeron sobre los ojos; siguió gritando hasta que Vasili aporreó la mesa.

—¡Basta de política! —gritó—. Aquí no queremos política. Esto es un restaurante, no una universidad.

Hablaba en ruso, pero su mensaje estaba muy claro y era evidente que estaba muy enojado con Gitler.

Los demás se sentían cohibidos. Enviaron a Gitler a la cocina a buscar otra botella de vino.

—Gitler, *ni jarashó* —dijo Vasili.

Fue Víktor el que se mostró más conciliador. Se puso de pie, y después de hacer callar al personal de cocina, comenzó a recitar:

*Zee fearst of My
Zee'art of spreeng!
Oh, leetle seeng,
En everyseeng we do,
Remember always to say «pliz»
En dun forget «sank yon»!*

Más adelante, Víktor me llevó a su compartimento para enseñarme su nuevo gorro de piel del que estaba muy orgulloso porque le había costado casi el sueldo de una semana. Nina estaba también en el departamento, que era compartido por Vasili y Anna, demasiada gente para un espacio no mayor que un ropero de tamaño corriente. Nina me mostró su pasaporte y el retrato de su madre, y entretanto Víktor desapareció. Rodeé con mi brazo a Nina y con mi mano libre le quité de la cabeza el gorro blanco de pinche. Su negra cabellera cayó sobre sus hombros. La abracé muy fuerte y la besé. El tren corría a gran velocidad. Pero la puerta del compartimento estaba abierta y Nina logró soltarse y dijo suavemente:

—*Niet, niet, niet!*

La víspera de Navidad por la tarde llegamos a Sverdlovsk. El cielo aparecía plomizo y hacía mucho frío. Salí de mi compartimento y vi cómo bajaban al andén al anciano moribundo. Mientras lo trasladaban, las mantas resbalaron hasta la mitad del pecho, dejaron al descubierto sus manos rígidas grises, que hacían juego con el color de su cara. El hijo le subió las mantas hasta cubrirle la boca. Se arrodilló en el hielo y envolvió con una toalla la cabeza del anciano.

Al ver que yo estaba de pie allí cerca, el hijo me dijo en alemán:

—Sverdlovsk. Aquí es donde empieza Europa y termina Asia. Aquí están los Urales.

Señaló la parte posterior del tren y añadió:

—Asia.

Y volviéndose hacia la locomotora precisó:

—Europa.

—¿Cómo está su padre? —le pregunté cuando llegaron los camilleros. En lugar de unas angarillas llevaban una hamaca colgada entre los dos.

—Me parece que está muerto —dijo—. *Da svidania*.

Mi depresión aumentó cuando avanzábamos a gran velocidad hacia Perm en medio de una violenta tormenta de nieve. Los campamentos de leñadores y las aldeas yacían medio sepultados y detrás de ellos se veían abedules de tronco delgado a los que el hielo que cubría las ramas les daba el aspecto de una filigrana de plata. Divisé a unos niños cruzando un río helado, avanzando tan despacio hacia unas chozas que sentí que se me partía el corazón. Me acosté en mi litera y alcancé la radio, la noté fría de tanto estar junto a la ventanilla, y traté de encontrar una emisora subiendo la antena. El zombi me miraba desde detrás de su tenderete de alimentos. Primero se oyeron parásitos, después una emisora francesa, luego *Jingle Bells*. El zombi sonreía. Yo apagué la radio.

En Nochebuena, a una hora muy avanzada, llamé a la puerta del vagón restaurante y Vasili abrió. Me dijo, con un gesto que quería ser de disculpa, que el vagón restaurante estaba cerrado. Yo le dije: «Es Nochebuena». Él se encogió de hombros. Le di cinco rublos. Me dejó entrar y sacó una botella de champán, y cuando la descorchó, miré a mí alrededor en aquel vagón desierto. Allí siempre solía hacer frío, pero sin el calor de la estufa y con el viento de nieve que se filtraba, el frío era más glacial que de costumbre. No había más iluminación que un tubo fluorescente y el vagón estaba ocupado únicamente por nosotros dos. No podía imaginar nada peor para esperar la Navidad. En medio del frío sepulcral, Vasili acercó una silla y sirvió champán para los dos. Bebió el suyo de un trago, como si fuese matarratas, hizo una mueca y exclamó:

—¡Puaj!

Continuamos sentados frente a frente, bebiendo, sin hablar, hasta que Vasili levantó su vaso y dijo:

—¡USA!

Entonces yo estaba suficientemente borracho como para recordar una de las lecciones de ruso que me había dado Vladímir. Toqué con el mío el vaso de Vasili y dije:

—*Sojuz Sovietski. Sozialisticheski Respublik*.

—*Steppe!* —tarareó Vasili, y se puso a cantar—. *Steppe!, Steppe!*

Agotamos el contenido de la botella, sacamos otra y Vasili continuó cantando. Hacia la medianoche, se puso a entonar un himno militar que yo reconocí, al menos la tonada. Yo canturreaba con él y él decía: «*Da, da!*», animándome para que continuara. Canté las únicas palabras que sabía, obscenidades italianas para sus patrióticos versos rusos:

*Compagna Polacca,
Hai fatto una cacca?*

Si, Vasili!
Ho fatto venti kili!
Io ho fatto nelle grande steppe...

Vasili aplaudió y se unió a mi canto en ruso. Estábamos de pie en el vagón restaurante, cantando nuestro dúo, bebiendo entre verso y verso.

Compagna Tatiana,
Hai fatto un'putana?
Si, Bonanno!
Ho fatto per un'anno,
Io ho fatto nelle grande steppe...

—¡Feliz Navidad! —dije cuando apareció la cuarta botella. Vasili sonreía, cabeceaba y hacía chasquear la lengua. Me mostró un montón de facturas del restaurante que él había estado sumando. Las sacudió y luego las arrojó al aire. Volvimos a sentarnos y Vasili, demasiado ebrio para recordar que yo no sabía ruso, me espetó un discurso que duró quince minutos. Supongo que estaba diciendo: «Míreme. Cincuenta y cinco años de edad y estoy en este mísero vagón restaurante. Ir y volver, cada dos semanas, de Moscú a Vladivostok, durmiendo en clase dura, demasiado ocupado para poder ir a mear y soportando las insolencias de la gente. ¿A esto le llama usted vida?». Hacia el final de su arenga, la cabeza le pesaba, se le cerraban los párpados y se le trababa la lengua. Apoyó la cabeza en la mesa y, todavía aferrado a la botella, se quedó dormido.

—¡Feliz Navidad!

Apuré el contenido de mi vaso y volví a mi compartimento, recorriendo el tren que avanzaba a sacudidas.

La mañana siguiente, Navidad, desperté y miré al zombi que estaba durmiendo con los brazos cruzados sobre el pecho como una momia. El *provodnik* me dijo que eran las seis, hora de Moscú. Mi reloj señalaba las ocho. Lo retrasé dos horas y esperé a que amaneciera, sorprendido de que tantas personas en el vagón hubiesen decidido hacer lo mismo. En medio de la oscuridad permanecíamos de pie junto a las ventanillas contemplando nuestras imágenes reflejadas en los cristales. Poco después comprendí por qué los demás estaban allí. Al llegar a las afueras de Yaroslavl, oí que susurraban algo. La anciana del camión, el goldi con su mujer y su hijo, los beodos que jugaban al dominó e incluso el zombi que había estado toqueteando mi radio, todos apretaron la cara contra las ventanillas cuando comenzamos a cruzar estrepitosamente un largo puente. Debajo de nosotros, medio helado, muy negro, y en algunos lugares reflejando las llamas de las chimeneas de Yaroslavl, se extendía el Volga.

Royal David's city,

Stood a lowly cattle shed...

¿Qué era aquello? Unas voces dulces, claras como notas de órgano, salían de mi compartimento. Me quedé inmóvil y escuché. Los rusos, sobrecogidos por la visión del Volga, guardaban silencio. Estaban inclinados mirando fijamente el agua. Pero la música sacra, fragante y etérea, ascendía por el aire, calentándolo y perfumándolo.

*Where a mother laid her baby
In a manger, for his bed...*

El himno llegaba a mis oídos de un modo fluctuante, pero el silencioso respeto de los rusos y la lentitud del tren permitían que las suaves voces de los niños llenaran de aroma el pasillo. Mientras escuchaba el canto navideño, me sumí en una meditación de tristeza casi insoportable, como si la alegría más exquisita naciese de una punzada de dolor.

*Mary was that mother mild,
Jesus Christ, her little child...*

Entré en mi compartimento y me llevé la radio al oído hasta que terminó la emisión, un programa de música navideña de la BBC. Aquel día no hubo amanecer. Viajábamos a través de una densa bruma, entre remolinos de parda neblina que daban a los bosques un aspecto fantasmagórico. Fuera no hacía frío; algo de nieve se había derretido y las carreteras, ya más frecuentes, estaban llenas de surcos y de barro. Durante toda la mañana, los troncos de los árboles, negros por la humedad, fueron siluetas en la niebla, y los pinares, en el límite mismo de la visibilidad, asumían en la neblina el aspecto de catedrales con negros chapiteles. Nunca me había sentido muy identificado con el campo, pero la niebla me distanciaba aún más de él. Después de recorrer nueve mil kilómetros y de todos aquellos días en el tren, solo tenía la sensación de una gran lejanía. Todo lo que me recordaba Rusia, las mujeres con sus chaquetas de lona de color anaranjado, que trabajaban en la línea férrea con palas, las estatuas de Lenin, los rótulos de las estaciones hincados en el hielo amarillento y las sobresaltadas urracas que graznaban en ruso, me molestaba. Me desagradaba la enorme extensión de Rusia y deseaba encontrarme de nuevo en mi hogar.

El vagón restaurante estaba cerrado a las nueve. Intenté de nuevo ver si estaba abierto a las diez y lo encontré vacío. Vasili me explicó que, como pronto estaríamos en Moscú, el vagón restaurante permanecía cerrado. Le dije unas palabras ofensivas, y mi enfado me sorprendió a mí mismo. Ante mis protestas, me hizo una tortilla y me la entregó con una rebanada de pan y un vaso de té. Mientras yo consumía ese tentempié, entró una mujer. Llevaba un abrigo negro y en el gorro tenía prendida una insignia del ferrocarril soviético.

—*Jleb* (pan) —dijo a Vasili.

Vasili hizo un gesto para indicar que se marchara y dijo:

—*Niet jleb!*

La mujer señaló mi comida y repitió su petición. Vasili reaccionó gritando. La mujer no se arredró por ello y recibió un violento empujón de Vasili, que me sonrió como para disculparse por su brutalidad. La mujer se adelantó de nuevo y amenazándole con la mano empezó a gritar como una loca. Eso enfureció a Vasili. Entrecerrando los ojos se abalanzó sobre la mujer y le pegó con los puños. Le retorció el brazo detrás de la espalda y le dio unos puntapiés. La mujer se fue llorando y gritando:

Vasili me dijo:

—*Ni jarashó!*

La lucha lo había dejado sin aliento. Sonrió con su sonrisa de idiota. Me sentí avergonzado por no haber ayudado a la mujer. Aparté la comida que tenía delante.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó Vasili extrañado.

—Es usted un asno.

—*Pozhal'sta* —dijo él.

El tren iba a media velocidad porque se aproximaba a Moscú. Recorrí los pasillos de clase dura en dirección a mi compartimento para embalar mis cosas. Los otros viajeros ya habían hecho sus maletas. Estaban de pie, vestidos con sus mejores ropas, fumando junto a las ventanillas. Al pasar por su lado me fijé en cada uno de ellos y vi delincuencia y fraude en sus semblantes, falta de inteligencia en sus ojillos y agresividad en sus puños que sobresalían de unas mangas insólitamente largas.

—¡Asno! —dije abriéndome paso a través de un grupo de soldados.

Un hombre que acariciaba su gorro de piel me interceptaba el paso. Avancé hacia él. El hombre abrió de par en par su enorme mandíbula con un bostezo.

—¡Asno!

El hombre se hizo a un lado. Llamé asno al *provodnik*, asno al hombre del samovar, asno al oficial del ejército en clase blanda, y, murmurando aún esa palabra, encontré al zombi sentado junto a la ventanilla, enfundado en un abrigo y con el dedo pulgar sucio de mermelada apoyado en la palabra *Moskvá*.

—¡Asno!

Le deseé una feliz Navidad y le di dos limpiapipas, una lata de sardinas japonesas y un bolígrafo que quedaría sin tinta tan pronto como escribiese su nombre.

Este fue el final de mi viaje, pero no de mi trayecto. Todavía tenía un billete para Londres y, esperando tomar el próximo tren con dirección oeste, cancelé mi reserva del hotel y pasé la tarde tratando de obtener una litera de lujo en el tren que iba a Hoek van Holland, vía Varsovia y Berlín. Había hecho mi equipaje y estaba listo para partir, y la noche de Navidad llegué a la estación con una hora de antelación. El guía

de Intourist me llevó hasta la barrera y me dijo adiós. Esperé de pie cuarenta y cinco minutos en el andén aguardando que me indicasen cuál era mi compartimento.

No fue un mozo de los coches cama el que vino a preguntarme por mi destino, sino un oficial de inmigración. Hojeó mi pasaporte pasando las páginas ruidosamente. Movié la cabeza.

—¿Visado polaco?

—No voy a detenerme en Polonia —le dije—. Solo estoy de paso.

—Visado de tránsito —dijo.

—¿Qué quiere decir? ¡Eh, que el tren va a partir!

—Necesita un visado de tránsito polaco.

—Lo sacaré en la frontera.

—Imposible. Le enviarán de nuevo aquí.

—Mire usted —le dije al oír sonar el silbato del tren—, tengo que subir a este tren. Por favor, ¡va a partir sin mí!

Levanté mi maleta. El hombre me agarró por el brazo. Un guardavía pasó junto a nosotros agitando su verde bandera. El tren empezó a moverse.

—¡No puedo quedarme aquí!

Pero dejé que el hombre siguiera agarrándome por la manga y me quedé mirando el expreso con destino a Holanda que salía pitando de la estación. Había caras de viajeros en las ventanillas. Eran felices pudiendo partir sanos y salvos. «Es Navidad, querido —estaban diciendo—, y nos marchamos». «Es el fin», me dije al ver cómo se iba el tren llevándose mi corazón. Es el fin: «¡Duffilleado!».

Dos días después pude abandonar Moscú, pero el viaje a Londres no tuvo externamente nada de particular. Traté de concentrarme para la llegada. Dormí mientras atravesaba Varsovia, contemplé Berlín con los ojos muy abiertos, y cuando entré en Holanda me parecía tener una piedra en el estómago. Me sentía desollado por los cuatro meses de viaje en tren. Era como si hubiera estado sometido a una cura horripilante, consistente en entregarme en cuerpo y alma a mi adicción con el fin de liberarme de ella. Para invertir el cliché, diré que me había hartado de viajar y no quería más que llegar a casa. En los pasos a nivel el silbido de la locomotora sonaba como un grito prolongado, y no me resultaba fascinante, sino que parecía burlarse de mí. Yo había tenido razón: todo era posible en un tren, incluso experimentar el impulso de apearme. Bebí para atontarme, pero todavía oía el monótono ruido de las ruedas.

Todo viaje es circular. Yo había sido zarandeado a través de Asia, trazando una parábola sobre uno de los hemisferios del planeta. Después de todo, la gran travesía es precisamente la manera que tiene un hombre inspirado de dirigirse hacia casa.

Y había aprendido lo que siempre creí en mi fuero interno, que la diferencia entre escribir sobre viajes y escribir obras de ficción es la misma diferencia que hay entre registrar lo que ven los ojos y descubrir lo que la imaginación conoce. La ficción es un puro gozo, ¡qué lástima que no pudiese recrear el viaje en forma de obra de

ficción! Esta habría tenido (pensé al subir a un transbordador azul en Hoek van Holland) una hechura muy agradable, si yo hubiese distribuido artísticamente la luz y la sombra y hubiese jugado con la gramática de la demora. Habría inventado situaciones de peligro para mí mismo. Sadik habría tenido dientes de oro, en el trayecto de Hué una mina habría hecho explosión, el *Orient Express* habría llevado un espléndido vagón restaurante y Nina, implorando mi amor, habría llamado con suavidad a la puerta de mi compartimento y se habría despojado de su uniforme cuando cruzábamos el Volga. Eso no ocurrió, y en cualquier caso quizá yo estaba demasiado ocupado para permitirme ese gusto. Había trabajado todos los días, inclinado sobre mi libreta que el traqueteo del tren hacía brincar, al igual que Trollope garabateando entre una y otra de sus tareas en Correos y recordando que debía ponerlo todo en tiempo pretérito.

Con alegría, con la agilidad que confiere el gozo de sentirse en su sano juicio, subí al tren que había de conducirme a Londres. Corrección: ahora salgo de Harwich (con frecuencia mediaron treinta kilómetros entre una y otra cláusulas y un centenar más antes de que terminase una frase) y estoy contemplando los pelados campos del mes de enero. Tengo sobre las rodillas cuatro gruesas libretas. Una tiene una mancha producida por una gota de agua en Madrás; otra muestra un lamparón de *borsch*; la azul (que en caracteres dorados lleva inscrito *Punjab Stationery Mart*) ostenta el cerco causado por un vaso húmedo que le puse encima, y la libreta roja ha adquirido un desteñido color rosado debido al sol de Turquía. Estas manchas son como anotaciones. El viaje ha terminado y el libro también, y dentro de un momento volveré a la primera página, y para distraerme en el camino hacia Londres, leeré con cierta satisfacción el viaje que comienza así: «Desde niño, cuando vivía cerca de la vía férrea de la compañía Boston & Maine, raras veces oí el paso de un tren sin sentir deseos de montar en él...».



PAUL EDWARD THEROUX (Medford, Massachusetts, 1941) es un escritor estadounidense, conocido por sus novelas y libros de viajes, aunque también ha destacado como novelista de ficción. Tras licenciarse en la universidad en 1963, viajó primero a Italia y después a África, donde ejerció la docencia en Malawi y Uganda. Más tarde, en 1968, lo haría en la Universidad de Singapur durante 3 años. A principios de los años setenta se estableció en Reino Unido, donde residiría durante diecisiete años.

Su trabajo más renombrado es *El gran bazar del ferrocarril* (*The Great Railway Bazaar*, 1975), un diario de viaje sobre una travesía en tren desde el Reino Unido hasta Japón de ida y vuelta atravesando Europa, Oriente Medio y el sur y el este de Asia hasta llegar al destino y volviendo a través de Rusia. Este libro lo catapultó a la fama y constituye un clásico de la literatura de viajes.

Otras de sus experiencias de grandes viajes, en los que recorre diversos continentes, aparecieron relatadas en sus siguientes obras: *El viejo expreso de la Patagonia: un viaje en tren por las américas* (*The Old Patagonian Express*, 1979), *En el Gallo de Hierro: Viajes en tren por China* (*Riding the Iron Rooster*, 1988), *Las islas felices de Oceanía: Una odisea en kayak por el Pacífico* (*The Happy Isles of Oceania*, 1992), *El safari de la estrella negra: Desde El Cairo a Ciudad del Cabo* (*Dark Star Safari*, 2002), *Tren fantasma a la estrella de oriente: tras las huellas de El gran bazar del Ferrocarril* (*Ghost Train To The Eastern Star*, 2008) y *El último tren a la zona verde: Mi safari africano definitivo* (*The Last Train to Zona Verde*, 2013).

En su prolífica carrera de escritor se encuentra también *La costa de los mosquitos* (*The Mosquito Coast*, 1981), novela por la que recibió el James Tait Black Memorial Prize. Otras obras de ficción que destacan son: *La calle de la media luna* (*Doctor Slaughter*, 1984), *Hotel Honolulu* (*Hotel Honolulu*, 2001), *Elefanta Suite* (*The Elephanta Suite*, 2007), *Un crimen en Calcuta* (*A Dead Hand: A Crime in Calcutta*, 2009) y *En Lower River* (*The Lower River*, 2012). Su última novela es *Tierra madre* (*Mother Land*, 2017).

Actualmente vive en Estados Unidos, aunque continúa viajando por el mundo.

Notas

[1] Daniel Webster (1782-1852). Abogado en Boston, fue secretario de Estado de Harrison y de Tyler y negoció con Londres el tratado de delimitación de las fronteras de Canadá. <<

[2] *Sore* significa «llagas» en inglés. <<

[3] En inglés el término *squatting* significa tanto «ocupar una casa sin autorización del propietario» como «estar en cuclillas». <<